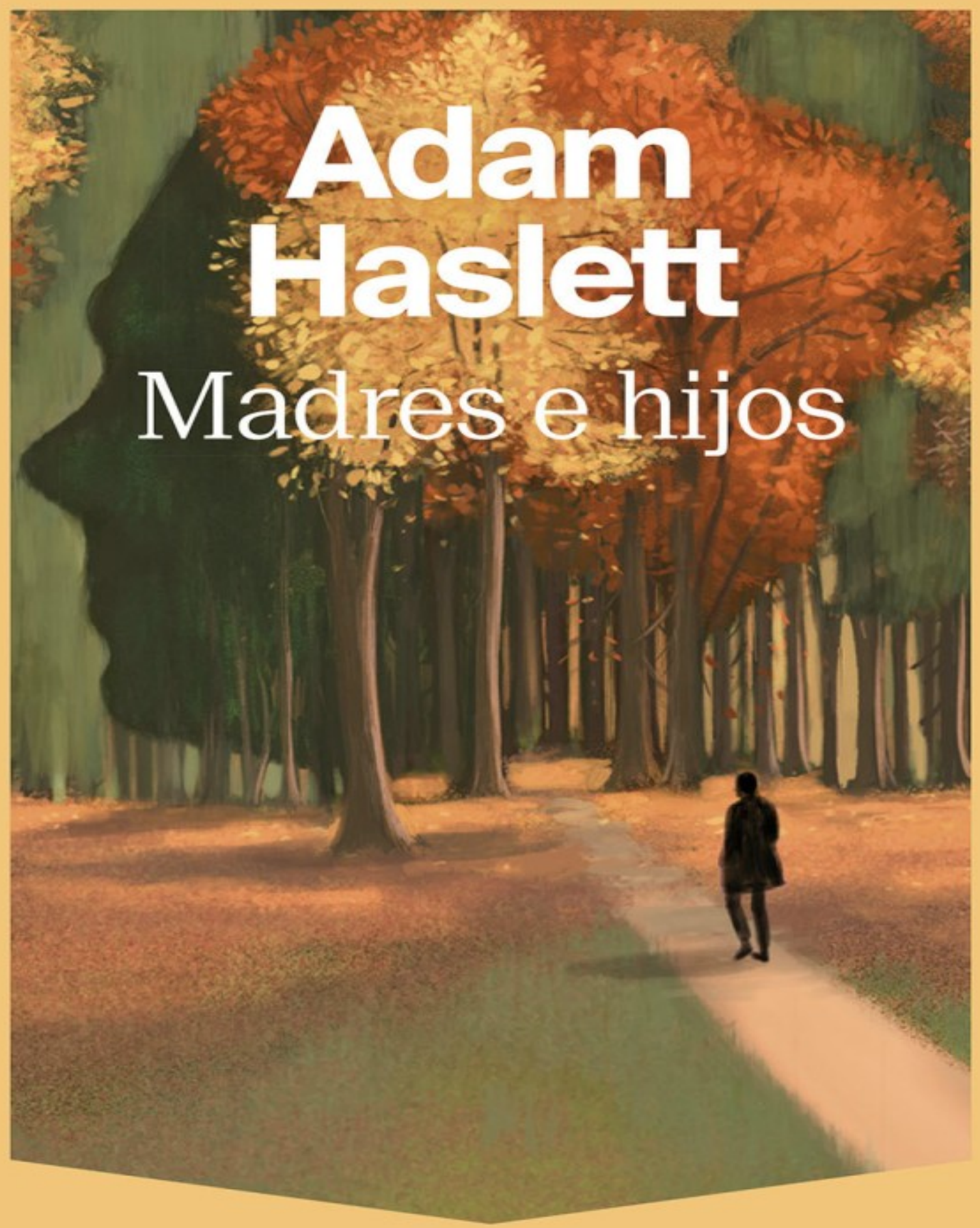


AdN

Adam Haslett

Madres e hijos

Traducido del inglés por Francisco González López

AdN

Para Dan.

De igual modo, la ilusoria desazón,
que de las rencillas espirituales es amiga,
sin tregua me sacudió toda la vida,
pero, hoy, al fin, cedió su opresión.

In Memoriam
ALFRED TENNYSON

El coche de Jared se ha sumergido en la oscuridad, así que doy media vuelta y llevo la mirada a la rectoría. La única luz encendida es la de fuera, la de la puerta, como si mi madre y mi hermana se hubiesen acostado ya. Pero no puede ser, es muy temprano. Seguro que mi hermana está fuera, igual que yo, huyendo de esta casa, la casa de los muertos. Es verano, pleno mes de agosto, pero mi cuerpo se estremece.

Tengo que encontrar a mi madre. Contarle lo que ha pasado con Jared. Pero ¿dónde está? Dentro, todo es silencio, el vestíbulo y el salón están a oscuras. Me dirijo primero a la cocina y luego miro en su despacho, y allí es donde la veo, de pie, en mitad de la penumbra, de espaldas a mí, su silueta recortada contra la ventana, mirando hacia el camino de acceso. Ha estado observando. Ha visto a Jared traerme en coche, me ha oído abrir la puerta, entrar en esta habitación, seguro. Aun así, no se mueve. Mi madre, la mujer sacerdote. Mi madre, la viuda doliente. Pero ¿es eso cierto? ¿O está más bien aliviada de que mi padre haya fallecido?

El frescor nocturno se cuela por la ventana mosquitera e invade el espacio que nos separa. No enciende ninguna luz, no pregunta dónde he estado. Se queda ahí, inmóvil. ¿Se habrá enterado de lo de Jared? ¿Por eso no se da la vuelta? Como si el silencio pudiese evitar que lo que voy a decirle sea cierto. Como si el hecho de no oírlo pudiese borrarlo de algún modo.

I

La jueza Manetti pronuncia un nombre —Dovgal, Matvey— y un tipo blanco de veintitantos años con sudadera gris y cadena de oro se acerca al estrado. Le acompaña un abogado de oficio. Actualmente reside en Staten Island. El abogado admite que su cliente ha recibido una orden de comparecencia. Y que podrían expulsarlo. Rehúsa especificar el país de deportación. ¿Por qué iba a facilitarle el trabajo al Gobierno? La jueza Manetti designa Bielorrusia. El abogado solicita asilo; si no, cancelación de la orden de deportación; si no, acogerse a la Convención contra la Tortura. Callahan, el representante del Departamento de Seguridad Nacional, señala que Dovgal posee antecedentes por robo, por lo que se está aplicando un procedimiento rápido. Manetti hojea el calendario que tiene sobre la mesa, varias páginas arrugadas, precariamente impresas y grapadas por una esquina. Silencio en la sala mientras la jueza, a través de sus gafas de lectura, busca una fecha para la audiencia definitiva. Necesitará un intérprete. Un ruso cuyos servicios reserva para un miércoles a tres meses vista. Los abogados consultan sus móviles. 8 de junio de 2011. Fecha confirmada.

Esta sala no tiene ventanas. Ninguna tiene. Las luces fluorescentes están a ras del falso techo. Consta de un pequeño estrado para la jueza; en frente, las mesas de los abogados, la barra baja con la puerta abatible, la moqueta rosa oscuro. Los demandados y sus representantes legales se apiñan en bancos a ambos lados del pasillo, esperando su turno. A nadie se le permite usar el móvil. Todo lo que podemos hacer es observar y escuchar.

A mi lado, en el banco, Sandra Moya susurra algo al oído de su hijo de catorce años, Felipe.

—Pregúntale al señor Peter —dice.

A renglón seguido, Felipe me susurra a mí al oído:

—¿Cuánto falta? Mi madre no puede llegar tarde al trabajo.

Él y su hermana pequeña, Mia, tienen la nacionalidad estadounidense, pero Felipe me ha dicho que si deportan a su madre a Honduras, él se irá con ella. Sé que Sandra nunca lo permitiría. Los dejará aquí, en casa de algún pariente.

—Hasta que la jueza no diga nada, lo único que podemos hacer es esperar —le indico—. Ojalá que no mucho.

A continuación, Fatima Saleem, estudiante de secundaria de Long Island, pakistaní, ausente. El abogado que comparece en su lugar pide una prórroga a la espera de los procedimientos del tribunal de familia. Presenta pruebas de asistencia de la chica al instituto. Copia a la jueza, que la registra; copia a Callahan. Silencio mientras todos leen.

Si el instituto al que va está en Nassau, ¿por qué su primera comparecencia tuvo lugar en Suffolk?, quiere saber el departamento. El abogado de Saleem no tiene ni idea. Manetti da por válida la pregunta. ¿Cuál es el camino que ha seguido la solicitud? Informe al tribunal, por favor. La jueza le otorga treinta días para presentarla. Callahan no se opone al aplazamiento. El abogado se marcha.

Neto, Winston. Hombre negro de unos treinta años, vaqueros y camisa blanca; a su lado, una abogada de oficio. Solicitud de cancelación de expulsión a Angola. Esposa y dos hijos, los tres de nacionalidad estadounidense. La orden de deportación del susodicho se emitió hace cuatro meses.

Callahan se ha levantado hoy muy teatrero. Agita una carta que su jefe envió esta misma semana a todo el departamento: las dificultades ocasionadas por una deportación han de notificarse en el momento de la solicitud.

—Señoría —dice—, el demandado ha violado una orden definitiva. Estamos fuera del plazo. Solicitamos que exponga sus dificultades.

La abogada de oficio dice que no es obligatorio establecer la naturaleza de las dificultades en una audiencia preliminar.

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunta Callahan—. ¿Necesita más tiempo para inventárselas? ¿No sabe cuáles son sus dificultades?

La abogada de oficio repite lo mismo: no es obligatorio. Manetti está de acuerdo. Callahan propone que la carta de su jefe conste en acta. Aceptada. Treinta días para presentar el motivo de dichas dificultades. La jueza vuelve a mirar el calendario. Un jueves de abril, dentro de seis semanas. Fecha confirmada.

La mujer mayor que tengo al otro lado, que lleva un hiyab en la cabeza, se inclina hacia delante y mira fijamente a Felipe, que capta el mensaje y detiene el temblor de las piernas. Ahora cruza los brazos con fuerza sobre el pecho. Él es quien se ocupa de las gestiones de su madre, el que está encima de ella para que acuda a nuestro despacho, al juzgado o a trabajar. Él es a quien pone al teléfono cuando llamo para solicitarle documentos, y quien, por lo general, me los hace llegar.

—Moya, Sandra —dice Manetti. Por fin.

Paso junto a nuestra disgustada vecina y conduzco a los Moya hasta el estrado. Callahan saluda con la cabeza según nos vamos acercando. Le da una palmada en el hombro a Felipe, como si fuesen amigachos. Como si Callahan tuviese aquí algún amigo.

—Buenos días, señoría. Peter Fischer en representación de la parte demandada.

—Buenos días, señor Fischer. Su clienta admitió haber recibido la notificación, que está sujeta a expulsión, se negó a designar ningún país, el tribunal eligió Honduras, todo está ya programado. ¿Se puede saber entonces qué estamos haciendo aquí esta mañana?

Hago un gesto a Sandra y Felipe para que se sienten, pero Sandra niega con la cabeza y, siguiendo su ejemplo, Felipe se queda también de pie.

—Señoría, mi clienta solicita un aplazamiento. Tengo aquí una declaración jurada en la que expone las dificultades que tuvo a la hora de reunir la documentación relativa a la solicitud de asilo, especialmente las declaraciones de varios testigos. Solicito que la declaración forme parte del expediente oficial.

—Documento aceptado —dice Manetti, y lo coge. Callahan no levanta la vista cuando dejo su copia encima de la mesa. Está

encorvado sobre el expediente, es la primera vez que lo ve, sin duda. Todavía le queda media jornada por delante, pero ya está cansado de tantos procedimientos y retrasos. Cree que Manetti es demasiado blanda, como casi todos los jueces de Nueva York. Está harto, inquieto. A saber por dónde sale ahora.

—¿Tiene el departamento algo que decir? —pregunta la jueza.

—Bueno, señoría —dice Callahan, que sigue leyendo—, parece que la señora Moya lleva bastante tiempo en el país, lo suficiente como para haber dado a luz a un hijo. No parece que haya buscado asilo de forma voluntaria. No hay constancia de ninguna entrevista. Y —dice pasando otra página— ya le fue otorgado otro aplazamiento. Así que no, el departamento no apoya la solicitud y se opone. —Cierra el expediente y se reclina en la silla, con los deberes hechos, al menos, de momento.

—Como usted sabe, señoría —intervengo—, el tiempo que mi clienta ha estado en el país no afecta…

—En efecto, señor Fischer, no afecta. Pero sí el hecho de que ya esté en periodo de prórroga y de que su deportación está programada para dentro de tres semanas, motivo por el que me opongo. ¿Quiénes son esas personas con las que no ha podido hablar en ocho meses y con las que supuestamente sí va a hablar en caso de que aceptase su solicitud?

Por el rabillo del ojo, veo que Felipe echa la cabeza hacia atrás para mirar al techo en lugar de a Manetti. Al igual que Sandra, sabe que esa jueza será con toda probabilidad la persona que decida el destino de su madre.

—Entre esas personas —le informo— se encuentra una testigo presencial de los hechos en cuestión, una pariente con la que todavía estamos tratando de contactar y que, según nos han dicho, se ha mudado recientemente a Tegucigalpa.

—Cuánta concreción —apunta Callahan.

—Y este dato —digo obviando su comentario— nos permite confirmar que la prima de la señora Moya está viva y que, por tanto,

tenemos la oportunidad de presentar su testimonio en el caso que nos ocupa.

Por algún motivo, Sandra decide sentarse en este momento. Apoya los codos sobre la mesa y junta las manos como si estuviese rezando, aunque en su rostro no hay atisbo alguno de veneración. Quiere que esto termine. No fue ella quien pidió la prórroga. Fui yo quien estimó que era necesaria. Según ella, las declaraciones podrían no llegar nunca. Pero tal vez solo necesitemos un par de meses más.

—Señoría —dice Callahan—, si el tribunal tuviera que esperar la declaración de todos los testigos por el simple hecho de estar vivos, todos nos moriríamos antes de que se celebrara ninguna audiencia.

—Muy bien, es suficiente —dice Manetti—. Señor Fischer, lo que expone no es suficiente para otro aplazamiento. Solicitud denegada. Nos vemos dentro de tres semanas.

Felipe me acribilla a preguntas mientras salimos de la sala y atravesamos el pasillo.

—¿Por qué ha pedido una prórroga? Ahora esa mujer odia a mi madre, solo ha conseguido empeorar las cosas.

—Teníamos que intentarlo. Pero su solicitud sigue teniendo solidez —digo dirigiéndome a Sandra—: Ha hecho todo lo que había que hacer, está todo en orden.

Felipe se queda callado en el concurrido ascensor, pero en cuanto salimos al vestíbulo, vuelve a la carga.

—La jueza nos odia —dice—. Se nota.

—No —digo mientras los acompaño hasta la salida—. Manetti no va a usarlo en contra de tu madre.

Para cuando salimos del edificio federal, es la hora del almuerzo, y la llovizna fría de principios de marzo ha hecho florecer multitud de paraguas en Duane Street.

Felipe quiere más de mí, alguna garantía más. Pero Sandra ya tiene la mirada en otro sitio, en Foley Square, donde los abogados, los administrativos y los miembros del jurado suben y bajan los escalones de los juzgados que se alzan sobre ellos. Podríamos

habernos quedado en el vestíbulo y seguir charlando, pero voy con retraso a la reunión de personal.

—Recuerde: nos vemos aquí dentro de tres semanas contando a partir de mañana, a la una y media.

—*Sí* —dice Sandra—, *lo sé*.[1] —Se da la vuelta y empieza a caminar hacia la boca del metro, y Felipe no tarda en seguirla.

---

[1] En español en el texto original *(N. del T.).*

La cola del Pret a Manger llega hasta la puerta, así que pillo un café y un rollito de faláfel de un puesto de Chambers Street y me lo como en el metro —línea 1— mientras escucho los mensajes del buzón de voz: Jasmine, la mujer de Joseph Musa, dice que en el centro penitenciario no le dan las pastillas para la tensión. Y que cuándo voy a visitarla. Luego, la coordinadora del servicio *pro bono* de Cleary, Gottlieb, pregunta si puede pasarme una pareja rusa evangélica bautista porque en su programa no dan más abasto, y que siente mucho tener que pedírmelo. Y uno de mi hermana mayor, Liz, quejándose del coste de la atención sanitaria para sus perros de acogida —uno de los cuales, por lo visto, está recibiendo radioterapia— y de que su hijo de casi cuatro años, Charlie, sigue sin cagar en el váter. «Ya sé que no es tu problema», recalca antes de preguntarme por qué no la llamo nunca.

Me bajo en Houston Street, frente a otro edificio federal que alberga otro tribunal de inmigración, y corro hacia el despacho, voy directo a la sala de conferencias y me termino el café mientras me ponen al día de todos los casos.

Monica ha estado en el centro de detención de inmigrantes de Nueva Jersey. Debido a una medida de confinamiento impuesta la noche anterior, solo se ha entrevistado con la mitad de las personas que tenía previstas y no ha podido aceptar ningún caso nuevo. Como siempre, no se inmuta y sigue adelante sin quejarse. Tres compañeras de trabajo residentes en el Bronx, de nacionalidad laosiana, llevan treinta y ocho días en el centro de detención y deportación del condado de Bergen. El Departamento de Seguridad Nacional dice que aún están a la espera de consultar los registros y realizar las comprobaciones pertinentes. Lo cual solo puede ser o absurdo o cierto. El intérprete ha conseguido más teléfonos de contacto de la familia y ayudará con la documentación. Lucas

Montes es un padre brasileño de cuatro hijos condenado por posesión de drogas en Elmont. Su abogado lo convenció para que se declarase culpable sin explicarle las implicaciones que esto tendría para su situación legal. Su hija abrió la puerta cuando llamaron los de inmigración. Esta misma mañana, Lucas le ha contado a Monica que estuvo involucrado en una pelea en Tampa hace unos ocho años y que la policía lo detuvo, pero no cree que quedase constancia del incidente y tampoco recuerda haber firmado nada. De modo que solo una condena, no dos: tal vez tenga suerte.

Nuestra directora, Phoebe, empieza a hablar, pero Monica la interrumpe:

—No te preocupes —dice—, llamaré a Tampa para asegurarme de que no existen más cargos.

Phoebe está resfriada y menos chispeante que de costumbre, pero no menos atenta. Y no menos arreglada: su pelo canoso recogido en un pasador plateado a juego con sus pulseras, sus delicadas arrugas decorando una tez blanca e hidratada. Trabajamos en el sótano de su casa, reconvertido en despacho hace décadas, mientras que el jardín acristalado sirve de sala de conferencias.

Winston, el *basset hound* al que siempre intenta animar, duerme a sus pies. Jack, su marido, se jubiló no hace mucho, y ahora se encarga de llevarle el té.

Monica revisa algunos expedientes más. La mayoría, de centroamericanos, solicitantes de asilo, el tipo de casos por los que Phoebe fundó este despacho en los años ochenta. Además de una orden de detención por hurto. Una ojeada rápida a una pequeña selección de los cincuenta y tantos clientes con los que, al igual que nosotros, hace malabares. Carl y yo no tenemos mucho que añadir. Monica sabe perfectamente lo que hace. Le regaló al alcaide la última novela de John Grisham por su cumpleaños. Así se asegura de que los guardias no le den la lata.

—Y la semana que viene estoy fuera —concluye hojeando las notas—, así que necesito que alguien se encargue de un caso nuevo, un joven albanés, una solicitud por motivos de orientación sexual.

Tras un silencio breve y evasivo, Phoebe dice alegremente:

—¿Peter? Tú no sueles encargarte de casos así, ¿te gustaría cubrirme?

—Él nunca coge casos así —añade Monica.

—Eso no es verdad —objeto.

—¿Cómo que no?

Medio segundo después, miro a Phoebe y acepto su petición asintiendo con la cabeza.

El siguiente es Carl, nuestro cofundador y trotamundos, lo bastante mayor para haber representado a disidentes checos, músicos rusos y activistas que huían de Pinochet, la vieja izquierda de la Guerra Fría; es hijo de comunistas judíos convertidos en intelectuales conservadores, cuyas políticas rechazaron en favor de los derechos civiles.

El lápiz que ha olvidado lo tiene enganchado a la oreja; el que ha encontrado está sobre su bloc de notas. Hoy lleva el traje gris de algodón, el menos estropeado de los tres que alterna. Actualmente se ocupa un poco de todo, pero las solicitudes de asilo político son las que más le interesan. Las que siempre tacha primero de la lista.

Giorgi Abasi, hijo del director de un periódico georgiano asesinado en su despacho; entrevista programada para diciembre; la familia se ha marchado de Tiflis y hace tiempo que no sabe nada de ellos, pero sigue pensando que le harán llegar un informe policial, por si sirviese de algo.

Daniil Timirov, el bloguero que cubrió las protestas en la planta rusa de extracción de níquel y que vive con su primo en Nueva Jersey, tendrá que demostrar que las amenazas de los secuaces del oligarca tenían algún tipo de nexo gubernamental, lo cual no debería ser complicado, salvo por el hecho de que se trata del juez LaRouche, así que lo más seguro es que lo sea. El oligarca se encuentra en Nueva York en este momento, por lo que Daniil no piensa salir de la casa de su primo.

Mourad Gamal está dando muchos problemas. O tiene muchos problemas. Es difícil decir si una cosa o la otra. De momento no

responde a los mensajes. La solicitud se fundamenta en que dos de sus hermanos están en una cárcel de El Cairo por haber organizado una huelga. Pero solo hay una declaración jurada y es un tanto ambigua. Y el tipo tampoco fue a la preparación de la entrevista. El panorama es incierto.

Carl va tachando los nombres a medida que avanza.

Javad Madani es un caso nuevo, un empresario iraní que llegó a Estados Unidos a través de Italia con un pasaporte falso tras enterarse de que el régimen quería meterlo entre rejas. La prioridad es sacar a su familia de allí; la solicitud de asilo es relativamente fácil de tramitar porque, en fin, tratándose de Irán…

—Un hombre de negocios —comenta Phoebe—. ¿Alguna posibilidad de que pague los honorarios?

Phoebe es experta en subvenciones y recaudaciones de fondos, pero ya está cansada de eso. Preferiría echar el cierre antes que rechazar a alguien insolvente, pero si pueden pagar, pues mira, tampoco pasa nada.

—Le pasé la minuta —dice Carl, cuyo interés en este punto no podría ser más ínfimo. Phoebe es la que tiene amigos ricos. A instancias de esta, Carl se ve obligado a deleitarlos un par de veces al año con sus batallitas judiciales. Monica y yo lo llevamos mejor. Entendemos las dinámicas del mundillo, sabemos cómo tratar con los patrocinadores; Carl, en cambio, sigue viéndolo como un trámite innoble. Lleva viviendo en el mismo piso sin ascensor de la calle Veintiuno Oeste desde los años setenta. Cuanto más próspero es el barrio, más se afana él en ridiculizarlo—. No sé si paga o no paga —dice—. Mira la minuta.

Phoebe anota algo en un pósit y se gira hacia mí.

Antes me preparaba estas reuniones. Elaboraba una lista de casos sobre los que sería útil recibir opiniones. Ahora solo tengo retazos de esa lista en la cabeza. Les hablo de Sandra, de la denegación del aplazamiento, de la audiencia que tendremos dentro de tres semanas. De Girvesh y Feba Rijal, la pareja nepalesa que prometió enviarme los documentos. Si la solicitud no prospera, su hija podría

obtener el estatus de inmigrante menor, pero de momento prefieren no pensar en eso, en tener que abandonarla. Joseph Musa, el camionero de Sierra Leona: el viernes tengo que ir a verlo, a él y a otros cuatro detenidos. Abraham John, el marfileño que pidió asilo por violencia electoral y que se vio envuelto en un accidente por conducir bajo los efectos del alcohol. Y mi cliente saharaui, Hassan El Moctor, que quiere saber si puede visitar a su madre enferma, que está en Rabat (él solicitó asilo huyendo del gobierno marroquí). Me detengo un momento, intento pensar más allá de esta semana, pero no puedo.

—Eso es lo que tengo —digo.

Phoebe sonríe, un poco decepcionada, pero me da el visto bueno. Quiere más. No más nombres, sino más enjundia. Pese a todo, de momento estoy perdonado.

Ella es la última y habla más tiempo. No necesita nuestra ayuda ni que le demos nuestra opinión. Lo que quiere es hablar en profundidad de un caso en concreto. No de los aspectos legales, sino sobre el cliente: quién es y por todo lo que ha pasado. Después de diez años trabajando para ella, sigo creyendo que llegará el día en que ya no querrá proceder de esa manera, que le resultará más fácil repasar por encima los expedientes, igual que hacemos el resto. Pero, hasta la fecha, ha mantenido esta costumbre semana tras semana.

La mayoría de sus clientes son menores de edad. Cada vez más con el paso de los años. Como si tuviese debilidad por los más indefensos de entre los indefensos. Y a pesar de que su carga de trabajo es tan pesada como la de cualquiera de nosotros, y de estar al frente de la organización, es capaz de tomarse su tiempo. De detenerse en las circunstancias de un niño en particular e imaginar el mejor camino que debería seguirse. El aspecto legal es solo una parte del proceso.

Esto saca de quicio a Carl. Se pone nervioso y empieza a garabatear como un crío, un niño mayor consumido por la impaciencia. A veces, cuando no lo soporta más, estalla: «Ya, ya, el

sufrimiento, el sufrimiento, lo hemos entendido, pero ¿quién es el juez, qué puedes reclamar? Es un caso, Phoebe, un caso». Y como hacen los viejos matrimonios, zanjan la discusión rápida y eficazmente, y ella retoma el hilo como si nada hubiese pasado.

Hoy está hablando de una niña de ocho años llamada Ana Andino. De cómo hace dos años, en su pueblo, al norte de San Miguel, vio cómo mataban a su padre a tiros, justo delante de ella, en mitad de la calle. De cómo la pequeña no quería dejar a su abuela, ni a sus amigos, ni a su maestra, pero su madre le dijo que debían ir al norte, atravesar Guatemala y México. De cómo en el paso fronterizo, unos hombres retuvieron a su madre, pero a ella se la llevaron al desierto. Habla de su detención en McAllen, y luego en Nashville, y de su posterior traslado a Nueva York. De su ingreso en un centro de acogida del Departamento de Salud y Servicios Humanos. Del apartamento en Washington Heights donde una mujer de setenta años cuida de ella y de otros cinco niños. De la furgoneta que los recoge por la mañana temprano y los lleva al centro de acogida de East Harlem, donde los pequeños se sientan en una habitación llena de adolescentes que intentan aprender inglés. Y, por último, de las conversaciones que Phoebe mantiene con Ana en la cocina del centro, de la comida favorita de la pequeña y de cómo esta se pasa todo el tiempo rezando en voz baja. De cómo le ruega a Dios que cuide de su madre en el desierto, de sus hermanos mayores, de su abuela, que necesita medicación para la diabetes.

Carl está fuera de sí.

Monica, que en su día fue clienta de Phoebe —vino de Nicaragua cuando era adolescente—, se abstrae en su mundo, como siempre que tiene que escuchar estas historias.

—Esta chica —prosigue Phoebe— tiene unos ojos enormes, casi son demasiado grandes para su cabeza. Me pierdo en ellos con solo oírla hablar. No me mires así, Carl. Nos pasa a todos, incluso a ti, aunque no quieras admitirlo. Algunos clientes te tocan la fibra sensible. Y si cuento esto es porque no hay que dejar que se

acumule dentro. Si no, acabamos encerrándonos en nosotros mismos y no hacemos bien nuestro trabajo.

En la primera página de su bloc de notas, Carl ha dibujado la Tierra y un cohete gigante apuntándola directamente.

—Esa es una teoría —matiza este—, la otra es aprender a vivir con ello. Pero bueno, no soy terapeuta *gestalt* ni nada de eso, así que mejor me callo. Además, debo irme ya porque tengo una audiencia. —Dicho esto, se levanta y se va.

De vuelta en mi despacho, abro el portátil, hago clic en la carpeta de clientes y una tormenta de mensajes nuevos inunda la pantalla. Cuando empecé a trabajar aquí, respondía a los correos de los clientes el mismo día que los recibía. Pero de eso hace ya mucho. Ahora solo hago una cosa a la vez. Y esta tarde me toca ponerme al día con la solicitud de Rijal.

La documentación que tengo sobre las condiciones en Nepal pertenece a un caso antiguo y necesito actualizarla. Durante la guerra civil nepalesa, los maoístas secuestraron a un grupo de chicos, entre los que se encontraba Girvesh, que por aquel entonces tenía dieciocho años. Intentaron reclutarlo, pero también querían que fuese su entrenador de fútbol. Ninguna de las dos cosas le otorgaba el derecho a asilo. Pero cuando sus captores se enteraron de que pertenecía a la Unión de Estudiantes de Nepal, soltaron a todos los jóvenes menos a él, de modo que podría esgrimir motivos políticos. La guerra civil ha terminado, lo cual no juega a su favor, pero los maoístas siguen en el poder, cosa que sí le favorece.

Leo informes del Departamento de Estado, de varias ONG, artículos de periódicos, testimonios de especialistas extraídos de otros casos, cualquier cosa que pueda sacar de internet antes de tener que enviar un correo electrónico a dichos especialistas e intentar persuadirlos para que colaboren.

Monica es la única que sigue allí cuando, a eso de las ocho, decido tomarme un descanso. Le pregunto si quiere un menú

barbacoa y me dice que sí, de modo que pido uno para cada uno y, cuando llegan, me como el mío de pie, en la puerta de su despacho.

—¿Cómo es que estás fuera la semana que viene? —le pregunto.

—Me voy de vacaciones.

—Muy graciosa —digo.

—No, lo digo en serio, por eso estoy fuera. Me voy a Vermont. He decidido que quiero aprender a esquiar.

—¿Vas a «esquiar»?

—¿Qué pasa? ¿Solo les puede gustar el esquí a los blancos?

—No, es que no me creo que te guste. ¿Es una oferta de Groupon o algo así?

—Vete a la mierda —espeta.

Durante un segundo, me imagino a Monica en un coche de alquiler, de camino a alguna estación de esquí, pasando por delante del centro de retiro de mi madre, pero entonces caigo en la cuenta de que seguramente no irá tan al norte.

Después de diez años trabajando con ella, lo que sé de su vida extraprofesional es que no hay mucho que contar. Vive en un apartamento de renta regulada en West Nineties con su madre, a la que trajo de Nicaragua después de que Phoebe la ayudase a ingresar en la universidad y estudiar Derecho. Su padre fue uno de los desaparecidos del régimen somocista durante la revolución. Una tarde de invierno, en el coche, cuando volvíamos de un centro de detención de inmigrantes, me contó sin venir a cuento que durante muchos años había odiado a su padre debido al alto precio que su familia tuvo que pagar por sus ideales, pero que al final lo entendió. Cuando terminó Derecho, su objetivo no era especializarse en extranjería. Se trataba de un trabajo temporal en la organización sin ánimo de lucro que la había ayudado a ella cuando llegó al país. Lo que de verdad quería era un puesto en un bufete corporativo y comprarse una casa en Jersey donde su madre pudiera tener un huertecito y cultivar hortalizas y tal. Pero eso fue hace veinte años, y aquí sigue.

—Tú nunca te tomas vacaciones —dice.

Y tiene razón. Nunca me voy de vacaciones.

—Así te encargas tú del albanés —continúa—. Bueno, porque Phoebe te ha obligado. Yo cojo a todos los nicaragüenses que entran por la puerta, y tú, que eres el gay del despacho, nunca coges ningún cliente gay, siempre dejas que Phoebe y yo nos encarguemos.

—No, acuérdate de Afsana Ravani. Llevé ese expediente hasta el final, incluido el recurso de apelación.

—¿La mujer baluchí? Era una solicitud política. Y casualmente era lesbiana. Ni siquiera tuviste que mencionarlo.

—¿Me vas a dar el expediente del tipo ese o no? —pregunto.

Se pone a buscar entre la montaña de archivos que hay en el suelo, junto a la mesa, lo encuentra y me lo entrega.

—Aquí tienes —dice—. Intenté cambiar la cita, pero no contestó.

Monica se queda hasta las nueve y yo me voy unos minutos después. En King Street, a través de las ventanas de la casa de Phoebe, veo a su marido, Jack, en el salón recubierto de paneles de madera, bajo una luz ámbar y confortable, mezclando una bebida en el aparador. Socio jubilado del departamento fiscal de la multinacional Davis Polk. Expresidente del Comité de Ética Profesional del Colegio de Abogados. El clásico asesor de confianza de las grandes empresas. Viste chaquetas de punto y colecciona relojes *art déco.* Cuando las recaudaciones de fondos que organiza Phoebe se quedan cortas, Jack siempre está ahí para respaldarla, el orgulloso mecenas de las buenas obras de su mujer. Tiene más fe en ella que en sus hijos itinerantes y sus desventuras románticas. Termina de remover la bebida, coloca dos vasos en una bandeja y los lleva al interior del salón, del que cuelga una lámpara de araña.

Tomo asiento en el metro y miro las noticias en el móvil —«Las fuerzas de Gadafi bombardean Misrata», «Obama da luz verde a una ley para evitar el cierre gubernamental», «Desmantelan red de distribución de heroína»— hasta que llegamos a la parada de High Street. En las escaleras que suben a Cadman Plaza, me planteo devolverle la llamada a mi hermana, pero al final le envío un

mensaje a Cliff. Cuando llego al vestíbulo de mi edificio, este ya me ha respondido diciendo que claro, que se pasará al cabo de una hora, lo que me deja tiempo para investigar un poco más el expediente de Nepal.

Cliff llega con tres cervezas en una bolsa de lona y me tiende una. Blanco, treinta años, de Nebraska, diseñador de páginas web de no sé qué. Lleva tres meses así, viniendo a mi casa una o dos veces por semana.

Cierro el portátil por hoy y me siento con él en el sofá, en la otra punta.

—¿Cómo está el *schnauzer* trastornado? —pregunta.

La mujer del apartamento contiguo al mío, al final del pasillo, no está bien de la cabeza y maltrata a su perro. El pobre lloriquea y ladra a todas horas del día y de la noche. Pero ella es propietaria y yo inquilino, y los demás vecinos no sufren tanto el ruido como yo, y como le tienen miedo a la mujer, no quieren involucrarse.

—Supongo que bien —respondo—. No lo he oído esta noche.

Se quita los zapatos, levanta las piernas y me toca el muslo con los pies.

—Tienes cara de cansado —me dice.

—Gracias.

—No he dicho que tengas mala cara —puntualiza sonriendo—. Me gustas con camisa y corbata.

Ha encontrado una canción, una balada de Elliott Smith, y se pone el móvil en el pecho, con el pequeño altavoz apuntando hacia mí. Cierro los ojos y apoyo la mano en su espinilla. No es ningún joven casto e inocente —lleva ya tiempo en la ciudad—, pero cuando está conmigo se comporta un poco así, como si fuera un chico inexperto que se deja impresionar por un hombre como yo, que le saco diez años. A lo mejor tiene novio, no lo sé, aunque lo dudo. En cualquier caso, no es algo de lo que hayamos hablado.

—Podrías contarme cosas —dice—. Sobre tu trabajo y eso.

—Ya te he hablado de mi trabajo —repongo.

—No, en realidad, no. —Como no contesto, bebe otro trago de cerveza y sigue diciendo—: Pero no pasa nada, puedes seguir siendo el señor misterioso.

En el dormitorio, él prefiere tener la luz encendida, pero no se opone cuando yo la apago. Una vez, un fin de semana, se quedó a dormir. Pero hoy es martes, y cuando terminamos, no dice nada. Solo se viste y mira el móvil. En la puerta, cuando me despido de él, el perro de la vecina ya ha empezado a ladrar.

Ann cogió el vaso de agua de la mesilla de noche mientras Clare seguía dormida a su lado. Se incorporó y bebió un sorbo. La solidez del vaso transparente. El sabor mineral del agua en reposo. La primera gratitud del día.

Luego se quedó observando el alba a través del cristal. La niebla cubría los restos de nieve del jardín. Las ramas del viejo manzano seguían desnudas. Ningún pajarillo cantando a finales de invierno, solo la bendición del silencio matutino. Invitándola a fijarse en las oscuras vetas de humedad que atravesaban el tronco del árbol, en cómo este cobraba nitidez a medida que la luz se intensificaba. También sus ramas nudosas, perfectamente estáticas e indiferentes a las urgencias humanas. La segunda gratitud del día: ser consciente de esto y no solo de sí misma. ¿Cómo había podido dar gracias a Dios por conceder a los hombres el dominio sobre la tierra? ¿Cómo había podido hacer eso a lo que llamaba «rezar»? Por aquel entonces no sabía que la divinidad ya estaba ahí, solo había que estar receptiva, abrir los ojos y verla. El calor de la cama, el calor de su propio cuerpo, el calor de Clare a su lado, el frescor del aire en el cuello, en la cara y en los ojos. Y nadie tenía dominio sobre aquello. Y así llegó a la tercera gratitud: por la vida.

Llenó el termo de té, se puso las botas y enfiló hacia el estudio bajo aquella luz aún grisácea. Todo estaba tranquilo. Delante, el valle, cubierto de niebla. Atrás, en el jardín, las cortinas cubrían los ventanales de la casa de reuniones. Tampoco se veía ninguna luz en las ventanitas del antiguo granero donde dormían las participantes del retiro. Por todo aquello también se sentía agradecida. Por la comunidad intencional que Clare, su vieja amiga Roberta y ella habían fundado hacía ya más de dos décadas. Habían dejado atrás sus vidas para mudarse a este paraje de Vermont, no lejos de la frontera canadiense. Una granja, bosques y un granero en ruinas

eran todo lo que había en la propiedad cuando la adquirieron. Las primeras huéspedes fueron sus propias amigas. Mujeres que creían en ellas tres y en su objetivo: erigir un lugar donde las mujeres pudiesen hablar sobre la dirección de sus vidas y sus almas. La iglesia de la hospitalidad, así lo llamaron. Aunque Ann era la única religiosa del grupo —había sido pastora—, el concepto tenía sentido de todas formas. Clare era profesora de Religión y Roberta, terapeuta. Se conocieron en Massachusetts, en la parroquia de San Esteban, donde Ann ejercía de ministra episcopal. Dos décadas de reuniones y círculos de mujeres. De hablar, de discutir a veces, sobre cómo gestionar el centro, sobre cómo dar acogida no solo a participantes blancas con medios para donar la modesta aportación que solicitaban por alojamiento y manutención. Y de alguna manera, con los ahorros que tenían, pidiendo ayuda a las mujeres con más medios, lo consiguieron: reformaron el granero y lo convirtieron en las dependencias para dormir, construyeron el centro de reuniones, añadieron un cobertizo para actividades de bricolaje y empezaron a recibir a mujeres de todo el país. Algunas mayores, como ellas, otras más jóvenes. Algunas iban de forma esporádica; otras, todos los años. Una comunidad —Viriditas, así la llamaron— forjada a partir de los lazos de la amistad.

Mientras subía por la ladera, el único sonido que rompía aquella quietud era el de sus botas pisando la nieve granulada. Tras llegar al prado, continuó por el sendero. A su alrededor, los rastrojos se amontonaban en el suelo. Aquí arriba no había niebla, solo la luz del amanecer haciendo brillar las gotitas que pendían de las puntas de la hierba muerta. Entre los pinares silvestres que bordeaban el bosque, la luz volvía a menguar para resplandecer de nuevo en el claro. El estudio consistía en una pequeña estructura hecha a base de guijarros con un tejado a dos aguas, una chimenea metálica en el centro y ventanas de guillotina a ambos lados de una puerta estrecha de color verde oscuro. Ella lo veía como un regalo de Clare, aunque no era solo eso. Durante mucho tiempo, estuvo meditando todas las mañanas y todas las tardes en la habitación de invitados,

hasta que, siete u ocho años atrás, Clare decidió recaudar fondos y organizar, con la ayuda de las amigas del centro, la construcción de este pequeño edificio en mitad del bosque. Un lugar dotado de un silencio aún más profundo. Otras personas lo utilizaban, por supuesto —Clare y Roberta, puntualmente; las huéspedes, con bastante regularidad—, pero todas las mañanas, a esta hora, y todas las noches después de cenar, y una semana completa cada equis tiempo, pertenecía solo a Ann.

Con la estufa encendida, el frío de la estancia empezó a remitir. Se arrodilló y, sin quitarse la chaqueta, se puso la banqueta de meditación bajo los muslos; luego abrió la cajita de madera que había en la mesa que tenía al lado y sacó una ficha, la primera del montón, uno de los cientos de citas y notas que había escrito —y seguía escribiendo— a lo largo de los años. Recordatorios, en realidad, de reflexiones que su mente se empeñaba en olvidar. «Debemos ser salvados de la inmersión en el mar de mentiras y pasiones llamado "el mundo". Y debemos ser salvados, sobre todo, de ese abismo de confusión y absurdo que es nuestro yo mundano. La persona debe ser rescatada del individuo».[2] Thomas Merton. Una de las primeras, de cuando estudiaba Teología, la tinta descolorida y el papel cuarteado. ¡Cuánta seriedad! El absolutismo masculino. El desdén católico por el mundo pecaminoso de lo cotidiano. Y, pese a todo, no deja de ser verdad. Hay que salvar a las personas del individualismo. Rescatar la capacidad de experiencia del miedo a la vulnerabilidad. Merton, su primer guía en el largo camino al margen de la iglesia organizada.

Dejó que los músculos de la garganta se aflojasen, y al hacer esto, sintió la cabeza más ligera, como si alguien tirase de ella hacia arriba y hacia atrás, permitiendo que se asentara mejor sobre la columna. Las pequeñas molestias —el dolor en las caderas, la rigidez entre los omóplatos— nunca desaparecían, pero la necesidad de remediarlas había disminuido con el tiempo. Empezó a sentir la respiración en el vientre, el suave vaivén de las costillas ensanchándose y replegándose, la articulación clavicular cuando el

aire ascendía al esternón. Y mientras reparaba en todo esto, una corriente de asociaciones desencadenada por la cita de Merton se abrió paso en su imaginación: los arcos de la entrada de la Episcopal Divinity School, sus paseos por el parque de Cambridge Common a pleno sol, aquel edificio de ladrillos de Garden Street donde compartía un apartamento —en el último piso, el cuarto— repleto de libros que tomaba prestados de la biblioteca y de plantas de interior, los buzones metálicos del vestíbulo, las cartas de admiración, de adoración incluso, de Richard, su novio por aquel entonces, el hombre con el que pronto se casaría, el padre de sus hijos.

Volvió a sentir el dolor en las caderas, luego el crepitar de las llamas en la estufa y se acordó de que no había pedido más leña; Clare la reñiría por este despiste. Y así sucesivamente, las observaciones ordinarias de la mente inquieta. Somos como proyectores cinematográficos, dijo uno de sus instructores de meditación, con un carrete sin fin, y la mente es la bombilla que ilumina los fotogramas. Así que coge palomitas y siéntate. La película no tiene argumento. Llegará un momento en que te aburrirá. Y es en ese momento cuando, tal vez, empiece todo.

El flujo de pensamientos empezó a ralentizarse. Seguían sucediéndose, pero no ocupaban más espacio que la luz del sol que se reflejaba sobre los listones del suelo o las motas de polvo en suspensión. Su mente se aposentó. Y pronto surgió un sentimiento, como solía ocurrir, al que cedió espacio. Esta mañana era la tristeza. Una especie de reblandecimiento cálido e indefinido del cuerpo, el cual dejó de ser una suma de molestias aisladas para convertirse en un todo. Acogió la sensación de buen grado. Y enseguida quiso aferrarse a ella, como quien se aferra al recuerdo de su sueño. Era un estado que parecía mucho más auténtico que sus pensamientos, más profundo y evocador. Una especie de adhesión al significado. No de nada en particular, solo el significado en sí. Una creencia seductora en tanto en cuanto la animaba a convencerse de que, después de todo, su vida tenía un guion, un periplo heroico que la había conducido hasta aquí. ¡Ay, los sentimientos! Mañana serían los

celos, y se reprendería por ello, o la alegría, que desearía embotellar y guardar a buen recaudo. Pero, de momento, la tristeza le sentaba bien. Siguió respirando y, entonces, el sentimiento también se disolvió en el silencio.

Cuanto menos se aferraba su mente a los sentimientos y pensamientos errantes —el enfado de Clare con Jeanette (la encargada del mantenimiento del centro), las preguntas sobre el pasado familiar que su hija, Liz, no dejaba de formularle, por qué su hijo, Peter, llevaba tanto tiempo sin venir a verla—, menos cosas poseía su mente. Y sin posesiones, ¿qué quedaba por narrar? No obstante, la necesidad de relatar algo seguía existiendo. La urgencia en estado puro, desprovista de contenido. Contar una historia, cualquiera, aunque solo fuera sobre una sensación mínima. Pero ni siquiera este hábito podía perdurar sin sustento. Al igual que un ser vivo, acababa por morirse de hambre, dejando a cambio, aunque solo fuese un instante, una sensación de paz.

---

[2] Merton, Thomas, *Nuevas semillas de contemplación,* traducción de María del Carmen Blanco Moreno y Ramón Alfonso Díez Aragón, Sal Terrae, Santander, 2003 *(N. del T.).*

El chico al que tengo que entrevistar, el que me pasó Monica, parece un niño. Un niño pequeño acompañado por su hermana mayor: ella, con pantalones de chándal azul marino y un plumífero amarillo; él, con un cortavientos gris claro cerrado hasta la barbilla. Sonríen al ver algo en el móvil de ella, están en la pequeña área de recepción de la casa, junto al jardín, sus cabezas casi se tocan. Él tiene la boca abierta, asombrado por lo que sea que la joven le esté mostrando, pero en cuanto me ve, se apaga la luz de su rostro. Ocurre en un instante. Su expresión se endurece, como si le hubiese pillado haciendo algo malo.

Vasel Marku, veintiún años, originario de Albania. Llegó hace dos años con un pasaporte falso; en ese momento podría haber obtenido el estatus de inmigrante menor, pero se le pasó el plazo y solicitó asilo sin ayuda de ningún abogado. Las únicas pruebas que aportó fueron una carta sucinta y un recorte de periódico acerca de una agresión homófoba en Tirana, nada de lo cual impresionó, como era de esperar, al funcionario del Servicio de Ciudadanía e Inmigración que lo entrevistó. Le denegó el asilo y lo derivó a los tribunales. Tampoco recurrió a un abogado para su primera comparecencia ante un juez de inmigración y ya ha perdido siete de los nueve meses que tenía para preparar su audiencia definitiva. Tiene que presentar una solicitud dentro de ocho semanas, además de preparar una defensa que precisa muchísimo trabajo. Es demasiado, incluso para alguien tan sumamente eficaz como Monica.

Les hago una señal para que me sigan a la sala de conferencias. Son mi última cita del día, y la luz de mediados de marzo que entra por el techo de cristal ya empieza a declinar. La joven —resulta que no es su hermana— se presenta como Artea Dodaj. Dice que es de la misma ciudad, que no guarda ningún parentesco con él y que ha venido a traducir. Lo que sugiere que sabe cómo funciona el proceso

de patrocinio familiar y quiere dejar claro que ella no puede ayudarlo en ese sentido. Debe de rondar los veintitantos.

—Vasel vive en mi piso —dice—. Trabaja en la tienda de mis tíos y también en la zona cero, vendiendo *souvenirs* del 11-S.

Vasel no dice nada. Se sienta con los brazos cruzados, impasible.

Les informo sobre el proceso, sobre el porcentaje de personas a las que podemos representar, les advierto de que hoy no tendré una respuesta para ellos, etcétera, y luego les explico la situación del caso, es decir, que en su solicitud faltan muchos detalles que deberían estar presentes antes de la audiencia. Entonces le pido que me cuente qué pasó, por qué se fue. Lleva tiempo en Estados Unidos, así que doy por hecho que entiende casi todo lo que le he dicho, aunque no hable inglés con fluidez; no obstante, espero a que Artea le traduzca.

En lugar de eso, la joven se inclina hacia delante, apoya las dos manos sobre la mesa y dice:

—Lo que tiene que entender es que, de donde venimos, la familia es lo más importante. Nada importa más, nada. Los hijos se hacen mayores y siguen viviendo con sus padres. No tienen elección, no pueden permitirse otra cosa, con treinta años, con cuarenta. Sin familia, no tienes nada, no tienes adónde ir. Es lo que le pasa a Vasel. No puede volver con su familia. ¿Quiere saber por qué? Por un rumor. En su instituto dicen que besó a otro chico. Es mentira. Pero la verdad no importa, como cuando dicen que una chica no es virgen. Nadie la creerá, el daño está hecho. ¿Entiende? Y en el norte, de donde venimos, la gente puede matarte por eso. La policía dice que no es asunto suyo. Ahora dicen que sí porque quieren entrar en la UE, pero es mentira. En el norte, en los pueblos, hacen lo que quieren, nadie se mete, nunca. Hace mil años que nadie dice nada. No importa lo que dice la UE. En resumen: hay un rumor, y estos hombres siguen a Vasel en una furgoneta, quieren hacerle daño. Pero aparece una mujer mayor y no lo pueden matar delante de ella, así que lo dejan allí. Esa es la única razón por la que está

vivo. Si vuelve, lo intentarán de nuevo. No importa dónde vaya, lo encontrarán.

Suena mi móvil. Es Jasmine Musa, la mujer de Joseph, probablemente me esté llamando otra vez por el tema de su medicación. Envío la llamada al buzón de voz.

Educadamente le hago saber a Artea que necesito la versión de Vasel, no la suya. Ella arquea una ceja y se sienta en la silla. Se suponía que con su versión bastaba. Estoy a punto de convertirme en otro burócrata inútil, alguien que no se entera de nada.

De mala gana, le dice unas cuantas frases en su lengua materna, luego se echa hacia atrás y espera. Vasel no me ha quitado los ojos de encima desde que nos sentamos, observando mi reacción a la historia que se cuenta sobre él. Habla en albanés —palabras breves, monótonas, pronunciadas sin descruzar los brazos— sin la pasión de Artea. Mientras ella traduce lo que ha dicho, él escruta mi cara con más atención si cabe.

—Empezó en el instituto —dice la joven con retintín, como diciendo «¿Ve? Lo que le había dicho»—. A los más pequeños les gusta gastar bromas, quieren impresionar a sus hermanos mayores, así que se burlaron de Vasel y de un amigo suyo. Y ya está, no hace falta más. La gente habla. Usted no sabe cómo son las cosas allí —añade, aparentemente incapaz de no deslizar un comentario de su propia cosecha—. Los niños se aburren, no saben qué hacer en todo el puto día, y los padres igual. Los padres hablan y hablan de lo que hace todo el mundo. Aquí la gente cotillea, pero no es lo mismo. Allí es como la religión, como los deportes, todos los días. Una chica va dos minutos por la calle andando con un chico y ya está. ¿Tienen permiso? ¿Se casarán? Y así todo el rato. Y lo de Vasel con ese chico es como la Super Bowl. Como la Pascua. La gente se vuelve loca. Pero no le dicen nada a la familia de Vasel, y a su padre menos. Eso es importante, debe entenderlo. Eso sería una deshonra para la familia y no se lo dirán a su padre a menos que estén totalmente seguros, porque si no tienen razón y dicen eso de su hijo, el padre

tendrá que proteger su honor, no tendrá otra elección. Pero todos los demás se enteran y lo van contando por ahí.

Cuando Artea termina, Vasel vuelve a hablar, esta vez se extiende más, si bien mantiene el mismo tono inexpresivo.

—Lo que está diciendo —continúa Artea— es que en el instituto, después de pasar esto, empezaron a tratarlo como a una mierda. Le quitaban los libros, le pegaban. Los profesores no decían nada, también se reían. Ya me callo, en serio, pero debe saber que lo que está diciendo es verdad. Así son los profesores. Si quiero una buena nota, tengo que pagar. No estoy mintiendo. Si tienes dinero, te dan una buena nota. ¿Entiende? De eso estamos hablando. Chicos y chicas, ¿queréis tener éxito? Pues ya sabéis lo que tenéis que hacer. Piénselo. La gente dice que odio mi país. Yo no lo odio. Es solo que no miento sobre él. En fin. A veces Vasel se escapa y no va al instituto, se da una vuelta por ahí. Por las carreteras de las colinas. Es muy bonita, la tierra de donde venimos, eso también es verdad. Se pasa varias semanas así. Pero entonces los niños más pequeños lo ven, saben que es allí donde va. Y después, esos hombres de la furgoneta lo siguen. Lo llevan al bosque, al arroyo. Y le dan una paliza. Le dicen que debe rezar a Dios, que van a matarlo, que va a morir. Hay un camino a lo largo del arroyo (yo sé cuál es), y entonces aparece una mujer, los ve y les dice a esos hombres: «¿Qué estáis haciendo?», y los hombres dicen que no es asunto suyo, pero ella se queda allí, no se mueve. Entonces empujan a Vasel al arroyo y le dicen que es su día de suerte.

Mientras la escucho contar la historia —un niño al que empujan a un arroyo, al que maltratan—, la oigo y, al mismo tiempo, no la oigo. Mis ojos zanganean hacia la otra punta de la sala de conferencias hasta posarse en las plantas de interior situadas sobre los archivadores de abajo. Sus hojas han empezado a marchitarse. Me pregunto si es por falta de riego o si forma parte de su ciclo vital. Y si se debiese a esto último, ¿por qué no me había dado cuenta antes, los inviernos anteriores?

—Estos hombres —digo—, los que te atacaron. ¿Quiénes eran? ¿Los conocías?

Antes de que Artea termine de trasladarle mi pregunta, la expresión de Vasel muda, un atisbo de interés atraviesa su flema. Siente curiosidad por lo que le he preguntado, o tal vez por el simple hecho de haberle preguntado algo. Pero entonces la chispa se apaga y su mirada de indiferencia regresa con el rigor de un actor que sabe interpretar tanto con la mirada como con las palabras. Por un momento, tengo la inquietante sensación de que estamos en un escenario, como cuando iba a clases de teatro en el instituto: los dos somos compañeros de escena; él finge un papel, pero yo no, y me siento expuesto, casi avergonzado. Y entonces, de pronto, la sensación se desvanece y él vuelve a ser un inmigrante que recela de mi pregunta. Lo cual es cierto. Su solicitud, el resumen de Artea, su propio relato de los hechos… Todo encaja demasiado bien, como suele ocurrir con las historias ensayadas.

Cuando responde a mi pregunta sobre los hombres, apenas pronuncia unas pocas palabras.

—Eran del pueblo —traduce Artea.

—¿Sabías quiénes eran? —pregunto.

—No —dice ella sin plantearle la pregunta—. No los conocía.

—¿Podrías decirnos qué edad tenían? ¿Cómo iban vestidos?

Ella se lo pregunta y él lo piensa un momento, luego dice algo breve. Artea se ríe.

—Más o menos de su edad —dice—. Cuarenta y tantos. Y vestían mal, como todo el mundo.

—De acuerdo —digo siguiéndole el juego para ver si me lleva a alguna parte—. ¿Y la mujer mayor? ¿La conocías? ¿También iba mal vestida?

Cuando Artea le formula las preguntas, es evidente que a Vasel no le hacen ninguna gracia. He debido de decir algo inapropiado, no he pillado la broma.

—No conoce ni a los hombres ni a ella —dice Artea después de preguntarle.

—¿Podrías ponerte en contacto con esta mujer si fuera necesario? ¿Se prestaría a declarar acerca de lo que vio?

Lo discuten brevemente.

—No —dice Artea al fin—. No sabe dónde vive.

—Una declaración de ese tipo sería de gran ayuda —insisto.

—No sabe cómo encontrarla.

—¿Denunció la agresión a alguien? ¿A la policía?

—¿Está loco? —dice Artea—. Solo se reirían de él. Y eso es lo mejor que le podría pasar.

Le vuelvo a decir que necesito que Vasel responda.

Le suelta mi pregunta con desdén y Vasel niega con la cabeza.

—¿Y tu familia? ¿Se lo has contado a alguien de tu familia?

—¿Es que no escucha? —replica Artea—. ¿No ha oído nada de lo que he dicho? Sería una humillación para su familia. ¿Usted haría algo así?

Que esté un poco grogui al final del día no tiene nada de raro, pero lo que me invade ante la pregunta de Artea es algo más que somnolencia. Es una fatiga que llega de golpe, fuerte como una poción mágica.

—Vale —digo obligándome a prestar atención—. Así que no denunciaste lo que pasó. Te lo quedaste para ti. Pero te dieron una paliza. ¿Cómo explicaste eso? ¿Qué les dijiste a tus padres?

Artea traduce sin disimular su desprecio hacia mí.

Vasel no responde de inmediato. Reflexiona sobre la pregunta, pero ya no me mira, su atención está en la puerta de salida.

Al no tener los ojos clavados en mí, puedo observarlo por primera vez. Rostro estrecho, hoyuelo en la barbilla. Cejas casi planas. Pelo negro azabache, corto por los lados y algo más largo por arriba. Un poco de fijador para que el flequillo se mantenga en su sitio. Un chico europeo, así le habríamos llamado en el instituto.

Su respuesta, cuando llega, consiste en una única frase, casi un susurro dirigido a Artea.

—Les dijo a sus padres que fueron sus hermanos mayores en el instituto. Que ellos le dieron la paliza.

No consigo reprimir el siguiente bostezo, pero al menos me tapo la boca. De repente estoy exhausto. Probablemente por eso estoy haciendo mal la entrevista, empezando por la agresión en vez de por el contexto, un error de principiante. A juzgar por sus miradas, ambos están deseando salir de aquí.

—Vale —digo, e intento cambiar de tema—. El viaje a Estados Unidos. El pasaporte, ¿cómo lo conseguiste?

Hablan sobre este punto más de lo necesario.

—Lo compró en Tirana —dice Artea.

—Diez mil dólares, ¿no? —le pregunto sin molestarme ya en dirigirme a él.

—Lo ayudé yo —aclara Artea, más desafiante que convincente—. Pero ¿qué más da? Los cotilleos, ese es el problema, ¿vale? Yo debería saberlo. Esa es una historia más larga, no se la contaré, es irrelevante para esto. Pero créame, debería saberlo. Son mentiras y chismes. Y matan a la gente por eso. Ese es el motivo de que hayamos venido aquí, se supone que usted va a ayudarlo.

Ya es bastante tarde cuando llego a casa y salgo a correr. Bajo hacia el parque que están construyendo en el litoral de Brooklyn. Los muelles son como plazas oscuras que se adentran en el río Este. Solo está iluminado el que alberga los campos de fútbol, donde los jóvenes trotan en manada por el césped brillante. Al fondo de Atlantic Avenue, las puertas de la empresa proveedora de cerveza están cerradas. Columbia Street parece tranquila. El vagabundo que siempre lleva diez o más capas de ropa —haga frío o calor— está sentado en su rinconcito, al final de Kane Street, leyendo un periódico bajo la luz de una farola. A estas horas no llega el hedor del matadero de aves, las rejillas de ventilación están cerradas. A la vuelta de la esquina, una furgoneta que remolca un carrito de comida está aparcando en un garaje lleno de carritos similares. En el puerto de mercancías no se oye ni un ruido; las enormes grúas, delimitadas por focos de seguridad, se perfilan contra la bruma

nocturna. Más allá, las luces de las farolas guían a los camiones hasta las entradas de los almacenes. A lo lejos se encuentra la terminal de cruceros, con su aparcamiento inmenso y vacío. Las aguas se deslizan a sus anchas por el canal. Al otro lado, la isla Governors es todo árboles velados de oscuridad.

No hay tráfico en Conover Street. Los chavales fuman y posan en un banco del parque, junto a la desembocadura del canal. La valla está cubierta de enredaderas. Detrás de unos bloques de hormigón, las furgonetas de la autoridad metropolitana de transporte abarrotan el solar donde acaba la hierba, donde el extremo de Columbia Street se sumerge en el agua. El viento sopla con fuerza desde el puerto. Un pescador solitario está apostado junto a la barandilla, los Bee Gees suenan en la radio que lleva enganchada a la nevera. No me ve en la oscuridad.

Al llegar a la puerta del depósito de vehículos, doy media vuelta y emprendo el camino de regreso. Y allí, al norte, al otro lado del canal, veo el viejo elevador de granos enorme y abandonado, una estructura por la que he pasado cientos de veces sin apenas fijarme. Pero esta noche, bajo la luz turbia y amarillenta que en la metrópolis toman por oscuridad, esos silos gigantes con motitas grises y blancas se me antojan radiografías de columnas vertebrales, como si la añosa estructura se mantuviese en pie gracias a criaturas que murieron hace mucho tiempo. Y entonces, de repente, me acuerdo del albanés. ¿Qué cosas no me dijo?

Al llegar a la puerta de mi edificio, en el extremo norte de Brooklyn Heights, me doy cuenta de que me he olvidado las llaves. Parece imposible. Nunca, en los diez años que llevo viviendo aquí, me las había olvidado. Alguien que sale en ese momento me deja entrar, me subo en el ascensor e imagino —sin llegar a creérmelo— que tal vez, por lo que sea, me he dejado la puerta abierta. Pero, por supuesto, está cerrada. Al final del pasillo, tras las paredes, el *schnauzer* ladra. Su dueña, mi vecina, solo sale por la noche, muy

ocasionalmente, para comprar comida que lleva en un carrito. La forma en que trata a ese animal es cruel, eso dicen los vecinos de esta planta. Casi nunca la veo, ni a ella ni al perro. Huelga decir que no tiene llave de mi piso, ni yo del suyo.

Bajo de nuevo al vestíbulo, llamo a un cerrajero y pido comida a domicilio. Media hora más tarde no ha aparecido nadie y ya me he saciado de leer noticias en el móvil, así que compruebo la lista de mensajes de voz y reparo en el que me dejó mi hermana la semana pasada. No sé qué me impulsa a llamarla, pero eso es lo que hago.

—Qué tarde —dice cuando contesta—. Debería estar durmiendo. Te conté que a Nor-person le han puesto un respirador, ¿verdad? —En algún momento del año pasado, por razones que no tengo claras, Liz empezó a referirse a Norman, su marido, como Nor-person—. El sonido que hace me recuerda al calentamiento global. Como si la calidad del aire se hubiera vuelto pésima y Nor-person lo estuviera filtrando, y yo no, claro. ¿Tiene sentido lo que digo?

Poco de lo que dice mi hermana tiene sentido para mí. No desde que éramos adolescentes. Durante mucho tiempo vivió en Seattle, todo lo lejos que pudo irse, y allí estuvo trabajando en bares y cafeterías y saliendo con una serie de hombres de los que hablaba *ad infinitum* cuando teníamos más contacto: un mecánico de bicicletas que vivía en el desván de sus padres, un viejo batería de una banda *grunge,* un tatuador al que, para horror de nuestra madre, Liz dejaba practicar con ella… Narraciones dilatadas y excéntricas, como si su vida fuese una comedia de enredos que la hacía reír a carcajada limpia. En algún momento se hizo tarotista y, más tarde, facilitadora de reiki. Un día, a los treinta y pocos, anunció que iba a casarse con un ingeniero de *software* llamado Norman que participaba en campeonatos de videojuegos y acogía a perros grandes, y que iban a mudarse a Portland, Maine, para estar cerca de la madre de él, que estaba enferma. Y lo más inexplicable de todo es que hace cuatro años decidió tener un hijo, cuando hasta entonces siempre había mostrado animadversión ante la simple idea de ser madre. Su última pasión —y trabajo— es ayudar a organizar

cosplays, convenciones de frikis que se disfrazan de personajes de cómics o algo así. Norman, Charlie y el perro la acompañan en sus viajes. Soy incapaz de imaginarlos siquiera, tampoco entiendo qué es lo que lleva a mi hermana a hacer todo eso, pero cada vez hablamos menos y me resulta difícil seguirle el hilo. Hace año y medio o más que no la veo, desde que estuvieron los tres en Filadelfia, en una convención, y a la vuelta pasaron por Nueva York.

—Y bueno —dice Liz—, ¿a qué se debe el honor? Nunca me devuelves las llamadas.

—Eso no es verdad —repongo.

—Qué mal mientes. Nunca se te ha dado bien, lo sabes, ¿verdad? Ni siquiera con los deberes del colegio. Aunque bueno, eras muy aplicado, siempre los hacías. En fin, ¿de qué estamos hablando?

—Del mensaje en el buzón de voz.

—Dios —dice—, suenas como Nor-person. Igual de cuadriculado. Por cierto, lo tengo a prueba: como siga así de aburrido, me divorcio. Pero no puedo decir nada malo de él ahora mismo porque se está ocupando del cagoncete por la noche. No te puedes hacer una idea. Mi hijo caga como un gran danés. Es rarísimo. No es diarrea, es compacto, pero muy voluminoso. Como mojones de toro. Nor-person dice que es algo psicológico, pero claro, según él, todo es psicológico. A mí lo que me gustaría saber es de dónde viene todo esto.

—Vaya, lo siento —digo.

—Mientras tanto, Maisie, nuestra perra de verdad (en la protectora saben que somos incapaces de negarnos y nos endilgan a todos los perros enfermos), tiene un tumor en el riñón. ¿Qué se supone que debemos hacer? ¿Dejarla morir? Pero ¿por qué estoy contándote todo esto? Ah, vamos a ir a ver a mamá y a Clare, por eso te llamé.

—¿No fuisteis a verlas hace poco? —pregunto.

—Tu sentido del tiempo anda regular, ¿eh? Estuvimos en Navidad, cuando la gente normal (no como tú) visita a sus familias. En fin, lo que quería decir es que te vengas con nosotros. ¿No te apetece

estar con tu sobrino? ¿Ver a mamá? Hace, no sé, años que no la ves. La verdad es que ya te vale. ¿No podrías hacer un esfuerzo de vez en cuando? Así me ayudas a sonsacarle más cosas de nuestro árbol genealógico. Te dije que estoy rastreando nuestro pasado familiar, ¿verdad? Para que el cagoncete sepa de dónde viene. Por parte de papá todo es muy normal, trabajadores alemanes e irlandeses de Minesota: cerveza y vacas. ¿Pero sabías que el tataratatara-etcétera-abuelo de mamá era un capitán de la expedición británica que echó a los holandeses de Manhattan?

—No —digo, desconcertado por el interés de mi hermana en este tema. No le pega nada de nada.

—Pero recuerdas a papá diciendo que mamá era una esnob, ¿verdad? —continúa Liz—. Era por su familia: colonial, anglicana, muy estirada y presumida. Ella le decía que eso era una estupidez, que toda esa historia no tenía nada que ver con ella, pero ahora me doy cuenta de que en realidad no quería hablar del tema. Sus antepasados no encajan con su visión política. No quiere tener nada que ver con ellos. Seguro que por eso pasa de mí cuando le pregunto. A ti, que eres experto en inmigración —dice—, ¿no te produce curiosidad saber cómo llegamos hasta aquí?

Al otro lado del vestíbulo, un hombre blanco, unos diez años mayor que yo —gay por la precisión de su corte de pelo y por lo ajustado que le queda el traje— está abriendo su buzón. Lo he visto antes varias veces, siempre solo. Solo tiene publicidad. Saca una factura del montón de folletos y tira el resto a la papelera de reciclaje.

—¿Hola? —dice Liz—. ¿Sigues ahí?

—Sí, sigo aquí.

—La cuestión es que tienes un mes entero. No nos vamos hasta mediados de abril. Te aviso con tiempo para que te organices y no te inventes ninguna excusa cutre.

—Vale —digo—. Lo pensaré.

—Ya. Eso dices siempre.

A través de la puerta de cristal, veo acercarse al repartidor. El cerrajero está justo detrás de él.

—Tengo que irme. Ha llegado mi cena.

—Eres muy raro —dice mi hermana—. Lo sabes, ¿verdad?

De niños odiábamos los sermones de nuestra madre. Eran las partes más largas y aburridas de aquellos servicios largos y aburridos. Una perorata sin fin. Dos lecturas, un pasaje del Evangelio, y luego se subía al púlpito y nos remataba del todo. Siempre empezaba burlándose de sí misma, alguna bobada doméstica y cotidiana que recibía un tímido carcajeo y el reproche susurrado de mi hermana: no se le ha quemado ninguna tortita; de hecho, no ha hecho tortitas.

Entonces decía: «En las lecciones de esta mañana», y yo empezaba a contar las piedras del muro gris que tenía detrás, perdiendo la cuenta cada vez que Liz, para entretenerse, me daba un puntapié en la espinilla. Luego llegaba la parte de «Cristo no es un extraño, él está en nosotros», que marcaba el comienzo de lo que nuestro padre llamaba «El rapapolvo a los liberales». Eran los pasajes más largos, sobre los pobres de otros países, o los niños enfermos por falta de alimentos, o sobre las políticas del Gobierno en Centroamérica, el tema que más irritaba a nuestro padre a juzgar por lo mucho que inclinaba la cabeza, más que cuando rezaba. Él habría preferido quedarse en Virginia en vez de mudarse a Longfield, ese pueblo al oeste de Boston —un lugar para gente estirada, eso decía—, pero allí es donde estaba la iglesia de San Esteban, la única congregación episcopal dispuesta a contratar a una mujer para dirigirla. Y por eso nos mudamos allí, cuando estábamos todavía en primaria, y él alquiló una oficina y un almacén para guardar todos los aparatos de iluminación y cables y empezó otra vez desde cero con su negocio de venta al por mayor, y aunque no le iba demasiado bien, casi nunca se quejaba.

Cuando, desde el púlpito, nuestra madre entonaba las palabras «Y todos los aquí congregados», sabíamos que había llegado el principio del fin. Su voz se volvía más lenta y profunda. Y yo

prestaba atención a lo que decía porque ese ritmo lento y profundo coincidía con el que era, según mi imaginación, el ritmo de sus pensamientos mientras leía aquellos libros en su despacho, y yo quería entender qué era lo que la absorbía hasta el punto de no oír siquiera nuestras voces en la casa.

—El formulario está sin rellenar —anuncia Monica, de pie junto a mi mesa, su primer día después de las vacaciones—. ¿Por qué? ¿No quedaste con el albanés?

Contemplo en su teléfono una foto de Vermont que me ha enseñado: un campo lleno de nieve y una franja de árboles de hoja perenne bajo un cielo azul y luminoso. Le devuelvo el móvil y le pregunto de qué está hablando. Me tiende el formulario. Está casi vacío.

—Creo que apunté algo en mi cuaderno —aclaro—. En cualquier caso, eso no va a ninguna parte. ¿Cómo se llamaba?

—Marku —responde—. ¿Por qué dices que no va a ninguna parte?

—Su historia —digo intentando recordarla—. No se sostenía.

—¿Quieres decir que tu radar gay no detectó nada? ¿Llegaste a entrevistarte con él?

—Sí, le hice la entrevista de evaluación.

—Entonces rellena el formulario —dice—. Y envíale el listado de recursos.

Cuando Monica se va, vuelvo a mirar el impreso. «Empezó en el instituto», esas son las únicas palabras escritas. Hojeo el cuaderno, pero tampoco hay constancia de nuestra conversación. Empiezo a buscar en mi escritorio un bloc donde podría haber anotado algo más, pero entonces Jasmine Musa llama para decir que van a trasladar a varios detenidos del centro donde se encuentra su marido, no dicen adónde, y teme no volver a verlo si lo envían a otro estado, y luego de vuelta a Sierra Leona, donde la policía de Freetown lo quiere muerto.

—No se lo van a llevar a ninguna parte —le aseguro—. No mientras tenga una audiencia en Nueva York. —Eso mismo es lo que le digo a Joseph esa misma tarde cuando quedo con él en una habitación luminosa y sin ventanas situada en la zona de recreo del

pabellón de hombres del centro de detención y deportación de Bergen. Es un hombre de unos treinta años, de pectoral ancho y cara redonda; tenía la cabeza afeitada cuando lo conocí, pero ahora está cubierta por una pelambrera desaliñada. Su piel ha adquirido un tono cetrino desde que llegó aquí. Jasmine dice que casi no puede comer. El Departamento de Seguridad Nacional no tiene ninguna razón de peso para no dejarlo en libertad condicional antes de la audiencia; de hecho, aún podría liberarlo, pero no ha sido el caso. Jasmine ha estado en Freetown recopilando declaraciones de su madre, de su primo y de un compañero de trabajo; todos aseguran que Joseph testificó ante la comisión anticorrupción para denunciar que un agente tributario lo sobornó y que, tras la testificación, lo arrestaron y lo encerraron durante dos meses, y que cuando regresó a casa tenía el cráneo fracturado y laceraciones en la espalda. Jasmine está intentando reunir también los informes médicos, los cuales —le repito— deben estar correctamente fechados. Antes de que el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas lo detuviese, tenía un trabajo decente en una empresa de logística de Teaneck, pero ya no.

También tenemos que preparar la declaración jurada de Joseph, motivo por el que estoy aquí. Repasamos brevemente las cuestiones básicas, pero cuando llegamos a su comparecencia ante la comisión anticorrupción, no deja de hablar de un comisario en particular que resulta ser el hermano del agente tributario que lo sobornó y que, según él, estaba intentando desacreditar la investigación desde dentro para dejarlo por mentiroso. A partir de ahí, la historia no hace más que enredarse —el agente en cuestión es copropietario de un negocio con el policía que detuvo a Joseph— y yo no tardo en perder el hilo.

A través del vano sin puerta de la sala de recreo veo a otros tres hombres sentados en sillas de plástico esperando para hablar conmigo: un cliente —Kabir Nath, bangladesí, veintiocho años, detenido tras una condena por hurto menor— y otros dos pendientes de la entrevista inicial de evaluación, uno mayor,

balcánico o de Europa del Este, y un hombre latino de unos treinta años absurdamente ataviado, teniendo en cuenta dónde estamos, con unos pantalones de algodón rojo chillón y una camiseta amarillo pollo.

Si voy a hablar con alguno de ellos, lo que necesito de Joseph no son las políticas intestinas de Freetown, sino lo que los funcionarios del Gobierno le hicieron en la cárcel. Pero él no quiere hablar de eso.

—No digo que la comisión no importe —aclaro—. Pero la historia que estamos contando es acerca de usted. De cómo lo torturaron por hacer las cosas como es debido.

—Lo que me hicieron a mí, eso no puede considerarse tortura —dice juntando las manos sobre la mesa y apoyando el peso sobre los antebrazos—. Pero sí oí cómo torturaron a otros.

—La cuestión es que tenemos que concretar muy bien lo que ocurrió en la cárcel. No se preocupe ahora por la definición.

—¿Quiere que sea concreto? —dice—. De acuerdo. No estuve en una cárcel. No me mandaron allí. Porque no había cargos.

—¿A dónde lo llevaron?

—A un edificio que hay al lado de la estación, me metieron en un cuarto. En mi propio barrio, cerca de mi casa. Reconocí los ladridos de los perros. También me pareció oír a Jasmine, porque sabía que iría y se pondría a gritarles a los policías, pero no estaba seguro y, por supuesto, esperaba que no fuera ella, porque si ella les hubiera plantado cara, siendo como es, seguro que le habrían dado una paliza o algo peor. Y ella no tenía dinero para sobornarlos y sacarme. Por eso era mejor que no fuera. En fin, que si quiere que sea concreto, allí es donde me llevaron. No a la cárcel.

—De acuerdo —digo, y lo anoto en el bloc intentando no repetir mi error con Vasel. Aunque pronto mi atención se desvía de nuevo, esta vez hacia los hombres que están esperándome o, más exactamente, hacia las sillas donde están sentados: de plástico beis y patas cromadas, las he visto incontables veces, pero hoy me traen a la memoria las sillas de la cafetería de mi instituto, que eran casi idénticas, con el asiento y el respaldo creados a partir de un único

molde curvo, con conteras metálicas sujetas a las patas por un cojinete que te permitía reclinarte hacia atrás sin caerte, que era lo que yo hacía, imitando a Jared, el chico al que amaba y en el que llevaba no sé cuánto tiempo sin pensar. Estas sillas son viejas, tal vez procedan de algún colegio de la zona, y ahora sirven en otro edificio público. Una cárcel del condado que recibe fondos del Servicio de Control de Inmigración y Aduanas para alojar a Joseph y a Kabir y a todos los demás detenidos que merodean por las celdas que se extienden más allá de esta estancia.

—¿Me escucha? —pregunta Joseph.

—Sí —respondo—. Le escucho.

Un guardia que conozco viene una hora y media después y dice:

—Se acabó el tiempo.

Al igual que Monica, intento ser amable con todo el personal —por si eso pudiese granjearme alguna ventaja—, y cuando le pido cinco minutos más, el guardia se marcha sin decir sí o no, lo que me da tiempo para explicarle al bosnio-croata de cincuenta años condenado por evasión de impuestos que, dados los años transcurridos desde las guerras balcánicas, es difícil demostrar que tenga miedo a ser perseguido en su país, y que es mejor que argumente que su familia sufriría dificultades extremas si fuese deportado, y que, sintiéndolo mucho, nosotros no podemos ocuparnos de su caso. Suelta un exabrupto, no sé si a mí o a sus circunstancias, es difícil saberlo. Salgo de la sala y atravieso el pasillo de luz verdosa acompañado por el guardia.

—Ojo con ese, intentó meterle mano a un niño en la ducha —comenta.

Es el tipo de cosas que dice sobre mis clientes. Lo expresa sin agresividad; más que advertirme, lo que quiere es dejar constancia del desagrado que le produce su trabajo antes de ir a la sala de control y dejarme salir.

* * *

Son las nueve y media cuando vuelvo a Brooklyn Heights y le envío un mensaje a Cliff. Aparece media hora más tarde con un leve olor a marihuana y se repantinga en el sofá mientras me observa cenar en la mesa.

—¿Qué haces ahí? —pregunta con una sonrisa poltrona—. Cubiertos, servilleta, vino… ¿Estás celebrando algo?

Miro la servilleta, un cuadrado de lino azul desvaído. Debí de cogerlas de la rectoría cuando mi madre dejó el trabajo y se mudó. Ahora que lo pienso, puede que sean las únicas servilletas que tengo. Lo cual es extraño. No sé por qué me he molestado en usar una esta noche.

—Si quieres, otro día puedes invitarme a cenar —sugiere Cliff—. Podríamos hablar y todo.

Está tumbado con los brazos en alto y la cabeza apoyada sobre los dedos entrelazados, la camiseta se le ha subido un poco, dejando unos centímetros de barriga al descubierto.

Igual que Jared en cierta ocasión.

Me pregunto por qué viene. ¿Para sentirse más joven? ¿Es eso lo que busca Cliff? Un tío que viste con camisa y corbata y que vive en un barrio respetable. Cierta sensación de adultez.

—Por ejemplo —dice—, podríamos preparar algo de comer, poner la mesa. Yo podría decirte: «Hola, cariño, ¿qué tal el día?».

Su tono está a medio camino entre el sarcasmo y la ternura. Como si quisiera decir «cariño» pero supiera que no puede. Como si fingiera, solo por un momento, que lleva todo el día aquí, sin mí, cuidando de nuestro nidito.

Mis ojos vuelven a posarse en la franja de piel desnuda que su camiseta ha dejado a la vista. Apuro la copa de vino, atravieso el salón y me arrodillo frente a él.

—Y luego tú me dices: «Cariño, he tenido un día genial, estoy loco por contarte todas las cosas interesantes que he hecho hoy».

—Estás fumado, ¿verdad? —le digo.

—Un poquito —responde.

Levanta la cabeza desde su posición supina y observa cómo le bajo la cremallera de los vaqueros.

—Luego te cuento todas las cosas interesantes que he hecho yo —continúa—, y las aburridas también, y tú me escuchas, y así nos pasamos el día entero.

Cliff quiere ver cómo me meto su polla en la boca, pero pongo la mano para bloquearle la visión, y entonces inclina la cabeza hacia atrás. Y yo cierro los ojos y me veo a mí mismo, como de lejos, en una vida anterior, apoyando la mejilla en el vientre de otro chico.

De niño, cuando mi padre volvía del trabajo, yo siempre salía de casa —si hacía bueno— e iba hasta el final de la calle para recibirlo.

Nada más verme, inclinaba la cabeza y entrecerraba los ojos, y al llegar a la señal de *stop* donde yo estaba esperándolo, decía: «¿Es usted Peter Fischer? ¿El mismo joven con el que he desayunado esta mañana?».

Entonces yo agarraba su maletín por las esquinas y él cogía el asa con fuerza, esa carcasa dura y negra con una tira de cromo en el centro que contenía todos sus papeles. Forcejeábamos hasta que él aflojaba su agarre inquebrantable y me dejaba llevarlo el resto del camino a casa.

Si le preguntaba, volvía a describirme el montacargas de su almacén que sacaba las enormes cajas de madera de los camiones, cajas llenas de tubitos, cables y bombillas que su empresa vendía a constructores y ferreterías y que a veces enviaba a otros países, a los que él viajaba de vez en cuando para venderlos, y toda esta actividad estaba controlada de algún modo en los papeles que guardaba en el maletín. Todas las mañanas lucía un afeitado apurado y todas las noches asomaba una sombra de barba negra que los fines de semana transformaba sus mejillas en papel de lija. Iba con traje incluso en pleno verano, y volvía a casa con la chaqueta colgada del hombro, las axilas de la camisa empapadas de sudor, el nudo de la corbata flojo y el botón superior desabrochado por debajo de la nuez.

Yo lo acompañaba desde el final de la calle hasta la casa, menos de cuatrocientos metros, cuatro caminos de acceso y un corto tramo de bosque, deseando que el trayecto fuese más largo, sabiendo que una vez en casa ya no estaríamos solos y que después de cenar él pondría los papeles del maletín encima de la mesa de la cocina y se

quedaría mirándolos fijamente, igual que nuestra madre hacía con los libros.

A veces, mientras caminábamos, yo le preguntaba por el pasado, por su vida antes de que naciéramos, cosas que me costaba imaginar, y él me acariciaba el pelo con una mano y me decía: «No tienes que preocuparte por eso».

Gracias a nuestra abuela, durante una de las escasas visitas a Saint Paul que hacíamos para verla, Liz y yo nos enteramos de que nuestro padre estuvo trabajando en un oleoducto en los bosques del norte de Minesota, justo después de terminar el instituto.

Nuestra abuela vivía aún en la casa donde mi padre se crio con sus cinco hermanos, al final de una calle junto a una valla metálica cubierta de enredaderas, motivo por el que era posible oír la autopista pero no verla. La casa tenía un porche amplio y ventanas de tejado en los cuartitos de la buhardilla donde dormíamos Liz y yo. Nos preparaba gofres con puré de frutas y se fumaba un cigarro mientras observaba cómo nos los comíamos; detrás de ella, en la pared, había fotos de sus hijos y nietos dispuestas bajo una cruz negra lacada.

—Sí —dijo—, vuestro padre abrió un camino que atravesaba esos bosques. Cuatro hombres en una choza con un solo retrete y un lavabo. Ahí es donde se rompió el brazo. Eso lo cambió todo, porque si no se lo hubiera roto, su vida habría sido muy distinta. Nunca habría conocido a vuestra madre, o a una mujer como ella: del este. Vosotros dos no existiríais. Él era un crío por aquel entonces. Su idea era estar un verano en el bosque y listo, pero se le daba muy bien, era muy trabajador, igual que su padre. Le subieron el sueldo, lo pusieron al volante de una excavadora, y claro, empezó a hacerse ilusiones. Decía que se estaba labrando un futuro. Pero entre los trabajadores había una manzana podrida, un fulano que siempre se metía en líos, y al final se pelearon, él y vuestro padre. Una pelea muy fea. Creo que enviaron al tipo a otra parte, pero vuestro padre se rompió el brazo. Fue entonces cuando volvió aquí y empezó a hacer cursos por correspondencia para gente que quería dedicarse a

los negocios y cosas así. Justo ahí —dijo nuestra abuela señalando el salón con el cigarrillo—. Se pasaba la mitad de la noche despierto. Lo del oleoducto dejó de interesarle. No hacía otra cosa que estudiar los libros esos. Y en algún momento se le metió la idea en la cabeza (no fue cosa mía) de hacer un viaje a Europa. Eso fue en 1960 o 1961. Quería hacer el viaje antes de atarse a un trabajo. Tenía dinero ahorrado, en el bosque no había nada en qué gastarlo, así que eso no era un problema. Dijo que quería ver el lugar donde su padre luchó en la guerra. A mí me parecía que era una locura. Por aquel entonces la gente no iba a Europa como va ahora. Pero, si no llega a ser por eso, nunca habría conocido a vuestra madre. Y todo porque alguien le rompió el brazo. No me malinterpretéis —dijo mientras recogía nuestros platos—. Vuestra madre es una mujer admirable, siempre lo ha sido. Pero para que veáis lo que son las casualidades del destino.

De camino a la casa de reuniones para asistir al círculo que iba a celebrarse esa mañana, Ann vio a Roberta salir del coche y se quedó esperándola. Su amiga siempre le dedicaba una sonrisa beatífica al comienzo del día. Aquella mañana, en concreto, la sonrisa estaba enmarcada en uno de los gorros de lana roja y blanca que tejía por docenas y repartía gratis. No importaba lo bien o mal que hubiese dormido o los problemas que le causara la artritis: cada vez que se veían, a Roberta se le iluminaba el rostro. Y beatitud era lo que Ann sentía al ver a Roberta. Agradecimiento por su constancia y sus cuidados. Ella era la jefa de la sacristía que contrató a Ann para dirigir la iglesia de San Esteban tantos años atrás. Creyó en ella desde el momento en que se conocieron y siguió creyendo en ella a pesar de los problemas que le supuso dejar a Richard y estar con Clare. Y Roberta fue la primera persona a la que Ann confió sus planes: la idea de crear esta comunidad. Roberta la entendió enseguida. Y, para sorpresa de Ann, no solo la entendió, sino que se unió al proyecto. Cuando se mudaron aquí, las tres tuvieron que romper con la concepción, que habían tenido hasta los cuarenta, de sus propias vidas, pero sobre todo Roberta. Una mujer heterosexual con un matrimonio moderadamente feliz, terapeuta de éxito en un barrio residencial de Boston donde había pasado la mayor parte de su vida y donde seguían viviendo sus padres y hermanos. Pese a todo, en los dos o tres años en que el proyecto tardó en concretarse mediante la compra del terreno, esta no dudaba en comunicar —siempre con mucho tacto— a todo el mundo, incluidos los miembros de la sacristía de San Esteban, que iba a dejar atrás aquella vida. Su matrimonio, después de esfuerzos considerables, consiguió sobrevivir —Gavin se mudó con ella—, pero lo que más maravillaba a Ann era que, incluso durante los primeros días inciertos de Viriditas, cuando no sabían siquiera si alguien asomaría

las narices por allí, Roberta jamás dudó de su decisión. Echaba de menos tener a su familia cerca. No le gustaban los inviernos tan largos. Pero creía en el trabajo que hacían las tres: antes y ahora.

Se abrazaron sin necesidad de decir nada y avanzaron juntas por la hierba aún jaspeada de nieve.

Dentro de la casa de reuniones, Ann encendió las luces mientras Roberta trasteaba con los calefactores eléctricos.

—Recuérdame quién viene esta mañana —dijo Ann.

—Deborah Weber —respondió Roberta—. La capellana del hospital.

—Ah, ya. La del grupo de Pittsburgh. —Una mujer blanca de cincuenta y tantos, su primera vez en Viriditas. En las reuniones que habían tenido hasta el momento apenas había intervenido.

—Es la única del grupo que no tiene alergia alimentaria —añadió Roberta—, de ahí mi simpatía por ella.

Las tres se turnaban para ayudar a las huéspedes a preparar la comida en la cocina del granero, una tarea con la que solo Clare parecía disfrutar.

Ann cruzó la enorme sala diáfana y descorrió las pesadas cortinas del fondo, que habían colgado para conseguir un mayor aislamiento. Mirando a través del cristal, vio la parte trasera de la propiedad, el huerto y el prado. A pesar del frío, allí estaba Jeanette, la encargada del mantenimiento, con su camisa de cuadros y sus vaqueros habituales, esparciendo mantillo en los parterres de ruibarbos y espárragos. Todos imaginaban que Ann, Clare y Roberta, fundadoras de un retiro para mujeres en el rural Vermont, serían unas jardineras fabulosas, pero nada más lejos de la realidad. Clare había echado la culpa a las tomateras cuando se marchitaron después del primer verano. Roberta se había convertido en una carpintera medio decente, pero los temas de jardinería se los dejaba a su marido. Y Ann ni lo había intentado siquiera. Nunca tuvo interés ni, por supuesto, tiempo. Sin Jeanette, la parcela sería un campo de malas hierbas. Jeanette era una mujer de la zona de unos cuarenta años. Al principio acudía como invitada a las reuniones dominicales —hacía

ocho o nueve años—, luego iba como voluntaria para ayudar en el huerto, y al poco pasó a ser empleada a tiempo completo con su propia habitación en el granero. De las tres, Ann era la más cercana a ella y la que más se alegraba de su presencia.

—Hola —dijo Clare acercándose a Ann para darle un beso en la sien.

—No te he oído entrar —dijo Ann apartando la mirada de Jeanette.

Clare llevaba un jersey viejo de lana azul oscuro con agujeros en ambos codos, ya zurcidos, y su abrigo de lana negra. El aliento le olía a café.

—¿Has dormido bien?

—Bastante bien —respondió Ann.

—Ey, vosotras dos —dijo Roberta—. Yo sola no puedo con esto.

—Perdona —dijo Ann alejándose de Clare para ayudar a levantar la mesa baja. La colocaron en el centro de las cuatro sillas que estaban en el centro de la estancia.

Antes dedicaban tiempo a preparar estos círculos, y pedían a cada mujer que escribiese por adelantado un breve enunciado que las tres debatían la noche previa para decidir cómo enfocar la conversación. Pero Ann empezó a ver que esta práctica, más que ayudarlas a profundizar, les restaba espontaneidad, y Roberta y Clare estuvieron de acuerdo en suprimirla. Ahora simplemente se dejaban llevar.

El golpe en la puerta fue débil pero audible. Roberta fue a abrir y dio la bienvenida a Deborah Weber, que se disculpó por la tardanza, y Clare se apresuró a decirle que no se preocupara, que había llegado bien. Tras conducirla hasta las sillas, Roberta le indicó que se sentara. La luz del sol que entraba por el cristal iluminaba sus mechones sueltos entrecanos, creando un halo tenue alrededor de su cabeza.

Un espíritu tranquilo, pensó Ann, al menos en apariencia, aunque cansado.

Deborah les sonrió con los ojos llorosos.

—Gracias por venir —dijo Ann—. Nos alegramos de tenerte aquí. Comenzaremos con unos instantes de silencio.

Deborah asintió y las cuatro se callaron.

Al principio medían la duración exacta de este momento de apertura y usaban un reloj de pared (que iba mal y lo quitaron enseguida), y luego un pequeño cronómetro que una de ellas controlaba, como si el ritual que habían inventado requiriese reglas que lo legitimasen. Pero ninguna de ellas se preocupaba ya de eso. Solo era cuestión de que el espacio y la gente que había en él se aposentasen. Una vez que esto ocurría, una de ellas rompía el silencio y el círculo daba comienzo.

El objeto que Deborah había traído para visualizar era una roca, un óvalo beis con un núcleo azul claro, el granito perfectamente separado de la arenisca que lo rodeaba, como si fuese obra de algún artista. Lo situó encima de la mesita, junto a las cuentas multicolores de Roberta, el amuleto de cobre de Clare y el anillo de plata con la cabeza plana de Ann, que ella misma se había hecho tiempo después de la muerte de Richard.

Deborah empezó hablando de su trabajo. Igual que hacía casi todo el mundo. Por algo concreto. Ingresó en el seminario imaginando que sería pastora, que trabajaría con una congregación y que llegaría a dirigirla. Pero sus prácticas en la capellanía la hicieron cambiar de idea. Pensaba que el hospital le resultaría deprimente y que querría salir de allí cuanto antes, pero entonces empezó a atender a los moribundos y la intensidad del trabajo la caló hondo. Todo lo demás se desvaneció —los médicos, los respiradores, los familiares afligidos—, era como si estuviese trabajando en un campo de espíritus casi puros, y sentía un agradecimiento profundo por la confianza que aquellos enfermos al borde de la muerte depositaban en ella.

Ni Ann ni las demás tuvieron necesidad de sonreír o de asentir con la cabeza para indicar que entendían lo que Deborah estaba diciendo. Ya le estaban brindando toda su atención. «Este proyecto se fundamenta en la larga amistad de las tres fundadoras —decía la

página web del centro—. Esta amistad es lo que ofrecemos a nuestras huéspedes como fuente de orientación y renovación». Lo cual era cierto. Su fuerza era la intimidad. Y la confianza. Al estar presentes las unas para las otras, tanto en los momentos difíciles como en los de mayor bonanza, también podían, como grupo, estar presentes para las demás. La mayoría de las mujeres que acudían al centro lo sentían. Lo intuían, sobre todo en los círculos. Y por eso podían prescindir de las convenciones sociales y de las inseguridades superficiales. Ninguna de las tres necesitaba indicarle a Deborah que estaban escuchándola. Ella lo sabía.

Les contó que se quedó en el hospital y que aceptó un trabajo como capellana adjunta. Habían pasado casi dos décadas desde entonces, y llevaba varios años siendo la capellana jefe. Lo que había empezado como una revelación se convirtió, inevitablemente, en rutina. Sus hijos ya eran adolescentes. Respetaban lo que hacía, pero no les hacía mucha gracia oír hablar de gente enferma y moribunda. Y aunque lo negó durante todo el proceso de divorcio, ahora entendía que su trabajo se había interpuesto en su vínculo matrimonial. Su marido, aunque no se atreviera a decirlo —y ella seguía reprochándoselo—, jamás se sentía tan importante como los enfermos a los que ella atendía, personas que estaban en sus últimas horas de vida. Al principio, el hospital funcionaba como una organización sin ánimo de lucro, pero luego pasó a manos privadas. Había auxiliares que necesitaban formación, y recortes de gastos contra los que luchar, faltaban cuidados paliativos y sobraba sufrimiento. Deborah empezó a sentirse menos presente para los enfermos. Cada vez le costaba más librarse de la convicción de que estaba fallando a la gente precisamente en el momento crucial, cuando más la necesitaban.

Era en esos momentos, después de que las mujeres se desahogasen y explicaran por qué habían buscado el centro y el círculo, cuando Ann sentía con más fuerza el impulso de tranquilizarlas. De ejercer de pastora y de madre. Después de todo, ella sabía perfectamente lo que era estar casada con un hombre que

se sentía menospreciado por el trabajo de su mujer. Pero intervenir de inmediato sería como rehuir el peso emocional del momento. En este caso, el paso del tiempo, el declive de una vocación. Nada de lo que ellas tres dijesen podía cambiar eso. Y nada de lo que se dijera sin reconocer este hecho valdría la pena ser pronunciado. A la gente apenas le quedaba hueco para llorar la pérdida de otros, mucho menos la pérdida de fragmentos de sí mismos. Y, sin embargo, son esos retazos no llorados los que a la postre nos atormentan. Clare y Roberta lo expresarían de otra manera, pero estaban de acuerdo. La necesidad de resolver los problemas de la gente era uno de los mayores obstáculos de su trabajo. Por eso era tan importante dejar espacio al silencio en esos momentos concretos.

Clare habló primero, como era habitual. Le venía un poco de serie, ya que había sido profesora y, más tarde, decana. Emanaba cierto halo de autoridad. En la mayoría de los casos se trataba de un hecho, no de un problema. Un hábito del que las tres eran conscientes, del que discutían cuando suponía un impedimento, pero que era bien recibido en el resto de las situaciones. Y Ann la quería por ello. Desde el principio. Esa mujer que, pese a su audacia, había acudido a ella en busca de consuelo.

—Estás describiendo una especie de contacto —dijo Clare—, una comunión que a todas luces es muy importante para ti. Pero la institución se interpone, te asfixia. El espacio para hacer el trabajo se reduce, ya se ha reducido. Quizá lleve mucho tiempo así. No necesito decirte todo esto. Pero así es como empezamos, haciéndote saber lo que percibimos de ti. Parece que antes había al menos un contenedor parcial, pero ahora se supone que tú también eres el contenedor. Lo cual es prácticamente imposible (que una persona ocupe a la vez el espacio exterior y el interior). Te han asignado un cometido que cada vez te resulta más imposible, pero lo cumples de todos modos, lo cual no es raro. Nos dan estas tareas inalcanzables y las asumimos. Y luego nos echamos la culpa cuando las cosas se tuercen.

Roberta se aseguró de que Clare había terminado antes de inclinarse ligeramente hacia delante.

—Todos los años que llevas haciendo eso —dijo—, incluso antes de los cambios que estás describiendo, es demasiado contacto con la muerte. También hay enfermos que mejoran, por supuesto. Pero aun así, con el tiempo, son muchas muertes. ¿A dónde va el peso de todo eso? ¿Cómo se desplaza a través de ti? ¿Se desplaza a través de ti? No estoy pidiendo una respuesta. Todas conocemos los consejos espirituales. Es solo que, cuando escucho tu voz, estas preguntas me acuden a la mente.

Ann estaba pendiente de Deborah, quería ver si seguía la inclinación natural de ofrecer una respuesta de inmediato, de tranquilizar también ella a Roberta y a Clare diciéndoles que tenían razón, que la habían entendido, que sí, que eso era exactamente lo que le pasaba. Pero no lo hizo. En gran parte, imaginó Ann, porque también ella era una oyente experimentada que había aprendido a resistir ese primer impulso de tranquilizar, el cual, más que aclarar las cosas, las enturbiaba. Pero también, pensó, porque Deborah había captado rápidamente la energía de la sala, el ritmo que las tres aportaban al círculo. Donde el silencio era bienvenido. Deborah se dio cuenta. Y parecía no disgustarle.

Desde el otro lado de la mesa, Ann percibió que Clare quería que hablase. Era su turno, aunque en realidad ya no había turnos, hablaban cuando sentían que debían hacerlo. Pero Clare tenía sus expectativas, siempre las había tenido, una opinión sólida sobre cómo proceder. A lo largo de los años, las tres habían tenido problemas con este asunto, y también Ann y Clare, porque esta última expresaba con violencia lo que había que hacer en cualquier situación, con una altivez rayana en el desprecio, la cual entraba en conflicto —ella misma lo reconocía— con el discernimiento mutuo y los procesos grupales con los que se habían comprometido desde el principio. Ese era el compromiso fundacional: no reproducir entre ellas las estructuras de poder de las que pretendían liberarse cuando crearon este centro. Por eso, incluso cuando los deseos de Clare no

eran más que eso, deseos, Ann tenía que detenerse un momento y evaluar si se sentía presionada u obligada por su compañera. «Ella nunca tendrá tus habilidades espirituales —le dijo Roberta a Ann en cierta ocasión—. Da igual lo mucho que se esfuerce, y siempre tendrá celos de ti por ese motivo. Pero eso ya lo sabes, aunque preferirías no saberlo».

—Creo que sigo escuchando —dijo Ann volviendo a fijarse en la aureola que se cernía sobre la cabeza de Deborah y que le confería el aspecto de un ángel medieval—. Pero tengo curiosidad por una cosa. Eras capellana antes de tener hijos. Y has seguido siéndolo después. ¿Tu visión del trabajo cambió después de que nacieran?

Deborah sonrió mansamente, pero con evidente placer.

—¿Sabes? —dijo—. Es algo en lo que he pensado. Probablemente porque ya son mayores y pronto se irán de casa. Seguramente pensé en ello cuando eran pequeños, en cómo nos afectaba, pero siempre había algo más que hacer, otras personas a las que cuidar. Supongo que seguí trabajando y ya está. Mi marido quería que lo dejara, o que al menos lo dejase aparcado durante un año. Cada vez que daba a luz, él pensaba que no iba a reincorporarme. Pero me habían nombrado capellana jefe y podía organizar las cosas como yo creía que debían ser. Así que quería seguir. Pero llevo tiempo pensando en eso, precisamente por lo que dices: todos los días, gente al final de sus vidas, moribundos, y de repente, esas criaturitas hambrientas de vida, tomando todo lo que yo podía darles, sin pasado, sin nada de lo que arrepentirse, sin nada que agradecer. Seres de otro universo. Quizá debería haberme tomado un tiempo libre. Quizá mi cerebro no podía vivir en los dos sitios a la vez. ¿Estoy hablando más de la cuenta? Si tengo que seguir un orden concreto o algo, decidme y paro.

—No —dijo Clare—, sigue, sigue.

—Gracias —respondió Deborah—. Siempre soy yo la que dirige los grupos, estoy un poco desentrenada cuando me toca hablar a mí.

—Por eso la gente viene aquí —apostilló Roberta.

Deborah volvió a sonreír, esta vez con menos mansedumbre.

—Antes era mucho más reflexiva —dijo adoptando un tono introspectivo—. Es increíble la de cosas que he olvidado. ¿Cambió mi visión del trabajo después de tener hijos? La respuesta es que no lo sé. El hospital aún no se había vendido y aquellos fueron buenos años en general. ¿Era diferente mi trato a los pacientes? No sé por qué estoy diciendo esto ahora, la verdad es que no es por ningún recuerdo concreto, pero tengo la sensación de que tenía más confianza, al menos fue así durante un tiempo. Tal vez, después de dar a luz, las partes difíciles del trabajo no me desestabilizaban tanto como antes, como si el hecho de saber lo que me esperaba en casa me protegiese de algún modo. Pero igual me lo estoy inventando. Porque, por supuesto, estaba agotada a todas horas.

Ya ha llegado, pensó Ann. Ya está aquí. No siempre ocurría. Algunas personas se quedaban en la superficie, se limitaban a enumerar frustraciones. A otras les resultaba difícil confiar, y con razón, en el espacio: tres señoras blancas mayores con raíces eclesiásticas, aparentemente ancladas en el feminismo de la primera ola y el movimiento de liberación. En ocasiones, las más jóvenes o las mujeres no blancas se mostraban escépticas —estaban en todo su derecho—, y entonces tenían que esforzarse más hasta dar con el tipo de bienvenida que permitía a estas mujeres derrumbarse dentro de sí mismas. Ese era el objetivo: permitir «ser» a la persona en presencia de ellas tres, que no se limitasen a describir sus incertidumbres, sino que las experimentasen. Era entonces cuando se empezaba a forjar el vínculo amistoso.

Roberta y Clare también percibieron con claridad este momento, por lo que no dijeron nada para llenar el silencio de Deborah.

—Hablamos mucho sobre las muertes problemáticas —prosiguió Deborah—. Gente resentida. Afligida. Personas solitarias, aunque estas suelen ser las más amables. Al principio estas muertes eran difíciles, claro. Porque tú estás ahí, eres la última persona que ven, y quieren derribarte, derribar tu fe, por muy ecuménica que sea. Intentan ganar viejas batallas, perseguir algún agravio, pero las personas que deberían oír sus últimas palabras no están allí. Estás

tú. Y eso puede enfurecerlas, el mero hecho de que estés dispuesta a quedarte. Y yo estaba dispuesta —dijo mirando los cuatro objetos dispuestos sobre la mesa—. Siempre lo estaba. Mis supervisores siempre bromeaban con eso. ¡Que vaya Deborah!

»Obviamente, me alegraba por los que se iban de forma pacífica. Los que querían que les cantara. Estas son las personas que, en realidad, te cuidan «a ti», las que te enseñan a soltar. A desprenderte de todas tus ideas. No es posible hacer ese trabajo mucho tiempo si no experimentas algo de esa gracia. Pero con los problemáticos, los resentidos, me di cuenta de que una vez que te quitas ciertas capas (hasta que una parte de ti desaparece por completo, la parte del ego, y solo eres un embudo que lo absorbe todo), es como si el mundo invisible se hiciera visible, como si todo el sufrimiento que no queremos tocar estallara en un sinfín de colores porque está saliendo de ellos, está siendo desalojado. Se queda sin huésped, sin cuerpo. Nadie quiere estar resentido. Es una especie de exorcismo, supongo, o un intento al menos, no por nada que hagas en concreto, sino por el simple hecho de ser testigo. Y te cambia.

—¿En qué sentido? —preguntó Ann al cabo de un momento.

Deborah se quedó cavilando. Sacó una horquilla del bolsillo de la rebeca y se recogió el pelo sin apretarlo demasiado, dejando algunos mechones sueltos detrás de las orejas, a la luz. Ya no parecía tímida en ningún aspecto.

—Esto va a sonar raro —dijo—, pero creo que me hizo tener más fe de la cuenta. Los problemáticos agotaban a los demás, pero a mí me nutrían. Me sentía como una guerrera intrépida, y lo soy, parte de mí lo sigue siendo. Me ocupo de la parte burocrática porque no me queda otra, pero Clare tenía razón: es como una comunión para mí. Sé que es real. Y sí, es cierto, otras cosas parecen menos importantes en comparación, esa es una de las formas en que te cambia. Y supongo que mi marido se convirtió en una de esas cosas.

Frunció los labios y movió ligeramente la cabeza de lado a lado, como diciendo no a una pregunta que se hubiese formulado a sí

misma. Luego esbozó una sonrisa, una especie de disculpa, que desapareció con la misma rapidez.

—¿He hecho lo mismo con mis hijos? —siguió diciendo—. ¿Hacerles sentir menos importantes? Probablemente, y no puedo cambiar eso. Voy a trabajar, apago incendios y siento que siempre llego tarde con los pacientes. No paso suficiente tiempo con ellos antes del final, es complicado cuidar de todos, que es otro tipo de pecado, el hecho de no haberles prestado la atención necesaria. Lo que hacía que todo lo demás tuviera sentido sigue estando ahí, pero… no sé. No sé, la verdad.

Ann podía sentir el impulso de Clare de saltar y decir algo, pero también su resistencia a dicho impulso. No había nada en ese momento que las dos, las tres en realidad, no intuyesen o amasen —o tolerasen, al menos— la una de la otra. Sobre el pecho de Clare descansaba el colgante que siempre llevaba atado al cuello, una versión plateada del símbolo que habían adoptado hacía años como imagen del centro: un roble y sus profundas raíces a la vista. Fue sugerencia de Clare. Al igual que el nombre del centro, Viriditas, que significa verdor y exuberancia y que guarda relación con la fuerza espiritual de renovación intrínseca a todos los seres vivos, una palabra fundamental en el pensamiento de Hildegarda de Bingen. Sin Clare, no estarían aquí. Ella fue quien impulsó la idea de Ann de «la iglesia de la hospitalidad» para mujeres y las convenció para que dejasen sus trabajos y hogares e hiciesen realidad este proyecto de comuna. Cada vez que Ann sentía la tentación de reprochar a Clare las decisiones que esta tomaba por su cuenta o el tono dogmático con que a veces se dirigía a Jeanette o a algunas de las mujeres de la localidad que ayudaban puntualmente, hacía lo posible por recordárselo a sí misma. Un pequeño precio por una vida que, de otro modo, no tendría.

—Existe el mito —dijo Clare tras una pausa prudencial— de que somos infinitamente elásticas. Es propaganda pura y dura. Propaganda capitalista y patriarcal. ¡Ten una actitud positiva! ¡Trabaja duro! Busca la excelencia en cada detalle, la manera de

hacer más en menos tiempo. ¿Y si no quieres hacer más cosas? ¿Y si resulta que es inhumano? Pero ese es el mito. Que hacer una cosa no significa dejar de hacer otra. Porque si te esfuerzas lo suficiente, todo es posible y, total, como no nos vamos a morir nunca, hay tiempo de sobra. Pero no es así. Y de eso precisamente trata tu trabajo: de la finitud. Enfrentarse a ella, estar ahí, bajo sus fauces. Un recordatorio poderoso. Y requiere mucho valor por tu parte presenciarlo todos los días. Pero eso no te libera del mito. En cuanto sales del hospital, te lo encuentras por todas partes. Y cuando llegas a casa, te topas de frente con él. Maridos, hijos. El mito habita en sus ojos, en sus bocas. Trabajas, claro que sí, y eres una gran profesional, por supuesto, pero también eres esposa y madre. Puedes añadirle cosas, todo lo que quieras, porque ahora somos muy modernas, pero no puedes restarle nada, ¿verdad? Eso te convertiría en una mala persona. A pesar de que eso es precisamente lo que te permite ser una persona.

Roberta no tuvo que mirar a Ann para que esta le leyese el pensamiento: Deborah había llegado a cierto lugar concreto y sutil y lo había compartido con ellas desde la irreflexión, de forma instintiva. Y entonces…, el discurso de Clare. Y con él, las generalizaciones, la ideología. Clare le habría dicho: «No tengas un enfoque tan intimista, todas las emociones están sujetas a factores externos». Roberta, la terapeuta; Clare, la profesora. A lo largo de los años, Ann había hecho todo lo posible por renunciar al papel de mediadora entre ellas, pero seguía teniendo el instinto de casar sus visiones y disolver así el conflicto. Lo cual, en principio, no tenía nada de malo. Era el lema de su juventud: lo personal es político. Sin embargo, en este caso, Ann comprendió exactamente lo que Roberta estaba pensando de Clare, y estaba de acuerdo: «Has malinterpretado el momento».

—Esta piedra que has traído —dijo Ann—, me pregunto qué significado tiene para ti. —Se estaba adelantando al posible final, pero creyó conveniente regresar al punto en el que estaba Deborah.

—Ah, es una tontería —respondió Deborah—. Leí lo de que había que traer un objeto con algún significado especial, pero en mi casa solo había fotografías y no se me ocurrió otra cosa. Vi esto en mi escritorio y me acordé de cuando la compré, en un viaje, así que la metí en el bolso. Lo siento, tendría que haberlo pensado más. Yo siempre le pido a las familias este tipo de cosas, que traigan objetos que podrían servir de consuelo a su ser querido. Mis hijos no sabrían decir qué significa para mí, y supongo que yo tampoco. En realidad es un poco triste, ¿no?

—Has mencionado un viaje —dijo Roberta—. ¿Qué tipo de viaje?

—A Houston —respondió Deborah—, a una conferencia. En realidad era un tostón. Fui sin saber muy bien de qué iba y resulta que estaban allí todos los jefazos, y una tarde decidí irme y pasar de todo. Fui en coche hasta la costa y estuve caminando varias horas. Es solo una piedra que recogí allí. Es patético —dijo riendo—. Una señora de mediana edad paseando por la playa y recogiendo piedrecitas. ¿Puede ser más tópico? Pero, en fin, ese es mi objeto con un valor especial.

—Creo que estás siendo muy dura contigo misma —dijo Roberta—. A mí me da la impresión de que estabas dándote un respiro.

—Estoy de acuerdo —convino Clare.

—Claro, no pasa nada, sigamos con los tópicos —intervino Roberta—. Estás en la playa, hay muchas piedras. ¿Por qué esta?

—Lo que quiero decir —continuó Deborah— es que estar aquí es una experiencia muy extraña para mí. A ver, es positiva, me alegro de haber venido, me alegro de estar haciendo esto, pero de pronto siento como si vosotras fueseis tres capellanas y yo la paciente moribunda y… Disculpadme si os ofendo, no es mi intención, pero no dejo de pensar: ¿es esto lo que hago? ¿Es así como sueno? Y luego: ¿alguna vez he ayudado a alguien? Quiero decir, ayudarlo de verdad. ¿O solo me he convencido a mí misma de que sí? Suena fatal, lo sé, como si dijera que no sois útiles, cuando de hecho creo que lo sois, es solo que… todo es muy extraño.

—Sí —convino Ann—. Siguiendo tu analogía, es casi como si fueras tú quien se estuviera muriendo.

Volvieron a quedarse calladas, pero esta vez la pausa fue distinta a las anteriores. Más profunda y repentina. Y en mitad de ese silencio tenso, Ann pensó —le ocurría cada vez más últimamente— que en algún momento había dejado de observar la barrera entre el pensamiento y el habla. Tendría que haber estado más pendiente y haber elegido mejor las palabras, que es lo que seguramente hacía Clare. Pero después de casi una vida entera viendo esta cuestión como una necesidad ética, ya no creía en ella. Además, su preocupación no era del todo exacta. No había ningún pensamiento que retener porque no había existido ningún pensamiento antes de que hablase. Esto se debía a la meditación, que había eliminado en gran medida su autoconciencia, y ahora apenas quedaba nada en ella que se interpusiera en el camino de la percepción. El espíritu de Deborah Weber estaba muriendo, poco a poco. Lo supiese o no, Deborah lo sentía y tenía miedo. Por eso había venido aquí. Las tres podían escucharla con su generosidad habitual, pero si no traían a esta sala el motivo de su viaje y la acogían en su seno, se iría sin ser vista.

Al principio Deborah se quedó muy quieta y un destello de desafío brilló en sus ojos. Pero se desvaneció rápidamente y, al cabo de un momento, descruzó las piernas y se arrellanó en la silla, como si se estuviera derritiendo.

—Pero no me estoy muriendo —repuso, más para sí misma que para ellas—. No como mis pacientes.

—Exacto —dijo Ann—. Y por eso el sufrimiento de ellos es más importante, ¿no? Más importante que tú.

Durante unos instantes, Deborah hizo caso omiso de las lágrimas que empezaron a brotar de sus ojos, pero finalmente tuvo que sacar un pañuelo del bolsillo para enjugarse las mejillas. Luego lo puso en la palma de la mano y cerró el puño.

—Qué imbécil soy —se dijo—. Es tan básico…

—¿El qué? —preguntó Roberta.

—Esconderse en el dolor ajeno.

—Eso no es básico —dijo Clare—. Para las mujeres es prácticamente algo obligatorio.

Roberta asintió.

—«Que vaya Deborah»… ¿No era eso lo que decían tus supervisores en broma? —intervino Ann—. Es difícil para cualquiera ver lo que está ocurriendo cuando se está en mitad de la vorágine. Tal vez estés escondiéndote, pero no es eso lo único que haces. Lo sabes, lo sabemos. Basta hablar contigo para sentir cómo te entregas en cuerpo y alma a la gente que cuidas. Para ver el miedo que te produce no atender a tus hijos y a tu marido antes que a los enfermos. Las tres sabemos muy bien de lo que estás hablando, créeme. Pero tú también tienes que darte importancia. Si no, solo hay santidad o sufrimiento.

Mi madre leía a todas horas cuando éramos niños. En el despacho, en la iglesia, desayunando, en el sofá después de cenar, a veces incluso mientras paseaba. Sus libros no eran triviales, como la televisión. Eso lo teníamos claro. Hablaban de cosas importantes. De lo divino, por ejemplo. Yo pensaba que eso era el mundo invisible, el mundo que vivía en los libros. Cada vez que usaba la palabra «fe» en algún sermón, yo sabía que se refería a la fe en los libros, y sabía que la suya era muy sólida porque leía muchísimos. Libros con la letra pequeña, sin ningún dibujo y con párrafos enteros subrayados con tinta azul.

—El mundo se pararía —decía mi padre— si todo el mundo leyera tanto como vuestra madre.

Los libros eran como un miembro más de la familia, tenían su propia habitación, reclamaban la atención de nuestra madre y tenían el poder de provocar discusiones matrimoniales.

—Tu padre es un filisteo —dijo una vez antes de que yo conociese la palabra, aunque sabía que estaba refiriéndose a su rudeza masculina.

—Mamá cree que los hombres son el diablo —me dijo Liz—. Excepto Jesús. Y a lo mejor tú, pero porque todavía eres un niño.

—¿Y papá? —le pregunté.

—Serás tonto, pues claro que es el diablo —dijo—. Ha votado a Reagan.

Mi hermana lo decía medio en broma, medio en serio. Fingía odiarlos a los dos, pero sobre todo a nuestro padre, porque se burlaba de ella por las notas que sacaba, por los *piercings* que se hacía, por los amigos que tenía, como si no fuese su hija, sino una especie de entretenimiento diario. Se ensañaba con ella porque era otra forma de pinchar a nuestra madre, que encontraba exasperante su despreocupación por la actitud de mi hermana en el instituto.

—¿Qué pasa? —le decía en la mesa, con Liz allí mismo—. ¿Te preocupa que no la admitan en Teología?

Pero cuando mis padres discutían, siempre acababan hablando de política. A ella la indignaba que apoyase a un presidente que financiaba escuadrones de la muerte en Centroamérica. Él decía que intentaba mantener a los dieciséis empleados que tenía a su cargo, él incluido, y que tantas normas e impuestos no ayudaban. Ella decía que eso no tenía nada que ver con los escuadrones de la muerte.

—Bueno —respondía él—, sí tiene que ver cuando parece que te preocupa más el destino de los socialistas en la otra punta del hemisferio que el sustento de tu familia. En fin, supongo que ese es tu trabajo: preocuparte más por los extraños.

Fue la única vez que vi a alguno de los dos ponerle la mano encima al otro. Mi madre le asestó una bofetada, solo una, fuerte.

Luego él la miró con una sonrisa siniestra y dijo:

—Mirad, niños, voy a poner la otra mejilla.

Mientras espero a Sandra Moya, me resguardo de la llovizna bajo la carpa de seguridad de Federal Plaza. Debería haber quedado con ella a la 1:15 en vez de a la 1:30, porque la cola es larga y van con retraso. Al fin los veo, a ella y a Felipe, cruzando Worth Street; Felipe sostiene un paraguas que cubre a los dos. Sandra lleva un impermeable largo y negro ceñido a la cintura. Al verme, el joven aprieta el paso, se da cuenta de que su madre ya no está a su lado y lleva el paraguas atrás para que no se moje. Caminan unos metros más hasta que la impaciencia del joven lo impele a adelantarse y vuelve a dejar a su madre bajo la lluvia. Ella no parece darse cuenta de los movimientos de su hijo ni de las gotas que caen, su ritmo no cambia.

Cuando llegan a la entrada de la carpa, Sandra levanta la vista.

—Señor Peter —dice como sorprendida, aunque no mucho, de encontrarme aquí.

Se ha arreglado el pelo, pero con la lluvia se le ha estropeado, y se le ha corrido el rímel de un ojo. Es más joven que yo, pero, por su aspecto, podría ser la abuela de sus hijos. Mia está en el colegio, pero Felipe nunca la dejaría venir sola.

Después de pasar los controles de seguridad, tomamos el ascensor y nos apiñamos frente a la sala del juez Ericson. La jueza Manetti lleva dos semanas enferma y Ericson se hará cargo del caso. Dista mucho de ser el juez más indulgente del edificio. Es más duro que Manetti, eso seguro. Malhumorado e impaciente, un tipo blanco de la vieja escuela a punto de jubilarse. No es la mejor opción para Sandra, pero es impredecible. En ocasiones da su brazo a torcer cuando parece un caso perdido, y otras veces niega solicitudes de asilo aparentemente fáciles. Nada de lo cual habría sido útil compartir con Sandra, por lo que me limité a llamar a Felipe para

que informase a su madre del cambio. Él tenía muchas preguntas; a ella no pareció importarle.

En lugar de entrar en materia, aprovecho los pocos minutos que tenemos para recordarle a Sandra que se ha preparado bien para esta audiencia, que ha trabajado duro. Ella lo entiende, pero Felipe se lo traduce de todos modos, y su madre asiente.

Nunca la había visto con un vestido. En el despacho siempre aparecía con vaqueros ajustados y camisas vaporosas, prendas que le daban un aire casi desenfadado. El vestido es azul marino y le llega por la rodilla, y encima lleva una americana, también azul marino. Ha seguido mi consejo y se ha vestido como la versión en la que más confiaría un juez.

Hugo, el intérprete, es puntual. Se sienta con nosotros en la mesa de los acusados, al otro lado de Sandra. Felipe se encuentra en la primera fila de la tribuna vacía.

Por parte del Departamento de Seguridad Nacional está Sievers. Blanco, treinta y pocos años, bien vestido, al estilo de un joven republicano. Me saluda con la cabeza y mira a Felipe, todo sonrisas y bromas, como Callahan. Nos ponemos de pie ante el juez Ericson, que nos da la bienvenida.

—Peter Fischer en representación de la parte demandada, señoría —le digo.

—Alex Sievers en representación del Departamento de Seguridad Nacional.

El juez Ericson no consigue poner en marcha la grabadora. Trastea con el aparato, habla por el micrófono e intenta reproducirlo. Sievers, que seguramente no se ha preparado la audiencia, está hojeando las trescientas páginas que presenté.

—Bueno —dice Ericson después de otro minuto—, hablen alto y claro y esperemos que vaya bien la cosa. Para que conste en acta, he revisado la documentación del caso y estoy listo para proceder.

Miro a Sandra y empiezo por lo fácil para que se vaya aclimatando: le pido que me describa Potrerillos, su pueblo natal de Honduras. La tienda que su padre tenía en la plaza, en la misma

casa donde vivían. Las cosas que vendían. Los clientes que iban. Los hombres que acudían a beber cerveza y a jugar al billar. Pregunta, traducción, respuesta, traducción, siguiente pregunta. Guiándola paso a paso en su declaración jurada. El centro en el que estudió, la tienda donde trabajó después, la fecha en que se graduó, todos los datos coinciden con los de su declaración. Sievers, en la mesa de enfrente, está alerta, a la caza de la más mínima incoherencia. Avanzo hasta la llegada de la mara. Cuando los dueños de las tiendas se vieron forzados a pagar a los pandilleros, primero cada vez que aparecían, luego todas las semanas.

—¿Y su padre les pagaba? —le pregunto.

—*No* —dice Sandra—. *Le rogábamos que se anduviese con mucho ojo porque todo el que tenía tienda pagaba, pero mi padre siempre decía que no. Él decía: «Si entro en su juego, estaré muerto antes de que disparen».*[3]

Hugo traduce al inglés.

—Entonces, ¿su familia era conocida, tanto en el pueblo como por la mara, como la familia que no pagaba la renta? —le pregunto.

—*Sí.*

—¿Y qué les hacían a la gente que no pagaba?

—*Los mataban.*

—¿Y la mara mató a su padre?

—*No, a él no.*

—¿Por qué no? —pregunto.

En nuestras sesiones preparatorias en la sala de conferencias, Sandra llegaba a este punto sin problema, pero entonces su mente se desviaba y llevaba la mirada hacia otra parte, hacia el techo de cristal, y yo tenía que repetir la pregunta, a veces hasta dos veces, antes de que bucease de vuelta al presente.

—¿Por qué no lo mataron? —pregunto.

—*Mi padre les daba comida cuando llegaban a la tienda* —le dice al juez, no a mí, tal y como le dije—. *Eran adolescentes, así que tenían hambre, porque incluso en la mara, los más jóvenes no tienen mucho que comer. Y mi padre les daba cerveza. Comían,*

bebían y jugaban al billar. No se sometió a ellos, pero los trataba como a clientes. Solo que no tenían que pagar. Por eso no lo mataron.

—Y su padre, ¿cómo murió?

—*Su corazón* —dice—, *su corazón. Tuvo un ataque al corazón*.

—Y después de la muerte de su padre, ¿volvieron los jóvenes a la tienda?

—Pregunta tendenciosa, señoría. Intenta guiar a la demandada a una respuesta concreta —protesta Sievers para romper el ritmo.

—Pues si es así, no parece que la esté guiando muy rápido —dice Ericson—. Continúe, señor Fischer.

—Cuando murió su padre, ¿qué ocurrió?

Sandra se mira las manos, pero entonces recuerda lo que le dije en nuestras sesiones preparatorias y vuelve a llevar la mirada al juez.

—*Volvieron los jóvenes, pero también los mayores, algunos con máscaras. Dijeron que les debíamos el dinero que nuestro padre no había pagado, así que se llevaron todo lo que teníamos en la tienda, la comida y todas las cosas que vendíamos, las metieron en una camioneta y se las llevaron. Lo dejaron todo vacío. No quedó nada.*

—Y mientras los hombres estaban en su casa haciendo eso —digo—, ¿dónde se encontraban usted y su hermano?

Sandra vuelve a apartar la vista y mira hacia la bandera que cuelga del mástil, junto al estrado del juez. Me inclino hacia delante, tratando de llamar su atención, de seguirla con la mirada. Me mira como diciendo: «¿De verdad tengo que responder?». Lo único que puedo hacer es esperar. Ahora no puedo asesorarla.

—Señora —dice Ericson—, debe responder a la pregunta.

Sandra asiente con la cabeza y responde con un tono monótono.

—*Estábamos abajo, donde la mesa de billar. Al jefe le dicen el Fantasma, tenía un cuchillo, un cuchillo grande, y se lo puso en el cuello a mi hermano. Le hizo un pequeño corte, le salió algo de sangre, quería advertirnos de lo que harían. Nosotros sabíamos que hacían eso. Lo habíamos visto una vez. Un cuerpo sin cabeza en el*

arcén. Uno de los más jóvenes, a los que mi padre daba de comer, también tenía un cuchillo, y me lo acercó al vientre.

»*Se reían porque estaba embarazada. El Fantasma obligó a mi hermano a decir que era su hijo. Todos se rieron y el Fantasma dijo que, si eso era cierto, ambos iríamos al infierno. Yo creía que iba a matar a mi hermano. Pero no lo hizo. Lo tiró al suelo y le dio una patada.*

—¿Cuánto tiempo estuvieron los hombres en su casa? —pregunto.

—*Media hora más o menos, hasta que sacaron todas las cajas.*

—¿Cuántos hombres eran?

—*Seis, tal vez siete* —le dice a Hugo, que procede a traducirlo al inglés.

Sievers anota algo en su copia del expediente. En la declaración de Sandra constan nueve. Podría intentar subsanarlo, preguntarle cuántos había en el salón, cuántos estaban cargando el camión, y tal vez conseguiría que dijese nueve, pero eso llevaría tiempo; Sievers pondría alguna objeción, Ericson se impacientaría. Así que decido seguir adelante.

A continuación, Sandra cuenta que cuatro días después acudió a la comisaría con su hermano Ernesto a denunciar lo ocurrido porque decidió que eso era lo que habría hecho su padre. Si un ladrón entra en casa, hay que avisar a la policía. Además, ya no tenían nada que vender. Los agentes sugirieron que tal vez alguien de su propia familia había sido el autor del robo, porque, según tenían entendido, su padre era muy tacaño, y cuando ella les dijo que eso no era cierto, se excusaron en que estaban muy ocupados y que era mejor hacer las cosas sin involucrar al Gobierno. Y que tal vez su hermano debería hacerse con un arma, si es que no tenía una ya.

—Razón por la cual, señoría, no consta ninguna denuncia policial en su expediente: ni del robo ni de ninguno de los sucesos relatados. La negativa de las autoridades a proteger a la demandada fue explícita y reiterada.

—No consta ninguna denuncia —comenta Sievers a nadie en particular—. Qué casualidad tan oportuna.

—Continúe —dice Ericson.

—¿Puede decirnos qué pasó después? —le pregunto a Sandra.

Ya no es capaz de mirar al juez. Así que mira a su hijo, como si él pudiera absolverla de la necesidad de responder. Felipe está en el banco, sentado sobre sus propias manos, mordiéndose el labio inferior.

Sandra se gira, se enjuga los ojos con las yemas de los dedos. Empieza hablando en voz baja. Hugo sabe que va a extenderse más que antes, así que toma notas.

—Yo fui quien lo denunció. Mi hermano no quería. Pero me acompañó para protegerme. Nos vieron ir a la comisaría. Nosotros no nos dimos cuenta, pero ellos lo sabían, tienen ojos por todas partes. Al día siguiente mi hermano desapareció. Yo sabía dónde solían ir con sus camionetas, así que fui y les pregunté. Pero me dijeron que no sabían de lo que estaba hablando. Que estaba loca y que me fuera a casa. Uno de ellos llevaba la gorra de béisbol de mi hermano. Me dijeron que me fuera a casa y que no los molestara más. Mi primo lo vio primero. Lo habían dejado en el callejón de atrás. No podías ver su rostro. Su cara ya no estaba allí. Le habían cortado la lengua. No llevaba ropa, estaba desnudo. Y todo por mi culpa. Me acompañó porque estaba preocupado por mí. Pero él está muerto, y yo estoy aquí.

Mientras Hugo habla, los dedos de Sandra ya no pueden contener las lágrimas. Cuando concluye su traducción, dejo que sus palabras se aposenten un momento.

—Si la deportan a Honduras —pregunto a Sandra—, ¿tiene motivos para temer que la persigan o la maten?

—Sí, porque también denuncié el asesinato de mi hermano.

—Gracias —digo, y me dirijo a Ericson—. Eso es todo, señoría.

Sievers se levanta despacio.

—Lamento su pérdida —dice sin mirar a Sandra. Si estuviese delante de un jurado, se trataría de un gesto superficial y del todo

desafortunado. Pero no hay jurado, y ha pronunciado tantas veces esta frase ante Ericson y otros jueces de inmigración que es imposible que suene sincero. Sus palabras son una transición ritual a la tarea que nos ocupa.

—Esto fue —dice comprobando las fechas del expediente— ¿hace quince años? Debe de tener buena memoria, ha pasado mucho tiempo. Me gustaría asegurarme de que lo hemos entendido todo bien.

No espera a que Hugo traduzca; este se limita a hablar al oído de Sandra mientras Sievers continúa:

—Así que unos hombres fueron a robar a su casa, ¿cuántos exactamente?

—*Creo que eran ocho* —responde Sandra.

—¡Vaya! —exclama Sievers fingiendo sorpresa—. ¿Ocho? Porque hace un momento ha dicho que eran seis o quizá siete, pero en su declaración aseguró que vio a nueve. ¿En qué quedamos? ¿Seis, siete, ocho o nueve?

Sandra le susurra algo a Hugo, pero este no lo traduce.

—¿Qué ha dicho la demandada? —pregunta el juez Ericson—. Por favor, explíquele que el tribunal necesita saberlo.

—Ha preguntado por qué es tan importante el número exacto —explica Hugo—. Un grupo de hombres fue a su casa. Eso es lo que recuerda.

—No depende de la señora Moya las preguntas que se le formulen —aclara Ericson—. Señora Moya, debe responder a la pregunta del departamento.

—*Creo que eran ocho.*

—De acuerdo —dice Sievers—, así que tenemos al menos cuatro respuestas diferentes a la misma pregunta. Y ha mencionado también que algunos de estos hombres llevaban máscaras, ¿correcto?

—*Sí.*

—El hombre al que llaman el Fantasma, ¿llevaba máscara?

En nuestras sesiones preparatorias nunca le pregunté esto, lo cual es imperdonable. Le pregunté en qué punto de la habitación estaba el Fantasma, dónde estaba ella en relación con él, qué estaba haciendo cuando el otro, el más joven, le acercó el cuchillo al vientre, pero nunca si el Fantasma llevaba máscara.

Sandra niega con la cabeza.

—*No* —responde, y yo vuelvo a respirar.

—De acuerdo —dice Sievers—. Digamos que no lleva máscara. ¿Lo conocía? ¿Había ido antes a la tienda de su padre?

Hugo habla al oído de Sandra.

—*No* —responde ella.

—Entonces, ¿cómo sabía que era el Fantasma?

—*Todos lo conocían.*

—Lo siento, quizá me esté perdiendo algo —indica Sievers—, pero no lo entiendo. ¿Dice que no conocía a este hombre al que nunca había visto, pero que lo reconoció enseguida? ¿Se presentó? ¿Dijo: «Hola, soy el Fantasma»?

—Objeto, señoría. Intento de intimidación.

Para mi sorpresa, Ericson considera justificada mi objeción. Sievers inclina la cabeza y sonríe.

—Permítame reformularlo —continúa—. Acaba de decir que nunca había visto a este hombre. ¿Cómo supo que era el Fantasma?

—*Todo el mundo hablaba de él. El camión que conducía, los muchachos con los que estaba, no solo yo, cualquiera habría sabido que era él, seguro. En el pueblo son como cantantes o estrellas de cine. Usted también lo reconocería si viviera allí.*

—Bueno, ese es el problema, señora Moya —argumenta Sievers dirigiéndose al juez—. Yo no estaba allí, ni tampoco el señor Fischer, ni nadie de esta sala. Todo lo que tenemos es su palabra sobre algo que ocurrió hace quince años. Y hay ciertos aspectos de su declaración que son difíciles de entender.

Sievers tiene buen porte, más que Callahan, es más delgado y lleva un traje mejor. No tiene intención de quedarse mucho tiempo en esta unidad. Es de los que buscan un trabajo multiinstitucional,

casos de perfil alto que permitan a sus jefes ascender, y a él con ellos. Hasta entonces, solo necesita conseguir todas las denegaciones que pueda. No es nada personal, me dijo en cierta ocasión después de una audiencia que perdí. Y estoy seguro de que no lo es.

Ahora que ha conseguido desestabilizar a Sandra, pisa el acelerador y saca la artillería pesada. El chico que supuestamente puso un cuchillo en su vientre, ¿lo había visto antes? ¿Cuánto medía? ¿Era delgado o gordo? ¿Llevaba algo en la cabeza? ¿Tenía barba, pendientes, tatuajes? ¿Estaba a su izquierda, a su derecha o detrás de ella? ¿Quién se rio de qué chiste y cuándo? Un aluvión repentino de preguntas seguido de las traducciones de Hugo, que Sievers interrumpe en cuanto obtiene lo que necesita. Sandra ya no mira al juez. Habla en voz baja, apagada. «Nunca me creerán», dijo la primera vez que la vi. No puedo decirle que intente no parecer derrotada. Lo único que puedo hacer es protestar ante Ericson y concederle unos pocos segundos de respiro antes de que este rechace mi objeción y Sievers vuelva a la carga.

—Ha dicho que fue a la policía a denunciar la muerte de su hermano. ¿Qué pasó después? ¿Se presentó el Fantasma en su casa? ¿Volvieron los jóvenes y la amenazaron?

—*No* —responde Sandra después de que Hugo le susurre al oído.

—Ah —dice Sievers—. Ya veo. Comprenderá que su petición me sorprenda. Le está diciendo al tribunal que no puede regresar a Honduras por miedo a que esta banda le haga daño, pese a que cuando usted residía en su país y denunció el asesinato de su hermano, no le hicieron absolutamente nada.

—*Hijo de puta* —espeta Felipe en perfecto español desde la primera fila de la tribuna.

Sievers se ríe.

—¿Requiere el tribunal una traducción, señoría?

A Ericson no le molesta, pero es su deber molestarse.

—Joven —dice—, su opinión no es relevante en este proceso, ¿entiende? No puede dirigirse de ese modo a un oficial ni a nadie de

esta sala, y si vuelve a hacerlo no tendré más remedio que ordenar su desalojo.

—No culpo al joven por su frustración, señoría —continúa Sievers sacando todo el partido que puede del desplante de Felipe—. Estamos ante una historia difícil de entender. La señora Moya no parece saber cuántas personas había en la habitación cuando amenazaron la vida de su hermano. El hombre que supuestamente puso un cuchillo en el cuello de su hermano no era alguien que conociera, pero en su testimonio asegura que sí, que sabía exactamente de quién se trataba. Y lo más incomprensible de todo es que está pidiendo al tribunal que la proteja de un peligro que jamás llegó a materializarse. El Fantasma nunca regresó. A lo que habría que añadir, señoría, que incluso en el caso de encontrar plausible esta historia, tanto el abogado de la demandada como este tribunal saben que las bandas que operaban en Honduras hace quince años no son las mismas que operan hoy en día, y no existe ninguna prueba que demuestre que los actores concretos que supuestamente amenazaron a la demandada ejerzan en la actualidad algún tipo de influencia o poder, ni siquiera que estén vivos. En opinión del departamento, no se trata de una decisión complicada. El testimonio de la demandada no se sostiene, y el temor a sufrir daños que alega se contradice con el expediente y con las condiciones de su país.

Ericson ha estado reclinado en su mullida silla giratoria mientras escuchaba la intervención de Sievers, pero ahora se adelanta de nuevo y apoya los antebrazos en el estrado.

—¿Desea añadir algo, señor Fischer?

—Sí, señoría. —Intento recordarle a Sandra con la mirada que esto que acaba de ocurrir ya lo habíamos ensayado. Yo asumí el papel del departamento y traté de poner su relato en entredicho. No le gustó, a nadie le gusta, pero fue capaz de sobreponerse. Ahora toca recuperar la calma y la seguridad. Pregunta, respuesta, traducción—. Al principio, cuando iban a la tienda de su familia a

exigir el pago de la renta, y su padre se negaba y les ofrecía comida y cerveza a cambio, ¿eran siempre los mismos jóvenes?

—*No, a veces eran muchos y se ponían a beber juntos.*

—¿Y usted los contaba cada vez que iban?

—*No.*

—El día en cuestión, ¿cuántos hombres había en total?

—*Ocho o nueve.*

—Y el hombre al que llaman el Fantasma. Ha dicho que era como una celebridad en el pueblo, como una estrella del *rock.* ¿La gente hablaba de él? ¿De su aspecto físico? ¿De cómo vestía?

—*Sí, todo el tiempo. Era como el alcalde, solo que nunca salía de su despacho, dejaba que sus muchachos hicieran el trabajo. Todos sabían qué camión conducía, con una oveja cornuda en la parte delantera, y que era muy delgado y tenía bigote.*

—¿Había visto su camión anteriormente?

—*Sí, muchas veces.*

—Entonces, ese día, ¿reconoció el camión?

—*Sí.*

—Volveremos a eso luego —le digo—. Denunció el robo cuatro días después de que ocurriera, ¿verdad?

—*Sí.*

—¿Y cuánto tiempo pasó desde de que Ernesto y usted acudieron a la comisaría hasta que el cuerpo de este apareció en el callejón de detrás de su casa?

—Un día —dice Sandra en inglés.

—Así pues un día después de ir a la comisaría, arrojaron el cuerpo mutilado de su hermano, ¿correcto?

Sandra asiente.

—Señora Moya —interviene el juez Ericson, exasperado—, debe responder a la pregunta en voz alta.

—*Sí* —dice.

Hugo traduce.

—Mi español no es gran cosa, pero hasta ahí llego —señala Ericson suspirando—. Continúe.

—¿Y cuánto tiempo pasó desde el asesinato de su hermano hasta que lo denunció a la policía? —le pregunto.

—*A la mañana siguiente, fui a la mañana siguiente.*

—Y después de ir a la comisaría por segunda vez, ¿cuánto tiempo transcurrió hasta que se fue de Potrerillos?

—*Cuatro días. Tuve que pedir prestado el dinero, no tenía nada.*

—Según las comunicaciones que mantiene con sus familiares, ¿sabe si siguen operando las maras en Potrerillos y en el resto de Honduras?

—*Sí, es peor, mucho peor.*

—¿Tiene alguna información que le permita saber o suponer que el Fantasma haya muerto?

—*No.*

—Eso es todo, señoría. El testimonio de la señora Moya es coherente. Disponía de los recursos necesarios para identificar a sus agresores. En cuanto a la insinuación del departamento de que solicita protección por un daño que nunca sufrió, quisiera indicar que el cadáver mutilado de su hermano constituye en sí mismo tanto un daño como una amenaza. Y después de eso, tal y como acaba de testificar, huyó del único lugar en el que había vivido en cuanto reunió los medios para hacerlo. Por último, junto con la solicitud, se presentan numerosas pruebas de que, si bien las organizaciones delictivas que operan en Honduras han evolucionado desde la partida de la demandada, las represalias por denunciar a las fuerzas del orden, como es el caso que nos ocupa, continúan llevándose a cabo.

El juez Ericson se quita sus enormes gafas sin montura y se frota el entrecejo con los ojos cerrados. Silencio.

—Para que conste en acta —dice, coge el bolígrafo y empieza a hacer anotaciones en el expediente—, considero que la demandada, Sandra Moya, es una testigo fiable. Creo que tanto ella como su familia sufrieron los daños que ha descrito y que, por consiguiente, concurre el elemento subjetivo en la prueba del temor fundado. Sin embargo, el departamento argumenta que las condiciones del país

han cambiado, que la organización criminal mencionada, según nuestro Gobierno, ya no es la organización dominante que comete este tipo de delitos en Honduras. Así que el problema es el elemento objetivo. ¿Está su temor objetivamente bien fundado? He de considerar la solicitud completa para determinar esta cuestión. El tribunal no emitirá ningún fallo hoy. Expresaré mi decisión por escrito, la cual será debidamente notificada a los abogados.

Cuando Hugo termina de susurrar las palabras del juez al oído de Sandra, esta me mira, desconcertada. Ya no está apagada, sino aterrorizada de que la saquen de la sala y la metan en un avión, de no volver a ver a su hijo: el temor que tenían desde el principio.

—Venga —digo—, vamos fuera y hablamos. —Los cuatro abandonamos la sala y salimos al vestíbulo.

Felipe es ahora quien exhibe una expresión impasible. La ira ha desaparecido, y él con ella.

Hugo dice que lo siente, pero que tiene otra audiencia. Se despide de Sandra con un apretón de manos y le desea suerte.

Los acompaño hasta las sillas del vestíbulo, pero no quieren sentarse.

—Lo ha hecho muy bien —digo—. En serio. El juez la ha creído. Eso es lo más importante.

—Sí —dice dejando atrás el miedo, volviendo a la resignación—. *Pero qué más da, no me ha dado el asilo.*

—Hoy no —digo—. Pero no ha fallado en su contra. Lo cual es mucho. Sé que no lo parece, pero créame, tratándose de este juez, es algo bueno.

—*¿Pero ahora?* —dice—. ¿Qué pasa?

—Tenemos que esperar. Un mes, tal vez dos. Pero no hay ninguna orden, nadie va a deportarla.

—¿Nos está mintiendo? —pregunta Felipe inclinándose hacia mí.

«Mi hijo no tiene ni idea de cómo son las cosas allí», me dijo Sandra cuando le pregunté por la posibilidad de que este volviese con ella si se diera el caso. «Dice que se vendría conmigo porque quiere ser valiente».

—No, no estoy mintiendo —respondo.

Nos agolpamos de nuevo en los ascensores y los acompaño hasta Duane Street, donde la lluvia ha cesado. Si el juez hubiese emitido una orden definitiva de expulsión, me sentaría con ellos más tiempo y repasaría las opciones; perder es lo que más tiempo lleva. Pero aún no estamos en ese punto, y llego tarde para la cita que tengo con otro cliente en el despacho.

—*Él piensa que el Fantasma está muerto* —dice Sandra mientras se pone el impermeable negro—. Cree que tengo miedo del pasado.

—Venga —le dice Felipe a su madre—. Vámonos de aquí.

—No tendremos que esperar mucho —digo mientras se dan la vuelta y se van—. La avisaré en cuanto sepa algo.

---

[3] Todas las intervenciones de Sandra, marcadas en cursiva, aparecen en español en el original seguidas de la traducción al inglés de Hugo, que aquí se omiten por ser redundantes *(N. del T.).*

Al día siguiente vuelvo a olvidarme las llaves. Esta vez me doy cuenta al llegar a la puerta de la oficina de la casa de Phoebe.

—Bienvenido a la mediana edad —dice Monica cuando me deja pasar y se lo cuento. Estamos en la penumbra de la pequeña recepción. A pesar de su ocurrencia, su voz es inusualmente suave, lenta incluso. Doy por hecho que va a regresar a su despacho enseguida, pero no lo hace. Algo ha cambiado en ella desde que volvió de esas vacaciones que todavía me sorprende que se haya tomado. Algo sutil. Qué extraña debió de ser para ella esa semana, no por esquiar, sino por el hecho de no trabajar.

—¿Cuarenta se considera mediana edad? —pregunto.

—Quizá no en Estados Unidos —dice—. Pero de donde yo vengo, a esa edad ya empezamos a ser viejos.

Hacia el mediodía Monica me pregunta si quiero un sándwich de la tienda, le digo que la acompaño y me mira como si no estuviese en mis cabales.

—¿Y eso? —me pregunta.

No contesto. Cojo la chaqueta y salimos juntos. Caminamos por la Sexta Avenida, es un día frío y luminoso, nos vamos abriendo paso entre los transeúntes que circulan por Houston Street.

—¿Cómo está tu madre? —le pregunto—. Hace tiempo que no hablas de ella.

—No sabía que hablase de ella. Pero ya que preguntas, no anda muy bien. Casi no sale del apartamento. Dice que no le duele nada, pero sí que le duele, lo que pasa es que no quiere que la vea ningún médico, cree que son funcionarios de inmigración y no se fía.

—Debe de ser duro.

—Peter, ¿qué te pasa?

—¿Qué quieres decir? —le pregunto mientras le abro la puerta de la tienda.

—Nunca hablas así.

La sigo hasta el mostrador. Monica pide al empleado su sándwich y el de Carl; luego yo le pido el mío y nos apartamos para esperar.

—No pasa nada —sigue diciéndome—. Solo que es raro.

—Bueno, tú nunca me cuentas muchas cosas. Cosas personales, quiero decir.

—¿Que «yo» no te cuento muchas cosas? ¿Cuánto hace que trabajamos juntos en ese sótano? Jamás me has hablado de ligues ni de novios ni de nada por el estilo. Hasta donde yo sé, podrías estar en el armario.

—Guau, ¿en serio? ¿En el armario?

—Yo qué sé, nunca aceptas los casos de gais.

Monica está delante de una vitrina repleta de carne de cabeza de jabalí, con los brazos cruzados sobre su parka verde oscuro.

—¿Qué tiene eso que ver? —le pregunto.

—No sé, dímelo tú.

Los sándwiches ya están listos, no han tardado nada en prepararlos. Yo llevo la bolsa de papel y Monica los refrescos. Una ráfaga de viento se arremolina en la acera, levantando polvo y envoltorios de caramelos, mientras, arriba, unas nubes brillantes y esponjosas surcan el cielo azul.

—No es mi intención agobiarte, ¿eh? —dice Monica—. No quiero ser como mi madre, que todas las noches me preguntaba: «¿Dónde está el hombre de tu vida? ¿No tienes novio?». Hasta que un día le dije que como no me dejara en paz, le quitaría la tele por cable. Y desde entonces ya no me pregunta.

—No tienes que contarme nada que no quieras.

—Ya, ya —dice ella—. Pero tampoco hay mucho que contar. Los tipos blancos son unos ignorantes. Y si no, se ponen en plan «Ay, pobrecita», y no lo soporto. Y los latinos son iguales que mi madre. ¿Cuarenta y dos años y sin hijos? No lo dicen, pero sé que lo piensan. A veces me acuesto con ellos, a veces no.

Cuando giramos a la derecha por King Street, veo al chico albanés apoyado en la barandilla de la casa de Phoebe con los auriculares

puestos, mirando el móvil. Lleva el mismo cortavientos gris que en nuestra primera cita, de nuevo con la cremallera cerrada hasta la barbilla. Al verme, da unos pasos hacia nosotros, se quita los auriculares y se detiene a unos metros.

—Monica —digo—, este es Vasel Marku.

Ella se adelanta y le estrecha la mano. Él me mira, luego a ella, y me doy cuenta de que está como atascado. No está Artea, la intérprete. Pero entonces, en un inglés con mucho acento pero perfectamente comprensible, me dice:

—¿Puedo hablar con usted?

Como no respondo de inmediato, Monica me mira de soslayo y dice:

—Sí, puedes hablar con él.

Vasel espera a que se lo confirme, pero su repentina aparición me ha despistado y no digo nada.

—Estoy segura de que el señor Fischer estará encantado de hablar contigo —continúa Monica mientras me fulmina con la mirada—. ¿Verdad que sí, Peter?

—Sí —digo al fin—, claro.

Carl está en la sala de conferencias con un cliente, así que Monica nos acompaña hasta la puerta de mi despacho.

—Encantada de conocerte —le dice a Vasel, extremadamente educada, como para dejar en evidencia mi indecisión con el chico.

Le indico a Vasel que pase y sigo a Monica por el pasillo.

—No dijo ni una palabra en inglés cuando nos vimos —le susurro—. Toda la conversación fue a través de su amiga. ¿Y ahora esto? Aquí pasa algo raro.

Por tercera vez ese día, Monica me contempla como si yo hubiese perdido la cabeza.

—¿Has trabajado en algún caso donde no pasara algo raro? —me dice.

En su regazo, Vasel sostiene la carta de desestimación y el listado de recursos que le envié. No aparta la vista de los papeles, los cables blancos de los auriculares cuelgan de su fino cuello.

No tengo tiempo para esto es lo que estoy pensando. Es verdad, no tengo tiempo; sin embargo, la necesidad de saber por qué ha vuelto es palpable.

—Así que querías hablar —le digo.

Levanta los documentos.

—Esto significa que no me cree, ¿verdad?

—No es tan sencillo, solo tenemos…

—Tiene razón —me interrrumpe—. No le he contado todo. Artea envía mensajes todos los días. A los amigos de mi pueblo, a la gente que me conoce, que conoce a mi familia. Les cuenta todo lo que digo. Si ella supiera la verdad, se lo contaría a sus tíos y yo me quedaría sin trabajo en la tienda. Pero ella había oído hablar de este sitio, de que quizá no tendría que pagar, por eso vine aquí con ella.

La pregunta que se refleja ahora en su rostro es la de siempre: ¿estoy a salvo? ¿Puedo confiar en usted? Porque nadie que ocupe un cargo importante o ejerza algún tipo de poder ha sido jamás digno de mi confianza.

Uno no espera a que una pregunta así se formule en voz alta porque es muy posible que no llegue a formularse. La registras y respondes. Intentas tranquilizar a la persona. Sin embargo, en este momento, no es eso lo que hago. Dejo la pregunta flotando en el aire, entre nosotros. Entonces abro el portátil y entro en Google Maps.

—Recuérdame el nombre de tu pueblo. —Me lo dice y abro una imagen por satélite de lo que parece un paisaje casi vacío, luego giro la pantalla para que ambos podamos verla—. ¿Por qué no me lo enseñas? Enséñame dónde vivías.

Echa un vistazo a la pantalla, indeciso.

—Está bien —digo—. Debería haber empezado por aquí cuando nos vimos la primera vez.

No es la respuesta a la pregunta que sigue flotando en sus ojos, pero es una especie de concesión. En cualquier caso, parece que de momento le vale con eso, toca la alfombrilla táctil y hace *zoom* en el valle. Arrastra el visor sobre los campos de pastos hasta que empiezan a verse cada vez más casas y edificios y aparecen las lindes de un pueblo. Tras ampliar de nuevo la imagen, señala con el cursor lo que parece ser una finca con un edificio alargado, un establo quizá, que conecta un tejado de tejas rojas, por un lado, y una estructura gris más pequeña con un piso superior inacabado, por el otro. En una zona asfaltada puede verse un camión de plataforma.

—Aquí —dice.

—¿Una granja?

—No. El padre de mi padre, él era pastor. Ahora tenemos muy pocos animales. Mi hermano —dice moviendo el cursor sobre el establo— arregla coches aquí, pero antes había animales. Es un mecánico de mierda. La gente va porque pagan poco. —Aleja el *zoom* y se desplaza hacia la derecha, hacia el centro del pueblo—. Ahí —dice moviendo la flecha sobre un rectángulo negro a lo largo de la calle principal—. Esta es la tienda de mi padre.

—¿Qué vende?

—De todo. Bueno, menos comida. Televisores, herramientas, cosas para niños.

Parece intrigado por la imagen de la pantalla y me pregunto si alguna vez se habrá molestado en mirar su casa de esta manera, desde el espacio.

Abro el cajón de mi escritorio y saco un bolígrafo y un bloc de notas, que está encima de una pila de expedientes.

—Tus padres —digo—. ¿Cómo se llaman?

Al instante se pone en guardia. Lo cual es comprensible. ¿Por qué iba a revelar este dato cuando cualquier cosa podría ser utilizada en su contra? Calmar, tranquilizar, redirigir. Esos son los fundamentos de mi trabajo.

—No pasa nada —le digo—. No necesito saber eso ahora.

—Jozif —dice al cabo de un momento—. Todo el mundo lo llama Zef. Marta… Así se llama mi madre.

Me observa anotar los nombres.

—Has mencionado a un hermano —le digo—. ¿Tienes alguno más?

—Una hermana, Pera; ella es la mayor.

—¿Y cómo se llama tu hermano?

—¿Por qué quiere saberlo? —pregunta.

Le digo lo que a todo el mundo: viene bien para hacerse una idea global de la situación. Como si no la hubiese pifiado en la entrevista inicial.

—Se llama Arbi —dice con desdén.

Se aparta del portátil, vuelve a sentarse en la silla y cruza los brazos sobre su estrecho pecho. Todo en él parece tenso: su postura rígida, los ojos entornados, los labios fruncidos. Se ha obligado a sí mismo a volver aquí. Al cabo de un momento, coge de nuevo la alfombrilla y se desplaza hacia el norte, alejándose del pueblo, remontando el estrecho valle, hasta que el cursor se detiene en una mancha marrón a lo largo de lo que parece ser un acantilado.

—¿Qué es eso?

—Un *cisteau* —dice—. No recuerdo cómo lo llamáis aquí, es como un edificio militar pequeño. Están por todas partes. Los comunistas, ellos los mandaron construir. Por todas partes. Ahora están vacíos, los granjeros guardan cosas dentro. Los jóvenes van allí a beber.

—¿Y este tiene algo de especial?

—Los demás chicos van a otros que están más cerca del pueblo. Nadie va a este. El granjero ya no está y puedes ver la carretera si viene alguien. Y de noche se ven los faros de los coches antes de que llegue nadie. Un búnker, esa es la palabra, un búnker.

En el silencio que sigue me da tiempo a fijarme en el ruido del ventilador del portátil y en las bocinas de los coches de la avenida.

Una vez más, la pregunta está ahí, implícita en sus ojos: ¿estoy a salvo? Una vez más, no respondo.

Su mirada se desvía hacia las estanterías que hay detrás de mí, hacia la hilera de carpetas archivadas. Varias pecas se le arraciman en torno a la nariz y mejillas, y tiene un pequeño hueco entre los dientes delanteros que no había visto antes.

—Entonces, ¿ibas al búnker a pasar el rato?

—Sí —dice más apagado. Su teléfono suena. Lo saca del bolsillo, mira la pantalla y responde con un mensaje—. Debería irme pronto.

—Espera —le digo—. Me has enseñado este lugar por algún motivo. ¿Ibas allí con alguien?

Sus ojos se iluminan.

—¿También quiere su nombre? —dice, y su voz recupera la energía con la misma rapidez con que la había perdido—. Armend. Se llama Armend.

También me observa anotar ese nombre.

—¿Lo conocías del instituto? —le pregunto.

—No lo entiende —resopla—. Todo el mundo conoce a todo el mundo. Lo conozco de toda la vida. No hay nadie que no conozca. A menos que vengan de fuera. No es como aquí.

Siento un impulso que no había sentido en años: justificarme. Decirle que he representado a cientos de personas de lugares no tan diferentes. Pero me quedo callado. De nada servirá para esta entrevista de valoración que, según parece, he decidido hacer de nuevo.

Repite, confirma, escucha.

—Así que conoces a Armend de toda la vida, y este es uno de los sitios donde quedabas con él.

—Tenía canciones —dice Vasel mirando ahora al suelo—. Canciones en el teléfono, para bailar. Le gustaba bailar viendo los vídeos. De Beyoncé o de Rihanna, practicar los movimientos. Decía que era como el fútbol, había que practicar. Quería que yo también bailara, pero yo me quedaba mirando.

—De acuerdo —digo con cuidado de no desviarlo del rumbo que ha tomado.

—Su padre tenía dinero —continúa Vasel—. Tenían un SUV, compraba ropa en Tirana, tenía un iPhone…, por eso creía que podía hacer cualquier cosa. No era estúpido, lo sabía, pero se hacía el tonto. Como si todo fuera una broma para divertirnos y ya está. Decía que era una forma de practicar para cuando estuviéramos con chicas. No éramos maricones. Solo era un juego. Él no creía eso. Pero pensaba que si no lo decía, yo no iría más.

—Así que ese búnker es el lugar al que ibais cuando queríais estar juntos —digo.

—Era estúpido —dice—, él siempre ponía la música muy alta. Yo le decía: «Baja el volumen», pero no me hacía caso. Quizá los niños nos vieron ir allí en bici, no sé, no los oímos. Un día los vi en los escalones, estaban mirando, los mierdecillas. Nos vieron. Y salieron corriendo.

—¿Esos chicos son los que empezaron el rumor?

—Lo que conté el otro día es verdad —dice—. No podía ir al instituto. El padre de Armend es traficante, todo el mundo sabía de dónde venía su dinero. Así que nadie tocaba a Armend. Dejaron de hablarle, pero no le hacían nada. Era mi culpa, decía la gente, yo era el enfermo. Yo le dije a todo el mundo que esos mierdecillas eran unos mentirosos. Que en realidad ellos eran los maricones y que por eso mentían. Algunos de mis amigos me creyeron (que estaba bien, me decían, que no pasaba nada), pero los hermanos mayores se creyeron el rumor. Ellos fueron los que empezaron a pegarme, a joderme la vida. La gente lo veía, sabía que me estaban acosando. El profesor también. Todo el mundo. Estaban esperando, como *shqiponjat,* como los pájaros que esperan a que el animal se caiga.

—Entonces tu profesor vio cómo te acosaban, conocía el motivo por el que te acosaban y no hizo nada para protegerte, ¿no? —Como Vasel no contesta, levanto la vista del cuaderno.

—Sí, pero igual que los demás —comenta—. ¿Por qué es importante el profesor?

—Bueno —digo soltando el bolígrafo y el cuaderno—, en un caso como este, una de las cosas que hay que demostrar es que la gente

con autoridad te amenazó o no te protegió debido a tu orientación.

Vasel está prestando ahora más atención que en ningún otro momento, y al parecer, no solo al significado de mis palabras, sino a mi modo de hablar.

—Usted es gay, ¿no? —Para mi propio asombro, me ruborizo. Hasta las orejas. Lo cual es ridículo—. ¡Lo sabía! —dice, y se inclina hacia delante, volviendo de repente a la vida—. Por eso he vuelto. Lo sabía. También tiene novio, ¿verdad? ¿De su edad o más joven?

Algo cercano a la vergüenza me enciende las mejillas, como si me hubiese convertido de pronto en un adolescente torpe al que un extraño sorprende desnudo, mientras que Vasel, que hace un momento se mostraba agraviado y reticente, ha cambiado por completo de actitud, ahora su rostro brilla, abierto y lleno de posibilidades y expectativas.

—No estamos aquí para hablar de mí —le aclaro, y tomo aire—. Estamos hablando de las acciones de tu profesor y de su relevancia en el caso.

—Seguro que viven juntos en una de esas torres de Hell's Kitchen, ¿verdad? Todos los gais ricos viven allí.

—Como te acabo de decir, no estamos hablando de mí.

—¿Qué? —pregunta—. ¿Cree que soy un maleducado? ¿Que no debería preguntar eso? ¿Yo le tengo que contar todo, pero usted no me dice nada?

—Con los abogados es así como suelen funcionar las cosas —respondo, y noto que mi voz se endurece, como si quisiera que sonase más masculina. Es casi una negligencia no ofrecerle la seguridad de que puede ser sincero conmigo.

—Ah —dice—, no ha salido del armario. Los blancos como usted, del Downtown, pensaba que todos estaban fuera del armario.

—Escucha —le digo—. Soy gay. Y he salido del armario. Y si esa es una de las razones por las que te sientes cómodo hablando conmigo, me parece bien. Pero lo que estamos hablando aquí no tiene nada que ver con mi vida, sino con la tuya.

—¿Cuántos años tiene su novio? —pregunta como si yo no hubiese dicho nada. Está sentado en el borde de la silla y no deja de mover las piernas—. Casi todos los jóvenes están con hombres mayores. Treinta es una buena edad para mí, creo, alguien que sepa lo que quiere y eso, pero no rico en plan para que me compre cosas. Los chicos oyen mi acento y creen que eso es lo que busco, que soy basura. Pero bueno. Da igual. Los guapos no se fijan en mí, ni siquiera antes de que abra la boca y hable.

—Vasel —digo empleando su nombre por primera vez, cosa que él percibe y provoca que se pare en seco, como si hubiese interpelado a una antigua versión de él—. No pretendo ser maleducado, pero esta entrevista no es para hablar de esto. Y hay preguntas que tengo que hacerte para poder evaluar tu situación.

Sus piernas dejan de moverse. Su energía se desinfla al instante, su arrebato de diversión se va por el desagüe. Él quiere jugar y yo solo quiero su pasado.

—Bueno —digo recuperando la compostura—. Estabas hablando del instituto.

Sus ojos se desvían hacia un lado y vuelve a reclinarse en la silla.

—Sí —dice, cabizbajo—. Dejé de ir al instituto. Mi abuelo, los terrenos que tenía en las colinas estaban vacíos. Así que me iba allí de día. Le dije a Armend que no podíamos vernos más. Pero no dejaba de mandarme mensajes, decía que quería verme. Que odiaba a la gente del instituto que iba detrás de mí para joderme, que él me protegería, pero eso era una estupidez, no podía, nadie podía. —Hace una pausa para rascarse un pellejillo del pulgar y tensa la mandíbula. Luego sigue diciendo—: El vecino de al lado se casó. Fuimos todos a la boda, mi madre, mi padre, Pera y Arbi. Allí las bodas son eternas, todo el día, toda la noche. Después de la cena, cuando la gente estaba bailando, Armend me envió un mensaje y me dijo que quería quedar conmigo. Le dije que no, que era una locura, que todo el mundo estaba hablando del rumor, de él y de mí, y no podíamos arriesgarnos. Pero me dijo que estaba allí, al lado, en

la verja. Ven un momento, dijo. Déjame entrar. —Las manos de Vasel se quedan inmóviles. Mueve mínimamente la cabeza.

Siempre percibo el arrepentimiento en los rostros de los clientes, pero nunca lo había advertido de una forma tan clara en el rostro de alguien tan joven.

—Ya estaba oscuro —continúa—. Pensaba que nadie se daría cuenta si me iba de la boda. Fui a la puerta y dejé entrar a Armend. Estaba borracho y supongo que yo también, un poco. No quería estar en mi casa con él, me parecía muy raro. Nos quedamos fuera, fumando. Armend intentaba hacerse el gracioso, se puso a hacer sus bailecitos con la música que llegaba de la boda. Como si no hubiera pasado nada, como si pudiéramos hacer lo mismo que en el búnker. Pero Arbi me vio irme de la boda y, como es un capullo malpensado, me siguió. Se escondió en los establos, en uno de sus coches viejos de mierda, observándonos todo el rato. El muy cabrón. Seguro que le gustaba. A la mañana siguiente, Arbi me dijo en plan gánster (eso es lo que quiere ser, contrabandista, un hombre importante, no arreglar coches): «Tú no eres humano, eres basura». Pero él es la basura. Ninguna mujer se quiere casar con él, todo el mundo lo sabe. La tienda de mi padre debería ser para Arbi cuando mi padre muera. Arbi es el mayor. Pero todo el mundo sabe que a mi padre no le gusta. Siempre ha sido así. Por eso la gente sabe que le pasa algo. Y las familias no quieren que sus hijas se casen con él. El primer hijo debería ser el favorito, pero a mi padre le gusta más Pera. Y a mí también. Cuando volvía de la tienda, mi padre siempre nos abrazaba y nos daba besos. Mi madre le decía que se comportaba como una mujer, pero a él no le importaba, se reía, así es él. Bueno, así era.

—Entonces, ¿tu hermano os vio a ti y a Armend? —pregunto.

—Sí —dice Vasel sin dejar de mirarse las manos, que ahora están juntas sobre el regazo—. Y se lo contó a mi padre al día siguiente. Se alegró de contárselo, de joderme. Pero no salió como él esperaba. Mi padre le pegó en la cara. «Nunca digas esa guarrada en mi casa, nunca. Me das asco», eso es lo que dijo. Mi madre, mi

hermana, estaban mirando. Arbi dijo que era un viejo imbécil. Que todo el mundo lo sabía, que no era la primera vez, que la gente hablaba a nuestras espaldas, que yo era una deshonra para nuestra familia, para todos nuestros parientes. Pero mi padre no lo creyó. Le dijo que no volviera a hablar nunca más. O lo dejaría sin nada.

Me doy cuenta de que, una vez más, he dejado de tomar notas mientras escucho a Vasel. Pero no pasa nada, me digo. Esto no lo voy a olvidar.

—Y así quedó la cosa —dice Vasel—. Pero solo un tiempo. No podía engañar a mi madre, ella lo sabía, y se preocupaba mucho por mí, estaba muy nerviosa. Se ponía a llorar cuando mi padre no estaba. Aunque la casa era una locura porque mi madre estaba preparando la boda de Pera. Los vestidos, los regalos, todo lo que había hecho durante meses, había cosas por todas partes. Era una familia que vivía cerca de Shkodër, un pueblo mucho más grande, junto a un lago, un lugar con cosas que hacer. Pera quería ir. Conoció allí al hombre cuando fue a visitar a nuestra prima. Decidieron casarse. Y mi madre se alegró porque Arbi no tiene mujer y le preocupaba que Pera no tuviera marido. Ya tenía veinte años, tal vez tendría que ir a un pueblo perdido en las montañas con algún viejo que mi padre encontrara para ella. No porque él quiera. Pero una hija sin marido es casi lo peor.

Vasel se ha relajado en la silla, su atención ya no está en la habitación, sino en las imágenes que circulan por su mente.

—Entonces, la gente del pueblo empezó a venir menos a nuestra tienda —dice—. Los hombres le decían a mi hermano: «Respetamos a tu padre, no queremos que le vaya mal, pero tiene que hablar con Vasel u ocuparse él mismo del asunto». Cuando Arbi le contó esto a mi padre, mi padre volvió a gritarle y le pegó, dijo que era culpa suya por decir mentiras.

Vasel levanta la vista y me lanza una mirada torva.

—Le he dicho la verdad —asegura—. Los hombres que hablaron con mi hermano me pararon en la carretera, como le conté. Me dijeron: «Armend se ha ido». Yo ya lo sabía, que se había ido a

Tirana, porque los rumores eran cada vez peores. Su padre tiene contactos, podía ir a Italia, viajar. Pero estos hombres (no los hermanos mayores, sino los padres de los chicos del instituto) decían en broma que Armend estaba muerto, que ahora había que hacer algo conmigo. Y claro, tuve que decírselo a mi padre. Yo pensaba que no pasaría nada. Se lo diría y me iría de allí. No se imagina cómo son las cosas en mi pueblo. Mi madre tenía tanto miedo que empezó a hablarme solo en inglés, a enseñarme todo lo que sabía por si tenía que irme. Ella lo aprendió en Pristina antes de que sus padres la emparejaran con mi padre. Siempre quería que aprendiéramos inglés.

Su agitación se ha desvanecido bajo el peso de los recuerdos.

—Así que decidí hacerlo —prosigue—. Decirle la verdad a mi padre y marcharme. Pero no me dio tiempo, dos viejos fueron a mi casa. Nunca los había visto. Habían venido a ver a mi padre. No eran de nuestro pueblo, aparecieron de repente, y él los condujo al salón y mi madre les llevó comida y cerró todas las puertas. Pera y mi madre se sentaron en la cocina, esperando. Sabían algo, pero no me lo dijeron. Cuando los viejos se fueron, mi padre se acercó a mí y me dijo: «Sal fuera», él entró en la cocina y oí llorar a mi madre. Los hombres eran de la familia de Shkodër. Habían venido a decirle a mi padre que no podían unirse a nuestra familia. No habría boda.

»Eso es lo que hice —concluye—: arruinar la vida de mi hermana.

El resto de la tarde, por más que lo intento, no consigo concentrarme. Empiezo a redactar correos electrónicos y olvido a quién se los quiero enviar. Me pongo a leer un informe y pierdo el hilo una y otra vez. A las seis, me rindo y salgo en dirección al metro.

Se me ocurre que podría mandarle un mensaje a Cliff. Incluso podría —en el último momento— invitarlo a cenar, como me sugirió. Poner servilletas y cubiertos, abrir una botella de vino. La imagen de todo eso flota ahí, en mi mente, pero luego se desvanece, y levanto la vista de la acera para darme cuenta de que he pasado de largo la parada de Spring Street y ya estoy en la Sexta con Canal Street, frente a las escaleras del metro. Sin embargo, en lugar de bajarlas, cruzo y continúo por Church Street, como si quisiera regresar a Foley Square. Pero tampoco me dirijo hacia allí, no giro al este, sino que continúo dirección sur, más allá de Chambers, donde el tráfico de transeúntes comienza a menguar.

En el solar de la zona cero, las banderas ondean desde la cima de unas grúas gigantescas; la torre, que está a medio construir, se cierne sobre el agujero, que está a medio llenar. Hacía años que no pasaba por aquí. No desde que dejé el bufete donde estuve un tiempo para pagar los préstamos de la Facultad de Derecho.

Por aquel entonces trabajaba setenta y pico horas a la semana. Clasificando decenas de miles de registros empresariales y redactando memorandos sobre un contenido absurdo, vacío, y todo para preparar juicios entre empresas que todo el mundo sabía que jamás tendrían lugar; litigios de años encaminados al inevitable acuerdo que volvía estéril todo el trabajo realizado. Apenas pienso en aquella época. Es en sí misma una especie de abismo. Todas las noches, a última hora, bajaba al vestíbulo del rascacielos y pasaba por delante de los coches de lujo con chóferes privados que llevaban

a los jefazos al norte de Manhattan; después de atravesar el parque Zuccotti, encaminaba mis pasos hacia el sur, dejando atrás el edificio del American Stock Exchange; luego bajaba por Rector Street y entraba en el vestíbulo de mi edificio —la antigua sede de U. S. Steel—, daba las buenas noches al conserje y subía a mi miniestudio y, sin encender las luces, me acercaba a la ventana y contemplaba durante un rato el oscuro cementerio de la iglesia de la Trinidad.

—Tu padre estaría orgulloso de ti —me dijo mi madre en cierta ocasión—. Al menos, imagino que lo estaría viéndote trabajar con tantas empresas importantes. Pero espero por tu bien que no te quedes ahí toda la vida.

No conseguía imaginarme a mi padre orgulloso de mí, ni siquiera en ese ámbito tan concreto. Lo más probable es que pensara que me había vendido a los magnates, a las élites que habrían aplastado sin dudarlo una empresa como la suya con tal de ganar una décima de punto. Y al final del día, o de la noche, su hijo no regresaba a un hogar como el suyo, sino a un apartamento sin nadie, con un maletín lleno de papeles que no podían importarle menos. Estudié Derecho, una carrera que prometía seguridad, con la excusa de que algún día podría ayudar a la gente. Durante la carrera, hice un curso sobre legislación en materia de ciudadanía y asilo que impartía un hombre que pasó la mayor parte de su vida viajando a campos de refugiados y centros de internamiento para reunir pruebas de malos tratos y abusos. Si tienes que trabajar en un bufete para saldar tus deudas, que así sea, me dijo, pero ya que estás allí, aprovecha y aprende algo. Al socio que me supervisaba le pareció bien que representase gratuitamente a todos los solicitantes de asilo que quisiera, siempre que entendiese que sería un complemento y que aparte tendría que hacer otros trabajos para él.

Durante mi segundo año trabajando en aquel bufete conocí a Tesfay Kidane, mi primer cliente real. Un periodista eritreo de unos cincuenta años, delgado y de rasgos finos. Llevaba un jersey negro de cuello alto y una cazadora negra de cuero; ofrecía el aspecto de un intelectual marxista y, en efecto, es lo que era. Al principio de

nuestras reuniones sacaba un cigarrillo liado a mano de su pitillera y lo sostenía entre los dedos índice y corazón mientras hablábamos, como si nuestras conversaciones fuesen una simple interrupción de un acto único que concluía cuando salía a la calle y encendía una cerilla. Hablaba del maltrato infligido por el régimen de Afwerki como si se tratara de un atentado contra el buen gusto. Como si sus captores hubiesen cometido un error estético más que otra cosa. Veinte años luchando por la independencia de Etiopía, y en vez de la democracia humanista con la que habían soñado durante la guerra, lo que obtuvieron fue una dictadura.

La primera vez que le pedí que detallase lo que le habían hecho, sonrió.

—No se preocupe —dijo—, lo entiendo. Me ha tocado ser la víctima en esta particular obra de moralidad, pidiendo clemencia al gran poder. Somos cristianos desde hace mucho más tiempo que usted, de modo que sí, comprendo la virtud del sufrimiento a ojos de un Dios misericordioso. Haré lo posible por representar mi papel. —Su sarcasmo era tan cortés que no parecía dirigido a mí ni a nadie, solo a él mismo, una suerte de pasatiempo para aquellos que habían perdido totalmente la esperanza. Me volqué por completo en su caso, no quería trabajar en otra cosa. Tardé tres años más en liquidar mis préstamos y, con la ayuda de muchos abogados más que conocí en el proceso —Phoebe entre ellos—, conseguí que a Kidane le otorgasen el derecho a quedarse.

En la acera que hay frente a los almacenes Century 21, los últimos turistas del día pasean entre los vendedores ambulantes de recuerdos del 11-S, maquetas de las Torres Gemelas y camisetas con imágenes de la cabeza de Bin Laden en el punto de mira de un rifle.

Lo que me recuerda una cosa que comentó Artea: Vasel también trabajaba vendiendo cosas del 11-S. Y de repente me pregunto si el joven albanés habrá venido aquí después de nuestra entrevista, y si no será esta la razón por la que yo esté paseando por estos bloques que frecuentaba antaño.

Paseo la mirada en torno, de puesto en puesto. Los vendedores empiezan a recoger sus mercancías, enganchando los carritos a la parte trasera de sus furgonetas, pero ninguno de ellos es Vasel.

Antes de marcharse, me aseguró que volvería pronto para responder al resto de mis preguntas, para abordar el trabajo que él y yo tenemos ahora por delante.

—Lo que me produce curiosidad es lo siguiente —me dijo una vez Tesfay Kidane, en la acera, después de encenderse un cigarro de liar que parecía un porro—: ¿por qué usted, que tiene todas las comodidades, un trabajo y un lugar donde vivir…, por qué hace este trabajo? ¿Qué soy yo para usted?

La primera vez que toqué a Jared fue fingiendo que nos peleábamos. Estábamos en clase de teatro y el profesor nos sacó a los dos para hacer una improvisación. Teníamos que representar una discusión sin palabras, solo con los cuerpos. Al principio Jared se reía. No se lo tomaba en serio. Entonces el profesor le dijo: «Si esto te pone nervioso, usa tus nervios». Y eso hizo. Acabé en el suelo del escenario mientras los demás nos miraban, él encima, mi cara bajo su clavícula, el intenso olor de su sudor inundándome las fosas nasales. «Así que esto es desear», pensé.

Después del círculo con Deborah Weber, le tocó a Ann ir a la tienda. Fue hasta el pueblo en coche, hizo la compra y paró en la ferretería para comprar varias cosas que Jeanette le había escrito en una lista. Cuando regresó, metió la comida en el frigorífico y en los armarios y ayudó a Roberta a cortar las verduras para la sopa de la noche, por lo que solo le quedó tiempo para dar un corto paseo al final del día. Fue hasta el extremo más cercano de la granja de los Tibbett, luego bajó la colina hasta el cruce y regresó. Con el horario de verano, aún había luz en el cielo, pero el aire seguía igual de frío que en invierno. Al volver, encontró a Jeanette trabajando en el jardín. Estaba agachada junto al granero, cortando una vieja enredadera que había crecido demasiado y tapaba la vista de una de las ventanas.

—¿Qué tal andan hoy las tres magas? —preguntó Jeanette sin levantar la vista. Con una mano cubierta por un guante agarró un tallo espinoso, y con la podadera que llevaba en la otra, lo cortó desde la base.

—Pues igual de sabias que siempre —respondió Ann.

Jeanette se puso de pie y arrancó el largo tallo, dejando atrás los contornos negros y sinuosos por donde se había enganchado la enredadera.

—Me alegro.

Las tres le habían preguntado a Jeanette en más de una ocasión si no prefería ayudar con la programación y las comidas en invierno, para no estar tan expuesta al frío, pero ella siempre se negaba; prefería estar fuera, a menos que hubiese tormenta, e incluso entonces se iba al cobertizo nuevo a hacer cualquier cosa de mantenimiento o a reparar algo. Otras mujeres de los alrededores también formaban parte de la comunidad y se unían a las reuniones de los domingos por la noche, pero en su mayoría eran parejas que se habían trasladado desde Boston o Nueva York. Jeanette era la

única que había nacido y se había criado aquí. A Ann le cayó bien desde el principio por su cinismo e ingenio. A Clare, no tanto. Pensaba que Ann la había idealizado. Pertenecer a la clase trabajadora no era excusa para ser tan rebelde y maleducada, dijo Clare sin necesidad de añadir que, siendo hija de un mecánico, lo sabía mejor que nadie. Aunque Clare no tenía precisamente un carácter fácil.

Lo que Ann quería decir cuando Clare se quejaba de Jeanette era que su actitud reservada podía tener más que ver con el hecho de haber sido víctima de una violación. Pero en los ocho años transcurridos desde que esta se lo contó, nunca le dio permiso para compartirlo con las demás.

Ann se sentía incómoda guardando el secreto en un lugar donde todo se compartía con Clare y Roberta y, a menudo, con el resto de las mujeres. La sinceridad figuraba en el centro de su *ethos.* Pero justo antes de decírselo, Jeanette le pidió que jurase que no se lo contaría a nadie, y algo en la fuerza de la petición —una desesperación totalmente atípica— pronunciada en la penumbra del coche mientras Ann la llevaba a casa una tarde de finales de invierno no muy distinta a esta, quedó grabado en su mente. Y ambas habían vivido todos estos años bajo este acuerdo, al que Ann se había acostumbrado y, de hecho, había dejado de preocuparle. Hacía tiempo que se había apartado del guion de confesión y catarsis. Si el recelo de Jeanette a las costumbres del centro era lo que le permitía estar aquí, que así fuese. Las doctrinas eran para las sectas.

Las dos podían estar así, pensó Ann tranquilamente, en silencio. Jeanette apreciaba su presencia, pero nunca lo decía, y eso también estaba bien. De hecho, para ella era un alivio. De algún modo, estar cerca de ella le permitía pensar.

Aquella cita de Thomas Merton se le había quedado grabada. Hacía mucho que terminó los estudios de teología. Rara vez pensaba en ello. Por aquel entonces tenía la firme decisión de conseguir el reconocimiento de las instituciones de poder, y obtener, a su vez, una parte de ese poder para sí misma, pero esta idea no podía

interesarle menos hoy día. Cuánto desperdicio de espíritu, eso pensaba ahora. «Ese abismo de confusión y absurdo que es nuestro yo mundano». En aquel momento interpretó la frase como una negación del placer, que es lo que era —una negación del cuerpo, del cuerpo de la mujer en particular—. Pero ahora que ya no luchaba contra eso, se le antojaba diferente. Ahora parecía referirse no tanto a la confusión y al absurdo del yo mundano como al del yo *per se:* a las historias que la gente se contaba acerca de sí misma, *ad infinitum.* Esa sucesión de identidades que les habían dicho que eran y que pretendían ser, de forma involuntaria o no, para abrirse paso en la vida. Cuánto esfuerzo requería sostener y reforzar aquellas historias que se contaban a sí mismas: esta soy yo. Desvincular a la gente de esas narrativas, ese era el trabajo que Clare y Roberta intentaban desempeñar aquí.

Aunque la gente no siempre lo conseguía, o no del todo. Incluso ahora, Ann recordaba ese primer gesto desacertado que tuvo con Richard: regalarle un libro de Merton la primera vez que fue a verla a Cambridge. Y ese recuerdo la vinculaba con la historia de la joven que fue entonces, todavía atada a la narrativa del matrimonio. Tal era la trampa de la memoria.

Pero ¿qué más daba el pasado ahora, mientras veía a Jeanette cortar la zarza de raíz? El aire soplaba helado, la luz empezaba a escasear, el borde del prado se confundía con la linde del bosque. Jeanette estaba a su lado. Pronto cenaría con su amiga más antigua y con su pareja, y con las mujeres del grupo, y también con Jeanette en el improbable caso de que aceptase la invitación. ¿A qué narrativa había que recurrir para dar cuenta de todo esto, si no a la gratitud?

—¿Vas a quedarte ahí quieta? —dijo Jeanette con los brazos llenos de indomables tallos—. ¿O vas a ayudarme a quitar esta mierda?

Ann sonrió.

—Con la amabilidad con que siempre pides las cosas, ¿cómo iba a negarme?

Esa misma noche, en la cama, después de leer un rato, Ann se acurrucó contra Clare, que seguía con la luz de lectura encendida y un libro abierto apoyado sobre el pecho. Olía a la crema de eucalipto y mentol que usaba para el dolor de muñecas, un aroma medicinal al que se había acostumbrado tanto que ahora era como un arrullo.

—Has estado genial esta mañana en el círculo —dijo Clare sin dejar de leer—. A Deborah le llegó mucho lo que dijiste. Me di cuenta.

Ann apoyó una mano en la suavidad del vientre de Clare.

—Quizá —dijo—. Pero las lágrimas no son el objetivo, como tú misma dices.

—Cierto. Pero no fueron solo lágrimas —repuso Clare—. Le permitiste discernir algo sobre sí misma.

Estaba siendo generosa. Ann podía oírlo en la dulzura de su voz, y la hacía sentirse bien.

—Igual sí —convino—. Pero sabes que solo funciona cuando estamos las tres. No habría llegado a ese punto sin ti ni sin Roberta.

Clare pasó la página del libro y permanecieron un rato en silencio.

Lo que acudió a la mente de Ann —hacía mucho que no pensaba en eso— fue el día que se conocieron en la parroquia de San Esteban; Clare con un jersey negro de cuello alto, una rebeca gris, su cadenita y su cruz de plata. Cuando las presentaron, sus miradas se cruzaron un instante más de lo que la cortesía requería, no debido al embelesamiento romántico, sino a un reconocimiento extraño e inmediato. Clare, que llevaba años fuera del armario y que había vivido un matrimonio fugaz durante la veintena, diría después que Ann, en ese momento, estaba despertando al deseo real, y no le faltaba razón. Pero tampoco era del todo correcto. La sensación de reconocimiento incluía algo más concreto. Ann vio a una mujer a la que le importaba un comino lo que los demás pensaran de ella, y en ese momento, sin recurrir a las palabras, Clare le comunicó que, en el fondo, Ann era igual que ella, fuese o no consciente. En los meses que siguieron, a medida que se fueron conociendo y enamorando, incluso cuando seguía casada con Richard, la única imagen que Ann

conseguía evocar para dar sentido a aquel primer encuentro era la de una tensión en las entrañas que, de buenas a primeras, desapareció, se soltó. ¿Cómo podía haber llegado a los cuarenta —feminista desde la adolescencia y defensora desde que estudiaba Teología del derecho de las mujeres a ejercer de sacerdotes en la Iglesia Episcopal— y haber pasado por alto su necesidad casi constante de aprobación por parte de los demás? De hecho, era más que eso. No solo la había pasado por alto. En su imaginación, creía que la había superado. Hasta que Clare la miró y, sin abrir la boca, le dijo: «Vamos, eres más fuerte de lo que crees, lo sé». ¿Cómo no iba a sentirse atraída por ella? Clare era la puerta a un mundo más libre del que había imaginado siquiera. Sus relaciones sexuales, cuando comenzaron, fueron reveladoras, no solo por el placer, sino por la sensación casi animal de desprenderse de las constricciones de su vida. La cuestión no era si debía separarse de Richard, sino cuándo, y cómo hacerlo de la forma que menos perjudicase a Liz y a Peter. A pesar del liberalismo de San Esteban, muchos dejaron claro que aquello se pasaba de castaño oscuro y que no pensaban dar su beneplácito. Pero para cuando todo salió a la luz, Roberta, la antigua jefa de la sacristía, ya había empezado a hablar con Clare y Ann sobre el retiro para mujeres, y Clare, con su buen olfato administrativo, ya había empezado a calcular los costes que supondría poner el proyecto en marcha y a mirar por cuánto podría salirles un terreno.

Clare cerró el libro, pero en lugar de dejarlo a un lado, apoyó ambas manos sobre él, encima del estómago.

—La pregunta que le hiciste a Deborah —dijo— sobre cómo el hecho de tener hijos había afectado a su trabajo. Te acordaste de cuando tenías su edad, ¿verdad? Estabas pensando en Liz y Peter.

Ann seguía de lado, frente a Clare, con la frente apoyada en su hombro.

—No especialmente —respondió—. ¿Por qué?

—Me dio esa sensación, no sé, como si estuvieses reflexionando en voz alta sobre ese tema.

—Supongo que sí —dijo Ann, y se giró hacia su lado de la cama—. ¿Tiene algo de malo?

—No, claro que no —respondió Clare.

Richard nunca había supuesto una amenaza para Clare. Desde el principio quedó claro que Ann lo dejaría en algún momento, así que no tenía motivos para sentir celos. Pero Liz y Peter eran harina de otro costal. El reclamo de estos sobre Ann era mucho mayor. Clare intentó conocerlos mejor —solo los había visto en la iglesia—, pero el momento no podía ser menos propicio: eran adolescentes y sus padres estaban separándose. Y ante la hosquedad de los hijos, Clare, por toda respuesta, se limitaba a defender a Ann, a hablarles de la importancia del centro de retiro que iban a crear las tres. Para Liz y Peter, ella siempre sería la mujer que les metieron con calzador cuando menos les apetecía conocer a gente extraña. Y Ann tampoco contribuyó mucho a mejorar la situación. Tenía que cuidar de la congregación y dirigir la parroquia. Además, en parte le parecía bien que Clare la apoyara. Richard nunca había salido en su defensa cuando los niños se quejaban de que trabajaba mucho. En cualquier caso, había permitido que esa semilla de animadversión se instalase y había tenido que lidiar con ella desde entonces. Sabía con seguridad que esa era una de las razones por las que Peter había dejado de visitar el centro: tener que enfrentarse a esa tensión. Y aquí estaba Clare, ahora, volviendo subrepticiamente al tema.

—Sigues pensando que me arrepiento —dijo Ann, sorprendida de su propia franqueza—. ¿Cuándo he dicho yo que me arrepienta de lo nuestro?

Clare dejó el libro a un lado y se quitó las gafas de leer.

—Nunca —respondió—. Se te da muy bien protegerme de eso.

—¿Ves? Da igual lo que diga —replicó Ann acurrucándose un poco más, con un tono medio juguetón (esa voz pueril que usaban a veces entre ellas) y medio exasperado—. Estás convencida.

—Eso no es verdad —dijo Clare con más dulzura, satisfecha de haber provocado un poquito a Ann, de estar más segura de su devoción hacia ella.

Para mudarse aquí, las tres tuvieron que renunciar a cosas. Roberta, a su consulta y a estar cerca de su familia; Clare, a su titularidad y a su estatus. ¿Y Ann? En cierto sentido, fue la que a menos cosas tuvo que renunciar. Después de diez años en San Esteban, la necesidad de un cambio estaba a la vuelta de la esquina, incluso si no hubiese estado harta de las reglas y jerarquías de la iglesia. Sin embargo, no sería exacto decir que a ella le resultó más fácil. Es cierto que cuando llegó el momento de recoger sus cosas, el hecho de marcharse le supuso más una liberación que un sacrificio. ¿Adónde habría ido si no? Las tres llevaban ya varios años planeando el proyecto del centro. La promesa ya existía cuando le pidió a Richard que se mudase. Cuando este enfermó y se vio obligada a volver, ya habían comprado la parcela. Y el año posterior a su fallecimiento, mientras Peter terminaba el instituto, tuvo que ausentarse a menudo para ayudar con las reformas del centro. Durante todo ese periodo en el que el mundo de Liz y Peter se encontraba patas arriba, ella había albergado una semilla de esperanza que no tenía nada que ver con ellos. Y se había aferrado a esa semilla del mismo modo en que se había aferrado a Clare. A pesar de todo el huracán. No era arrepentimiento lo que sentía, sino culpa. Por tener una esperanza ajena a sus hijos. Y esto era lo que Clare había malinterpretado como dudas hacia ella, cuando en realidad eran remordimientos puntuales por cómo su decisión de mudarse afectaba a Liz y a Peter. E incluso ahora, dos décadas después de esta vida no tan nueva, una pregunta sobre los hijos en el círculo de mujeres podía generar cierta inquietud entre ellas, pese a no tener ningún fundamento real.

Después de apagar la luz, Clare se giró para tener a Ann de frente. En aquella oscuridad repentina, sintiendo la cercanía de su compañera, Ann abrió los ojos de par en par. Se imaginó a Liz y a Norman en su dormitorio. Sus armarios llenos de disfraces para las convenciones esas que organizaba su hija, un perro o dos dormitando en la alfombra, junto a la cama, en aquella casa de estilo ranchero rodeada de tierras valladas donde los animales

deambulaban a su aire durante el día y que, al caer la noche, quedaban sumidas en un solitario silencio. Y desde ese silencio imaginario en aquel pueblecito al oeste de Portland, su mente viajó hacia el sur, por la costa, hasta llegar a Nueva York, donde vio a Peter en aquel apartamento que ella había visto una sola vez, poco después de que su hijo se mudase, con vistas —parcialmente— al puente de Brooklyn. Peter solo, que ella supiera, en la cama, situada en la esquina de una habitación que daba al edificio contiguo. Intentó calcular con exactitud los años que llevaba sin verlo (un almuerzo breve, un día que ella y Clare pasaron por Nueva York), pero con independencia del tiempo transcurrido —¿seis años?, ¿siete?— seguía siendo extrañamente nebuloso, y su esfuerzo por calcularlo resultó inútil. Como todos los años, lo había invitado a Vermont por Navidad, y él, como todos los diciembres, le había ofrecido la misma excusa: el trabajo. «Los juzgados solo cierran un día», le había escrito.

Imaginarse a sus hijos mientras dormían era un hábito materno del que se había desentendido hacía mucho. No obstante, esa noche, su mente no se detuvo en ellos, sino que regresó al campo, a esa ladera, a Jeanette en su cuarto, en el granero. La cama doble, la mesa auxiliar de pino macizo, el buró apoyado contra la pared inclinada del tejado. Cuando se vino a vivir aquí, trajo muy pocos efectos personales, y apenas se había hecho con ninguno desde entonces. Las comodidades le daban lo mismo. Pese a que Ann siempre había querido ofrecérselas.

—Buenas noches —susurró Clare—. Te quiero.

—Yo también te quiero —respondió Ann.

Todos los años, por su aniversario de boda, mi padre nos hablaba de cuando fue a Europa para ver los lugares donde luchó nuestro abuelo en la Segunda Guerra Mundial. Tenía un ritual: llevaba a mi madre a un restaurante de lujo y le compraba rosas, pero antes de salir de casa, se sentaba con nosotros mientras cenábamos y nos contaba la historia de cómo se conocieron. Fue en un albergue juvenil de París. Él había estado en el bosque de las Ardenas e iba a pasar la noche en el albergue y, entonces, vio a mi madre en el jardín. Ella estaba escribiendo en un diario y no se percató de su presencia.

No era común ver a chicas viajando solas por aquel entonces, decía. Ella era diferente, me di cuenta al momento, tenía algo especial, y yo quería saber qué estaba escribiendo en ese libro. Así que le pregunté, ¿y qué creéis que me dijo?: «Observaciones». Entonces supe que no conocería a nadie como ella en mi país. Por supuesto, vuestra madre era preciosa, absolutamente preciosa, y lo sigue siendo. Me dijo que si quería hablar con ella, que volviera al cabo de una hora. Y eso hice. Nos tomamos un café y luego la invité a comer y dijo que sí. Y todo el rato me miraba como si tuviese calados a los tipos como yo y le diesen igual los piropos y los halagos. Una chica de una familia tradicional de Nueva Inglaterra. ¿Qué necesitaba ella de un pesado como yo? Conseguí que me diera un beso antes de irme a la estación, eso fue todo.

Todos los años, la misma historia. Para mi padre, el hecho de haberse conocido en París nunca dejó de tener un halo de romanticismo. De alguna manera, a pesar de todo, había logrado dejar huella en mi madre. Una suerte de aura que envolvía su matrimonio. Una historia que contar, un momento predestinado a ocurrir.

Un año, poco antes de separarse, mi madre dijo:

—Ya está, Richard. Los niños se saben esa historia de memoria. —Y mi padre se calló. Enmudeció en ese mismo momento. No dijo ni una palabra más.

Vasel no responde a los correos electrónicos sobre nuestra próxima cita. Solo nos quedan seis semanas y necesito que me envíe varios documentos y una declaración jurada. Tengo que prepararlo para el juicio. Por fin responde a un mensaje de texto. «Necesito verle de todos modos, estaré allí dentro de una hora» seguido de un emoji de sonrisa. Mi agenda no funciona así, pero casualmente no tengo que ir al juzgado, así que respondo: «Vale».

Aparece con un *look* totalmente distinto: una chaqueta azul claro tipo Members Only sobre una camisa blanca y unos vaqueros negros. También tiene el pelo diferente, más corto por los lados, y se ha echado fijador o algo en el flequillo. Parece un candidato a Eurovisión o el nuevo miembro de una *boy band.* Incluso se ha maquillado un poco para atenuar las pecas. No es solo su aspecto. Su actitud, sentado frente a mí en la mesa de la sala de conferencias, es como más luminosa, parece más seguro de sí mismo.

Cuando le pregunto qué tal le va, responde atropelladamente, como si estuviese ansioso por que le hiciera la pregunta. Está a punto de empezar a trabajar en un restaurante nuevo, de categoría, moderno, un sitio muy guay, y cerca de aquí, a solo unos minutos, limpiando mesas y abasteciendo la barra, pero el dueño dice que si lo hace bien, pronto necesitarán más camareros, así que ha empezado a buscar compañeros de piso, pero no por Pelham Parkway, sino en Brooklyn, con estadounidenses, dice, nada de albaneses.

—Y claro, el tema legal ahora no me viene bien para eso, quizá más adelante. No estoy aquí por eso. Usted parece una buena persona —añade—, un buen profesional. Sé cómo funcionan las cosas en Nueva York, tienes que conocer a gente, no solo para conseguir favores, es importante tener contactos porque nunca se

sabe en el futuro las cosas que vas a querer hacer. Por eso he venido hoy, no por mi caso. Necesito saber: ¿forma parte de mi red de contactos?

Al principio creo que está bromeando. Incluso que se está burlando de mí. Pero cuando termina de soltarlo todo, su entusiasmo se torna en nerviosismo y me doy cuenta de que va en serio.

Una cosa que nunca hacemos, dijo Phoebe el día en que me contrató, es ser paternalistas con los clientes. Te nubla el juicio. A lo que Monica añadió más tarde: «Ella debería saberlo mejor que nadie; los únicos que se preocupan de eso son los que tienen actitudes paternalistas».

—Si lo que me estás pidiendo —le digo a Vasel— es que te ponga de referencia una vez que termine el caso, claro, eso es algo que solemos hacer. Pero tienes que entender que los trámites ya están en marcha. No puedes posponerlo. Si no vas a la audiencia, recibirás una orden de expulsión. El ICE podría ir a por ti. Podrían detenerte, meterte en un avión. No digo que vaya a pasar, tienen que dar muchos pasos antes de llegar a eso, pero hazme caso: es mejor evitarlo. Una orden de expulsión es un problema serio.

Agacha la cabeza, sus piernas empiezan a moverse, el mismo tic nervioso de la última vez.

—No estoy hablando de eso —dice—. No tenía por qué volver aquí. He venido porque, tal y como he dicho, usted es una persona buena y un buen profesional. Y voy a hacer cosas buenas, cosas mejores. Estos tipos que conocí, que están fuera del armario, les hablé de usted. Y dijeron que parecía un buen tipo y que debería preguntarle. Por eso estoy aquí. El ICE pasa de mí. De los albaneses, ellos buscan a gente con pinta de mafiosa. Yo, Artea, sus tíos… no tenemos pinta de eso.

No le puedo quitar la razón en ese punto. No obstante, le digo:

—Sea lo que sea lo que quieras hacer en el futuro, una orden final de expulsión es una espada al cuello. El día que quieras arreglarlo, te va a resultar el doble de difícil. No digo que un juez

vaya a emitir una orden de arresto, pero podría hacerlo. Lo que te convertiría en un fugitivo. Podrían acusar a la gente con la que vives por acogerte.

—Está intentando asustarme.

—No, pero necesito que entiendas la situación en la que te encuentras. Ese es mi trabajo.

Se levanta bruscamente, la silla sale despedida hacia atrás debido a la velocidad del movimiento, y se dirige al rincón más apartado de la sala de conferencias, donde alza la mirada y, a través del techo acristalado, observa la casa cubierta de hiedra del vecino y la luminosidad del cielo.

—Tengo muchos clientes —sigo diciendo—. Nadie quiere pasar por eso, hablar de cosas terribles que le han ocurrido, contárselas a un desconocido. Pero ahora mismo es tu mejor opción.

—Así que es eso —dice—. Si sigo con el caso, me ayudará, pero si digo que no, entonces no.

—¿Ayudarte con qué? —le pregunto.

—¿Por qué cree que me van a contratar en el restaurante? Porque conozco a alguien. Los gais son como los albaneses, hablan entre ellos y se dan trabajo unos a otros. Pero da igual, es una estupidez, encontraré otra forma.

—¿Otra forma de hacer qué?

Se da un puñetazo en el lateral del muslo.

—Soy imbécil —dice cerrando los ojos—. Dentro de una hora tengo que estar allí, en el restaurante. Me han dicho que todo va a ir bien. Solo tengo que llevar una carta del despacho donde trabajo y todo irá bien. ¿Qué cree que les dije? ¿Que trabajo en una frutería? ¿Que vendo mierda a turistas? Es un sitio de lujo, va gente guapa. Les dije que de día trabajo para un abogado.

—Ah —digo.

He tenido clientes que me han pedido préstamos, que aparezca mi firma junto a la de ellos en contratos de arrendamiento, incluso ayuda para conseguir un número falso de la seguridad social, y siempre les explico por qué no puedo hacer esas cosas. Lo que Vasel

me está pidiendo que haga es mentir, una carta falsa con nuestro membrete, ni más ni menos. No es una decisión difícil.

Suena el móvil. Un mensaje de mi hermana. «Así que no vas a venir a casa de mamá y Clare, ¿no? Gracias por pensártelo, ¡mentiroso!».

Apago el teléfono y lo dejo a un lado. Cuando levanto la vista, Vasel se dirige a la puerta.

—No, espera. —Si se va ahora, no volverá. No tendrá ninguna oportunidad—. Supongamos que escribo esa carta: ¿trabajarías conmigo en el caso?

—Sí —dice Vasel, y asiente enérgicamente con la cabeza.

—No nos queda mucho tiempo. Tenemos que ser rápidos.

—Lo prometo —responde.

Abro el portátil. Vasel me observa mientras tecleo. Pregunto, asombrado de mi propio comportamiento:

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

Espera un momento para asegurarse de que no estoy bromeando y luego se permite una sonrisa, casi recatada.

—No lo sé —dice, animado—. ¿Qué cree que debería decir?

—Normalmente, la verdad. Pero en este caso, podemos decir que seis meses. —Cuando voy a la impresora a buscar la carta, me encuentro con Phoebe.

—¿Ese es el chico que tanto te preocupaba? —pregunta sin levantar la vista de su documento.

Me giro para ver si he dejado la puerta de la sala de conferencias abierta, si Vasel ha podido oír su pregunta.

—¿Estaba preocupado por él? —pregunto.

—Es la única persona de la que hablaste en la reunión de personal.

—No es cierto —replico—. Pero sí, es él.

—Bien —dice mirándome por encima de las gafas—. Me alegro de que haya vuelto.

Clare dijo que prepararía una gran cena para recibir a Liz, Norman y Charlie. Ann sabía que los horarios de Liz eran imprevisibles, por lo que, siempre que venían, la primera noche solía salir del paso con lo que tuviese en la nevera.

—Pero tenemos que ofrecerles algo —repuso Clare—. Venga, a mí no me supone nada. —Acababa de irse un grupo, era viernes; si Liz se retrasaba, siempre podían guardar la comida para la noche siguiente. Así que Clare pasó gran parte de la tarde en la cocina haciendo un estofado, una ensalada y una tarta, mientras Ann preparaba la casa para la llegada de un niño de cuatro años, esperando la llamada que sabía que llegaría, y que llegó, poco antes de las seis, hora en la que supuestamente debían aparecer. Con suerte, le dijo Liz, estarían para las ocho y media.

Cuando Ann sugirió empezar a cenar sin ellos, Clare dijo:

—No seas tonta. Vamos a esperarlos.

Se presentaron a las nueve pasadas. La primera en entrar por la puerta trasera fue la perra de acogida, una bóxer coja de mandíbula prominente que fue directa al centro de la cocina y se cagó en el suelo. Liz fue la siguiente en entrar, guiando a un somnoliento Charlie con una mano y portando una bolsa de comida para perros en la otra. Cuando vio el regalito que había dejado la perra, prorrumpió en carcajadas, y Jeanette también, que los había visto llegar y se había acercado a saludarlos.

—Lo siento —dijo Liz. Soltó en el suelo la comida para la perra y condujo a Charlie hasta Ann. Luego cruzó la habitación para darle un abrazo a Clare.

Ann percibió un segundo olor intenso procedente de su nieto, que al parecer había manchado los pantalones mientras dormía. El último en entrar fue Norman, vestido de negro de los pies a la cabeza,

como siempre, cargando con dos monitores que llevó a la planta de arriba, a la habitación de invitados, sin saludar a nadie.

Media hora más tarde, después de limpiar lo de la perra, de cambiar a Charlie y de que Norman sacase del coche todos los accesorios para sus videojuegos, se sentaron por fin a la mesa.

Cuando no había ningún grupo en el centro, Jeanette rara vez cenaba con ellas, a pesar de que Ann casi siempre le insistía para que se quedase, sobre todo últimamente. Prefería prepararse algo en la cocina del granero. Pero con el tiempo había hecho muy buenas migas con Liz y solía aceptar la invitación cuando ella estaba de visita. De hecho, se llevaba mejor con la hija de Ann que con la mayoría de las mujeres del centro; le resultaba como una especie de antídoto contra la seriedad del lugar. Fuera cual fuese el motivo, Ann se alegraba de tenerla allí.

Clare presidió la mesa y sirvió la ensalada de alubias y el tofu estofado. Al final resultó que no venían de Portland, sino de Rochester, de uno de los festivales de Liz, el cual, al parecer, se prolongó más de lo previsto. Ann no sabía muy bien en qué consistían esos eventos, solo que eran grandes y tenían que ver con mundos fantásticos. De hecho, Liz seguía vestida con lo que parecía ser un camisón victoriano o un picardías especialmente elaborado. Aunque Norman no participaba en ellos —cuidaba de los niños y de los perros—, siempre estaba disfrazado como de gótico, con jerséis negros y las uñas negras y el pelo negro e ingobernable. A Ann siempre le había parecido un espíritu tranquilo. El hecho de que permaneciese por lo general mudo en su presencia no contribuía a romper dicha impresión. Tras el nacimiento de Charlie, se preguntó si el aspecto lúgubre de su padre asustaría al niño. Al principio, que Liz lo hubiese elegido como marido la dejó un tanto descolocada. Pero lo cierto es que había muchas cosas indescifrables acerca de su hija, especialmente cuando entró en la pubertad y le sobrevino un apetito insaciable por los chicos y las drogas, momento en que Ann alcanzó el límite de su paciencia. Sin embargo, después de ocho años de matrimonio, se había dado cuenta de que Norman le

procuraba una estabilidad que su hija no había tenido antes. Y Ann y ella se llevaban mejor ahora, cosa que agradecía. Pese a que su hija se mostró muy cínica con Viriditas al principio —el centro fue la razón por la que Ann renunció a su trabajo y a la rectoría—, ahora estaba entusiasmada con el proyecto. Liz les contaba a Clare y a Roberta que, siempre que tenía ocasión, hablaba del retiro espiritual de su madre en las montañas, y que todo el mundo quería visitarlo. Pensaba que si añadían clases de arte y semanas temáticas, el centro despegaría de verdad.

Durante la mayor parte de la cena, Clare trató de escuchar pacientemente cómo Liz entretenía a los comensales contando la historia de un hombre disfrazado de Tutankamón que se casó con un duendecillo irlandés en la sala de convenciones. Jeanette parecía encontrar aquella anécdota divertidísima, motivo por el que a Clare le resultó, o eso le pareció a Ann, más complicado si cabe digerirla. Quería ser hospitalaria con Liz —siempre lo intentaba, por Ann—, pero le costaba, le costaba.

Mientras se desarrollaba la historia de la boda, Charlie —que se tendría que haber acostado hacía un buen rato— estuvo revolcándose en el suelo de la cocina, agarrado a un hámster gigante de peluche, lloriqueando para llamar la atención de su madre. Norman, en mitad del postre, se tiró al suelo y se puso a forcejear con él para quitarle la criatura de las manos.

—¡Ay, qué alegría ser niño! —dijo Clare a Norman, no a Charlie.

* * *

Arriba, en el cuarto de baño, no se anduvo con rodeos.

—No se comportan como adultos —dijo delante del lavabo, junto a Ann—. Opinas lo mismo que yo, solo que no quieres decirlo.

—Mi hija admira ahora este lugar —dijo Ann—. ¿No te basta con eso?

Clare cerró el grifo y guardó el cepillo de dientes.

—Ese niño estaba agotadísimo, no me extraña que tenga incontinencia, y de la perra mejor no hablamos. ¿Quién viaja con un

animal así?

A Ann no le serviría de nada decir que habría sido mejor calentar algo en el microondas, así que no lo dijo. En lugar de eso, convino:

—Tienes razón, se les va de las manos.

—No es culpa tuya —dijo Clare mientras se aplicaba la crema de eucalipto—. Algunas personas no quieren crecer y punto.

—Igual estás siendo un poco dura, ¿no? —replicó Ann cepillándose el pelo por detrás de la cabeza, sintiendo un tirón en las raíces.

—Con todos los esfuerzos que hemos hecho para crear este espacio. Parece que vienen aquí a pisotearlo.

Tampoco serviría de nada que Ann le dijese lo mucho que la sorprendía la persistencia de esa actitud hostil. O que le llamase la atención que, después de tanto tiempo, no se hubiese reconciliado con la forma de ser de Liz, a pesar de que esta había enterrado hacía mucho el hacha de guerra. Pero Ann nunca había tenido que ser la madrastra de nadie ni enfrentarse a todo lo que Clare tuvo que enfrentarse cuando empezaron a salir: estar con una mujer casada, permanecer en un segundo plano, presente pero sin atosigar, durante la enfermedad y la muerte de Richard. Ann nunca olvidaría la devoción que Clare le mostró entonces. Y se lo recordaba a sí misma en momentos como este, mientras la observaba en el espejo atusarse el cabello gris oscuro con sus manos pecosas, remetiéndoselo por detrás de las orejas. Estuvieron enamoradas una vez, de forma apasionada. Y el enamoramiento no había terminado —Ann no lo veía así—, pero era diferente, como es normal. Al principio, sus desavenencias parecían espolear el deseo que sentían la una por la otra, pero hacía ya tiempo que esos desencuentros se habían convertido en algo rutinario y familiar.

Se echó agua fría en la cara y luego se la secó con la toalla. Se giró hacia Clare, abrió los brazos y Clare la acercó contra su pecho.

—Son solo unos días —dijo Ann—. Y tienes que admitir que, en realidad, no te cae mal.

—Ya —dijo Clare besándola en la frente gracias a sus centímetros de más. Ann sintió cómo se ablandaba entre sus brazos—. Lo siento si he sonado dura —añadió.

La abrazó con más fuerza. Cuando un momento después aflojó el agarre, se rozaron las narices y se besaron, con los labios fruncidos. Luego, para sorpresa de ambas, siguieron besándose con lengua. Ann sujetó con fuerza las caderas de Clare y las arrimó a las suyas. A través del camisón, Clare le cogió los pechos. Estos momentos eran mucho menos frecuentes ahora, pero seguían ocurriendo. Desplazando la mano bajo el tejido, acarició el vientre de Ann y luego introdujo los dedos entre sus piernas, haciendo que esta tomase aire y lo soltase, tomase aire y lo soltase, las dos contra la puerta del baño, cómoda y familiarmente abandonadas al placer.

Sin embargo, bajo el fuego de la rendición, perduraba en Ann un viejo rescoldo de culpabilidad… por haber huido.

Maisie, la bóxer, además de la cojera y el prognatismo, tenía una calva en el costado con una cicatriz negra, al parecer de una herida de bala. Era la última de una larga lista de perros con problemas de los que Liz se había hecho cargo tras conocer a Norman. Ann no entendía muy bien el término «en acogida», ya que parecían tenerlos durante años, y seguían acogiendo a más si era necesario. Por lo general, prefería no pensar en las razones por las que su hija se identificaba con aquellas criaturas. No obstante, debía admitir que, en un solo día, se había encariñado mucho con la perra; con esos dientes protuberantes y esa expresión alarmada, como de súplica, era difícil no compadecerse de ella. El animal no se separaba de Charlie mientras este correteaba por el césped mojado con sus pequeños vaqueros azules y su chaquetita con capucha; Maisie únicamente lo dejaba solo cuando se ponía a perseguir alguna ardilla hasta el manzano o por el granero.

—Parece que se llevan bien —dijo Ann a Liz.

—Charlie la prefiere a ella antes que a nosotros —apostilló Liz.

Estaban una al lado de la otra, envueltas en sus abrigos y gorros de punto cortesía de Roberta, de alguna Navidad anterior, mirando cómo Maisie correteaba en círculos alrededor del niño.

—Me estoy leyendo algunos libros budistas que me prestaste —dijo Liz—, de noche, cuando no puedo dormir. Me ayudan a relajarme.

—Me alegra oír eso, aunque no que no puedas dormir.

—Todos hablan del milagro que es nacer. De lo fácil que habría sido no haberlo hecho. Pienso mucho en eso desde que estoy investigando nuestro árbol genealógico. Si una sola cosa hubiera sido diferente (alguien que se pone enfermo, que no se casa, un hijo que no sobrevive), si las cosas no hubieran ocurrido exactamente como ocurrieron durante cientos de años, tú y yo y Charlie, ninguno

de nosotros estaría aquí ahora mismo. Una casualidad detrás de otra. Nunca nos contabas nada de la historia de tu familia. Papá pensaba que era porque te daba vergüenza. Tantos colonizadores y eso.

—No me daba vergüenza —objetó Ann—. Simplemente no me interesaba mucho.

—No me lo creo. Casi todo lo que tengo lo he recuperado del armario del abuelo.

—Bueno, sí, supongo que me contaría cosas, pero yo no debí de retener mucho.

—Entonces, ¿no sabes quién es Daniel Brodhead, general de la guerra de la Independencia?

—El nombre me resulta vagamente familiar.

Charlie corrió hacia las piernas de Liz y las rodeó con los brazos. Esta apenas se percató de su llegada, solo le puso la mano en la cabeza de esa forma instintiva en que una madre percibe la omnipresencia de su hijo. Ann no estaba de acuerdo con Clare en que Liz no se comportase como una adulta, pero era cierto que su apariencia física no había cambiado mucho: maquillaje profuso, el pequeño *piercing* de diamante en la nariz, el pelo teñido de negro intenso, y ahora los disfraces. Llevaba, en cierta manera, mucho tiempo jugando a disfrazarse.

—Supongo que, como promulgan esos libros que has estado leyendo —dijo Ann—, le doy más importancia al presente. Es nuestra única vida provechosa.

—No sé muy bien qué significa eso. Papá, como murió, está en el pasado, pero sigue siendo parte de mí.

—No he querido decir…

—Sé que no. Pero creo que es bueno conocer el pasado. Y tenerlo en mente. Tengo las cosas de papá. También se las enseñaré a Charlie algún día. Pero en tu familia estaban pasando cosas. El tal Brodhead era alguien importante. Tiene hasta una página en Wikipedia. Deberías leerla. Es tu antepasado.

La perra había seguido a Charlie y estaba intentando abrirse paso con el hocico entre el niño y su madre, reclamando cualquier migaja de afecto.

Un rato después, Norman y Clare se unieron a ellas para dar un paseo por el sendero que atravesaba la parte trasera de la parcela. Según avanzaban por el bosque, las nubes bajas iban y venían, ocultando el valle para luego dejar que el sol lo bañase de luz. Después giraron dirección oeste y empezaron a bajar hacia uno de los campos; Liz y Clare iban con Charlie, mientras Maisie corría delante.

Ann, que casi nunca se quedaba a solas con Norman, caminaba ahora a su lado.

—Quería preguntarte qué tal está tu madre —dijo Ann.

—Ah —dijo Norman, sorprendido de que le hubiese hablado—. Bien, dentro de lo que cabe. Lleva mucho tiempo enferma, no tiene mucha movilidad y no hay manera de que deje de fumar, pero bueno, ahí sigue.

—Supongo que la ayuda el hecho de que estés cerca de ella.

Asintió levemente con la cabeza, las manos enterradas en los bolsillos de su sudadera negra, los hombros caídos.

—No sé —dijo—. Tal vez.

Caminaron unos pasos más.

—Liz siempre me dice que eres un padrazo. No sé si te lo he dicho alguna vez, pero nunca la he visto tan feliz como contigo.

—Vale, vale —dijo Norman—. Pero no hace falta que me digas eso.

—No lo digo por decir, de verdad. Ella ha encontrado algo contigo que no tenía antes. Lo que tampoco significa que siempre sea feliz. Pero aun así, quería que supieras que me doy cuenta.

Norman no dijo nada, cosa que no le sorprendió.

—Lo que Clare y yo hacemos aquí —dijo Ann al fin— es extraño en muchos sentidos. La gente viene a tomarse una pausa de sus

rutinas. Y nosotras somos esa pausa. Estamos aquí todo el tiempo. Y, claro, se pierde práctica a la hora de hacer vida social normal, así que perdóname si me he entrometido.

—No sé lo que es hacer vida social normal —aclaró Norman—. Siempre me ha parecido raro. El modo en que la gente habla de sus cosas. Liz casi siempre dice lo que piensa, ¿sabes? Supongo que es una de las razones por las que me gusta.

—Es verdad —dijo Ann—. Ella y su hermano son muy distintos en ese aspecto. —Por un instante fugaz, tuvo el impulso de preguntarle: «¿Tienes contacto con Peter? ¿Habláis de vez en cuando?». Pero luego lo pensó mejor. ¿Por qué iba Peter a hablar con Norman? ¿Qué tendrían que decirse el uno al otro?

—¡Venga ya, tardones! —gritó Clare desde la ladera. La niebla había vuelto a hacer acto de presencia, ocultando todo lo que había detrás de ella; parecía que se encontraba al borde de un abismo gigante.

La visita pasó en un suspiro. La mañana antes de que se marcharan, Ann fue a buscar a Jeanette; quería preguntarle una cosa sobre las habitaciones de las huéspedes, y la encontró en el cobertizo con su hija. Estaba quitándole una de las cuchillas al cortacésped. El calefactor de la esquina emitía un leve zumbido, y del pequeño transistor que había en el banco de trabajo se oía la voz de Neil Young. Liz, cigarro en mano, estaba sentada con las piernas cruzadas en un viejo sillón orejero que estaba en la casa cuando la compraron y que nunca llegaron a donar. En cuanto Jeanette lo vio, se lo apropió.

—Veo que mi hija te está siendo de gran ayuda —comentó Ann.

—No seas tan amable, mamá —dijo Liz—. Va a pensar que estás actuando de forma extraña.

Jeanette quitó el último perno y, tras atravesar la capa de suciedad, consiguió desmontar la cuchilla.

—Está viendo cómo trabajo —dijo Jeanette sonriendo pícaramente a Ann—. Siempre dices que es importante estar presente, observarlo todo, ¿verdad?

—¿Ves, mamá? Soy muy observadora.

Liz dio una calada al cigarro y expulsó el humo hacia arriba. Apoltronada en el sillón, con la misma ropa interior de época que llevaba el día de su llegada, amén de una chaqueta de *tweed* para protegerse del frío, parecía una fulana después de una larga noche.

—Bueno, estás haciendo un gran trabajo —dijo Ann—. Seguro que Jeanette se siente muy observada.

Jeanette se rio. Parecía disfrutar de que la incluyesen en las bromas familiares. Debía de ser una década mayor que Liz, pero cuando estaban juntas parecía más joven, como si fuesen hermanas. Nunca estaba tan risueña como en presencia de su hija. A veces esto ponía celosa a Ann.

—He venido a preguntarte una cosa —dijo Ann—, pero ahora no recuerdo el qué.

—Oye, tenéis que poner un *jacuzzi* —sugirió Liz— para calentaros los huesos. —Se levantó, introdujo la colilla en una botella vacía de Pepsi y volvió a taparla. En breve iría a la casa a hacer las maletas, y luego se marcharían.

—Bueno —dijo Ann—, cuando me acuerde, te lo digo. —Siguió a Liz hasta la puerta del cobertizo; estaba dos pasos detrás de ella cuando dijo—: ¿Cariño?

—¿Qué?

—Acabo de darme cuenta de que no has mencionado a Peter.

—¿Que no lo he mencionado? —dijo Liz deteniéndose, aunque sin darse la vuelta.

—Supongo que ninguna de las dos —admitió Ann—. Me estaba preguntando si has hablado con él o algo.

—Ah —dijo Liz—, ya veo. Ahora que me voy, te surge la pregunta.

Se volvió para mirar a su madre, con el rostro serio, sin más teatro. Ann no pudo evitar acordarse de ese temor latente que siempre le habían producido los sarcasmos de su hija.

—Muy bien, tienes razón. Te lo estoy preguntando ahora, justo antes de irte.

—Pues, como sabrás, trabaja de abogado en Nueva York.

—Venga, Liz —dijo Ann—. Por favor.

—Por favor ¿qué? —preguntó abriendo los brazos, la brisa agitando la chaqueta por detrás.

—Tu hermano y yo no somos unos perfectos desconocidos —aclaró Ann—. Nos escribimos de vez en cuando. Pero nunca viene a vernos.

—Entonces, ¿qué me estás preguntando? —dijo Liz en voz alta.

—Lo invito aquí todos los años —dijo alzando también la voz—. En Navidad, en verano…, ya lo sabes.

—Sí, estoy al tanto.

—Y podría venir cuando él quisiera.

—Eso no es estrictamente cierto —corrigió Liz—, ni para él ni para mí.

Estaba mostrando su lado obstinado, terco. Buscando controversia.

—Sí, es verdad —concedió Ann—. Siempre que no tenga un retiro. Y, para que quede claro, casi siempre tengo alguno.

—Sigo sin saber adónde quieres llegar con tu pregunta.

—No hace falta que te pongas así —replicó Ann más fuerte de lo que pretendía—. Solo te he preguntado si has hablado con él, si sabes cómo está.

Se había dejado llevar por la ira, y Liz lo sabía.

—Qué curioso, ¿no? —dijo su hija tras una breve pausa—. Siempre preguntas por él. Pero mira quién está aquí.

Girvesh y Feba Rijal llevan esperando en la recepción cuarenta y cinco minutos cuando vuelvo del juzgado. Me disculpo por el retraso, pero Girvesh le resta importancia inclinando la cabeza, está ansioso por entrar en faena. Los acompaño a la sala de conferencias y vuelvo a mirar el móvil para ver si Vasel ha respondido a mi último mensaje. Consiguió la carta que requirió, pero ha pasado casi una semana y no ha cumplido su promesa.

Los Rijal deben de rondar los veinticinco o veintiséis años, pero discuten como una pareja de ancianos al abrir el sobre que contiene los documentos que han traído, en su mayoría recortes de periódico sobre la guerra civil nepalesa, además de las traducciones que les solicité. Incluye un artículo sobre un grupo de maoístas que disparaban a la policía en los distritos rurales y testimonios de reclutamientos forzosos en diversas aldeas. Dada la pobreza y la tasa de desempleo del país, una gran mayoría respaldó a los rebeldes en su revuelta antimonárquica, pero muchos de los que no lo hicieron, como los Rijal, fueron torturados o asesinados.

Feba se queda con una hoja en la mano y me la entrega después de que yo haya echado un vistazo a las demás. Es un artículo de 2005 de un diario en lengua inglesa que menciona el secuestro de un equipo de fútbol masculino en el distrito de Dang.

—Este es Girvesh —dice con énfasis mientras señala el documento—. Este es su equipo.

Girvesh le reprocha algo en nepalí, y Feba, que se pone enseguida a la defensiva, cierra los ojos intentando armarse de paciencia.

Es raro que no haya hecho el viaje él solo, como la mayoría de los hombres de su edad. Feba y su hija de cinco años lo acompañaron a lo largo de todo el trayecto: de la India a Perú, de México a Arizona, y luego a Chicago y a Jackson Heights. Ella no estaba embarazada

cuando partieron de Nepal, y ahora tienen también un bebé de seis meses. Las señoras del templo de la asociación sherpa los ayudan a cuidar de él, pese a que los Rijal no son sherpas. Budistas sí, pero de las tierras bajas. ¿Están yendo al templo porque les dije que era importante demostrar en la solicitud que mantenían vínculos comunitarios? No lo sé y no les pregunto.

Les digo que los artículos les serán de ayuda. Después de salir de Nepal, la madre de Girvesh se mudó a Katmandú, pero aún conserva su camiseta de fútbol, que ha prometido enviar por correo. Hay cierta confusión sobre si es la que lleva la insignia del equipo o no. Durante la hora siguiente pregunto a Girvesh sobre los detalles de todo lo que vivió: el número de hombres que pararon el autobús; el número de chicos que identificaron como maoístas y que, por tanto, liberaron; cómo era la granja donde los retuvieron; la frecuencia y duración de los interrogatorios; su confesión de que pertenecía a la Unión de Estudiantes de Nepal; la frecuencia y duración de las palizas que siguieron a dicha confesión.

Oigo lo que dice —le estoy prestando atención—, pero cuando levanto la vista de mis notas, no puedo evitar fijarme en las plantas de interior que hay al fondo de la sala de conferencias, sobre los archivadores bajos, tres de ellas en grandes macetas de terracota. Sus hojas largas y estrechas no solo están amarillentas. Muchas de ellas se han marchitado del todo y se han caído. Cuando Vasel y Artea estuvieron aquí, pensé que se debía al cambio de estación. Pero ahora me doy cuenta de que esas plantas no me suenan absolutamente de nada.

Cuando la voz de Girvesh me insta a volver, reparo en que Feba ha cogido la mano de su marido y la sostiene en su regazo. En ese momento ha llegado a la parte más dura, está describiendo detalladamente el daño que le infligieron sus captores, los cortes que le hicieron en las extremidades, cuando se orinaban encima de él. Mientras lo cuenta, él intenta de forma instintiva zafarse de la mano de Feba. Pero ella no lo permite. No hasta que él termina.

Solo entonces la suelta y sitúa la suya en el centro de su espalda, como una madre consolando a su hijo.

Los Rijal se han marchado; Phoebe ya ha terminado por hoy y se ha ido arriba. Carl es el único que sigue trabajando en el sótano. Antes de irme, me paso por su despacho. A su lado, el mío parece casi vacío. Un pasillo estrecho entre cajas de documentos y expedientes apilados que conduce hasta una única silla, situada frente a un escritorio tan atestado de papeles que apenas queda hueco para el ordenador. En una pared hay colgado un póster de una manifestación contra el *apartheid* de 1989; en otra, una foto enmarcada de Václav Havel con su autógrafo.

—No quiero menú barbacoa, si has venido a preguntarme eso —dice sin apartar la vista de la pantalla.

—Las plantas de la sala de conferencias —digo—. ¿Han estado siempre ahí?

Carl inclina la cabeza. Sus gafas están tan cerca de la punta de la nariz que parece que van a caerse sobre el teclado.

—¿Plantas? ¿Qué plantas?

—No me estás ayudando, Carl.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —dice, y vuelve a su documento—. Pero yo siempre estoy dispuesto a ayudar.

Estoy a punto de irme, pero me detengo.

—Oye, por curiosidad —digo—. Ese egipcio que mencionaste en una reunión hace un tiempo, el que inició una huelga y no te contestaba, ¿has sabido algo de él?

—¿Gamal? No, nada —responde Carl—. Lo único que sé es que se mudó a Toledo, donde me veré obligado a pasar el resto de mi puñetera vida como no consiga cambiar el formato de esta puta nota al pie.

—Entonces, la cosa se quedó así, ¿no?

—¿El qué? —pregunta Carl—. No puedes perseguir a los clientes. Si no dan señales de vida, ¿cómo vas a preparar el caso? ¿Es por lo

del albanés?

—Sí —digo, avergonzado de admitirlo—. Supongo que todo el mundo se ha dado cuenta.

—El problema de los jóvenes —dice Carl— es su optimismo. Creen que tienen mucho tiempo. Es una cualidad peligrosa cuando se trata de la ley. Si el chaval reacciona pronto, cooperará. Y si no —añade encogiéndose de hombros—, pues que eluda todo el tiempo que pueda nuestro glorioso sistema de control migratorio. La cuestión es que tú no puedes hacer nada.

—Pero no ha terminado de contarme lo que le pasó.

Carl pulsa una tecla del ordenador como si fuese la nota final de un concierto y contiene el aliento.

—¡Por fin! —exclama y, acto seguido, se reclina en su vieja silla giratoria, se lleva las manos a la nuca y me mira con pena—: Hablas como Phoebe. No te aconsejo que sigas por ese camino. Solo conseguirás perderte.

—¿Crees que Phoebe está perdida?

—Es distinto —aclara Carl—. Ella tiene a Jack. Tiene su mundo. Tú eres más como yo: el trabajo es tu único campo de batalla. Pero como te impliques demasiado con los clientes, acabarás siendo un tanque atrapado en el lodo. Créeme, no te vas a llevar más que disgustos.

* * *

Esa tarde, después de atravesar la Sexta Avenida y llegar a Spring Street, paso de largo, como si no estuviese allí la parada, aunque esta vez sí me doy cuenta y, en lugar de desviarme de nuevo hacia el sur, doy media vuelta y cojo el metro que se supone que tengo que coger. Pero cuando llego a High Street y subo las escaleras de Cadman Plaza, es como si mi cuerpo se negase a ir a mi edificio y me obligase a seguir por la mediana en dirección al parque y atravesar la hilera de bancos vacíos hasta el War Memorial. Veo este camino todas las mañanas y todas las noches, pero nunca tengo motivos para recorrerlo. En el aire, que aquí es levemente más

cálido, flota un aroma dulce y sutil procedente de la hierba o de las plataneras, no sabría decir con seguridad.

Podría mandarle un mensaje a Cliff. Podría venir al apartamento y llenar este pequeño vacío desde que llego del trabajo hasta que me duermo, y yo podría fingir que no solo estoy con él porque necesito llenar desesperadamente ese vacío. Pero esta noche no me basta con eso. Necesito hablar con alguien. Con un amigo. Una urgencia que viene a recordarme mi incapacidad para mantener el contacto con la gente a lo largo de los años, con los compañeros de la universidad o de la Facultad de Derecho o de cualquier otra etapa. Aún queda alguien por ahí. Gente con la que solía cenar cada pocos meses pero que ahora solo veo una vez al año. Gente a la que tendría que dar demasiadas explicaciones. ¿Y qué les explicaría exactamente?

Así que saco el móvil y llamo a Liz.

—¿Estás en el hospital o qué? —pregunta nada más coger.

—No. ¿Por qué?

—Es la segunda vez que me llamas en un mes. Casi parece que somos hermanos. Que sepas que te has perdido un fiestón en el campamento de lesbianas. Se han agenciado un equipo de sonido increíble. Y mamá se ha convertido en la reina del baile, ahora todo es coca y chaperos. Coca, chaperos y rebequitas de punto.

Quiero pedirle que deje de hacer un chiste de cualquier situación. Pero la verdad es que me alegro de oír su voz.

—Bueno, en serio, ¿dónde estás? —pregunta.

—¿Recuerdas que papá iba siempre andando al trabajo? Con nieve o con lluvia. Todos los días, hiciera el tiempo que hiciese.

—Claro que me acuerdo. Incluso con tormentas de nieve o cuando hacía un calor infernal.

—Y eso que tenía un coche estupendo. «Aquí no queremos blandengues», ¿no era eso lo que decía? Que lo hacía para mantenerse en forma.

—Lo hacía para cabrear a mamá. Para ver la cara que ponía cuando ella nos llevaba al colegio en coche y él se iba andando

aunque lloviera a mares. Pero vamos a ver, ¿qué episodio de *La dimensión desconocida* has visto para acordarte ahora de eso?

—No sé —digo mientras me doy la vuelta y miro hacia el enorme monumento de piedra que se erige en el centro del parque—. Se me acaba de ocurrir. También lo hacía cuando mamá no estaba. Cuando se iba de misión a Honduras con Clare en verano. Lo recuerdo llegando a casa, en mitad de alguna ola de calor, con la ropa empapada, y yo solo quería que dejara de hacer eso, que cogiera el coche como una persona normal. No creo que me diera cuenta entonces, pero ahora, al recordarlo, creo que me daba pena. Eso es lo que no soportaba. Eso es lo que me hacía querer huir. No quería sentir pena por él.

—Peter, tengo la sensación de que estás teniendo alguna experiencia rara —dice mi hermana—. Y si no tuviera un niño que se niega a ir al baño, quizá te lo preguntaría, o no sé, podría contarte también qué tal me ha ido con mamá, cosa por la que, por cierto, no me has preguntado. Pero la naturaleza está reclamando a mi hijo, así que, en serio, tengo que irme.

—Vale —digo—, lo siento. Te llamo otro día.

—Eso —dice—. Llámame.

Me dirijo hacia una hilera de bancos y me siento en uno de ellos. En el otro extremo del parque, la fachada de piedra y cristal del tribunal federal se alza sobre las copas de los árboles. En las contadas ocasiones en que uno de mis casos es lo bastante sólido y depende de una cuestión jurídica en la que existe algún vacío legal, tengo que acudir a ese edificio o al tribunal federal del centro. Se supone que esos son los momentos más emocionantes: en las contadísimas ocasiones en que ganamos, estamos ayudando no solo a una persona, sino a cientos, a miles incluso. Se altera alguna norma jurídica, se amplía alguna fecha de vencimiento, se cambian ligeramente los requisitos que un determinado subgrupo de solicitantes de asilo debe cumplir para evitar ser deportados y permanecer fuera de peligro.

Pero el caso de Vasel nunca llegará a ese edificio. Ni dentro de un año ni de cinco. De momento, ni siquiera está claro que sea un caso como tal. Debería seguir el consejo de Carl. Llevo en esto el tiempo suficiente para saber que tiene razón. Pero no puedo evitarlo. Saco el expediente de Vasel de la mochila, busco su número de teléfono y lo marco.

Descuelga al cuarto tono.

—Lo prometiste —digo.

—Vale, vale —responde.

Dos días después, quedamos en la cafetería que se encuentra al lado del despacho, a la vuelta de la esquina; está casi vacía. A pesar de que llega tarde, en cuanto Vasel se sienta, empieza a teclear en el móvil al tiempo que se disculpa diciendo que solo será un momento. No le reprendo por ello. Y cuando por fin deja el teléfono, no me lanzo de lleno a hacerle preguntas, como estoy tentado a hacer. Me lo tomo con calma y me intereso por su trabajo.

Me cuenta que el restaurante es muy bueno, muy profesional. La segunda noche que trabajó allí entró una supermodelo, alguien que no conocía pero que ahora sabe que es famosa. El camarero le dijo: «Eso no es nada, espera y verás».

—Lo que gasta la gente allí —dice Vasel— es una locura. Nunca había visto tanto dinero en mi vida.

Dejo el bloc de notas sobre la mesa, entre los dos.

—También estoy tomando varias clases —dice, como si mi pregunta sobre el trabajo implicase que lo estoy infravalorando—. La mujer del ICE que me hizo la entrevista no me creía, dijo que necesitaba una carta del instituto. Pero empecé en cuanto llegué aquí. Artea me ayudó con eso. Necesito dos clases más y luego podré hacer las que quiera. —Parece vacilar, como si estuviese decidiendo algo, luego mete la mano en la chaqueta y saca un cuaderno—. Negocios. Quiero ir a clase de Negocios, y también de Gráficos. ¿Quiere ver lo que hago?

Hojea las páginas, no sabe muy bien cuál enseñarme, elige una y desliza el cuaderno por la mesa. Se trata de una diana dibujada con bolígrafo negro; cada anillo concéntrico está formado por un patrón diferente que se repite, cientos y cientos de formas geométricas diminutas y extraordinariamente precisas.

—Esto debe de haberte llevado mucho tiempo —digo, asombrado por el nivel de detalle, la precisión con que las formas se entrelazan

a lo largo del borde de cada anillo.

—Tengo dibujos mucho más grandes —señala—. Podría llenar una pared entera cuando tenga mi propia habitación. Estos son solo pruebas. Pero mi idea es que sea un negocio, en plan logotipos para empresas y eso.

—Genial, lo de las clases, todo. Cosas buenas que contarle al juez.

Desvía la mirada con desdén.

—No lo hago por eso —aclara.

—Claro que no. Pero te será de ayuda.

El dueño de la cafetería, que por las tardes hace las veces de camarero, se acerca para tomarnos nota. Nos conoce a todos los del despacho porque somos los que venimos a horas intempestivas con clientes, gastamos poco, pero dejamos buenas propinas, así que cuando Vasel pide un café y yo un *muffin* de maíz, se lleva las gigantescas cartas de la mesa con una permisiva inclinación de cabeza.

En un reservado del fondo, una joven con auriculares enormes está inclinada sobre un portátil, ajena a los intensos susurros de la pareja de ancianos que tiene al lado, los únicos clientes que hay en este momento, gentrificadores de primera generación del Village a juzgar por su aspecto, vestidos con ropa negra un tanto desaliñada; suelen venir aquí a discutir, o a continuar sus discusiones.

—¿Su novio también es abogado? —pregunta Vasel con un tono entre hosco y travieso—. ¿De eso hablan, de lo que les gusta a los jueces?

—¿Te refieres al novio con el que vivo en una de las torres de Hell's Kitchen?

Sonríe en contra de su voluntad, o eso parece. (He recordado algo que dijo).

—Sí, ese —responde.

Nunca lo había visto sonreír de esa manera y me sorprende la alegría que me inunda de repente. Me siento victorioso. Aunque se largase de aquí ahora mismo y no volviese a verle el pelo, es como

si nuestras reuniones hubiesen merecido la pena solo por esa sonrisa, da igual lo que ocurra después.

Sigue sonriendo, pero ahora se tapa la boca, como si no debiese.

—Una vez —dice—, un tío me llevó a ver un musical y se sabía toda la letra, y después fuimos a un bar y todo el mundo se sabía la letra de las canciones. Todo el mundo cantaba. ¿Conoces ese sitio? Es muy loco.

—Si es el que creo que es, sí, lo conozco, no queda lejos de aquí.

—¿Y todos esos hombres allí juntos? —sigue relatando—. En Albania no estaría bien visto. Bueno, el tipo era de Texas, vino para ver Broadway y la zona cero. Allí es donde lo conocí, yo estaba vendiendo los recuerdos esos de mierda. Se puso a hablar conmigo; como era un cliente, no podía decirle que se fuera. Me dijo: «Tengo una entrada, ¿quieres venir?». Entonces supe que era gay y que seguramente quería sexo, y le dije que yo no hacía esas cosas. Y me miró muy triste, como un niño, como si le hubiera hecho daño o algo así. Y me dijo que no, que no se refería a eso. Era mayor, como usted. Y no parecía una mala persona, simplemente estaba solo. Así que hablé con Artea, me inventé una excusa y me fui con él. Luego, en el musical, en el bar y en todos sitios, los demás gais (ninguno de mi edad) me miraban como si yo fuera un animal, como si el tipo con el que estaba fuera mi dueño. —Hace una pausa y mira por la ventana a los transeúntes. Luego sigue diciendo—: A Armend le habría dado envidia. Yo viendo ese espectáculo, los bailarines de Nueva York.

El dueño del bar aparece con el café, el *muffin* y la cuenta. Escribo «V. Marku» y la fecha en el bloc, y lo subrayo.

—¿Sigues en contacto con Armend? —le pregunto.

Niega con la cabeza.

Necesitaré que se ponga en contacto con él, pero aún no quiero llegar a ese punto.

—La forma en que esos hombres me miraban —dice—, quizá era porque querían follarme, no lo sé. O tal vez pensaban que yo era basura. Lo curioso es que eran iguales que los hombres que me

insultaban en mi pueblo. Me miraban igual, como si no fuera una persona. —Baja la mirada hacia el café que tiene delante, pero no lo toca.

—La última vez que hablamos —le digo intentando que retome la historia—, me contaste que unos viejos fueron a tu casa y que se canceló la boda de tu hermana.

—Necesito preguntarle algo —dice Vasel, muy serio—. ¿Será sincero? ¿Lo promete?

Asiento.

—¿Soy muy bajo? —pregunta—. En internet todo el mundo busca tíos altos, tíos blancos y altos. Soy muy bajo, ¿verdad? No mienta. —Me escruta el rostro con la misma atención que el día que nos conocimos.

—No quiero ser maleducado —digo—, pero tenemos que centrarnos en el caso.

—¿Ve? —dice—. Es verdad. No lo niega.

—No estoy aquí para hacer comentarios sobre tu aspecto físico. Diría que tienes una estatura perfectamente normal.

Cabecea.

—Eso es lo que dicen siempre los altos. —Se inclina hacia mí—. Me está tomando el pelo —dice casi gritando, lanzándome las palabras a la cara—. ¡Es un mentiroso de mierda!

De repente, todo cobra intensidad: el azul penetrante de sus ojos, el blanco luminoso de su camisa, el neón rojo del escaparate que tiene detrás. La sangre me retumba en los oídos. Mis fosas nasales se ensanchan por el olor a café barato y a lejía, por el matiz acre de su loción de afeitar. Este joven quiere pelearse conmigo. Y en el fervor de su agresividad, me siento aturdido, pero vivo. Como si me hubiesen arrancado de un sueño.

O cedo y le digo lo que me está pidiendo que le diga —que no es atractivo, que no tiene encanto— o me convierto en un mentiroso en el que no se puede confiar, en cuyo caso saldrá de aquí ahora mismo y no volveré a verlo más. Es una distracción, lo sé. Una forma de soslayar mis preguntas. Ya me ha pasado otras veces. Un cliente que

intenta que lo condene, que admita lo egoísta que es por haber abandonado a su familia, que merece el trato recibido. Y en todas las ocasiones he dicho: «No, no es verdad», con compasión o lástima, aunque sonase trillado o forzado. Pero lo que siento ahora con Vasel no es ni una cosa ni la otra. Es desprecio. Un desprecio visceral. Ahí está él. Tan ingenuo, tan inseguro, tan vanidoso.

Como no me ande con ojo, voy a acabar diciéndole lo que me está pidiendo que le diga.

Se reclina en el asiento, alejando su cara de la mía.

Tomo aire, casi mareado.

—Te estoy diciendo la verdad. Tu aspecto no tiene nada de malo, en serio.

Su agresividad no ha desaparecido, todavía quedan ascuas. Vuelve a mirar fijamente la taza blanco mate sobre el platillo blanco mate.

—Ya, bueno —dice—. Da igual. Quiere saber si Artea y yo estamos mintiendo, ¿no?

—Si voy a ayudarte, necesito saber qué es lo que ocurrió de verdad.

—Mi madre fue la que me dio el dinero para el pasaporte, no Artea —confiesa—. De lo que tenía ahorrado para mi hermana, para que pudiera casarse. Lo metió en un sobre y me lo dio. Fui a Tirana, a casa de mi tía. Su marido conocía a alguien que trabajaba en el consulado o alguna oficina así. No quería ayudarme, pero mi tía lo obligó. Me quedé en su apartamento. Durante unas semanas. Hasta que conseguí el billete de avión.

—¿Adónde volaste?

—A Alemania. Dormí en un banco del aeropuerto. Me despertaron con perros, pero no olieron nada, así que comprobaron el billete y me dejaron marchar.

—¿Por qué decidiste venir a Estados Unidos? ¿Por qué no a alguna ciudad europea?

—El marido de mi tía está emparentado con la familia de Artea. Mi tía sabía que les iba bien. De todos modos, es mejor aquí. Hay

demasiados albaneses en Europa. Y para gente como yo, y como usted —dice sarcásticamente—, Nueva York es lo mejor, ¿verdad? Pero no mi barrio, lo odio. Siempre hay gente pendiente de lo que hago. Artea, sus tíos, la gente de la tienda, los imbéciles que van con todoterrenos Hummer. «¿Por qué no estás nunca por aquí?, ¿adónde vas?», me preguntan. Lo odio.

Dejo que su frustración pierda fuelle e intento retomar de nuevo la historia.

—Entonces se canceló la boda. ¿Y luego? ¿Te atacaron los hombres?

Se encorva aún más en el asiento.

—No —dice lentamente—. No funciona así.

Espero a que continúe, pero como no dice nada más, le pregunto a qué se refiere.

Otra pausa larga. Con los dedos pulgar y corazón hace girar la taza en el platillo, despacio, como hipnotizándose a sí mismo.

—Para este tipo de cosas —dice— no es la gente la que decide. Depende de la familia.

De nuevo me quedo a la espera. Y al cabo de un momento, prosigue:

—Hay un campo. Delante de nuestra casa. Llega hasta la carretera. Y en ese campo hay una roca muy grande. Allí jugábamos Arbi, Pera y yo. Allí es donde fui. Después de que los viejos se fueran. No podía entrar en la casa. No podía soportar ver a Pera. Arbi y mi padre estaban discutiendo, bebiendo y peleándose en el salón. Así que me senté en la roca. No sé cuánto tiempo. Mucho, supongo. Estaba oscuro cuando mi madre salió. Llevaba mi mochila. Había metido ropa y libros. Sus libros de inglés. Fue entonces cuando me dio el dinero. Me dijo: «Toma». Y me dijo que durmiera en el salón en vez de arriba, en mi cama. Porque nos iríamos temprano los dos.

»Eso hice. Dormí allí esa noche. Las cabras de los vecinos tienen cascabeles, siempre se están moviendo. Nunca les había prestado atención, pero era el único sonido que escuchaba. Pensé: «Necesito

recordar esto, no lo oiré más». Cuando Arbi me despertó, todavía estaba oscuro. Y pensé: «Vale, nos vamos, me voy». Mi padre estaba en la furgoneta, seguía borracho todavía. Nunca lo había visto tan borracho. Y también estaba mi tío, el hermano de mi padre, él conducía. No hizo ningún ruido, llevó la furgoneta hasta la carretera sin arrancar el motor, cuesta abajo, para no despertar a nadie.

Mientras Vasel habla, voy tomando notas, pero intento no apartar la vista de él para que no deje de hablar.

—Hay un arroyo —dice—. Cerca de la casa de mi tío. En primavera se oye por todas partes, como un río. Pero en verano no lleva mucha agua, solo se oye si estás cerca. En realidad no es un bosque. Artea dijo que era un bosque, pero son solo cuatro árboles y unos cuantos arbustos junto al arroyo, cerca del granero de mi tío.

Hace una pausa y gira la taza en el platillo, centímetro a centímetro.

—Mi padre no tiene la culpa —dice, y alza la mirada—. ¿Lo entiende? Arbi, fue él quien me llevó a la oscuridad. Olía a mierda. Estaba borracho y sucio, como sus coches. Casi nunca se cambia de ropa y cree que las mujeres son unas zorras porque no quieren estar con él, pero ¿quién quiere estar con alguien así? Da asco. Siempre me pegaba cuando era niño, y eso es lo que hizo cuando me tiró al suelo. Solo que esta vez más. Empezó a darme patadas. Dijo: «Tienes que morir, eres la vergüenza de esta familia, reza lo que sepas». Como si fuera el mafioso de una película. Eso es lo que quiere, que la gente piense que es un tipo duro.

Vasel pasea la mirada por la cafetería hasta posarla en la joven de los auriculares y la pareja que está discutiendo; observa a esas personas como intentando discernir si son reales o un simple espejismo.

—Sentía el arroyo en la oreja —dice—. No el agua, el sonido. Yo debía de estar justo al lado, sobre las piedras. Y hacía frío. El aire no era frío, pero yo estaba helado. No veía a mi padre; bueno, no le veía la cara. Estaba de pie, delante de los faros. Solo veía su silueta.

Sujetando un rifle, como cuando iba a cazar pájaros. Le dijo a Arbi que dejara de darme patadas. La voz de mi padre sonó rara, creo que estaba llorando. No estoy seguro, nunca le había oído llorar. Se acercó y me dijo: «Tú no eres mi hijo». No lo dijo en serio. Sé que no lo dijo en serio. Pero tenía que decirlo. Dijo que yo iría al cielo con los ángeles y que un día vería a mi madre y a Pera. Pero no a él ni a mi hermano, ellos irían al infierno. Entonces Arbi le gritó, pero él le ordenó que se callara.

Vasel se sienta derecho en la silla e inclina ligeramente la cabeza. Está sudando y le brilla la frente.

—¿Sabe? Mi padre también intentó marcharse —dice—. Cuando yo era niño, las cosas iban mal en todas partes y no había dinero. Se fue a Durres y cogió un barco a Italia. Muchos hombres lo hicieron. Pero los mandaron de vuelta, no les dejaron quedarse. Eso es lo que él quería que me pasara a mí también. Nunca lo dijo, pero lo sé. Lo que me ocurrió no es culpa suya. Tuvo que hacerlo. Para salvar el honor de mi familia.

Tras una pausa, sigue diciendo:

—Mi padre me apuntó con el rifle. No sé dónde estaba mi tío. Mirando, supongo. Arbi también. Pero entonces se oyó una voz, como de alguien muriendo, alguien enfadado porque se está muriendo, gritando el nombre de mi padre. Nunca había oído la voz de mi madre así. Como si fuera Dios saliendo de la Biblia. Tal vez fue en bicicleta, no lo sé. Debió de oírnos salir. Y se abalanzó sobre mi padre. Estaba tan borracho que lo derribó enseguida. Justo a mi lado. Estaba allí, tumbado. Podía olerlo. Y Arbi le dijo: «No te metas en esto». Dijo que yo era una maldición para todos. «*Djall»,* dijo mi madre, que significa demonio. «Voy a rajarte la garganta. Con mis propias manos», eso le dijo.

Por primera vez levanta la taza del platillo y bebe un sorbo de café. Se oyen unas sirenas en la avenida.

—Y ya está —dice—. Eso es lo que quería, ¿verdad?

II

—Señor, se ha olvidado esto —me dice el dueño del restaurante, que ha salido a la calle después de que Vasel se haya marchado, y me tiende la mochila con el portátil, los expedientes y las notas que acabo de tomar. Me la entrega, se lo agradezco dos veces, inclina la cabeza como suele hacer y, cuando entra de nuevo en el restaurante, se gira y me observa con curiosidad desde detrás de la puerta de cristal. Entonces me doy cuenta de que no me estoy moviendo. Me he quedado inmóvil en mitad de la acera, frente a la mesa en la que estábamos sentados Vasel y yo, mientras los peatones pasan a mi lado.

Debería volver al despacho y ponerme al día con otros expedientes. Pero en lugar de eso me dirijo al sur, los coches vienen de frente, y no me detengo, atravieso Tribeca, cruzo el parque del ayuntamiento y sigo por el puente de Brooklyn en dirección a mi apartamento.

Bajo un cielo despejado, el sol se está poniendo sobre el puente de Bayonne, sus rayos postreros iluminan las fachadas de las torres que se alzan más allá de Brooklyn Heights. Las palabras de un poema que no he leído desde la universidad emergen de alguna región obstruida de mi mente: «Los iluminados bloques urbanos se han borrado». Un poema sobre este puente. Hart Crane, el que saltó de un barco después de que un marinero al que le había tirado los tejos cuando estaba borracho le diese una paliza. «Solo en la oscuridad tu sombra es clara».[4] O algo parecido. Lenguaje críptico, pero emocionante en cierta manera. Aunque solo sea al recordarlo. Como un regusto placentero.

Abajo, el río Este dispersa sus aguas en el puerto, rodeando la isla Governors y uniéndose a las corrientes grises que fluyen hacia el puente de Verrazano-Narrows, para seguir hasta el lejano océano. El

paisaje se abre de nuevo ante mí y, a pesar de su cotidianidad, es como si fuese la primera vez que lo viera.

Yo no era el único que encontraba atractivo a Jared Hanlan. Casi todo el mundo compartía mi opinión: los alumnos, los profesores, los padres. Aunque su belleza también los desconcertaba. Porque no era solo atractivo, sino guapo. Casi demasiado para ser un chico. Su aspecto, su rostro en forma de corazón y sus ojos verde oscuro poseían cierta androginia, acentuada por la ropa *new wave* que vestía, esos pantalones negros ajustados que apenas le llegaban a los tobillos, las camisas blancas vaporosas, la frondosa cabellera rubia recortada por los lados. Se rumoreaba que había trabajado como modelo en catálogos de ropa adolescente, y no resultaba difícil creerlo. Las chicas estaban coladitas por él. Y los chicos le tenían envidia, o pensaban que era marica, o ambas cosas. Era un año mayor que yo, estaba en primero, era inaccesible, siempre custodiado por Stephanie y Brett, sus fatuos e impasibles acólitos.

Entre clase y clase me dedicaba a espiarlos desde una ventana del pasillo de arriba, los veía fumar en el patio. O me sentaba en el banco frente a la cafetería y los observaba salir del campus durante el descanso, cosa que en teoría no debían hacer. Me apunté a teatro porque sabía que ellos también iban. Era la única clase en la que Jared y yo coincidíamos, y me sentaba todo lo cerca de él que era capaz. El simple hecho de mirarlo me resultaba a veces demasiado excitante y no lo soportaba, la agitación en mi pecho era violenta, salvaje, parecía que me iba a estallar la cabeza. En otros momentos parecía más bien una especie de hipnosis: el pasado, el presente, todo a mi alrededor desaparecía, todo excepto él.

Para la clase de fotografía empecé a tomar instantáneas de los ensayos de nuestras obras, fotos que hacía casualmente y en las que, casualmente, aparecía Jared. Fotos de los tres en un rincón, durante los descansos, Stephanie con uno de sus elegantes vestidos negros, pintalabios oscuro y sombra de ojos oscura; sus elaborados

atuendos no tenían nada que envidiar a los de Jared; Brett, en cambio, el más convencional del grupo, compensaba la dejadez de su indumentaria —vaqueros que no eran de su talla, polos desteñidos— con altas dosis de cinismo y siempre competía con los otros dos por colgarse la medalla de la desafección.

En el discreto hueco de la escalera del teatro, o arriba, en la terraza, cuando no había nadie, los tres accedían a posar delante de la cámara con sus miradas de estudiado aburrimiento. Y cuando salían a fumar a los escalones de atrás, yo los seguía y tomaba más instantáneas.

—¿Y tú qué haces todo el día haciendo fotos? —me preguntó Jared en cierta ocasión.

—Nada —dije—. Es para un trabajo de clase, tengo que hacer retratos. —Lo cual era cierto.

Brett y Stephanie se rieron por lo bajo.

—A mí me suena todo muy gay —observó Brett—, pero aquí al modelo seguro que le gusta.

—No es mi culpa que tu madre te vista como a un niño de once años —replicó Jared. Estaba posando un poco, con un pie apoyado en la pared de ladrillos y la cabeza echada hacia atrás. Sabía sacar partido a su imagen de un modo que ni Brett ni ningún otro chico del instituto sabían.

—¿Seguro que es ese el tipo de atención que buscas en este momento de tu breve carrera? —le preguntó Stephanie.

Siempre estaban igual. Burlándose de la ropa, del aspecto, del olor personal, de la música que escuchaban y de las palabras que elegían, un desaire detrás de otro. Era una especie de función en la que Jared llevaba siempre la voz cantante. Y cuanto más tiempo pasaba con ellos haciéndoles fotos, más parecían aceptarme como público. Si me acercaba demasiado a Jared con la cámara —al agacharme mientras él se encendía un cigarro o al inclinarme mientras él se recostaba sobre el capó de su coche—, me decía: «No te flipes, tío», para hacerles saber a Brett y Stephanie que en el

fondo pasaba de mí. Y ellos sonreían al ver cómo yo me sonrojaba y me apartaba de él.

Jared era el único de los tres que tenía coche, lo que le otorgaba aún más poder como líder del grupo, y un día, al salir de clase, en vez de despedirse de mí en el aparcamiento, me dejó ir con ellos en aquel cupé azul, con sus lujosos asientos azules y una amplia consola central que permitía ver al conductor de perfil.

—Te estás convirtiendo en una persona de verdad —me dijo Stephanie desde el asiento trasero, sorprendida de mi ascenso en la empresa.

Ella había vivido un año en Londres y siempre estaba leyendo libros que ningún profesor le pedía que leyese. Lo hacía incluso en el coche, aparentemente ajena al pop tristón que Jared ponía a todo volumen por los altavoces.

—Guarda la cámara —añadió Stephanie sin levantar la vista del libro—. ¿Qué va a hacer Jared ahora sin su *paparazzi?*

Stephanie fue quien me enseñó cómo debía comportarme con ellos: tenía que encontrar algo en lo que yo destacara. Cuando se metan contigo, no te defiendas, solo devuélveles el golpe. Si consigues que se rían, habrás ganado. Yo sacaba mejores notas que Brett y Jared. Tampoco es que fuese el mejor de la clase, pero la primera vez que me atreví a burlarme de Brett por suspender un trabajo de historia, Jared soltó una carcajada. Y no iba dirigida a mí.

Algunas tardes nos llevaba fuera de la ciudad, tomaba una carretera que se internaba en el bosque y bajaba hasta el lago. Jared sacaba un porro y nos lo íbamos pasando; yo fumaba más de lo que mi cuerpo toleraba y, mientras Stephanie se quedaba dentro del coche leyendo, Jared, Brett y yo empezábamos a caminar bosque adentro y nos tirábamos ramas y piedras unos a otros y casi siempre fallábamos por mucho.

Pero cuanto más nos acercábamos al objetivo, más se reían Jared y Brett, solo que ahora sus burlas eran físicas, caóticas. Nunca en mi vida había sentido tanta euforia. Dejándome llevar por la violencia, pero no compitiendo en algún deporte estúpido, sino por el afán

absurdo de hacernos daño. Era muy emocionante. Les tiraba las ramas más grandes que podía levantar, piedras que pasaban a escasos centímetros de sus cabezas, les golpeaba en las piernas con un palo y ellos a mí con otro. Luego les daba aún más fuerte, tanto que incluso Brett gritaba: «Estás loco», que era lo más emocionante de todo, sentir que yo existía ante sus ojos, que casi podía asustarlos.

Después nos tumbábamos sobre las agujas de los pinos, agotados, junto a la orilla del lago, alucinando con la luz que se filtraba entre los árboles. Entonces cerraba los ojos y me imaginaba a Jared inclinándose sobre mí, sus labios rozando los míos. «El idioma del amor fluye de la lengua de mi amante —decía aquella canción—, más frío que el helado y más caliente que el sol».[5] Y él seguiría estando allí cuando abriese los ojos, ese chico tan guapo. Que acababa de hacerme daño por diversión y que había dejado que yo le hiciese daño a él.

---

[4] Crane, Hart. *El puente.* Traducción de Jaime Priede, Ediciones Trea, Gijón, 2007 *(N. del T.).*

[5] Versos de la canción *Who's That Girl* de Annie Lennox, David E. Stewart y Eurythmics, 1983 *(N. del T.).*

El sol ya se ha puesto, pero la luz de la ciudad ilumina las calles cuando bajo las escaleras que conducen al puente y enfilo el camino a casa. En el ascensor recibo un mensaje de Cliff. «Entonces, ¿se podría decir que hemos roto?». Si pudiera oír su voz, sería capaz de calibrar el grado de ironía de la pregunta. Si está jugando con la idea de hasta qué punto somos pareja y, por tanto, podríamos romper como tal, o si se lo está cuestionando en serio. Pero las palabras escritas son mudas. Cliff está reclamando una reacción. Para saber qué es conveniente preguntar y qué no. Pero en lugar de responder, lo que hago nada más llegar al apartamento es soltar el móvil y ponerme a investigar.

El informe del Departamento de Estado sobre las condiciones de Albania es contradictorio. La homosexualidad se despenalizó en la década de 1990. Un proyecto de ley contra la discriminación aprobado recientemente incluye la orientación sexual. Estos son hechos en los que se basará el Departamento de Seguridad Nacional. Avances en el país de origen. En Tirana han surgido grupos que luchan por los derechos humanos y se les permite operar sin interferencia del Estado. *Como puede apreciar, señoría, existen protecciones. Incluso un pequeño desfile.* Pero en el mismo informe aparece el subsecretario de Defensa albanés declarando: «Lo único que tengo que decir sobre este desfile gay es que deberían aporrear a los organizadores». Y hay grupos de jóvenes que, de hecho, lanzan gases lacrimógenos a los participantes. Y el político de turno que, en la televisión nacional, le dice a un activista: «Si fueras mi hijo, te metería un tiro en la cabeza». Todo ello será útil. Al igual que los informes de las ONG sobre un homosexual que pasó más de un año escondido después de recibir amenazas de muerte por parte de su familia; y el de una mujer lesbiana a la que sus familiares maltrataron y confinaron en casa; y otro informe de

un estudiante al que la policía acosó —y torturó, según ciertas fuentes locales— para evitar que asistiera al instituto.

Sin embargo, estos documentos no servirán de nada si el juez no cree que Vasel es gay. Si su historia no puede corroborarse al menos parcialmente. Empiezo a escribirle un correo electrónico indicándole la documentación que tiene que reunir y me doy cuenta de que tengo hambre y de que la comida que pedí mientras empezaba a investigar ya se ha enfriado. Cierro el portátil, meto el plato en el microondas y vuelvo a sentarme.

La mesa es de madera oscura lacada, un modelo de IKEA de gama alta que monté el mismo día que me mudé aquí, hace ahora diez años, y cuyos tornillos siguen bien apretados. No es algo en lo que me fije a diario, pero de pronto caigo en la cuenta de que lleva en el mismo sitio desde entonces. Igual que el aparador de la pared de enfrente, que encontré en la calle bajo la nieve. Sobre este descansa una lámpara verde y beis cuyo origen no recuerdo, además de dos azulejos que compré en un viaje que hice solo a Portugal y dos pequeños altavoces negros, cada uno en una esquina, conectados a un *subwoofer* situado en la balda inferior. Antes el sonido era nítido y envolvente, pero ahora se corta cada dos por tres y tendría que llevarlo a que lo reparen, o tirarlo. El sofá gris, tan mullidito, la lámpara de pie plateada y blanca que hay al lado, la mesa de centro metálica con cierto toque modernista… Todo sigue donde siempre.

Dejo el plato a un lado y sigo leyendo. Resulta que Artea tenía razón. El Gobierno quiere que Albania entre en la UE, y esto requiere que el país apruebe leyes que salvaguarden los derechos humanos y estén en sintonía con la idea de tolerancia de la Europa oficial. Pero los informes sugieren que las autoridades locales se resisten a cumplir las leyes que intentan contentar a Bruselas. En el norte, los crímenes de sangre por conflictos de tierras y honor siguen estando a la orden del día, asesinatos entre familias que deben vengarse de acuerdo con sus costumbres. Los niños y los jóvenes se ven obligados a refugiarse en sus casas o corren el riesgo de que los

maten en espirales de represalias que se prologan durante décadas. Entre estos también figuran los asuntos familiares, no sujetos a la interferencia de la policía, que se rigen por la ley tradicional del *kanun,* un sistema que se suprimió bajo el comunismo pero que nunca llegó a eliminarse y que sigue en vigor en las pequeñas ciudades y aldeas de las tierras altas. Tal vez, dirá el departamento, pero el solicitante podría vivir en la capital. No puede reclamar derecho de asilo porque esté amenazado en su pueblo natal.

Pero todo el mundo conoce a todo el mundo, eso dijo Artea. Casi todo el mundo que vive en los pueblos y aldeas tiene familia en Tirana. Vasel no estará seguro. Este punto también precisará corroboración. Artículos periodísticos o casos análogos, el informe de algún académico especializado en esa región.

Es más de medianoche cuando me levanto y llevo los restos de comida a la cocina, demasiado tarde para responder al mensaje de Cliff y mucho más para invitarlo a casa. En mi cuarto, después de apagar la luz, me tumbo con los ojos muy abiertos y, en mi cabeza, empiezo a darle forma a la defensa del caso.

El día que mis padres nos sentaron a Liz y a mí para decirnos que se iban a separar, mi madre intentó que pareciese algo casi anecdótico.

—Vuestro padre estará muy cerca —dijo—, no se va a ir lejos.

Como si fuese a mudarse a otra habitación de la rectoría. Quizá a alguna del piso de arriba, de esas que estaban separadas por cortinas y donde se guardaban las cajas de himnarios antiguos o los adornos navideños. Mi padre estaba sentado igual que durante los sermones de mi madre, con los codos sobre las rodillas y cabizbajo.

—¿Nos vais a decir por qué? —preguntó Liz.

Mi padre levantó entonces la mirada, no hacia mi hermana, sino hacia mí.

—¿Queréis saber la razón por la que me mudo?

Estábamos en el salón. Faltaban pocas semanas para Acción de Gracias, era el mismo otoño en que empecé a salir con Jared y los demás. Ambos estaban sentados en aquel sofá largo y bajo, cada uno en una punta. Detrás, la mesa con las plantas de interior, con sus hojas verde oscuro cubiertas de una capa de polvo. Sabíamos el motivo, pero se suponía que no debíamos saberlo.

—Bueno, creo que vuestra madre os lo explicará mejor. ¿Verdad? —dijo sin mirarla.

Sus palabras tenían una cualidad física. Eran tanto objetos como sonidos. Y las usaba para hostigar a mi madre. Para obligarla a decir: «Clare. Clare es la razón». Para que le resultase más difícil. Me sabía muy mal por mi padre. A él nunca le hizo gracia la idea de mudarnos a ese pueblo. Quería a nuestra madre, siempre nos lo decía a Liz y a mí. Y ahora le estaba pidiendo o sugiriendo que se fuera. Pese a todo, había algo en su manera de hablar, la forma en que forzó a mi madre a hablar, que me asustó. No me quitaba ojo mientras lo decía, ese pequeño acto de violencia, manifiesto y velado a la vez. Casi un ritual de iniciación, como si me estuviese

mostrando la realidad del mundo. «¿Te das cuenta, Peter? La gente hace cosas así».

Se fue a un apartamento. En un edificio de ladrillos blancos, junto al parque de bomberos, con un patio de hormigón lleno de grietas que ninguno de los residentes usaba. Tenía un dormitorio extra para Liz y un sofá plegable para mí, aunque ninguno de los dos nos quedábamos mucho, ya que la rectoría estaba a solo un paseo en bicicleta.

Durante los meses que siguieron a su mudanza, la forma en que me hablaba empezó a cambiar. Siempre nos había dado la chapa con temas políticos y las noticias de la tele y tal, pero ahora que vivía solo y que Liz apenas iba a verlo, yo era la única audiencia que le quedaba y sus peroratas se volvieron más biliosas. Admiraba a Ronald Reagan, pero no entendía que no tomase represalias contra Irak por haber matado a treinta y siete tripulantes estadounidenses en la fragata USS Stark.

—No puedes mostrar debilidad —me decía—. Si no, estás incitando a la gente a que te haga daño.

Lo mismo con Hezbolá en el Líbano.

—No tendríamos que haber retirado a esos marines. Jamás hay que abandonar una lucha. No lo olvides nunca, Peter.

Pero eso no significaba que el Gobierno fuese la respuesta a todo. El Gobierno estaba asfixiando a empresas como la suya.

—La mayoría de los padres de tus amigos ganan dinero con el dinero —decía—, o les pagan con donaciones, o a través de alguna organización benéfica. Pero no hacen cosas con las manos, no tocan nada. No digo que sean malas personas, pero hay una diferencia. Eso lo cambia todo.

Mientras hablaba, me señalaba con un tenedor o un bolígrafo. Liz decía que, como ya no tenía a nuestra madre para discutir y pasaba tanto tiempo solo, estaba perdiendo la cabeza, y también por eso había adelgazado tanto y estaba tan paliducho.

En el Howard Johnson’s, donde me llevaba a desayunar los sábados por la mañana, un día me preguntó sin venir a cuento si

estaba saliendo con alguien.

—No pongas esa cara —me dijo—, ya tienes dieciséis años. Seguro que se lo contarías a tu madre, así que cuéntamelo a mí.

Mi madre, por lo visto, era lesbiana. O al menos quería estar con una mujer. De haberse ido con otro hombre, mi padre habría explotado. Pero el hecho de que Clare fuese una mujer impedía que esta fuera el blanco de su animosidad. Siempre había proclamado a los cuatro vientos que lo único que quería era que mi madre fuese feliz. Pero ahora dudaba de que alguna vez lo fuese.

Pero que a mí me gustase un chico era otro cantar. Yo sabía que, en cierto modo, lo mío era algo peor. Las mujeres eran seres misteriosos. Por eso, el idilio con mi madre constituía, según su parecer, una especie de milagro. Haber resuelto el misterio que tantos hombres intentan, en vano, resolver. Los hombres eran animales. Criaturas comunes, obvias. Los hombres a los que contrataba, los hombres con los que hacía negocios, lo único que sabía con seguridad de ellos era que querían dinero. Si mi madre amaba a otra mujer, ella misma seguía siendo una mujer, solo que más inescrutable de lo que había creído en un principio. Pero un hombre que desea a otro hombre era un apetito malogrado. Nunca llegó a expresarlo de esa manera. Cuando el sida empezó a salir en los telediarios, no refunfuñaba por lo bajo ni decía que lo tuviesen merecido. Su rostro se crispaba, impaciente por que pasaran a otra noticia.

—No —le dije—, no estoy saliendo con nadie.

—Venga ya —insistió—, si hay un montón de chicas en tu instituto. —En ese momento debió de atragantarse con algo y empezó a toser, no podía parar, babas y restos de comida masticada caían sobre la servilleta, hasta que finalmente tomó varios sorbos de agua y se calmó. Estaba, como Liz había observado, más delgado y pálido. Y ahora también parecía enfermo.

—Alguien te gustará —atinó a decir al fin.

Negué con la cabeza y seguí comiendo.

Tengo que rellenar las solicitudes de los Rijal y la de Joseph Musa y la de Hassan El Moctor y otras cuantas más, pero en los días posteriores al encuentro con Vasel en la cafetería, es a su caso al que vuelvo cada noche. A pesar de haber reunido ya más de doscientas páginas de material para respaldar su historia, y de haber enviado correos electrónicos a un antropólogo experto en sociedades balcánicas contemporáneas y a un sociólogo albanés que ha testificado en casos de asilo en el Reino Unido, sigo repasando las notas, revisando cada detalle del relato de Vasel.

Lo de los búnkeres no era una invención. Enver Hoxha, el dictador estalinista que dirigió el país durante cuarenta años y lo convirtió en una de las naciones más aisladas del mundo, creía que Albania estaba en peligro constante de invasión. Sus generales aconsejaron la creación de un ejército moderno, pero él insistía en construir miles de búnkeres abovedados en las plazas de las ciudades y en los centros de los pueblos, en los campos, en las playas y en los jardines traseros. Estaba convencido de que, desde estos fuertes de hormigón, los propios ciudadanos dispararían al enemigo, del mismo modo que él y sus partisanos hicieron en la Segunda Guerra Mundial, primero contra los fascistas italianos y después contra los alemanes. Prohibió la religión, la propiedad privada y los viajes al extranjero. Consideraba que Jruschov y luego Mao no eran lo bastante dogmáticos, de modo que cortó relaciones, primero con la Unión Soviética y luego con China. Albania se convirtió en la Corea del Norte de Europa hasta que Hoxha murió finalmente, y el mandatario que lo sucedió —desprovisto de la misma capacidad de liderazgo— ocupó su cargo. El repentino fin del estado unipartidista trajo el caos, la escasez de alimentos y constantes disputas por los territorios; todos intentaban reclamar lo que, sesenta años atrás, les había pertenecido. Pero los búnkeres permanecieron. Eran

demasiados y fueron construidos para que nada pudiese derribarlos. Ensuciaban el paisaje de las ciudades y de las colinas.

Vasel había hecho mención de un periodo de escasez, y yo pensé que estaba hablando de su familia, pero entonces leí acerca de los esquemas Ponzi que asolaron el país en la década de 1990: cientos de miles de personas invirtieron la totalidad de sus ahorros en bancos recién privatizados que ofrecían tipos de interés absurdamente elevados. La gente vendía sus tierras y pedía prestado dinero en efectivo para beneficiarse de la supuesta bonanza económica. Cuando la estafa salió a la luz y el dinero desapareció, la población tomó las calles, atacando oficinas y edificios gubernamentales, llevando a la nación al borde de la guerra civil.

Incluso lo que contó de que su padre intentó abandonar el país cuando era joven también consta en los archivos de noticias: albaneses huyendo del colapso económico. Un grupo de refugiados se apropió de un buque del puerto de Durres y cruzó el Adriático con más de diez mil personas a bordo, algunas aferradas a las escalerillas, pero las autoridades de Brindisi no permitieron que la embarcación atracase. Tuvieron que remontar la costa hasta Bari, donde fueron confinados en un estadio para ser posteriormente enviados de vuelta a su país.

Uno de los artículos incluye una fotografía: el buque después de llegar al segundo puerto. Cada centímetro cuadrado de la cubierta del viejo barco está abarrotado de gente, una ciudad entera dentro de él. Sin embargo, en el muelle puede verse una multitud aún mayor y más densa que ya ha desembarcado, y parece imposible que provenga del mismo barco, ya de por sí peligrosamente atestado. Los hombres se apiñan unos contra otros, no cabe ni un alfiler, la mayoría se ha quitado la camiseta por el calor. La fotografía está tomada desde lejos y no es posible distinguir el rostro de nadie. Es el tipo de imagen que los grupos pro derechos humanos usan para apelar a las conciencias de sus donantes y que los defensores del nativismo emplean para atizar el miedo y el pánico.

Amplío la imagen en la pantalla. El buque gris Vlora hundiéndose por un costado debido al peso de los pasajeros que intentan unirse a la turba de hombres que ya están en el muelle, literalmente arrinconados en la frontera del país, de espaldas al mar. Cualquiera de ellos podría ser el padre de Vasel. Un hombre al que envían de vuelta a su país, un hombre que tenía una tienda, una familia. Y que una noche, junto a aquel arroyo, acabó apuntando con un rifle al pecho de su propio hijo.

La fotografía no tiene nada que ver con la audiencia de Vasel, pero la imprimo de todos modos y la añado al expediente.

Cada vez que respiraba, el aire le refrescaba la nariz, y ese mismo aire calentaba esa misma carne cuando regresaba a la tranquilidad del estudio. El hierro de la estufa tintineaba al calentarse. Fuera, la brisa se deslizaba entre las copas de los abetos. Sonidos que, más que oírse, se sentían; la membrana que separaba a Ann del mundo parecía disolverse.

Pero ¿para qué? ¿Para dejar de pensar? ¿Para alcanzar un estado de ecuanimidad y paz mental? No. La meditación era el medio, no el fin. La compasión, esa era la cualidad que había que obtener y entregar. Compasión hacia una misma, sí, porque sin ella solo es posible difundir el veneno de su ausencia, pero también hacia los demás. Este era el auténtico propósito de todas las prácticas.

Una de esas prácticas consistía en imaginar, en primer lugar, a alguien por quien sintieras un gran afecto. Tenías que inhalar el sufrimiento que pudiese estar padeciendo esa persona y exhalarlo después, y esa exhalación era como una plegaria para poner fin a dicho sufrimiento. Para Ann, esta persona casi siempre era Roberta, por quien sentía una gratitud inmediata. Su calidez, su comprensión y generosidad. La estaba imaginando en ese momento, sus ojos verdes y grises, las redondeces de su rostro, sus mejillas moteadas por el sol, su sonrisa jovial; inhaló los dolores de artrosis que a menudo mantenían despierta a su amiga toda la noche, el miedo que sentía de que le volviese el cáncer de mama, la soledad que con frecuencia experimentaba en su matrimonio. Retuvo momentáneamente esas tensiones en su propio espíritu para luego ofrecer al espíritu invocado de su amiga todo el alivio y la distensión que tenía en su haber. Una ofrenda que traía consigo felicidad, gozo incluso, al recordar el amor que sentía por Roberta, un amor que tendría más presente a lo largo del día.

En segundo lugar, había que imaginar a una persona que hubieses visto recientemente pero que no conocieras, por la que no sintieras afecto, pero tampoco aversión. Hoy le vino a la mente la mujer que regentaba el establecimiento de envíos y recogidas del pueblo. Una mujer de unos treinta años, agradable, servicial, pero poco comunicativa; su madre había sido la cartera del pueblo durante años, y ahora ella tenía sus propios hijos, que a menudo jugaban en la parte de atrás de la tienda después del colegio. Ann se la imaginó con su camisa y sus pantalones vaqueros, con sus botas marrones, el pelo largo y castaño recogido en un moño desaliñado. Dejó que su mente se recreara en esa imagen y, a continuación, inhaló todo aquello que pudiera lastrar a aquella mujer —el estrés de llevar su propio negocio, de criar a los hijos, cualquier pesar o dolor—, lo acogió en su interior y, en su lugar, exhaló afabilidad y calma.

Se trataba de una práctica muy básica, una actividad muy común en su vida anterior: rezar por los demás. Sin embargo, cuando era pastora de una congregación y recitaba esas oraciones y exhortaciones, siempre anhelaba alguna forma de experimentar esa entrega del espíritu, no solo de ensayarla. Quería darle forma a la ofrenda. Y para eso estaban los trabajos de caridad, que, por supuesto, emprendió. En la calle, en la parroquia, en los comedores sociales de Boston, en un pueblo de Honduras ayudando a construir casas. Pero siempre había estado presente la compañera de la caridad, que no es otra que la pena. La pena y el distanciamiento que esta garantizaba. Pues tal era la arquitectura moral del liberalismo (en eso Richard no andaba desencaminado). Lo cual no quiere decir que los Evangelios no siguieran con ella —la necesidad de amor y la generosidad para con los menesterosos eran verdades inapelables—, pero gracias a la meditación había alcanzado a ver el miedo que se escondía tras la pena y había hallado la forma de desprenderse de ambas emociones.

En tercer lugar, había que imaginar a alguien por quien fuese complicado sentir compasión. Acoger en ti el sufrimiento de esa

persona, como habías hecho con las otras dos, y ofrecer a cambio tu propio bienestar. Pese a haber entrenado su mente a lo largo de numerosas mañanas, Ann siempre se tropezaba en este punto, aunque solo fuese un segundo, no tanto a la hora de llevarlo a cabo como de elegir a la persona. ¿Le tocaría hoy portar por unos instantes el espíritu vacío de Mitch McConnell y ofrecerle a cambio su amor más universalizado? ¿O quizá el de Gerry Connor, el vecino que al primer mes de mudarse al pueblo les dijo en el supermercado que no quería bolleras cerca de sus hijos? El tipo no había vuelto a dirigirles la palabra desde entonces y ahora exhibía en la camioneta la imagen de Obama en el punto de mira de un rifle. O, más cerca aún, ¿el de una mujer hospedada en el centro que, consciente o inconscientemente, la había insultado, despertando su ira o resentimiento, alguien a quien se alegraría de ver marchar? Y cuando no conseguía decidirse, todo el ejercicio se le antojaba de repente absurdo, una gilipollez del budismo occidental tan centrado en el propio ser —allí sentada, sola, en una cabaña del bosque, eligiendo la persona a la que no podía entregar su corazón—, hasta que por enésima vez conseguía ver el propósito de estas acusaciones que se gritaba a sí misma en mitad del silencio: apartarla de la desagradable constatación de que, algunos días, esa tercera persona era Clare. O, peor aún, su hijo, como era el caso esta mañana.

Invocar a Peter no tenía nada de especial. No necesitaba imaginarse su complexión espigada, ni sus mejillas llenas de pecas, ni sus ojos color avellana, ni nada en concreto. Su hijo entraba en ella de una forma inadvertida, del mismo modo que había crecido en su seno: una presencia viva. No le pertenecía, sino que formaba parte de ella. Desde aquel bebé indefenso, pasando por el niño inquieto, hasta el adolescente melancólico en el que ella misma se veía reflejada cuando era más joven. A veces, durante la época en que Richard estuvo enfermo y Clare no dejaba de atosigarla, había deseado volver a ser una adolescente, desaparecer de su propia vida y esconderse en el cuerpo de su hijo, un nacimiento al revés.

Congelar el tiempo antes de que él se hiciese mayor, antes de que se distanciase de ella.

Esto era lo que pasaba cuando observabas tus pensamientos en lugar de controlarlos: volaban en todas direcciones. Peter. Invocó a Peter. Trabajando, siempre trabajando. En esa ciudad a la que se había mudado a los dieciocho años para ir a la universidad y que jamás abandonó. Temiendo durante años que su hijo fuese uno de esos jóvenes que enfermaban y morían de sida. Para entonces, él ya era muy serio. El chico que se sentaba en la alfombra trenzada, apoyaba la cabeza en el muslo de su madre mientras esta leía en el salón después de cenar y preguntaba de qué trataba el libro. O, incluso antes, cuando se quedaba embelesado en la cama mientras ella le leía un cuento tras otro. Aunque la mayor parte del lienzo de su vida estaba en blanco, Ann era capaz de imaginar cosas que podrían causarle desazón a su hijo. El destino de las personas a las que ayudaba. Eso sobre todo. Dejó de ir a la iglesia cuando era adolescente y, que ella supiese, nunca había vuelto a pisarla; sin embargo, día tras día, se entregaba a ayudar a desconocidos. Y luego, lo de que estuviera solo. ¿Seguiría solo? Así es como ella lo imaginaba. Y Liz, a pesar de que se molestó cuando le preguntó por él, habría mencionado algo si su hermano estuviese con alguien. ¿Le dolería estar solo tanto como a ella? ¿Un muchacho con unos afectos tan profundos sin nadie a quien ofrecérselos? Por supuesto, sentía compasión por ese tipo de cosas. ¿Cómo no iba a sentirla? Entonces, ¿por qué no lo eligió a él primero en vez de a Roberta? Porque Peter se había alejado de ella. Se había encerrado en sí mismo. Ella nunca había tenido un mal gesto con él. Siempre se había mostrado hospitalaria. No, fue la muerte de su padre, aquel periodo de su vida tan confuso, el hecho de que Clare estuviese allí cuando ni él ni Liz querían trato con ella. Su hijo se había desentendido de esa época de su vida y, por tanto, también de ella.

Al principio lo comprendía. Y no quería entrometerse. Él era joven, estaba en la universidad, necesitaba estar en el mundo y disfrutarlo sin que ella le recordase por lo que había pasado. No lo

fuerces, le decía Clare, incluso cuando empezó a pasar la Navidad con su abuela, en Saint Paul, en vez de en Vermont. Ann no se quejaba ni reclamaba su presencia, como habrían hecho otros padres. En lugar de eso, le pagaba los billetes de avión y lo llamaba mientras él estaba allí. Y después, cuando empezó a ir al centro una sola vez al año, en verano, y más adelante ni siquiera todos los años, de nuevo se decía a sí misma que andaría muy ocupado, que estaría con sus amigos, que eran muchos kilómetros desde Nueva York, ir y volver. Pero de eso hacía ya mucho. Y el patrón seguía siendo el mismo: según él, siempre estaba trabajando. Las pocas veces que ella había ido con Clare a Nueva York, solo se habían visto para cenar. El tiempo justo para evitar una ruptura formal que requiriese una explicación, si no a ella, a su hermana. Su hermana, con la que no hablaba con frecuencia, pero mucho más que con Ann.

De modo que sí, aunque le costase admitirlo y se sintiese mal por ello, estas circunstancias se interponían en su compasión hacia Peter. Otra razón más por la que agradecía esta práctica. Le servía para acallar la queja y al yo que la alimentaba. Le permitía inhalar todo lo que preocupaba a su hijo, sin resentimientos, sin amargura, acogiéndolo dentro de sí, para luego exhalar el deseo de que se liberase de todo.

El golpe de los nudillos contra la puerta hizo que Ann pegase un respingo. Todos sabían que aquí no debían molestarla. Se puso de pie, cruzó la habitación y quitó el pestillo.

Roberta apareció ante ella, sin abrigo ni gorro a pesar del frío.

—Es Jeanette —dijo—. Se ha metido en una pelea.

—¿Una pelea? ¿Qué quieres decir?

—Me refiero a una pelea física. Con el técnico; estaban hablando en la entrada. No sé de qué se trataba, pero está herida.

Después de ponerse las botas y coger el abrigo, Ann —seguida de Roberta— se apresuró a volver a la casa. Atravesó la puerta

principal, que nunca usaban, y entró en el salón. Jeanette estaba tumbada en el sofá con los ojos cerrados, inmóvil. Clare estaba inclinada sobre ella con un paño húmedo, limpiándole la piel irritada del cuello.

—Estaba despierta hace un minuto —dijo Clare—, pero ahora vuelve a estar inconsciente.

—¿Has llamado a la ambulancia? —preguntó Ann.

—Claro que sí, ¿por quién me tomas? —replicó Clare.

Arrodillada junto al sofá, Ann cogió el paño de Clare y lo apretó con suavidad contra la frente de Jeanette. Tenía el forro polar y la camisa desgarrados a la altura del cuello, la mejilla derecha enrojecida e hinchada, y de la oreja le salía un hilillo de sangre que ya se estaba secando. Cuando Ann lo limpió, Jeanette se estremeció y sus ojos se abrieron y volvieron a cerrarse.

—¿Qué demonios ha pasado? —dijo Ann.

—Fue el hombre que vino a arreglar el calentador de agua —explicó Clare—. Yo estaba preparándome para salir. Vi a Jeanette en el jardín, estaban hablando, supuse que lo conocía. De repente ella le golpeó con un rastrillo y cayeron al suelo, y él empezó a pegarle. Ha sido horrible. Me puse a gritarle al tipo y, cuando me vio llegar, se metió en su furgoneta y se fue.

Ann le apartó a Jeanette el pelo apelmazado de la frente, se lo enganchó por detrás de las orejas y pidió un paño nuevo.

Cuando llegó la ambulancia, Jeanette había vuelto en sí y estaba murmurando que no quería que la llevasen a ninguna parte.

—Te vas a ir con ellos —dijo Ann—. Y yo voy contigo.

Greg Palmer, que trabajaba en el vertedero del pueblo, era uno de los paramédicos. Entre él y el otro médico ataron a Jeanette a la camilla. Greg le puso una máscara de oxígeno, lo que hizo que su estado pareciese aún más grave. Todas las asistentes del retiro estaban en el jardín observando cómo la introducían en la parte de atrás del vehículo.

Ann subió con ella y le dijo a Roberta que no pasaba nada, que no hacía falta que la siguiera, que la llamaría en cuanto supiera algo

más.

El camino hacia el valle se le hizo eterno. Ann se inclinaba todo lo que podía sobre Jeanette para que le viese la cara cuando abría los ojos.

Cada vez que Jeanette intentaba quitarse la máscara de oxígeno, Greg volvía a colocársela con suavidad.

—Es por precaución —decía—, tú respira, respira.

Cuando Ann y Clare se mudaron al pueblo, Greg —el hijo de Beth, la bibliotecaria— no era más que un bebé que jugaba detrás de la mesa de su madre, pero a diferencia de la mayoría de sus compañeros, se había quedado aquí, haciendo un poco de todo. Jeanette lo conocía, a su familia, a sus tíos y a sus primos. Aunque hubiese podido hablar, no habría dicho ni una sola palabra en su presencia.

En el hospital tuvieron que esperar y esperar. A la enfermera, al médico, luego que si el papeleo, que si el escáner. Tres horas yendo de un sitio a otro y todo el mundo diciéndole que ya faltaba poco. Mientras esperaban los resultados de las pruebas, se quedaron al fin las dos solas, en una pequeña área separada por cortinas. Jeanette miraba fijamente el reloj que tenía enfrente, ajena, al parecer, a todo: los pitidos interminables, el olor a desinfectante, esa atmósfera impersonal y asfixiante de los hospitales.

—No tengo nada —dijo—, no debería estar aquí. Debería irme y ya está.

No hablaba en serio y no necesitaba que la contradijesen, así que Ann ni se molestó.

—¿Quién era? —preguntó.

—No era él —respondió Jeanette—, si era eso lo que estabas pensando. Hace tiempo que se fue. Era su hermano. Creía que se había ido también, pero por lo visto ha vuelto. Se parece a él, como si fueran gemelos. Esos ojillos redondos.

—¿Te dijo algo?

—Yo le dije que se fuera —respondió Jeanette—, nada más. Que se montara en su furgoneta y se fuera. Yo estaba a punto de irme.

Pero entonces él dijo: «No eres quién para decirle a la gente dónde puede o no puede estar». Y luego empezó a gritarme. A decirme que había arruinado la vida de su hermano. Por las cosas que dije de él. Que su hermano ya no podía vivir aquí. Y que también había arruinado la vida de sus padres. Y que era una zorra y una mentirosa.

Sus ojos permanecían clavados en el reloj, en el suave movimiento del segundero.

—Se parecía tanto a él… —siguió diciendo—. Esa voz. Como si fuera él quien me estaba gritando. Supongo que se me cruzaron los cables. Me da igual. Espero haberle metido un buen rastrillazo. Quién sabe, igual se vuelve a ir del pueblo.

Una enfermera apareció, sonrió y pasó de largo, en busca de otro paciente.

—Pero no hace falta que te quedes aquí escuchando esta mierda —dijo Jeanette—. Hay mujeres esperándote con problemas mucho más interesantes. Tengo gente a la que puedo llamar. —Así era ella, rechazaba cualquier ayuda para evitar la decepción de que se la negasen.

—No es tu día de suerte —dijo Ann—. No me voy a ninguna parte.

Jeanette no respondió. Apartó la bandeja metálica que tenía delante. Se puso a toquetear la muñequera, intentando quitársela, y el vendaje del cuello también. Ignoraba sistemáticamente todos los consejos que le daban las enfermeras. Algo que, sin duda, Clare habría calificado de «conducta autodestructiva». Desde un punto de vista racional, Ann estaba de acuerdo. Sin embargo, no podía dejar de admirar a Jeanette por ello. Lo poco que le importaba su propio bienestar. En eso se parecía a Richard. La testarudez de su marido la sacaba a veces de quicio —cuando iba al trabajo andando en mitad de una tormenta—, pero también era esa excentricidad, esa forma de regirse por principios tan extraños, lo que precisamente, y a su pesar, había despertado su interés por él. Y por Jeanette, aunque no había reparado en esa similitud hasta ese momento.

—Ahora vas a contárselo a todo el mundo, ¿verdad? —le dijo a Ann—. Quieres que me meta en un círculo de esos y lo analice todo. Ahora es tu gran oportunidad.

—No —dijo Ann—, no es eso lo que tengo en mente.

—¿Por qué estás tan tranquila? —preguntó Jeanette—. Tan comprensiva. Me estás poniendo de los nervios. —Ann sonrió. Su amiga siguió diciendo—: No tienes por qué aguantarme. Puedes dejarme en el cobertizo si quieres.

—Cierto, podría. Pero no quiero. Nunca he querido.

—De todas maneras, no necesitamos que ese gilipollas nos arregle el calentador —dijo Jeanette obviando la carga emotiva de la voz de Ann—. Puedo hacerlo yo misma.

—Seguro que sí.

Sandra Moya me envía un mensaje: «¿Puedo hablar contigo? Mia te va a llamar».

Estoy con Abraham John, un marfileño de unos treinta años con una cruz tatuada entre la garganta y la clavícula. Estamos rodeados por una pequeña multitud, esperando a que nos llame Manetti. Es media mañana, pero la jueza ya va con retraso porque está atendiendo una petición urgente o no sé qué y las puertas de la sala no se han abierto todavía.

Antes de contestarle, reviso el correo por si tengo más mensajes. Nada de Vasel. Ha pasado una semana desde que nos vimos en la cafetería y sigue sin enviarme los documentos que necesito.

«Vale», le escribo a Sandra. Le diré que el juez Ericson no ha emitido todavía ninguna opinión sobre su caso y asunto arreglado, pienso.

Pero cuando llama Mia —una niña de nueve o diez años—, empieza a decir que Felipe está fatal, que está desquiciado porque van a deportar a su madre, que no está yendo al colegio y que se pasa el día encerrado en casa.

Oigo a Sandra de fondo, frenética, diciéndole a Mia lo que tiene que decir. Debe de estar desesperada para haberme llamado. Seguro. No soy la persona con quien ella hablaría de su hijo.

Por el otro lado aparece Carl con Javad Madani, el empresario iraní, y me saluda con la cabeza. Esta mañana lleva el traje de lana azul, el más viejo de los tres que alterna; la chaqueta le queda más larga de un lado, como si la prenda hubiese sufrido un leve derrame cerebral.

—Felipe cree que es culpa suya —dice Mia— porque la policía lo paró y le pidió el carné de identidad y luego le dijeron a mi madre que tenía que ir al juzgado. —Hace una pausa, esperando a que termine el siguiente torrente de palabras de su madre. Luego sigue

diciendo—: Mi madre dice que ya no puede más. Que Felipe se va a hacer daño y que no se fía del juez, ¿qué va a hacer Felipe si al final la deportan? Así que nos vamos a ir a casa del tío Herman, en Florida, porque en Inmigración no saben dónde vive.

Se abren las puertas de la sala y quienquiera que fuese el solicitante de urgencia sale con su abogado. La gente empieza a entrar.

Le pregunto a Mia si puedo hablar con Felipe.

—No —responde—, ya se lo he preguntado, no quiere hablar con usted, conmigo tampoco, menos cuando dice: «Fuera de mi habitación», pero no es solo suya, también es mía.

Se oye un crujido, luego un ruido sordo y después la voz de Sandra.

—¿Usted lo entiende? —pregunta.

—Sí, pero tengo que decirle que no es una buena idea. Si le deniegan la solicitud, aún podemos alegar dificultades extraordinarias, que sus hijos la necesitan en el país. Ese argumento tendría bastantes posibilidades. Pero si se marcha, si no comparece cuando llegue el momento, la cosa se podría complicar.

—¿Qué pasa con mi hijo? —dice casi gritando, más por miedo que por rabia.

Le hago un gesto con la cabeza a Abraham para que entre en la sala sin mí.

—Por eso quiero hablar con Felipe —digo—. Su encuentro con la policía no tiene nada que ver con la notificación que ha recibido.

Más ruidos. La oigo andar por el apartamento.

—¡Felipe! —grita.

Se abre una puerta. Se oye una música grave, que cesa, más murmullos y, de nuevo, la voz de Sandra de fondo.

—*El abogado, escúchalo* —implora.

Silencio.

—¿Felipe? —le digo.

Nada por toda respuesta. Me lo imagino en la cama, en un rincón de la habitación que comparte con su hermana pequeña, con la cara

vuelta hacia la pared, acercándose el teléfono a la oreja. Más alto que su madre, desgarbado, cabizbajo. Sin forma de salvarla.

Finalmente oigo un hosco «¿Sí?».

—Felipe, escucha —le digo—, no han ido a por tu madre porque te hayan cacheado. Te prometo que las cosas no funcionan así. Lleva mucho más tiempo.

—Ajá —murmura.

¿Por qué no iba a estar deprimido? Aunque me crea, nada importará si al final se llevan a su madre.

Janice Lee, abogada del departamento y una de las supervisoras, lleva un carrito de expedientes por el pasillo y se acerca al estrado.

Quiero pedirle a Felipe que le diga a su madre que no se vaya a Florida todavía, y entonces oigo la voz de Phoebe en mi cabeza: «No recurras a los hijos de un cliente para conseguir lo que quieres, no son tus ayudantes». Pero necesito que no se sienta tan mal ahora para ganar algo de tiempo y convencer a Sandra de que se quede.

—En serio —le digo—, no has hecho nada malo. Tú no has causado esto. Y hay cosas que podemos hacer si la decisión no es favorable para tu madre. No van a llevársela esta semana, ni este mes, te lo prometo. ¿Lo entiendes?

—Ajá.

Manetti ya ha acabado con el primer demandado.

—De acuerdo —le digo—. Mira, yo no soy quién para decirte lo que tienes que hacer, pero tu madre está preocupada por ti y, si vas al colegio, seguro que se preocupa un poco menos, ¿no crees?

De nuevo se oyen pisadas, el ruido de cuerpos en movimiento se abre paso hasta mi oído.

Oigo a Sandra hablar de fondo y Mia me pregunta:

—¿Se lo ha dicho?

—John, Abraham —dice Manetti desde el banquillo.

—Sí —le digo a Mia—, pero tengo que irme. Dile a tu madre que la llamaré. —Cuelgo, entro corriendo en la sala y miro a Abraham para indicarle que me acompañe a la mesa de los abogados.

—Peter Fischer en representación de la parte demandada.

—Buenos días, señor Fischer. ¿Su cliente admite haber sido debidamente notificado?

—Sí.

—¿Y admite que es susceptible de ser deportado?

—Sí.

—¿Desea especificar el país de deportación?

—No.

—Para que conste en acta, el tribunal designa Costa de Marfil. En tal caso, ¿qué le trae por aquí esta mañana?

Saco el expediente de la mochila. Es entonces cuando me doy cuenta de que no es el suyo. Anoche, en el despacho, debí de meter otro mientras buscaba artículos sobre Albania. Lo que sostengo en la mano no es el expediente de Abraham John, sino el de un uzbeko que llevé hace tiempo. Así que no tengo nada, ni siquiera un número de caso.

—¿Señor Fischer? ¿Sigue aquí con nosotros?

—Se trata de un visado de estancia prolongada —le digo.

—Gracias por iluminarnos, señor Fisher —comenta Manetti—. También una declaración de culpabilidad por conducir bajo los efectos del alcohol. Mi pregunta es: ¿qué es lo que solicita su cliente?

Abraham me mira de reojo. Es un hombre delgado, de mi estatura, lleva una sudadera de los Jets, un plumífero rojo y trenzas africanas. Derivado de un abogado de oficio. Una solicitud de asilo por motivos políticos. Eso es lo que recuerdo.

Janice Lee levanta la vista de su copia del expediente. Lleva aquí toda la vida, ha visto quedarse en blanco a miles de abogados, pero le sorprende que esta mañana sea yo.

—Venga —susurra Abraham—. Dígaselo.

—Vamos muy ajustados de tiempo, señor Fischer —señala Manetti—. Si tiene que consultar algo con su cliente, hágalo en su tiempo libre.

La secretaria deja de teclear y me mira por encima de las gafas. Mis ojos se posan en el emblema del Departamento de Justicia que

hay en la pared del fondo; de pronto parece más brillante, como si estuviese iluminado, pero también borroso, el círculo trenzado azul y amarillo empieza a difuminarse, las plumas marrones del águila y el ojo entreabierto se desenfocan. Hace mucho calor, el aire de la sala es demasiado seco. Lucho para contener una oleada de náuseas. Siento como si me inclinase hacia delante y tuviera que frenar la caída con las manos, pero finalmente consigo mantener el equilibrio.

«No recordamos hechos, recordamos historias», dijo Carl una vez, que está detrás de mí, en la tribuna, observando. Pero la historia que me viene ahora no es la de Abraham John, sino la de Vasel, la parte en que Arbi, escondido en el jardín, observa a Vasel besar a un chico.

El águila y las flechas se quedan por fin quietas, el aire vuelve a ser respirable y me oigo a mí mismo decirle a la jueza:

—El señor John solicita asilo.

—Vale —dice Manetti—, ¿y?

Pero no se me ocurre nada.

Oigo a Abraham decir:

—¿Pero esto qué es?

Entonces me viene a la mente un hecho.

—Elecciones fraudulentas —digo—. Los servicios de seguridad persiguieron a mi cliente tras el fraude electoral. Tiene razones de peso para temer posibles daños contra su persona si regresa.

Los ojos de Janice Lee se entrecierran. Sabe que no tengo el expediente. Callahan o Sievers me habrían despellejado vivo delante de todo el mundo. Pero Lee sabe que Manetti no sanciona a los demandados por las negligencias de sus representantes, o por la ausencia de estos. Lo único que conseguiría es perder más tiempo. Así que cuando la jueza le pregunta si el departamento tiene algo que añadir, Lee coloca el expediente de John en su carrito metálico y dice:

—No, señoría.

A renglón seguido, Manetti empieza a hojear su agenda.

—¿Qué ha sido eso? —me pregunta Abraham en el pasillo—. ¿Por qué no ha mencionado mis circunstancias? ¿Por qué ella no ha dicho nada?

Es fácil ser un mal abogado con los pobres. «Así es como funciona el sistema», siempre se puede poner eso como excusa. No importa el error que hayas cometido. Y para mi propia consternación, es lo que le digo a Abraham John ahora mismo.

—Así es como funciona. Ya tenemos cita para la audiencia.

—¿He tenido que venir hasta aquí solo para eso?

¿Cómo es posible que no se lo haya explicado ya, la naturaleza estrictamente formal del procedimiento de hoy? Se lo explico ahora. Pero él no las tiene todas consigo, sabe que algo raro ha ocurrido.

—¿Qué le pasa? —pregunta—. ¿Va drogado o algo? Estaba muy raro ahí dentro.

—No tenía mis notas —confieso—. He necesitado un momento para acordarme.

—¿Me está tomando el pelo? ¿Para acordase de quién soy?

—No, de los detalles del caso.

—Así que la ha cagado.

—Tendría que haber tenido mis notas, lo siento, pero no ha supuesto ningún perjuicio para el caso. La audiencia es lo que importa.

—La calidad tiene un precio, supongo —dice—. Y usted es gratis.

Ya me acuerdo de su historia: repartidor, va en furgoneta por toda la ciudad, un domingo está de barbacoa en Van Cortlandt Park, su novia está embarazada, de pronto le entran los dolores del parto, tienen que ir al hospital, los paran en un control de tráfico, Abraham le levanta la voz al policía, le dice que tienen prisa, le hacen un control de alcoholemia, da positivo, y entonces alguien, seguramente un policía, decide alertar al ICE, y un año después, orden de comparecencia.

Se da media vuelta como para marcharse, pero no lo hace; aunque sabe que no va a conseguir nada, sus quejas no han terminado aún.

¿Qué sé de Abraham John? Que al principio no quería solicitar asilo, pero no tiene derecho a ningún otro estatus. Que un cambio de carril sin poner el intermitente y un poli cabrón dieron al traste con su humilde vida de currante y ahora solo le queda el miedo a no volver a ver a su hija.

Siento el impulso, absurdo en apariencia, de preguntarle qué tal se encuentra. Como si la pregunta o la respuesta pudieran reportarle algún bien.

En el ascensor apoya la cabeza contra la pared y cierra los ojos, solo desea irse de aquí cuanto antes, no me cabe la menor duda.

—Entonces, ¿no dicen nada? —pregunta en el vestíbulo—. ¿Y tengo que esperar diez meses?

El sinsentido de la visita es evidente para todo el mundo menos para los abogados. Si él no hubiese dicho nada, ni siquiera habría reparado en ello. Después de todo, es un buen resultado. Un aplazamiento.

Cuando salimos del edificio, se dirige a la acera sin despedirse. Al instante, vuelvo a mirar el móvil. Nada.

Después de que Jared me admitiese en su círculo, empezaron a invitarme a ir con ellos, no solo después de clase, también los fines de semana. Aquella primavera pasamos los cuatro incontables horas en su cupé azul, una especie de salón flotante con un asiento para cada uno; Jared siempre al volante y al mando de la música; Stephanie, Brett y yo podíamos quejarnos o criticar lo que quisiéramos, pero al final hacíamos siempre lo que él decía: ver una película, ir a una fiesta o bañarnos de noche en el lago. Casi me sentía uno más.

Por aquel entonces, mi padre estaba ya muy debilitado. Había perdido más peso, no dejaba de toser y estaba cada vez más pálido, pero él decía que tenía el pecho un poco cogido y que seguía yendo al trabajo andando, aunque ninguno de nosotros estuviese allí para presenciar su gallardía. Por supuesto, tampoco pensaba ir al médico, profesión que siempre había despreciado. Cuando le hacía saber mi preocupación por él, me decía que no fuese tan blandengue. Clare no había ocupado aún el lugar de mi padre en la rectoría, pero podría haberlo hecho porque estaba allí todas las tardes. Liz no tenía ningún interés en pasar tiempo con él, en su apartamento, fuera cual fuera su enfermedad, y tampoco quería estar en casa, con mi madre. Así que huyó. Y yo acabé haciendo lo mismo.

Yo imaginaba que Jared, Stephanie y Brett pasaban de todo, que eran inmunes a las preocupaciones absurdas de los estudiantes de secundaria, por lo que me llevó un tiempo entender que ellos también tenían sus motivos para no querer estar en casa. Creía que los padres de Stephanie eran geniales porque la dejaron pasar un año entero viviendo con una tía en Londres, pero en realidad estaban por el sudeste asiático, en un viaje de investigación o algo así, y se alegraban de no tener que ocuparse de su hija. Y si no censuraban las pintas seudogóticas que llevaba —como cualquier

adulto habría hecho—, era porque ni siquiera reparaban en ella. La situación de Brett me resultaba más oscura. Según Stephanie, tenía un hermano mayor que estuvo ingresado en un psiquiátrico después de terminar la carrera, pero Brett nunca hablaba de él ni de nada que tuviese que ver con su familia, y nunca íbamos a su casa. En cuanto a Jared, sus padres, que eran amigos de los de Stephanie, se habían divorciado varios años atrás, y su padre estaba en Chicago con otra mujer, por lo que Jared vivía solo con su madre en una casa que Stephanie llamaba «el orfanato», debido al poco tiempo que pasaba su madre en ella.

Algunas noches, Jared dejaba a Brett y Stephanie primero, y nos quedábamos él y yo solos. Sin las chanzas de los otros dos, el silencio se adueñaba del coche. Y en ese silencio crecía mi miedo a lo que realmente él pensaba de mí, y rezaba por que no viese cómo me sonrojaba en la oscuridad.

Una de esas noches, cuando nos acercábamos a la rectoría, me preguntó si podía ayudarlo con un trabajo de lengua. Pensé que estaba bromeando, como era su costumbre: siempre nos pedía cosas y, en cuanto decíamos que sí, se burlaba de nosotros por ser tan complacientes. Si aceptaba, se reiría de mí. Pero la posibilidad de que lo dijese en serio, de que quisiera de verdad que «yo» lo ayudase, era demasiado atractiva como para dejarla pasar.

—No sé —le dije mientras nos adentrábamos en el camino de acceso de la rectoría—. Si quieres, por mí no hay problema.

No contestó, solo detuvo el coche y me dejó salir.

Un par de días más tarde, lo vi en el pasillo, entre clase y clase, y me dijo:

—Oye, eso que te comenté, nada, que tengo que entregarlo ya.

Tras la fachada roja de la casa de su madre, de estilo colonial, la decoración era lujosa pero no recargada, con un toque caro y moderno, todo beis y blancos y grises claros, en las antípodas de la rectoría y su batiburrillo de muebles viejos de madera sembrados de libros. Su madre trabajaba para alguna empresa que absorbía la mayor parte de su tiempo. Por la forma en que Jared hablaba de

Susan —así hablaba de ella, por su nombre de pila—, parecía más una compañera de piso que su madre.

Me llevó al salón, donde una orquídea rosa se erigía sobre una mesita de mármol blanco, entre dos montones de revistas de diseño.

—Toma —dijo, y me entregó el trabajo con indolencia, como si fuese una carta de comida para llevar, antes de tirarse en el sofá de armazón cromado—. La he cagado bastante.

El «muy deficiente» del reverso iba seguido de una nota que enumeraba todos los puntos donde había fallado e indicaba que suspendería la asignatura si no presentaba una redacción decente.

Al estirar los brazos hacia atrás y apoyar la cabeza sobre las palmas de las manos, se le subió la camiseta, dejando a la vista la pelusilla rubia entre el ombligo y el borde de los calzoncillos. Cuando levanté la vista de su ombligo, vi que me estaba mirando directamente. Al instante, bajé los ojos al papel.

—¿Qué pasa? —dijo lacónicamente—. ¿Tienes miedo de algo?

Sentí un calor tan intenso en el rostro que casi me mareé. Al fin y al cabo, estaba jugando conmigo. Exhibiendo su superioridad a otro nivel. Si Brett y Stephanie hubieran estado allí, podría haberle soltado algún comentario estúpido o ingenioso, daba igual, para reírnos y huir de aquel momento. Pero estábamos solos, no habíamos bebido ni fumado nada, no había música, solo la amenaza de su pregunta consumiendo el aire de la habitación.

—No seas nenaza —dijo—. No vas a meterte en ningún lío por ayudarme, nadie se va a enterar.

—Ya, ya —respondí—. No me da miedo.

Se quedó dormido mientras yo leía la redacción. Lo que me permitió contemplarlo aún más. Luego se tumbó boca abajo, como un gato enorme, delgado y fuerte, con las patas levantadas junto a su cabeza rubia, su suave mejilla apoyada en el cojín.

—Está muy mal, ¿verdad? —dijo cuando se despertó.

No quise darle la razón, así que le pregunté si había leído la novela.

—Ah, sí —dijo—. Tardé un montón, pero me gustó. Y creo que la entiendo. Se supone que el prota tendría que sentir más la muerte de su madre, el duelo y eso, todo el mundo quiere que se comporte de una determinada manera. Pero no puede porque no siente nada, va como sin rumbo por la vida. Por eso, cuando mata al colega de la playa, ni siquiera piensa en ello, solo en que hace mucho calor. Y tampoco le preocupa que lo ejecuten ni nada. Eso es lo que la señora Humphrey quería decir del antihéroe. Se supone que no tenemos que admirarlo, ni pensar que es un buen tipo. Es muy bestia todo en realidad.

—¿Y por qué no has puesto nada de eso en la redacción? —le pregunté.

Se tumbó boca arriba y miró al techo.

—Porque escribir es difícil —dijo—. Crees que paso de todo, pero no es verdad. No sé por qué, pero escribir me cuesta mucho, desde siempre.

En ese momento fue él quien evitó mirarme. Cosa que me asombró. Que alguien tan guapo pudiese avergonzarse de algo. Sabía sin necesidad de preguntarle que nunca le había contado eso a Stephanie o a Brett. Era algo privado, entre él y yo.

—¿Qué te parece si sigues hablando y yo apunto lo que dices? —sugerí.

—Venga, va —respondió.

Y así lo hicimos. Hablamos de *El extranjero.* De cómo el presente podía atraparte tanto que ya no pensabas en el pasado ni en el futuro ni en las consecuencias de nada, solo en las imágenes y sonidos que te inundaban en el momento.

—Por supuesto que matar está mal —dijo Jared—, pero la historia en sí no. Podría ocurrir así.

Se puso a hojear el libro, repasando los pasajes que había subrayado, diciendo que pensaba que el hecho de que Meursault rechazase al sacerdote al final no se debía solo a que fuera ateo, sino a que no le importaban las convenciones, ni el matrimonio, ni el trabajo ni cómo se suponía que debía ser un hijo.

Luego lo repasamos todo, y aunque me llevó algún tiempo escribirlo a mano y estructurarlo en párrafos, lo hice allí mismo mientras él esperaba, plasmando nuestros pensamientos en el texto, y luego se lo leí en voz alta.

Cuando terminé, se rio, pero no de mí.

—Eres bueno —dijo—. Ha quedado guay.

Fuimos a la terraza de atrás a fumarnos un porro. The Cure, en los altavoces de dentro, competía con el zumbido del cortacésped del vecino, un chaval un par de años más joven que yo. Me quedé observando cómo la máquina zigzagueaba por una hilera de robles, escupiendo hierba fina y hojas secas del invierno anterior, formando una nube en el aire impoluto que traspasaba la valla e invadía la calle.

Tras varias caladas, mi estado de vigilancia se relajó. Me sintonicé con la música, el cortacésped y las sombras que se mecían sobre el fragante césped. Al cabo de un rato, Jared se levantó y lo seguí hasta la cocina, donde empezó a hacer el tonto, a tocar una guitarra imaginaria al ritmo de la música. Saqué la cámara de la mochila y me puse a hacerle fotos como si fuese un fotógrafo profesional, lo que le hizo reír y exagerar aún más sus poses. Hasta empezó a canturrear la letra de Robert Smith, deslizándose de rodillas por el suelo de linóleo, como un ídolo del pop ante sus *fans* extasiadas.

Después, cuando subió las escaleras y fue a su habitación, yo lo seguí. Se tumbó en la cama. Yo me senté en el suelo, contra la pared. Apoyé la cámara en las rodillas y lo miré a través del objetivo, hice *zoom* a los pies descalzos, a los chinos negros remangados, a las arrugas de la tela sobre los muslos. Y luego, de nuevo, a aquella franja de vientre desnudo que asomaba entre la cintura y la camiseta.

Justo entonces su mano apareció en el encuadre y se introdujo lentamente bajo los pantalones. Me quedé muy quieto mientras observaba cómo se recolocaba el paquete. Un movimiento que, en realidad, podía ser involuntario, como un estiramiento mientras

duermes. Pero la mano desabrochó los botones y abrió la bragueta de los calzoncillos para dejar al descubierto su erección.

Yo apenas había movido un músculo. Casi no había respirado. Durante lo que me parecieron minutos enteros, mantuve la cámara firmemente pegada a la frente. Pero cuando la mano desapareció y la polla se quedó allí, a sus anchas, la aparté. Él tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, sobre la almohada. Con cuidado y sigilo me puse de rodillas y me acerqué a la cama. Oía su respiración y podía ver el pulso de la arteria bajo la piel del cuello, sabía que no estaba dormido.

—Oye —susurré.

No dijo nada. Volvió a cogerse la polla y a soltarla. Me senté en el borde de la cama y rodeé su erección con mi mano. No hizo ningún ruido, nada. Su expresión no cambió ni un ápice, ni siquiera cuando empecé a acariciársela. Como si no pasara nada. Un minuto o dos. Se corrió sin previo aviso sobre la camisa, su estómago y mis nudillos. Volví a mirarle a la cara. Ahora tenía los ojos abiertos. Pero enseguida me tapó los míos con la mano.

—Uy —dijo con una risita. Luego rodó hasta el otro lado de la cama y desapareció en el cuarto de baño. Yo me quedé donde estaba, sobre su colchón, con el corazón a mil, observando el líquido blanquecino y todavía caliente que tenía en el dorso de la mano. Me permití, solo por un instante, oler su húmeda esencia y, acto seguido, me limpié en la sábana.

Me daba igual que él me tocase o no del mismo modo. Lo único que quería era besarle.

—Oye —dijo cuando regresó al cuarto—. Seguro que Brett nos está esperando en su casa, deberíamos ir tirando.

Así que eso hicimos, recogimos a Stephanie y fuimos los cuatro al cine a ver *Arma letal,* y después Jared me dejó en casa sin decir ni una palabra de lo ocurrido.

Y esa fue nuestra dinámica aquella primavera. Cada dos semanas me pedía que lo ayudase con algún trabajo. Íbamos a su casa, hacíamos la tarea de turno, nos colocábamos y subíamos a su

cuarto, donde fingía estar dormido mientras me dejaba tocarlo y, con el tiempo, también chupársela, sin que nuestros ojos o labios se cruzasen en ningún momento. Yo creía que esto que hacíamos se convertiría al menos en un secreto entre nosotros, una intimidad que él admitiría, aunque fuese sutilmente, más allá de las paredes de aquella casa. Que tal vez me lanzaría de vez en cuando alguna mirada cómplice. Pero me trataba igual que siempre, dentro y fuera del instituto, en el coche, en el bosque, atacándome con la misma aspereza inopinada que nos había inculcado y que se había convertido en la tónica general entre los cuatro.

Antes de aquella tarde en su cuarto, solo había existido un lugar en mi vida. No pensaba en él como un sitio concreto porque era el único que conocía: el mundo normal y corriente. Pero ahora había un segundo lugar. Uno donde no ocurría lo que ocurría. Donde no me estremecía de miedo ante mi anhelo desesperado por que Jared me cuidara siempre, como los padres cuidan de un hijo. Donde no empezaba a creer en mi fuero interno que, al dejarse tocar, estaba haciendo exactamente eso, cuidar de mí con la máxima entrega de la que un hombre es capaz. Donde no aprisionaba el violento temblor de mis entrañas para ocultarle mi excitación. Donde no se corría en mi boca ni yo me tocaba en ropa interior. Nada de eso sucedía porque entre esas cuatro paredes no sucedía nada. Una habitación al margen de los acontecimientos. Ese fue el lugar que Jared me enseñó. Donde no hacíamos lo que hacíamos. Un lugar que no tardó en eclipsar al resto del mundo y del que yo no quería salir.

Cuando Vasel aparece —después de haber respondido al fin al mensaje que le mandé—, lleva ropa nueva que debe de haber comprado con el dinero del restaurante. Un Lacoste azul marino bien planchado y abotonado hasta arriba, unos pantalones chinos tobilleros y unas zapatillas blancas inmaculadas. Lleva el pelo aún más corto por los lados, la parte de arriba más engominada que antes, y su piel también luce más clara, casi pulida. Hace dos meses era un joven tímido y cabizbajo con un cortavientos gris; ahora parece un chico gay neoyorquino con un *look* pijo urbano.

Los dueños van a abrir otro restaurante, me dice, con un diseño totalmente nuevo, y uno de ellos ha accedido a echar un vistazo a sus dibujos, por si le sirven de inspiración. Lo anuncia como si tal cosa, con una indiferencia que parece haber adquirido de este nuevo mundo que ha empezado a vislumbrar. Casi parece que la posibilidad de que usen sus diseños le aburriese. Pero entonces es incapaz de seguir fingiendo y sonríe, como el Gato de Cheshire, dejando su entusiasmo a la vista.

A pesar de todos los mensajes y recordatorios que le envié, la única documentación que ha traído es el recibo de un billete de avión de una agencia de viajes de Tirana y una partida de nacimiento tan doblada y deteriorada que casi se deshace en mis manos cuando me la entrega. Ni expedientes académicos, ni informes médicos ni declaraciones.

Sin que yo le pregunte, sigue hablando del restaurante:

—Está bien —dice—, la gente es guay, salgo con ellos después de trabajar. Uno de los camareros cree que pronto se quedará libre una habitación en el piso donde vive. La verdad es que es guapo —deja caer como al descuido.

Dejo el recibo y la partida en la mesa de la sala de conferencias que hay entre nosotros.

—Necesito mucho más que esto —digo—, y pronto. Tienes que presentar la solicitud dentro de dos semanas.

Mira el móvil y lleva la mirada hacia otro lado, al fondo.

—No se trata de que entremos juntos en la sala y digas: «Esto es lo que pasó» y fin de la historia. El juez necesita pruebas. Primero, que eres gay, que no lo dices solo para conseguir protección.

—¿Qué quiere? ¿Que bese a un tío delante de él?

Quiero la declaración de su madre, pero empezar por ahí podría alterarlo, así que empiezo por Armend.

—Ya se lo dije —insiste—, ya no nos mandamos mensajes, no desde hace mucho. Se fue a Italia con su hermana. Puede que haya cambiado de número.

—¿Y no tiene Facebook?

—Sí —dice con tristeza—. Tiene. Pero eso no es asunto de nadie. Si no quieren creerme, pues muy bien.

—Es lo que acordamos —repongo—. Dijiste que me ayudarías a preparar la audiencia. No puedo hacerlo solo.

Su expresión se vuelve adusta. Una vez más, le estoy aguando la fiesta. Quiere presumir de la nueva vida que está a punto de empezar, suscitar en mí una reacción ante esa nueva versión de sí mismo —el chico atractivo— que está paladeando.

Me oigo a mí mismo decirle que llevo mucho tiempo haciendo esto. Que es difícil para todos los clientes. Nadie quiere tener que repasar una y otra vez las cosas terribles que le han pasado, y mucho menos pedir ayuda a otras personas para documentarlo. Todo el mundo preferiría olvidarlo todo y seguir adelante con su vida.

—Pero si no haces esto —digo—, esa vida va a ser mucho más dura.

—Usted es raro —dice—. Parece que cree de verdad en toda esa mierda.

—¿En qué?

—En todo esto —dice señalando el despacho—. El Gobierno, como si importara algo.

—Importa si no tienes documentos, si te deportan.

—Sí —dice—, y para que un puñado de cabrones tenga poder. Es igual en todas partes. Pero parece que, para usted, es algo más que eso.

Vuelve a coger el móvil, esta vez aburrido de verdad por el derrotero que ha tomado la conversación.

—Pero ¿qué pasa con Armend? ¿No quieres hablar con él? —pregunto antes de poder contenerme.

Me mira con los ojos entornados, como debió de mirar a esos hombres en el vestíbulo del teatro y en el bar, los hombres que lo observaban, según dijo, como a un animal.

—¿Qué? —dice con desdén—. ¿Quiere saber si todavía me gusta?

Por una vez me alegro de que suene el móvil. No reconozco el número, pero lo cojo de todos modos y salgo al pasillo. Es Hassan El Moctor. Su madre se está muriendo en Rabat. Hace semanas que necesita saber si puede ir a verla o si eso echaría el caso a perder, pero entre una cosa y otra no le he devuelto la llamada. Lo cierto es que es complicado. El departamento utilizará la visita en su contra para demostrar que es seguro volver, pero existen bastantes precedentes de permisos por motivos humanitarios en circunstancias como la suya. Quiere que le diga qué debe hacer, si compra o no el billete. Tiene que decidirlo hoy, dice su hermano, o será demasiado tarde. Le digo que mejor lo llamo más tarde, por la noche, y lo hablamos bien, pero dice que luego tiene que trabajar y que necesita saberlo ahora. Le digo que si va, tiene que ser por poco tiempo, no puede salir de casa de su madre y debe conseguir que el médico le firme una carta.

—No puedo prometerle que no afecte negativamente al caso —le advierto—. Lo más probable es que lo haga.

—Vale —dice, y cuelga.

Al terminar la llamada, Monica sale de su despacho en dirección a la fotocopiadora, pero se detiene al verme. Quitando las reuniones de personal, casi no hemos hablado en las últimas semanas.

—Oye —dice—, ¿puedes cubrirme mañana para la llamada de recaudación de fondos de Phoebe? He encontrado una cuidadora para mi madre, pero si no estoy allí, mi madre no le abrirá la puerta. —Antes de que yo pueda responder, mira detrás de mí y ve a Vasel en la sala de conferencias—. ¿De verdad? —dice, medio impresionada, medio incrédula—. Creía que pasaba de ti.

—Le he insistido —digo.

Me mira con escepticismo.

—¿Él es el motivo por el que estás tan disperso últimamente? Carl me contó que la liaste el otro día en el juzgado.

—Tú eres la que quería que lo representara.

—Usted perdone —responde—. Solo estaba preguntando.

—Está bajo control. Y sí, te puedo cubrir mañana.

—Vale. Te lo agradezco. Y nada, que sepas que estoy por aquí, en mi despacho, por si quieres hablar. —Y dicho esto, se va a la fotocopiadora.

Cuando vuelvo a la sala de conferencias, Vasel está inclinado sobre su cuaderno de espiral, haciendo pequeñas marcas con un bolígrafo negro. Cabizbajo, mirando el dibujo, no repara en mí cuando me siento frente a él.

—Perdón por la interrupción —le digo—. Lo que quería decir hace un momento es que necesitamos que alguien corrobore tu orientación. Y la mejor persona para ello es Armend.

Los ojos de Vasel se acercan tanto al dibujo en el que está trabajando que su pecho queda casi paralelo a la mesa.

—Él se quedaba mirando —le dice al cuaderno después de un instante—. Cuando los chicos del colegio me acosaban, Armend estaba también allí. Se quedaba mirando y ya. Pero luego venía a casa. Para estar conmigo. Yo podría haberle parado aquella noche cuando Arbi nos vio, podría haberle dicho que no. Y seguramente Pera estaría ahora casada. Y ahora quiere que le mande un mensaje y le diga: «Hola, ¿te importaría decir que soy maricón?».

Se sienta erguido para, según parece, ver el dibujo desde una perspectiva mejor: más figuras geométricas intrincadas, formas

diminutas y repletas de detalles.

—¿No crees que te ayudaría? —le pregunto.

—Tal vez sí. Si le digo que vi bailarines en Broadway. Lo que más le gustaría es ser famoso.

—Es importante. Por eso te lo pido. Por favor, ponte en contacto con él. Y la otra persona de la que necesitaremos una declaración es tu madre.

—No —dice bruscamente, y niega con la cabeza.

—Pero ella estaba allí —señalo—. Sabe exactamente lo que pasó. Su relato podría ser el más convincente de todos.

Cierra el cuaderno de un manotazo.

—Yo le conté lo que pasó… Yo —dice—. Yo sé lo estoy contando ahora, no ella. Ella no va a escribir nada.

Espero un momento y le digo:

—No hace falta. Puedo redactar una carta con lo que me has dicho. Y traducirla. Solo tendría que decir que está de acuerdo y firmarla.

—¿Cree que no sabe escribir? —pregunta—. ¿Que es una ignorante? Ella es la que me enseñó inglés. Pero no voy a pedirle que diga eso de mí. Que hable de nuestra familia. ¿A quién? ¿A usted? ¿Un abogado? Ella sigue viviendo allí, con ellos. Con Pera. ¡Con mi hermano!

Su rostro arde de indignación. Si lo presiono más, echaré a perder el resto de la reunión, y no podemos permitírnoslo.

Cuando le pregunto si quiere agua, se encoge de hombros. Le traigo un vaso de la nevera y se lo pongo delante. Se cruza de brazos y aprieta los bíceps contra el dorso de las manos para parecer más musculoso de lo que es. Deslizo una copia de su declaración por la mesa.

Sin hacer ningún gesto que indique voluntad de cooperación, echa un vistazo a la primera página.

—¿Qué es esto? —dice leyendo las primeras líneas.

«Me llamo Vasel Marku —comienza—. Nací el 3 de abril de 1990 en Has, Albania. Soy nacional y ciudadano de ese país».

—¿Hace esto con todo el mundo? —pregunta—. ¿Escribir su historia?

—Es un borrador basado en lo que me has contado —le explico—. Tenemos que presentar los hechos en un orden determinado para demostrar al juez que cumples los requisitos. Pero es tu declaración. Cualquier cosa que quieras cambiar, cualquier cosa que quieras corregir…, estamos aquí para eso. Para asegurarnos de que sea correcta.

Vasel coge la primera hoja y la examina brevemente antes de ponerla de nuevo sobre la mesa.

—¿Así que este es su trabajo? ¿Contar cómo joden a sus clientes, contar lo jodida que es la situación en sus países? ¿Y cuánto le pagan por eso?

—Estoy intentando ayudarte —le digo—. Es lo que llevo intentando hacer desde el principio.

—No —replica—, usted creía que yo estaba mintiendo.

—Y tenía razón —digo antes de poder tragarme las palabras, y añado al instante—: A ver, no quiero decir que mintieras, pero no me lo contaste todo.

Tengo el arrebato de seguir y decirle: «¿Tienes idea de cuántas horas he trabajado en tu caso, de cuántas noches he estado investigando, del tiempo que me ha llevado redactar estas páginas que al parecer no te importan una mierda?».

Pero no lo hago. Me muerdo la lengua y dejo que el calor de mi pecho afloje.

—Y no pasa nada —prosigo—, lo entiendo. Ahora sí me has contado todo lo que pasó. Y lo que quiero es que sirva de algo. Que consigas la ciudadanía. Por eso es importante que hagamos esto bien.

He hablado con demasiado ímpetu, o esa es mi impresión al menos. Y de repente tengo miedo de que se ría de mí. De que se burle de mí por preocuparme tanto.

—Vale, tranquilo —dice—. Estoy aquí, ¿no?

—Sí, estás aquí.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunta.

—Te lo voy a leer. No porque crea que no sepas leer (lo aclaro antes de que me digas nada), sino porque es mejor que lo oigas en voz alta. Es más fácil detectar un error cuando lo oyes. Van a mirar esto con lupa. El otro abogado. Podrían preguntarte sobre cualquier detalle de esta declaración, el más insignificante, para que el juez crea que te lo estás inventando.

—De acuerdo —dice con indiferencia.

Leo en voz alta la solicitud formal de asilo seguida de la información preliminar: su familia, su pueblo de origen. Vasel observa el techo de cristal con la mirada como perdida en un punto imaginario. Cuando llego a la noche en que Armend y él fueron al búnker, me detengo para aclarar cuántos chicos aparecieron y los vieron juntos.

—Yo no… —dice—, estaba oscuro. Nosotros no los invitamos a entrar.

—Pero dijiste que los viste huir. ¿Eran dos, tres, cinco?

—Tres, tal vez —dice—. Tres mierdecillas.

Y de este modo vamos línea tras línea. Parece impresionado, aunque no precisamente satisfecho, por lo mucho que he retenido de lo que me contó.

—Qué raro —dice empleando de nuevo esa palabra, aunque esta vez de forma más especulativa, desprovista de la agresión, de la acusación. Como si empezase a entender de verdad lo que hago.

Es raro, claro que sí: bucear en las vidas de las personas, conocer sus intimidades sin tener confianza con ellas, aunque hace mucho tiempo que dejé de notar esa rareza. «Sí —quiero decirle—, tienes razón, es raro e incómodo y siempre lo ha sido». Pero no digo nada porque ya he dicho bastante, y no necesito que este momento sea más raro de lo que ya es, los dos aquí, en la sala. Es mucho mejor ceñirse al orden claro de los párrafos numerados que tengo delante.

—El 23 de agosto de 2008, mi familia asistió a la boda del hijo de nuestro vecino. Me fui antes que el resto y quedé con Armend en el

jardín de nuestra casa. Sin que yo lo supiera, mi hermano nos vio besándonos.

—¿Besándonos? —pregunta Vasel—. Yo no dije eso.

—Supongo que no lo llegaste a especificar.

—¿Especificar? ¿Qué significa esa palabra?

—Que no describiste exactamente lo que estabais haciendo.

—¿Y pensó que estábamos besándonos? —pregunta con un tono instigador rayano en el asco, no sé si de la idea o de mí—. Ha dicho que tenía que ser cierto, ¿no? Pues ponga que Arbi me vio chuparle la polla. Yo estoy de rodillas en el suelo y mi hermano me ve chuparle la polla.

Tacho «besándonos» y escribo «teniendo sexo».

—¿Qué pasa? ¿No puede decirle al juez que le chupé la polla?

—Deja que me preocupe yo del juez.

Espero un momento, luego sigo leyendo: la visita de los ancianos, la boda cancelada, Arbi despertándolo en mitad de la noche.

Vuelve a quedarse callado, escuchando, con una expresión que observo a menudo cuando leo las declaraciones a los clientes, una perplejidad sombría al oír los acontecimientos de su propia vida transcritos en un lenguaje tan insulso.

—De tu casa a la de tu tío —le digo—, ¿cuánto tiempo tardasteis?

—Cinco minutos más o menos. Está cerca.

—Y en la furgoneta, ¿tu padre y tu tío no te dijeron nada?

Niega con la cabeza.

Leo mi descripción de su hermano sacándolo de la furgoneta, dándole puñetazos y patadas junto al arroyo. Los músculos de su mandíbula se flexionan, pero no dice nada.

—Tengo que preguntarte esto —digo con calma— porque el Gobierno podría preguntártelo: ¿Le devolviste el golpe a tu hermano? ¿Os peleasteis? Seguramente el departamento intentará que parezca una pelea entre hermanos.

Mira al suelo, abatido, y por un momento pienso que está al borde de las lágrimas, pero solo lo estoy imaginando, porque cuando alza la vista, sus ojos están claros y secos.

—Usó la palanca para neumáticos —dice—. Yo no tenía palanca.

—Vale —digo, y apunto «palanca para neumáticos»—. ¿Y había alguien más en el arroyo? ¿Oíste o viste a alguien más aquella noche?

De nuevo niega con la cabeza.

Continúo leyendo su declaración:

—Mi padre me dijo que yo no era su hijo. Luego me apuntó en el pecho con un rifle.

La mano de Vasel levita hasta su mejilla.

—Aquí —dice—, en la cara, no en el pecho.

Lo corrijo y continúo:

—En ese momento estaba convencido de que mi padre iba a matarme.

Espero. Vasel no dice nada.

—¿Es eso cierto? —le pregunto—. Parece una pregunta estúpida, lo sé. Pero es importante. Lo que temías entonces constituye el fundamento legal de lo que, razonablemente, puedes temer ahora.

Vasel se levanta con brusquedad y se dirige a un rincón de la sala.

—¿Me está diciendo que debo decir que sí? —dice alzando la voz—. ¿Que creía que iba a disparar?

—Deberías decir la verdad.

Hace una mueca como si le doliese alguna parte del cuerpo.

—Estaba muy borracho —explica—. Nunca lo había visto así. No sé cómo decirlo. No era solo yo, era como si odiara su vida. Él es el más alegre de la familia. Siempre, antes de esto. Pero bueno, puede dejarlo como está. Pensaba que mi padre iba a dispararme.

Pongo una marca de verificación junto a la frase.

Vasel se mete las manos en los bolsillos de los pantalones y apoya la cabeza en la pared mientras contempla el cielo gris. Durante los diez minutos siguientes continúa así, asintiendo o negando levemente con la cabeza para responder a mis preguntas. Quiero leerle de nuevo el texto corregido, pero me doy cuenta de que ya está harto, su atención no da mucho más de sí.

Cuando le digo que ya hemos terminado por hoy, pero necesito que consiga las declaraciones de Armend y de su madre, espero que se dé la vuelta y se vaya, pero se queda donde está, en el rincón.

—Entonces —le digo—, ¿vas a mudarte a casa de Artea?

Su ceño fruncido dice que tal vez.

—Si necesitas una carta que diga que has trabajado en un bufete de abogados, aún tengo una copia por ahí.

No entiende mi conato de broma, pero su expresión se suaviza un poco.

—En el restaurante —dice— hay muchos abogados.

—Seguro. Y seguro que llevan mejores trajes que yo.

Esto le saca una media sonrisa.

—Los suyos no son los peores. Los trajes de los albaneses… Todo plástico brillante. —Se queda callado un momento. Luego añade—: El camarero me ha dicho que puedo quedarme en su habitación hasta que la otra esté libre. Pero no sé, ¿le doy pena o tal vez quiere ligar? No quiero parecer un gay desesperado. ¿Usted se quedaría con él o no?

—Quizá lo más sencillo sea esperar. Pero no me corresponde a mí decidirlo.

Vuelve a la mesa y, para mi sorpresa, se sienta de nuevo en el borde de la silla.

—Artea me ha pillado —comenta—. Ha visto mensajes en mi móvil. Creía que se volvería loca y que se lo contaría a todo el mundo. A lo mejor lo hace. De momento está callada, como si le hubieran dado malas noticias. —Hace una pausa, parece estar sopesando la situación—. Quizá no quiera que la gente hable más de ella. No tiene marido ni novio.

Se me ocurre que tal vez yo sea la única persona a la que Vasel le ha contado esto, la única persona que conoce a Artea y que sabe que Vasel es gay. «No lo olvidéis —dijo Phoebe una vez—, la mayoría de nuestros clientes están solos». Y la mayoría de las veces lo olvido porque no puedo hacer nada al respecto.

—No te lo había dicho antes —le digo—. Pero tendría que haberlo hecho. Las cosas que te han pasado a ti y a tu hermana no son culpa tuya. Nada es culpa tuya.

—Qué suerte poder creer eso.

—Pero es la verdad —sostengo.

—No. Yo decidí ir con Armend. Porque quise. Mi madre… Ahora sí le gusta mi padre, o le gustaba, pero de joven quería a otro. Sus padres lo decidieron. Y ella no se quejó. Hay una regla, y ella la siguió. Aquí no hay reglas, todo el mundo hace lo que quiere, siempre. Pero yo sabía cuál era la regla, y me fui con Armend de todos modos. Lo hice por «mí», porque «yo» quise.

Phoebe entra en la sala de conferencias sin llamar.

—Siento interrumpir —dice—, es que hay alguien en la recepción que lleva media hora esperándote.

Vasel se levanta y se dirige a la puerta.

—Espera un momento —le digo.

Pero pasa por delante de Phoebe y se marcha sin decir nada más, y para cuando cojo los documentos y voy tras él, ya ha atravesado la sala de espera y se ha marchado.

Una mañana, varias semanas antes de las vacaciones de verano, mi madre nos dijo en el coche, justo antes de dejarnos en el instituto, que papá iba a volver a casa.

—Tenéis que pasar tiempo con él —nos dijo—, los dos.

—¿Por qué? —preguntó Liz—, ¿se va a morir?

—Porque es importante —dijo deteniéndose junto a la entrada mientras los demás coches esperaban detrás.

Cuando mi padre regresó a la rectoría, no se instaló en su dormitorio. Pero no por Clare, ella no dormía allí todavía. Se quedó en la habitación de Liz, abajo, porque allí era más fácil manejar la cama articulada con ruedas.

Durante muchos años, él se había burlado de mi hermana por sus arrebatos de rebeldía; lo hacía por puro entretenimiento. Pero todo eso se acabó. Ahora quería estar con Liz más que con ninguna otra persona. Y Liz también cambió, casi de inmediato. Su odio hacia él se desvaneció. Llevaba un tiempo durmiendo en casa de su novio para desafiar a mi madre, pero ahora acampaba en el sofá del salón para estar cerca de él, por si se despertaba en mitad de la noche. Mientras mi madre trabajaba y yo estaba en clase de teatro, ella volvía a casa directamente del instituto para prepararle su bocadillo favorito de rosbif con ensalada de repollo, y se sentaba con él mientras se lo comía, y cuando le entraba la cagalera, ella lo acompañaba al baño.

Por primera vez en mi vida vi a Liz como alguien valiente. Mi padre no hubiese aceptado ese tipo de ayuda de mi madre o de mí, y, en cualquier caso, mi madre no estaba dispuesta a ofrecérsela y a mí me hubiese dado miedo. Liz, en cambio, no tuvo el menor reparo en ayudarlo.

—¿Sabías que papá era leñador? —me preguntó una vez durante aquellas primeras semanas tras su regreso.

—Qué va —respondí—. Trabajaba en un oleoducto.

—Lo mismo es —dijo—. Ya ves, no le gusta trabajar en espacios cerrados y no ha hecho otra cosa en su vida, lo cual es una putada.

Yo pensaba que las enfermeras vestían uniforme blanco y tenían cierta edad, pero la mujer que venía a la rectoría llevaba ropa de calle y tenía un gorrión tatuado en el dorso de la mano. Todas las mañanas y todas las noches le revisaba el vendaje del brazo, donde estaba insertada la vía intravenosa, que estaba conectada a una bolsa de líquido transparente sujeta a un poste metálico que mi padre arrastraba al cuarto de baño y al porche cuando se encontraba lo bastante bien para andar. Él no nos hablaba de su enfermedad, y mi madre tampoco; nos dijeron que era cáncer y que se había extendido. La enfermera se llamaba Nicole y mi padre flirteaba con ella, o lo intentaba, sobre todo si mi madre andaba cerca, aunque casi nunca estaba.

La rutina de mi madre apenas se vio alterada. Siguió yendo a la iglesia. Hacía huevos que yo le llevaba a mi padre antes de que Nicole llegara por la mañana, y luego traía a casa las sobras de las reuniones parroquiales. Era Clare, a veces con la ayuda de Roberta, quien nos preparaba las comidas. Aparecían con bolsas de lona llenas de verduras y alubias en lata y se quedaban en la cocina, donde mi padre no las veía, y se iban antes de que comiéramos.

—Clare y mamá están esperando a que se muera —me dijo Liz—. Eso es lo que quieren.

Cuando las náuseas de mi padre empeoraron, empezó a pedirle marihuana a mi hermana. Al menos, eso es lo que ella nos dijo, por inverosímil que resultara. La casa solo olía a eso. Se levantaba de la cama con una sonrisa extraña, casi abominable, que exacerbaba la flacidez de su rostro y la delgadez de su cuerpo. En el porche, buscaba a tientas la mecedora y se sentaba junto a la barandilla a observar el gran rododendro del jardín y los coches que pasaban de vez cuando. Para mi asombro, mi madre no dijo nada al respecto, como si le diese igual que Liz y mi padre se colocasen juntos, como si no hubiese nada que comentar. Como si, en su vertiginoso declive,

hubiese dejado de ser nuestro padre, su marido, y se hubiese convertido en un feligrés indisciplinado cuyas ofensas hubiese que perdonar.

Yo huía de todo aquello. Me iba a la biblioteca a leer. Al auditorio a construir decorados. Al coche de Jared cada vez que podía para ir adondequiera que él, Stephanie y Brett se dirigiesen. A menudo íbamos a casa de Jared porque no había nadie y podíamos estar a nuestro aire, pero a veces, a última hora de la tarde, si no estaba de viaje por trabajo, su madre aparecía con una de sus chaquetas ceñidas y sus blusas de seda, con un maletín de cuero negro y una bolsa de algún supermercado pijo. Mientras guardaba la compra, nos acribillaba a preguntas sobre el instituto y acerca de cuáles eran nuestros «planes», eso decía. Era guapa, como su hijo, y al igual que este, cuidaba mucho su aspecto. Incluso después de un largo día en la oficina, su media melena seguía brillante, como de anuncio de champú, y cuando sonreía, sus dientes asomaban blancos y perfectos. Brett decía que ella también había sido modelo y que le daba a Jared una paga mensual para ropa; ambas cosas eran bastante creíbles, aunque lo de que fuese modelo tal vez era fruto de una fantasía de Brett y no de algo que le hubiesen contado, una forma de decir sin decirlo que la encontraba atractiva, a esta mujer que era una década más joven que mi madre o la suya, de una generación diferente al parecer.

Su seguridad me fascinaba. La estudiada elegancia de sus atuendos y la forma tan desenfadada con que los llevaba, como si se hubiese puesto lo primero que tenía a mano. Eso era estilo, recuerdo que pensé: perfección sin esfuerzo. Incluso la forma en que movía el cuerpo era diferente a la de mi madre o a la de cualquiera de las mujeres de la iglesia. Sabía que la estabas mirando. Sus movimientos semejaban los de un personaje de una obra de teatro, calculados e importantes de algún modo, aunque solo se inclinase sobre la encimera para preguntarte si su hijo hacía alguna vez los deberes.

A medida que la fui conociendo, entendí de dónde había aprendido Jared a mostrarse indiferente. A ser reservado e impasible al mismo tiempo. Y al oírla hablar con él, más como una amiga que como una madre, percibí también que se trataban como adultos, como si entre ellos existiese una especie de entendimiento, en sí mismo seductor, que parecía tener que ver con el hecho de tener edades más próximas que la mayoría de los hijos y padres. También me di cuenta de que admiraba la belleza de Jared. Por cómo lo miraba cuando hablaba con nosotros, aplaudiendo el modo en que captaba nuestra atención, incluso un poco celosa de él. A veces me preguntaba si habría intuido mi deseo hacia su hijo, si estaba al tanto de lo que pasaba entre nosotros, pero era imposible saberlo. Su contención no dejaba traslucir nada. Me costaba imaginarla reprochándole nada a Jared, aunque alguna vez lo haría, seguro. En las raras ocasiones en que se sentaba con nosotros en el salón o nos pedía comida a domicilio, Jared parecía más molesto que otra cosa, impaciente por las preguntas que nos hacía y por la atención que prestaba a nuestras respuestas banales.

A ella no le importaba. Debía de estar acostumbrada, incluso parecía encontrarlo adorable. Como si fuese parte de una especie de rutina entre ellos, como esas parejas encantadoras cuyas pequeñas muestras de enojo constituyen en realidad una forma más de afecto. Al despedirse, nos daba un abrazo a cada uno, a pesar de las protestas de Jared, y nos decía lo genial que era que fuésemos tan amigos antes de encerrarse en su despacho, que estaba al lado de la cocina, a seguir trabajando.

Mi padre tenía revisiones médicas de vez en cuando, pero en cuanto llegó el verano dejó de ir al hospital. Dejó de ir a ningún sitio. Casi siempre estaba durmiendo. Por las mañanas, yo hacía lo que me decía mi madre y ayudaba a Nicole con las cajas de material médico que traía en el coche. A veces, si me lo pedía, la ayudaba a mover el cuerpo somnoliento de mi padre para que pudiese revisarle la piel.

Cuando se despertaba, preguntaba dónde estaba Liz, y ella entraba, como una santa, en su nuevo papel de «la preferida». Le leía las noticias durante horas y, cuando mi madre no estaba, le encendía un porro. Tenían su propio club, ellos dos.

Una vez le oí contarle una historia a Liz y pegué el oído a la puerta. Le estaba hablando de su propio padre y de la batalla en la que había participado para defender el castillo de Clervaux, el que fue a visitar cuando estuvo en Europa.

—Los alemanes estaban retirándose —dijo con su voz atiplada y débil—. Estaban en las últimas. Nadie esperaba ya ningún ataque, no en pleno invierno, en mitad de un bosque. Pilló a los estadounidenses por sorpresa. Había tanques por todas partes, tropas en todas las calles. Por eso la gente huyó al castillo. No quedaba ni una unidad entera de tropas, todos los demás soldados se habían dispersado. Pero los comandantes les dijeron que no podían rendirse, que tenían que resistir. Frenar el avance. Con rifles. Eso era todo lo que tenían.

»Tu abuelo me contó esta historia una sola vez —dijo—, la última vez que lo vi. Sobre la noche que pasó a oscuras. Los proyectiles de los tanques derribaban los muros, todo se caía a cachos. Soltaban plomo a todo lo que se movía, eso es lo que dijo. Si veían un destello, ahí disparaban. Los cocineros y los conductores estaban también con él, armados con rifles. Pero lo que recordaba, dijo, eran dos sonidos. Niños llorando abajo, en lo que era la mazmorra, y alguien tocando el piano. En otro lugar del castillo, no tenía idea de quién ni dónde. Pero alguien, en mitad de los bombardeos, estaba tocando el piano. Una melodía que jamás había oído. Hermosa, dijo. Por eso teníamos un piano en el salón. Lo compró cuando volvió de la guerra y tomó clases solo para poder tocar esa pieza. Pero nunca supo cuál era. Nunca volvió a oírla.

—Guau —dijo mi hermana cuando terminó—. Menudo viaje.

En ese momento, escondido en el pasillo junto a la puerta entreabierta, decidí que la razón por la que se lo había contado a mi

hermana y no a mí era porque estaba enfermo y confuso, y que, de no ser por eso, no lo habría revelado jamás.

Una tarde, la última semana de clase antes de las vacaciones de verano, Jared vino a recogerme y vio a mi padre en batín, en el porche. Cuando salimos del camino de acceso, me dijo bromeando:

—¿De qué manicomio se ha escapado tu viejo?

Les había contado —a él, a Stephanie y a Brett— que mi padre estaba enfermo, pero sin darle más importancia, del mismo modo que Jared lo habría dicho, como si tal cosa, por lo que no me hicieron ninguna pregunta y, por tanto, no sabían nada de la situación.

—Se está muriendo —le dije.

En ese momento, Jared giró la cabeza y me miró fijamente. Fue satisfactorio. Ejercer ese efecto sobre él.

—¿Por qué no me lo has dicho? —dijo al fin. Su voz sonaba diferente. Como más calmada. Como si me estuviese escuchando de verdad, como si hubiera querido que se lo contara.

—No lo sé —respondí—. Como nunca os digo de venir a mi casa… Siempre estamos en otro sitio. —Se suponía que íbamos a recoger a Brett, pero Jared ya se había pasado su calle y seguía conduciendo, dejó atrás el parque de bomberos y continuó por las vías del tren hasta tomar el desvío que llevaba al bosque y al lago. A media tarde, el aire era abrasador, calmo, aunque no me di cuenta hasta que aparcó y cesó la brisa que creaba el coche. Delante, el sol sobre las aguas casi nos dejó ciegos.

—Por eso se fue mi padre —dijo Jared.

—¿Qué quieres decir?

—Le encontraron algo en el cerebro, le dijeron que solo le quedaban un par de años. Así que decidió que no podía esperar más, había una mujer en Chicago con la que quería estar. Y eso es lo que hizo, se mudó allí.

—¿En serio? Entonces, se fue hace poco, ¿no?

—Intentó ser amable, al menos conmigo. Me compró un montón de ropa. Toda la que quise. Al principio me sentía mal por él. No le quedaba mucho tiempo y eso era lo que quería hacer…, pero luego volvió y me dijo que estaba mejor. Que había respondido al tratamiento o lo que sea, y quería que yo fuera a visitarlo, a él y a esa mujer. La cosa es que estaba muy enfermo, mi madre lo acompañó a todas esas citas, pero de alguna manera se curó. Quizá porque era más feliz. ¿Quién sabe? Pero no quiero ir a verlo. Mataría a mi madre del disgusto.

Cuando terminó de hablar, me permití observarlo desde el otro lado del coche. Una parte de mí se preguntaba si tendría otro aspecto con la guardia baja, sin hacer ninguna broma o aspaviento. Y así era. Parecía más delicado, menos resabido, sus labios quedos, sus ojos amables. Y por todo ello, más guapo.

—Lo siento —dije—. Menudo marrón.

Echó la cabeza hacia atrás y miró al techo acolchado del coche.

—¿Y tu padre? —dijo—. ¿Os han dicho cuánto tiempo?

—No, pero ya solo le dan morfina.

—Mi padre no paraba de decir cosas cuando creía que se estaba muriendo.

—¿Como qué?

—Sobre todo que había cometido muchos errores. Que si algo me gustaba, que lo hiciera. Supongo que porque eso mismo era lo que estaba haciendo él.

Su mano pasó de la palanca del freno al volante. Estaba seguro de que iba a arrancar de nuevo el coche e interrumpir la conversación, distinta de todas las que habíamos tenido antes. Pero no lo hizo. Se limitó a sujetar el volante. Y entonces me pregunté si tal vez este sería el momento en que por fin me dejaría besarlo.

—Todas esas fotos que me haces —dijo—. ¿Qué haces luego con ellas?

—Nada —respondí—. Las revelo y ya está. Pero nadie más las ve.

—Eres raro —dijo—. A ver, yo también lo soy. Llevo ropa japonesa que nadie entiende y se podría decir que vivo solo.

—Me gusta cómo vistes —le dije.

—¿Por qué, porque parece ropa de gay? —inquirió.

Por un segundo pensé que, por una vez, podría no estar de broma, que tal vez no solo me estaba preguntando por su ropa, sino sobre él mismo, sobre lo que yo pensaba de él. Incluso sobre lo que hacíamos juntos. Sin embargo, cuando apartó la vista del techo, no me miró a mí, sino al lago, y yo no estaba seguro. Aun así, tenía que decir algo, así que dije:

—No, porque creo que te queda bien.

Después de recoger a los demás, fuimos a casa de Jared y estuvimos allí hasta que se hizo de noche. Su madre no estaba, pero había dejado la nevera llena. Fumamos más de lo habitual, sobre todo Jared y yo, antes de comer, y luego otra vez. Les conté que mi padre también fumaba, y les dio un ataque de risa histérica y me exigieron que les diera más detalles, así que me puse a imitar la forma en que mi padre sonreía; yo estaba muy colocado, solo era consciente de que el sentido de la decencia me estaba abandonando poco a poco. Y cuando Brett se tumbó al fin en el sofá y Stephanie se puso a ver una peli en blanco y negro, Jared subió a su cuarto y yo lo seguí.

Se sentó a los pies de la cama con las piernas cruzadas y se puso a jugar al *Super Mario.* Yo estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. No tenía la cámara, así que me limité a observar cómo las luces azules y verdes del juego le iluminaban el rostro.

Luego soltó el mando, se quitó la camiseta y se tumbó en la cama, tal y como había hecho todas las tardes que habíamos estado en este cuarto, los dos solos, como si yo no estuviese. Solo que esta vez, cuando fui a la cama, me tumbé a su lado. Sus ojos se entreabrieron. Me incliné para acercar mis labios a los suyos, pero antes de que llegasen, sentí su mano en mi nuca, apartándome suave pero firmemente de su cara, obligándome a bajar a su pecho

y luego a su vientre. Y de este modo, una vez más, acogí su erección en mi boca, humillado y dichoso a la vez.

Y eso es lo que vio Brett cuando entró en la habitación para decir que se iba.

A través de la ventana que había encima del fregadero, Ann vio a Clare en el banco, bajo el manzano. Normalmente, después de su meditación matutina, se tomaban el café juntas en la mesa, pero hoy Clare había salido a leer. Fuera el libro que fuese, parecía absorta en su lectura, ajena a las florecillas blancas que caían sigilosamente a su alrededor.

Ann cogió una pera madura del alféizar y la enjuagó bajo el agua helada del grifo.

El círculo de ayer, que se tuvo que retrasar un día por la visita de Jeanette al hospital, había sido agotador e infructuoso en gran medida, debido sobre todo a una profesora de Literatura de Filadelfia muy apegada a su sufrimiento que no dejaba de hacer preguntas escépticas acerca de a qué rama del feminismo se adhería Viriditas. Al feminismo práctico, respondió Clare, dejando traslucir su resentimiento y apartando a la mujer aún más del grupo. Su impaciencia con las participantes más jóvenes se había acentuado últimamente, a pesar de saber que el centro las necesitaba para mantener su vitalidad. No solo para poblar el lugar, sino para mostrarles la dirección que debía tomar el trabajo de las tres.

Ann cortó la pera en trozos, los colocó en un platito azul y salió al sol.

—Te he traído un tentempié —dijo tendiéndole su ofrenda.

Clare engurruñó los ojos por la luz.

—Estoy bien —dijo—, pero gracias.

Ann se sentó y dejó el plato entre las dos, en el banco. Podría esperar una hora o un día a que Clare revelase lo que sospechaba que le rondaba por la cabeza, pero con el tiempo se había vuelto no solo menos paciente, sino menos temerosa de esas tensiones entre ellas, así que se limitó a decirlo en voz alta:

—Estás enfadada conmigo.

—¿Ah, sí? —dijo Clare sin dejar de leer—. Qué curioso, pensaba que nuestro cometido no era decirle a la gente lo que siente. Y además, ¿por qué iba a estar enfadada? Una mujer que vive con nosotras es agredida en nuestro jardín, o debería decir que ella agredió a alguien, porque, de hecho, eso es lo que vi hacer a Jeanette. Es obvio que sabes la razón de todo esto, pero prefieres mentir por omisión. En una comunidad fundada sobre la premisa de la sinceridad. ¿Por qué leches iba yo a estar enfadada?

El grado justo de sarcasmo que Ann era capaz de tolerar. Pero esa palabra, «mentir», escocía.

Casi todo el mundo que trabajaba en el centro las admiraba. Eran la pareja modelo, las que, al alcanzar la mediana edad, renunciaron a sus ataduras, a sus vidas convencionales, y se convirtieron en socias conscientes en el camino hacia la liberación. Pero aquel acto inaugural —por el que lucharon contra viento y marea, dramático a su manera— quedaba ya muy atrás. Llevaban años juntas, a veces se mostraban más cariñosas, a veces más gruñonas, pero sobre todo eran conscientes de la necesidad de velar por esa fe mutua por la que se admiraban.

¿Realmente le había mentido por omisión?

—Para que lo sepas —rebatió Ann—, le hice una promesa. Hace años. Me dijo que necesitaba contarme algo, pero que no soltaría prenda hasta que prometiese que no le diría nada a nadie. ¿Tendría que haber intentado razonar con ella antes de acceder? Seguramente. Pero ya está, eso es lo que hice, le di mi palabra. Si crees que honrar mi promesa es mentir, pues muy bien. No te importaban tanto mis «omisiones» a Richard cuando, gracias a ellas, podíamos estar juntas.

Al oír eso, Clare dejó o fingió dejar de leer.

—Vaya —se maravilló—. Esto es más serio de lo que pensaba.

—Por favor —dijo Ann—. Has sido muy dura con Jeanette desde que llegó.

—Tal vez sea porque no me respeta. Ella te adora, y quiere mucho a Roberta, pero a mí ni me respeta. Así que, sí, me molesta.

A ti también te molestaría.

Al otro lado del jardín, tres de las participantes del retiro —dos estudiantes de Teología de Nueva York y la profesora de Literatura— salieron del granero y las saludaron con la mano. Ann les devolvió el saludo. Las mujeres iban andando por el césped en dirección a la casa de reuniones, donde estaba Roberta. Una vez que subieron los escalones y desaparecieron de su campo de visión, Ann se giró para mirar hacia el camino de acceso y la carretera, al otro lado de la cual el terreno descendía, dando paso a una vista panorámica del valle.

—Supongo que eso me convierte en alguien vil y despreciable —dijo Clare—. Estar molesta por eso. Y sí, en parte es porque estoy celosa. Es verdad. No de ella, sino de ti. De que haya acudido a ti, como hacen todas, como han hecho siempre.

—Acuden a las tres —corrigió Ann—. Y no habría ningún lugar al que acudir si no fuera por ti. Este lugar no existiría.

—No me estás escuchando. Te estoy diciendo una cosa, pero tú no me escuchas. ¿Tan insoportable es oír lo que estoy sintiendo?

Sí, quería decirle Ann, pero se calló. Nunca sabía cómo gestionar la envidia de Clare. Pero al principio, al menos, la expresaba de forma cariñosa, de esa forma posesiva de los amantes que envidian a la otra persona porque aún no es suya. Una envidia que el compromiso tendría que haber apaciguado. Y Ann se había comprometido con Clare. Había dejado a su marido, había renunciado al sacerdocio para fundar este lugar. ¿Acaso no era bastante?, pensó, reconociendo en ese instante de rabia una rabia anterior, la que sentía por Richard en sus momentos de mayor mezquindad, cuando arremetía contra ella por el simple hecho de hacer su trabajo, por ayudar a los demás. ¿Debía disculparse por la confianza que Jeanette había depositado en ella, o por la confianza de cualquiera de las mujeres que venían al centro? Pero Clare no le estaba pidiendo eso. Estaba describiendo una emoción, nada más. Un sentimiento que Ann deseaba que no existiese. Porque sí, le seguía produciendo vergüenza después de todo este tiempo. Ser admirada por eso, por esa cualidad que permitía a los demás abrirse

a ella. Nadie la quería por ese motivo tanto como Clare. Nadie veía esa cualidad tan íntimamente como ella. Y sin embargo, lo que había dicho era cierto, había algo insoportable en el hecho de nombrarla, algo que la hacía desear que este momento se esfumase sin más.

Además, en el caso de Jeanette, la idea de que Ann fuese su gran paño de lágrimas era dolorosamente desacertada. Aún recordaba el ambiente que se respiraba en aquel coche al anochecer, mientras la llevaba a su casa. Lo enérgica que fue su insistencia para que no se lo contase a nadie. No fue un acto de apertura, sino una exigencia para mantenerlo oculto. ¿Y por qué había accedido sin saber siquiera lo que iba a ser revelado? ¿Era la pastora que había en ella, acostumbrada al secreto de confesión? No, fue otra cosa. Algo relacionado con el tipo de violencia que Ann intuía que Jeanette estaba a punto de describir. Un instinto que habitaba dentro de ella y que repudiaba, contrario a todo lo que las tres defendían: la creencia de que ese tipo de violencia debía permanecer, pese a todo, en secreto. Que la luz de las palabras solo le otorgaría más vida. ¿No era acaso este instinto de Ann lo que atrajo en realidad a Jeanette? Quien la sedujo no fue Ann la sabia, la guía, la experta en dejar ir, sino la guardiana de los silencios. No le gustaba que la instigasen a pensar en eso, pero una parte de ella sabía que era cierto. ¿Por eso le tenía tanta simpatía a Jeanette? Porque esta veía en ella algo que nadie más intuía. Algo que no podía idealizarse.

—La realidad es —dijo Ann— que tú eres la más fuerte en ese aspecto. Tus convicciones son muy sólidas.

Clare resopló.

—¿Y de qué me sirven? Ayer fui cruel con esa profesora.

—No fuiste cruel —dijo Ann—. Estabas molesta.

—Dejé que mi ego se interpusiera —señaló Clare—. Después de ¿cuánto tiempo? Me sigue pasando lo mismo.

Ann cogió el plato con trocitos de pera y volvió a ofrecérselo. Esta vez Clare sí aceptó. Permanecieron un rato sentadas, comiéndose la fruta y observando cómo la brisa agitaba las flores de los manzanos.

—A veces creo que huimos —dijo Clare.

—¿De qué?

—Del mundo. Sigo pensando que ofrecemos algo a la gente. Pero ¿no crees que el beneficio mayor es para nosotras mismas? «Haz siempre lo que más te cueste». Eso decía Simone Weil, ¿no?

—Sí —dijo Ann—. Y se murió de hambre.

—Ya sabes lo que quiero decir —repuso Clare.

Y tenía razón, Ann lo sabía.

Una semana antes de que venza el plazo para presentar la solicitud de Vasel empieza a ocurrir algo extraño. Algo difícil de explicar. Los objetos más familiares entre los que habito —el sofá de tela beis, la mesa oscura del comedor, las librerías, las mesas auxiliares, la lámpara de pie— y que llevan años colocados en el mismo sitio ya no parecen encajar. Es como si no tuviesen nada que ver entre ellos, como muebles de segunda mano puestos a la venta en una habitación cualquiera, como si el vínculo que mantuviese unidas a mis pertenencias se hubiese disuelto de repente. Sigo pensando que la sensación pasará, que es una especie de *déjà vu* a la inversa —un «ya no lo veo» en vez de «esto ya lo he visto antes»—, pero todas las mañanas, al despertarme y ver en el dormitorio la cómoda de madera clara y la silla de mimbre, y todas las noches, cuando vuelvo a casa y abro la puerta, esta extrañeza inquietante me recibe, por lo que no me queda otra que ignorarla y seguir adelante.

Una noche, mientras trabajo en la mesa del comedor, recibo un mensaje de Cliff. Cuando hace unas semanas me preguntó si habíamos roto, ya fuese en broma o en serio, tardé un día en responderle, y cuando lo hice, lo único que escribí fue: «Perdona. Estoy liado. Nos vemos pronto». Pero ahora está aquí abajo. «¿Te va bien si subo un momento?». Considero la posibilidad de mentir, decirle que no estoy en casa, pero no soy capaz.

Tras abrirle con el telefonillo, ordeno las páginas del expediente de Vasel y cierro el portátil. Cliff vacila en el umbral, luego se acerca y me da un beso algo torpe en la mejilla. Otra de sus imitaciones, me parece creer ver, de una rutina doméstica que nunca hemos tenido.

En lugar de echarse en el sofá como suele hacer, se sienta erguido, con las piernas cruzadas. Lleva el pelo más desordenado y le cubre un poco las orejas; también se ha dejado algo de barba, lo

que le hace parecer mayor y más joven a la vez; mayor porque la barba es cosa de hombres, y más joven por la forma en que se la atusa, como si no estuviese acostumbrado a ella. Le ofrezco una copa, pero la rechaza.

—Muy bien —dice—. Ya no tienes que seguirme el juego.

Sigo de pie, junto a la mesa.

—Es que estoy trabajando en un caso —me excuso sabiendo que no es cierto, pero la turbación ante su repentina visita me impide decir nada mejor—. Espero terminar pronto.

Sonríe, y me pregunto si no estará colocado, si tal vez por eso ha roto nuestro laxo sentido del decoro y se ha presentado aquí por las buenas. Pero la sonrisa, a medida que se despliega en su rostro, es más afligida que alegre.

—¿Alguna vez has deseado que no existiera internet? A ver, sin páginas web que diseñar, yo no tendría trabajo, y sin internet, seguramente follaría menos. Pero también crea situaciones confusas, como tú y yo ahora mismo. Nunca te habría conocido, nuestros caminos no se habrían cruzado jamás, no con ese trabajo tan absorbente que tienes, sea lo que sea que hagas. Pero nos conocimos, y entonces ya no queda otra. Tienes que fingir esa conexión inicial, si es que quieres que la cosa siga, claro. Hasta que ya no hace falta. Hasta que la conexión es real. O hasta que no lo sea. —Mientras habla, mira hacia la cocina, como si intentase distinguir algo que hubiese allí—. No sabría decir qué es lo que pasa contigo. Si solo querías sexo y por eso te daba igual no pasar tiempo juntos, o si de verdad estabas ocupado pero querías algo más. Supongo que por eso he seguido viniendo. Porque no lo sabía. E imagino que yo tampoco lo tenía claro.

La forma en que me mira cuando alza la vista me sobresalta por su sinceridad. Es como si lo estuviese viendo, viéndolo de verdad, por primera vez. Es un hombre guapo, pero tolerablemente guapo. No tan atractivo como para que exista el peligro —tanto para mí como para él— de que lo desee más de la cuenta. Tiene razón: somos extraños. He dejado que su pantomima de «somos algo más»

camufle esta realidad. Igual que he hecho con otros antes que él a lo largo de los años, hombres como Cliff que han estado unos cuantos meses pululando por este apartamento buscando, al igual que yo, un alivio rápido.

—Lo siento —le digo—. Sé que he estado muy liado.

—No pasa nada. Nunca me prometiste nada más.

No sé si lo dice en serio, si solo ha venido a despedirse o si quiere que lo contradiga. Pero no lo hago. Al cabo de un momento, se levanta y se dirige hacia la puerta. Cuando voy a su encuentro, se vuelve y me da un abrazo breve.

—Espero que te vaya bien con el caso ese o lo que sea —dice, y se despide haciendo un gesto con la cabeza.

Más tarde, cuando suena el teléfono y veo el nombre de mi hermana, no puedo evitar alegrarme. Dice que Charlie se ha ido a la cama, así que esta noche puede hablar y, de hecho, habla largo y tendido: ha reanudado la práctica de reiki y la quimioterapia del perro y han decidido obligar a Charlie a que se limpie su propia mierda, y cuanto más lee sobre el general Daniel Brodhead y sus hazañas al mando del frente occidental en la guerra de la Independencia, más inquietante le resulta.

—Soldados —dice—. Muchos de los tatara-nosequé-abuelos de mamá eran soldados. El primero que llegó aquí, en 1664, era un soldado de York, un granjero. Pertenecía a la unidad que tomó Manhattan. Resulta que el general era su nieto. Y después de ellos hay un montón de tenientes y capitanes que participaron en la guerra de Secesión, en Filipinas, un regimiento entero, vaya, y todo para acabar engendrando a una guía espiritual lesbiana a la que le importan un pimiento sus orígenes. ¿No te parece raro? ¿Lo poco curiosa que es? Aunque supongo que tú eres igual que ella.

Por un momento intento seguirle la corriente y me imagino a un granjero inglés de rostro rubicundo, abrigo rojo y sombrero de tres picos desembarcando en el parque de Battery con su mosquete, un

señor sin el cual, por lo visto, Liz y yo no estaríamos vivos; pero no, es solo una imagen estereotipada de Hollywood, nada más.

—No entiendo —le digo—. ¿Qué significa todo esto para ti? No es solo por poder contárselo a Charlie algún día. ¿Es por los trajes?

—Vete a la mierda. Lo mío son los cómics, no la ficción histórica.

—¿Y por qué entonces?

—Te vas a reír de mí, fijo —responde.

—No —le digo—. Tú eres la sarcástica que se ríe de todo.

Hace una pausa inusualmente larga en ella.

—Creo en los espíritus —dice—, esa es la verdad. Llámalos fantasmas si quieres, me parece bien. Papá es un fantasma. Está muerto, pero sigue viviendo en nosotros, ¿no? Y en él también vivían fantasmas, quienesquiera que fuesen. Con los ancestros de mamá, podría haberme conformado con lo que encontré en Google, pero le pregunté a ella también y entonces vi que se cerraba en banda. Como cuando la acusaba de no creer de verdad en Dios (y mira por dónde, al final yo tenía razón). Así que, por supuesto, seguí investigando para ver qué era eso de lo que no quería hablar. Y entonces empecé a leer cosas y lo único que veía era violencia y más violencia, desde el principio. Hasta empecé a soñar con eso. Seguro que mamá y tú pensáis que estoy loca de atar, pero me da lo mismo. Hay algo ahí, algo que se ha transmitido. Venimos de los colonos, esa es la verdad.

—Estás hablando en serio, ¿no? —le digo—. Tú nunca hablas en serio.

—Claro, como tú tienes el monopolio de la seriedad… En fin, en eso ando yo. ¿Y a ti, qué te pasa? La última vez que hablamos parecías más allá que acá.

—Creo que acabo de romper con alguien —confieso—. Pero en realidad no estábamos juntos.

—Eso suena muy tú.

—Gracias.

—Bueno —dice Liz—, tú siempre has sido así. Eres una tortuga cruzada con una puta. Te acuestas con cualquiera, solo que a

cámara lenta.

—Qué forma tan adorable de expresarlo.

—Vamos a ver. Si ni siquiera me habías mencionado al tío ese. ¿De verdad estás así por él?

—¿Te acuerdas de Jared? —pregunto advirtiendo la timidez en mi voz, como un adolescente asustado que le habla a su hermana mayor de un chico.

—Claro. ¿Te piensas que tengo demencia senil? Estabas obsesionado con ese muchacho. ¿Qué es lo que pasa?

—Llevaba mucho tiempo sin pensar en él. Y últimamente no deja de venirme a la cabeza. Pero lo más raro ahora mismo son los muebles de mi apartamento. Es difícil de explicar. Es como si ya no encajaran, como si no tuviesen nada que ver unos con otros.

—Bueno, bueno. Pues va a ser que sí, que estás como una cabra —dice—. Aunque en realidad pareces mamá. Eso es lo que nos dijo cuando tiró todas las cosas viejas y se fue de la rectoría. ¿No te acuerdas? «No son más que objetos, no tienen ningún valor inherente. Las cosas importantes las llevamos dentro de nosotros».

No lo recuerdo y dudo que nuestra madre dijese algo así —mi hermana es experta en exagerarlo todo—, pero lo paso por alto. Sin embargo, después de colgar, me noto demasiado soliviantado para irme a dormir, así que salgo a correr mientras observo los antiguos silos con sus fantasmales contornos tenuemente iluminados por las luces del canal, y entonces vuelvo a pensar en esa frase: no son más que objetos. La verdad es que sí me imagino a mi madre diciéndola. Incluso percibo la fuerza en su voz, como cuando me decía que no me estaba enterando de algo.

Aquella noche, Brett se quedó estupefacto al verme arrodillado sobre Jared y, sin mediar palabra, salió del cuarto y cerró la puerta tras de sí. Me levanté de la cama y me puse de espaldas a la pared. Pero lo único que hizo Jared fue abrocharse los pantalones y ponerse boca abajo, como si no hubiera pasado nada.

—¡Jared! —susurré. Mi respiración, rápida y entrecortada.

—¿Qué? —dijo haciéndose el dormido, aunque no lo creí, como tampoco creí que estuviese dormido ninguna de las tardes que habíamos estado juntos.

—Lo ha visto.

Jared aplastó la cara contra la almohada y murmuró que estaba cansado.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté.

—Deberías irte a casa —dijo apartando la mirada de mí.

Permanecí junto a la pared bajo el tenue resplandor azul de la videoconsola, examinando el cuarto como si buscase pruebas que aún pudiesen estar ocultas. En algún momento, Jared tendría que incorporarse y hacer algo. Pero no lo hizo. Se quedó tumbado en la cama, en silencio.

Al final no tuve otra opción. Me puse las zapatillas, me aseguré de que Brett y Stephanie se habían ido, bajé las escaleras, salí por la puerta y me adentré en la quietud de la noche.

Al día siguiente no supe nada de Jared, ni los días posteriores. Cuando llamé a su casa, su madre me dijo que no estaba, tanto la primera vez que llamé como la segunda.

—¿Qué es lo que pasa? —me dijo Stephanie cuando le pregunté.

Si quería volver a estar con Jared, no podía decirle nada, así que no lo hice. Pero cuando noté en su voz ese tono condescendiente que mostraba hacia mí antes de que me dejasen formar parte del grupo, pensé: «Lo sabe, todos lo saben». Jared les ha dicho que fue

cosa mía, que él se había quedado sopa y ya está. Sin decir nada, se había distanciado de mí, y los otros dos me estaban dejando de lado.

El silencio se prolongó durante semanas. Ese verano, Stephanie empezó a trabajar en una tienda de discos de Boston, y Brett en un pequeño cine independiente, vendiendo entradas. Jared no necesitaba trabajar, por lo que yo no podía ir a ningún sitio concreto y hacerme el encontradizo.

Si me quedaba en la cama hasta la tarde, que era cuando empezaba mi turno en el súper, mis tribulaciones parecían salir del cuerpo e instalarse en algún rincón del cuarto, como un ser vivo independiente; y si no me movía, la criatura se quedaba quieta. Pero, entonces, mi madre venía y me decía que era hora de llevarle el desayuno a mi padre, y en cuanto me levantaba, la criatura se abalanzaba sobre mí y me hacía perder el equilibrio, la habitación parecía tambalearse y yo tenía que sentarme de nuevo y respirar antes de poder vestirme e ir a la cocina.

Para entonces, el tránsito de las horas se había ralentizado. El tiempo fluía a cuentagotas por las habitaciones de aquella casa, una débil corriente que solo portaba el olor a enfermedad de mi padre. No hacíamos otra cosa que esperar.

Liz intentaba fingir que no pasaba nada, se ponía vestidos y flores en el pelo, una ninfa con polvitos mágicos capaz de hacer que las cosas no fuesen como eran en realidad. Pero pronto hasta ella misma dejó de creérselo, y aunque seguía disfrazándose, lo hacía para matar el aburrimiento, no por otra cosa.

Con el paso de los días, mi padre dejó de solicitar exclusivamente la presencia de mi hermana. A veces preguntaba por mí, aunque casi siempre se quedaba dormido cuando me sentaba a su lado. Otras veces, en cambio, permanecía despierto y decía cosas. Una o dos frases pronunciadas en voz baja al aire que tenía delante. Sobre el precio que debían tener los artículos del almacén o sobre diversos documentos que había que gestionar. O sobre cosas puntuales que quería que yo supiese; por ejemplo, que debía decidir por mí mismo

en cuestiones políticas, no escuchar a mi madre ni a él. O que mi abuela era demasiado mayor para viajar y que por eso no estaba aquí con él, como si yo pudiera creer que existiese otra razón.

El aire acondicionado, el único que había en la casa, estaba en el dormitorio de Liz, y mi padre siempre estaba tapado hasta los hombros, solo se veía su cabeza escuálida sobre la almohada. Yo esperaba a que volviese a cerrar los ojos antes de irme.

Los mareos con los que me despertaba no tardaron en afectarme también por las tardes. «Tu cabeza está literalmente hueca», decía Liz cuando le entregaba algún plato de comida porque tenía miedo de que se me cayese. Mi madre me sugirió que bebiese más agua, y Clare, que seguía yendo y viniendo sin hablar nunca con mi padre ni acercarse a su habitación, me dijo que probase a echarme la siesta. Pero cuando cerraba los ojos, lo único que veía era el rostro de Jared y el de mi padre flotando juntos en la oscuridad.

Al final del día, cuando el calor en la casa se hacía insoportable, me iba al jardín de atrás y me ponía a golpear los arbustos con un palo, hasta que Liz, que solía fumar en el porche, venía y me decía que dejase de comportarme como un psicópata. Entonces yo me iba de casa, furioso, y me ponía a andar por el vecindario. Una tarde especialmente sofocante llena de nubarrones que no terminaban de descargar lluvia, seguí caminando por el centro, continué por el laberinto de calles que conducían al instituto y desde allí hasta la casa de Jared. Hacía un mes que no lo veía y no podía soportarlo más.

Su madre abrió la puerta. Iba vestida más informal que de costumbre, con unos pantalones cortos plisados de color caqui y una blusa blanca de manga corta, aunque conservaba el mismo brillo casi perfecto en el pelo.

—Peter —dijo con una leve sonrisa—. Me alegro de verte. Pasa.

Me condujo a la cocina, donde me preguntó si quería algo de beber y, sin esperar respuesta, abrió la nevera y sacó una elegante jarra de limonada.

—Me temo que Jared no está aquí —dijo—. Últimamente casi nunca está. Pero supongo que es lo que os pasa a todos a esta edad, os aburrís de lo aburridos que somos los padres.

En la isla de la cocina, a su lado, había una ensalada de endibias y una botella de vino blanco casi vacía. Siempre la había visto de punta en blanco y ocupada con cosas de trabajo, no había imaginado cómo sería su vida cuando estaba sola, en su tiempo libre. Los pantalones cortos y la blusa le conferían un aspecto aún más joven; más que una madre, parecía una de esas profesoras jóvenes de cuyas vidas sentimentales cotilleaba a veces la gente.

—No creo que sea aburrida —dije.

—Muy amable de tu parte —respondió—. Tu madre sí que es interesante. Tengo entendido que es una mujer sacerdote, ¿verdad?

No sabía qué decir, así que no dije nada. Cuando llevó el plato y la copa a la mesa de la cocina, la seguí, pues parecía que tal era su intención, y me senté frente a ella.

—¿Qué es lo que Jared te ha contado de mí? Seguro que te ha dicho que riego sus plantas de marihuana. Terrible, ¿no? Muy irresponsable por mi parte. Su padre estaría horrorizado. Pero su padre no está aquí. Y dejar que las pobres se marchiten difícilmente alejaría a Jared de sus vicios. ¿Qué piensas? ¿Te parezco un desastre? ¿Una madre desesperada por ganarse el afecto de su hijo?

Había dirigido sus preguntas a la ensalada, pero ahora me miraba a mí desde el otro lado de la mesa mientras le daba otro sorbo al vino. Nunca me había hablado así un adulto, como si yo también lo fuera.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —dijo con una sonrisa—. No te preocupes, no tienes que responder a las tonterías que te pregunto. ¿Y cómo es que no estás con los demás?

Cuando me encogí de hombros en un intento por fingir indiferencia, ella no pareció creérselo.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Jared no te ha avisado?

Me ruboricé y bajé la mirada a las baldosas blancas y negras, tan limpias y relucientes.

—No pasa nada —dijo con voz más suave—. A mi hijo se le da muy bien hacer amistades, desde siempre. Pero cuidarlas, no tanto. Es ese carisma que tiene. Atraer a la gente le resulta muy fácil. A su padre también le pasa. Supongo que le viene de ahí. Aunque, por fortuna, no se parece mucho a él. Pero ¿quién sabe? —dijo, animada, retomando su tono más socarrón—. Tal vez sea culpa mía. A lo mejor lo he mimado mucho. Si estuviera aquí, podríamos preguntárselo. ¿Verdad? —dijo cómicamente, como si los dos estuviésemos en el mismo aprieto, aquí en la casa, ella y yo, sin su hijo.

—Supongo —dije tratando de seguirle la broma pero sin saber muy bien cómo.

Su mente pareció viajar a otro sitio, y su mirada se desvió al comedor, donde una lámpara de araña blanca colgaba sobre una mesa blanca y alargada.

—Por supuesto —dijo—, también es cierto que mi hijo es muy guapo. Y sé lo complicado que eso puede ser para alguien tan joven. Cuando todavía estás intentando descubrir quién eres y la gente se siente atraída por ti. —Me miró de nuevo al decir esto, la jovialidad de su voz había desaparecido de repente.

«Lo sabe —pensé—. Aunque Jared no se lo haya dicho, lo sabe».

—En cualquier caso —siguió diciendo—, eso no es excusa para ser descortés.

—No pasa nada —le dije—. Solo me he acercado por ver si estaba.

—Claro que sí —convino ella—. Y aquí estás, escuchándome desvariar. En fin, no te entretengo más.

Unos minutos más tarde, junto a la puerta, me puso la mano en el hombro.

—No te preocupes —me dijo—. Le diré que has venido. Me aseguraré de que te llame. ¿Qué te parece?

—Bien, bien. Siento si la he interrumpido.

—No, Peter, no has interrumpido nada. Eres una buena persona, se nota. No te preocupes por eso.

En cuanto cerró la puerta, me apresuré a cruzar el césped y eché a correr por las calles vacías, atravesando los charcos de luz amarilla que las farolas proyectaban sobre el cálido asfalto: luz, oscuridad, luz. Cuando aflojé el ritmo había empezado por fin a llover. Me metí en la entrada de una tienda de ropa de mujer del centro para guarecerme, observando cómo las gotas golpeaban contra la acera, pero no podía quedarme quieto, así que seguí corriendo, dejando que la lluvia me empapase.

En casa, mi madre estaba sentada en el sofá del salón, leyendo bajo la luz de la lámpara de pie, con la cabeza inclinada sobre el libro. Mi padre podía estar muriéndose en la otra habitación que a ella lo que la absorbía era la letra impresa. Como si esta vida —nuestra vida— fuese una interrupción del verdadero sentido de las cosas.

—Hola —le dije al ver que no levantaba la vista.

—Ah, estás ahí. ¿Dónde te has metido? Estás empapado.

—Está lloviendo —dije.

—No te vendría mal una toalla y cambiarte de ropa.

Me senté en el sillón, frente a ella, la mesita entre ambos.

Mi madre sabía quién era Jared, lo había visto alguna vez desde que empezamos a vernos. Incluso me había preguntado por él, en qué curso estaba, quiénes eran sus padres, porque desconfiaba —me di cuenta— de su ropa tan moderna, de su coche de lujo, del aire de materialismo que lo rodeaba, ese pecado contra el que se pasaba los domingos predicando en una ciudad inundada de él. Pero ella quería que yo tuviese amigos, así que no decía nada. Incluso después de que mis padres conocieran a la madre de Jared en una de las obras de teatro del instituto y yo advirtiese el juicio en los ojos de mi madre —por el vestido plateado y ceñido de la señora Hanlan y su pequeño collar de diamantes, por su maquillaje y su sonrisa perfecta, incluso por su juventud—, rehusó hacer ningún comentario sobre ella, pese a lo que yo sabía que estaba pensando.

Y si había reparado en la reciente ausencia de Jared, no dio ninguna muestra al respecto.

—Por cierto —dijo—, te he pedido cita con el médico para que te mire lo de los mareíllos esos. Perdona que no la haya pedido antes, pero te llevaré.

—Vale.

—¿Qué te pasa? —preguntó, y se puso el libro encima de las rodillas—. Pareces preocupado. —Su voz era plácida, como solía ser después de un rato largo leyendo. Antes de que me diese tiempo a responder, añadió—: Es una pregunta bastante estúpida, lo siento. Todo por lo que estás pasando a tu edad, en fin, es bastante horrible.

—Lo de papá me da igual —le solté.

—No digas eso. Claro que no te da igual.

—Sí, me da igual.

—¿Cómo te atreves a decir eso?

Su enfado, tan poco frecuente, irrumpió en la habitación como el gas denso de una tubería rota, nublando el espacio entre nosotros y provocándome, casi al instante, una sensación somnolienta. Mis ojos se posaron en la alfombra oscura y trenzada, donde, de niño, me acurrucaba mientras ella leía, apoyado en su pierna.

—Estoy enamorado —dije—. Y no lo soporto. Es demasiado. No me preguntes de quién, por favor, no me preguntes.

La oí dejar el libro sobre la mesita y supe lo que estaba a punto de hacer: convertir esta situación en un rollo de curas. «Deja de darme sermones», solía gritarle mi padre cuando se peleaban. De un momento a otro me plantearía una pregunta amable y sincera, su miedo camuflado de preocupación.

—Lo digo en serio —insistí—. No me preguntes.

—Está bien. Pero necesito saber una cosa: ¿estás tomando precauciones?

—¡Dios mío, por favor! ¿Pero tú has escuchado lo que te he dicho?

—Claro que te he escuchado.

—No —dije—. En absoluto.

En la cola del despacho de la oficial del juzgado, a punto de presentar la solicitud de los Rijal, hojeo la primera página y me doy cuenta de que se me ha pasado el plazo. Según el documento que tengo en la mano, no entraron en el país en mayo del año pasado, sino en abril, lo que significa que el periodo de doce meses que tenían para optar a una entrevista en lugar de a una audiencia venció hace tres semanas. Debe de ser una errata, presumo. Pero cuando busco entre el resto de los documentos y encuentro su declaración jurada, veo que no lo es.

La cola avanza. No puede ser verdad. No es posible que yo sea la razón por la que los lleven a juicio. De repente vuelvo a marearme. El texto del formulario empieza a desdibujarse, y también la habitación.

—Señor —me dice la oficial cuando llega mi turno y me sitúo frente a ella—, ¿tiene algo para mí o no?

Intento recomponerme fijándome en su rostro: pintalabios brillante, un pequeño diamante en la nariz. No tengo elección. Tengo que entregarla. Cuanto más me demore, menos posibilidades tendré después cuando vaya a la oficina de asilo a suplicarles que hagan la vista gorda con la fecha. Le entrego el expediente a la oficial y me invade la inquietante duda de si no me habré equivocado en más cosas; seguidamente salgo al pasillo atestado de abogados y funcionarios que se dirigen a sus casas tras el fin de sus jornadas.

Esa tarde, en el despacho, me dispongo a redactar una carta intentando encontrar una excusa que señale a los Rijal, pero todas son mentira. Me dieron todo lo que necesitaba con mucha antelación. Cuando llamo a Monica para pedirle consejo —sé que no debería necesitarlo, pero lo necesito—, contesta su madre.

—¿Quién eres tú? —pregunta—. ¿El viejo izquierdista o el homosexual?

—Mamá, ¡dame el teléfono! —exclama Monica, y se lo quita. Luego me reprocha que la llame a casa—. Di la verdad —dice impaciente cuando le explico la situación—. Diles que es culpa tuya y haz una petición.

Así que eso es lo que hago: me quedo redactando la petición hasta bien entrada la noche, eligiendo cada palabra con esmero. Esta nueva cagada me está desquiciando, y cuando cruzo la avenida y meto la carta en el buzón, no puedo evitar pensar de nuevo en el expediente de Vasel. Su fecha de vencimiento, que he comprobado ya tres veces, es dentro de dos días. Y aún no me ha enviado ninguna declaración. Sé que debería irme a casa —estoy agotado y no puedo obligar a nadie a colaborar—, pero en lugar de dirigirme al metro, enfilo la Sexta Avenida dirección norte y giro por Houston Street al llegar al pequeño parque infantil de la esquina. Dejo atrás la iglesia católica, West Broadway Street y Broadway, y me adentro en el barrio de Nolita hasta llegar a la entrada del restaurante donde trabaja Vasel.

Delante hay una barra de zinc con grandes arreglos florales a ambos lados de un gigantesco espejo *art déco.* En el comedor del fondo, las paredes están revestidas de paneles de madera con finas incrustaciones metálicas y, sobre estos, una franja de azulejos blancos y negros con adornos arabescos. El camarero va vestido a juego con la decoración: chaqueta blanca corta, corbata negra y el pelo recogido detrás de las orejas. Me siento en uno de los taburetes a esperar a que Vasel aparezca y me vea. Debo evitar a toda costa atraer la atención sobre él.

Cuando veo que no está entre los camareros que atienden a los últimos clientes de la noche, deduzco que no le tocaba trabajar hoy. Pero entonces sale rezagado por la puerta de la cocina con una camisa blanca bien planchada y pantalones negros de vestir; camina rígido y erguido, como si le estuviesen escudriñando todos los ojos de la sala, aunque en realidad soy yo el único que lo observa mientras retira los platos del postre de una joven pareja que habla por teléfono y vuelve después para servirles el último botellín de

agua con gas. No levanta la vista mientras atiende las mesas restantes, inclina levemente la cabeza ante cada una en lugar de sonreír, que es lo que haría un estadounidense.

Pido al joven de la barra agua con hielo para mitigar el calor de mi garganta y, cuando me trae el vaso, lo envuelvo con las manos y dejo que el frío se asiente en ellas. Hasta ahora, Vasel y yo siempre habíamos estado uno frente al otro, con una mesa entre ambos. Casi nunca lo había mirado así, sin la presión de que me devolviese la mirada. Su cuerpo delgado y sus piernas largas, el movimiento casi delicado de sus manos cuando coge un plato o un cuenco. Es aterrador, en realidad, observarlo de esta manera. Y ahora me doy cuenta de que llevo todo este tiempo aterrado ante la idea de sentirme atraído por él. Que todos mis esfuerzos por él no han sido más que un disfraz de mis anhelos. Un medio para ganarme su atención. Pensar esto, incluso ahora, me asusta. Como si la simple posibilidad de que este deseo exista fuese una suerte de violencia. Sin embargo, ahora que estoy aquí sentado sin que él me vea, con la libertad total para devorarlo con los ojos, para desnudarlo con la imaginación, lo que me sobreviene no es lujuria, sino algo mucho menos rapaz. Algo parecido a la tristeza.

De repente se acerca a la barra, con la bandeja vacía en la mano, y me ve en el taburete. La alarma le ensancha los ojos. Normal. Yo no debería estar aquí. Esto solo podría significar malas noticias o, como sugiere su rictus de disgusto, que su abogado viene a darle más la brasa.

—Ahora no —dice en un susurro cuando el otro camarero no está mirando. Deja la bandeja en la barra y se marcha.

Fuera encuentro unas escaleras en la esquina y me quedo allí esperando. A pesar de la hora, Vasel tarda todavía un buen rato en salir. Cuando llega al último escalón en el que estoy encaramado, saca un cigarro suelto del bolsillo de la chaqueta y me lo ofrece. Lo rechazo y se lo enciende, lo sujeta entre el pulgar y el índice, le da dos caladas profundas y sacude la ceniza en la acera. Solo entonces

se sienta en el escalón de debajo del mío y empieza a buscar el móvil.

—Aquí está —dice—. Se la estoy enviando. La carta que me ha escrito Armend. Con la fecha y la firma, como me pidió.

La noticia va directa a mi columna vertebral, justo entre los omóplatos, donde una tensión que ni siquiera sabía que estaba ahí —una mano que lleva meses agarrándome— se suelta. No le fallaré. O, mejor dicho, mi cerebro me recuerda que solo me falta un documento para no fallarle.

—Gracias —le digo—. Esto te ayudará, te lo prometo. Y ahora solo queda lo último: la carta de tu madre.

—¡No! —replica—. Ya se lo he dicho. No le voy a pedir eso. ¿Por qué no me escucha? ¿Y por qué hace esto? ¿Va al trabajo de todo el mundo a estas horas a pedir cosas?

—No —respondo. Necesito decirle algo más, explicarme, pero no sé cómo.

Por primera vez ese día, me doy cuenta de que hace demasiado calor para ser finales de mayo, parece más bien julio, e incluso a estas horas de la noche sigue sin refrescar. El aire se mantiene espeso y estancado. Echo un vistazo al móvil y veo el correo electrónico que Vasel me acaba de enviar.

—Tenías razón —le digo—. Lo que me dijiste la última vez. Quería saber si pensabas todavía en Armend. Lo que sientes por él ahora no tiene nada que ver con tu caso. Pero tenías razón, quería saberlo.

—¿Qué más da si pienso en él? Está en Italia. Tiene dinero. No tiene que preocuparse por nada. Probablemente no lo volveré a ver nunca más. Un flechazo adolescente, se dice así, ¿no? —Le da una última calada al cigarrillo y lo apaga en el borde del escalón—. Pero sí, claro que pienso en él. Ahora me manda mensajes otra vez. Canciones y tonterías. Vídeos de él bailando. Sigue igual de loco. —Apoya los brazos en las rodillas y se queda callado un momento—. ¿Por qué hace este trabajo? ¿Por qué no es un abogado rico?

—¿Cómo? ¿Ya no crees que viva en una torre lujosa de Hell's Kitchen?

—No tanto. Ahora veo a los ricos de verdad. Seguro que hace esto para sentir que es una buena persona, ¿verdad? Como si fuera la Estatua de la Libertad —dice entre risas—. Ayudar a los pobres como yo. Eso es ser un liberal, ¿no? Eso es lo que es usted.

—Dicho así parece una acusación.

—No, pero tengo razón, ¿verdad? Como todos los blancos ricos que votan a Obama. Se sienten bien porque les gusta un negro.

—¿Has estado viendo Fox News?

—No —responde—. Me refiero a usted. Y no diga que solo tenemos unos minutos, que solo podemos hablar de mi caso, porque es medianoche y es usted el que ha venido aquí.

El ruido del tráfico de Lafayette Street hace eco en los edificios de enfrente, junto con el zumbido de los aparatos de aire acondicionado y el murmullo lejano de un helicóptero. Ahora no estoy mareado, más que perder el equilibrio, siento como si estuviera levitando, como si la losa del tiempo y las obligaciones se hubiese disuelto, y mi cuerpo, acostumbrado durante tanto tiempo a ese peso, empezase de pronto a flotar.

—Supongo que en parte sí —digo—. La forma en que me educaron. No pienses en ti, piensa en los demás.

—Como lo que dicen los curas —añade Vasel.

—Sí —le digo—, justo eso.

—Yo preferiría ser rico.

—¿Qué harías con el dinero?

—Enviaría un montón a mi madre y a mi hermana, y luego me compraría un estudio grande con ventanas enormes y me pondría a dibujar.

Un ciclista, con un radiocasete atado al manillar del que suena Sister Sledge a todo trapo, avanza por la calle semipeatonal y semiempedrada que hay delante para luego desaparecer, dejando la manzana un poco más tranquila.

—Me he mudado al apartamento que le conté —dice Vasel—. Con el camarero.

—¿Y qué tal?

—Es raro. Pensaba que era un gay normal. Eso es lo que parece, limpio y guapo, y cuando sale, se pone ropa guay. Pero en casa solo come verduras crudas y huele bastante mal, y su habitación no tiene puerta, solo una cortina. Los demás creen que nos acostamos, pero no es verdad. Quiero tener un cuarto para mí solo.

—Sabes la fecha de la audiencia, ¿verdad? ¿La has apuntado en algún sitio? ¿O en el móvil? Solo faltan dos semanas.

—Sí —dice—. Me ha mandado un millón de mensajes.

Abro el adjunto del correo de Vasel y leo en letra diminuta las dos primeras líneas de la carta de Armend: «Conozco a Vasel Marku porque somos del mismo pueblo. Íbamos juntos al colegio». Me detengo, apago el teléfono y lo guardo en el bolsillo. Al otro lado de la calle, en el escaparate iluminado de una *boutique* cerrada, una camisa azul de hombre cuelga sobre una tela negra.

Si alguien me hubiese preguntado si fui al funeral de Jared, habría dicho que no me acordaba. Porque es verdad. No me he acordado hasta ahora. La misa que organizó su madre tuvo lugar en la iglesia católica que hay justo al lado del ayuntamiento. Un ataúd abierto forrado de seda y rodeado de multitud de flores. Le habían puesto un traje azul oscuro. Una prenda elegante, impecable. Su padre habló, pero no recuerdo sus palabras. El sacerdote terminó y ahí acabó todo. No hubo recepción ni tiempo para condolencias. Su madre se marchó sin hablar con nadie.

—He conocido a otro —dice Vasel—. Viene al restaurante. No es un viejo asqueroso. Tiene treinta y dos años. Y no está loco ni nada de eso. Ahora me manda mensajes, quiere salir.

—Eso está bien —le digo, y añado al momento—: No volveré a sacar el tema, pero si te das prisa, todavía estamos a tiempo. Podrías pedirle esa carta a tu madre. Seguro que a ella le gustaría ayudarte, ¿no?

—No sabes nada de ella —repone.

—Sé que te protegió.

—Me voy —dice, y se levanta con intención de marcharse. Pero un momento después, al pie de la escalera, se detiene y se da media

vuelta, como esperándome. Así que yo también me levanto, aceptando lo que parece una ofrenda de paz, y caminamos juntos en silencio hasta Houston Street, donde Vasel coge su metro y yo el mío.

Poco antes de morir, mi padre me llamó. La enfermera de paliativos ya se había ido. Mi madre y mi hermana estaban fuera. Cuando entré en la habitación de Liz, lo encontré bañado en sudor, con los ojos grises y hundidos. La barba que nunca había tenido le cubría la boca y la mandíbula.

—Ven aquí —dijo.

Me senté en la silla, junto a la cama articulada. Él apretó el botón y se incorporó. Luego, con gran esfuerzo, se colocó una almohada bajo la espalda para poder mirarme a los ojos. Estaba más demacrado que nunca, pero parecía espabilado, como si tuviese un propósito.

—Crees que odio a tu madre —dijo con una voz desprovista de toda fuerza, una voz fina y carrasposa que no se parecía en nada a la suya—. Que la odio por echarme, pero no es así. No podría aunque quisiera —añadió intentando tomar algo de aire—. Así que no la odies, ¿entiendes?

Llevaba días sin decir tantas palabras, y la finalidad de lo que acababa de decir me asustó. Yo llevaba todo el verano encerrado en casa echando de menos a Jared a todas horas, preocupado por lo que él, Stephanie y Brett pensaran de mí, y durante todo este tiempo que a la sazón parecía interminable, me había acostumbrado a que mi padre estuviese enfermo, sin imaginar que algún día moriría de verdad.

—Vale —dije—. Entiendo.

—Y una cosa más —continuó—: ve a ver a tu abuela. Yo tendría que haberte llevado más a verla, pero entre una cosa y otra… —Hizo una pausa antes de seguir—: Pasa tiempo con ella. Pero antes tienes que escucharme. Porque ella te contó una cosa sobre mí, ¿verdad? De cuando trabajaba en el bosque.

Asentí con la cabeza.

—Hace mucho tiempo.

—Ven aquí —dijo—. Acércate.

Arrimé la silla al borde de la cama. Su sudor, que siempre había olido fuerte, no desprendía ahora aroma alguno, como si una parte de su esencia ya hubiese desaparecido.

—Te dijo que un hombre me rompió el brazo, ¿no? Que por eso dejé de trabajar allí.

—Sí —respondí—. Nos dijo que, de no ser por eso, no habrías conocido a mamá. Porque no habrías ido a Europa.

Hizo una mueca de dolor o de rabia, no sabría decir, se acercó y se arrancó la vía del antebrazo. Me dispuse a recogerla del suelo para intentar ponérsela de nuevo, pero me dijo:

—Deja eso, tengo que estar despierto para lo que tengo que decirte.

Las venas del cuello le palpitaban. Le costaba respirar. Un hilillo de sangre bajaba desde el punto donde estaba la vía hasta los pliegues de su muñeca.

—Tu abuela te dijo que el hombre ese era una manzana podrida, ¿verdad?

Volví a asentir, asustado, no tanto por el tono como por la fiereza de su mirada.

—Bueno, ella no sabe la verdad. No fue eso lo que pasó, en absoluto. —Jadeó para llenar los pulmones—. Ese tipo de trabajo, en medio de la nada, en el bosque… Allí todos eran unos brutos y unos borrachos. Yo era un poco mayor que tú…, pero me emborrachaba con ellos. Bebíamos sin parar. Y caíamos redondos en el catre hasta el día siguiente. Esa era nuestra vida.

Me agarró por el codo con una fuerza inquietante y me acercó a él, lo suficiente para ver las gotitas de saliva en las comisuras de sus labios.

—¿Esa manzana podrida? Intentó tocarme. Eso es lo que hizo. Mientras yo dormía. Pero no se lo permití —dijo entre jadeos mientras me apretaba el brazo—. ¿Me oyes? Le metí un empujón a

ese hijo de puta. Lo eché de la cabaña a patadas, mientras todos los demás miraban.

Le costaba mucho respirar, parecía absorber el aire a través de una pajita, y aun así, se inclinó hacia delante y prácticamente me zarandeó. Nunca en mi vida me había dado tanto miedo.

—¡Tu abuela no tiene ni idea de lo que pasó! —murmuró—. Ese hombre no me rompió el brazo. Era un maricón, ¿me entiendes? Fui yo el que le pegó. Él no me hizo daño, ¡le hice daño yo a él!

Y al decir esto, se desplomó de nuevo en la cama tras haber consumido toda la energía que había reservado para liberarse de esa carga. Sentí una humedad en la muñeca y, al mirar abajo, vi la sangre y el sudor de su antebrazo sobre el mío, como los fluidos de un parto siniestro.

—Ese hombre —susurró apoyando la cabeza en la almohada y cerrando los ojos—. Yo no le di a entender en ningún momento que quería que me tocara. Nunca.

Lo primero que Ann percibió al acercarse al borde del prado fue el olor, como un tufo a mierda, y supuso que un oso o algún otro animal había estado merodeando por la noche. A la mañana siguiente el olor seguía allí, más penetrante si cabe, y pensó que la lluvia lo había intensificado. Pero al tercer día, de camino a la meditación, con el prado ya seco, el olor seguía sin desaparecer, así que se detuvo a examinar el suelo y los trozos de lodo marrón que se habían filtrado por la hierba: no eran excrementos de animales, sino de ellas.

Algo más tarde, aquella misma mañana, encontró a Jeanette subida a una escalera, en la otra punta del granero, desmontando un viejo canalón de acero que llevaba meses a punto de descolgarse. Los moratones de la cara y el cuello habían desaparecido, y ya no llevaba la muñequera que le pusieron en el hospital. Desde principios de verano trabajaba en el jardín y en el huerto y se ocupaba de las tareas de mantenimiento. No parecía haber sufrido hematomas en las costillas ni ningún traumatismo craneal, lesiones que, en mayor o menor medida, se había negado a admitir.

—Creo que tenemos un problema con la fosa séptica —dijo Ann.

—Ya veo —respondió Jeanette.

No dejó de trastear con el canalón oxidado ni bajó la vista, se limitó a seguir con su tarea. Ann se quedó observándola unos segundos.

En los días anteriores y posteriores al altercado en el jardín, Jeanette había pasado una o dos noches a la semana fuera del centro, en la ciudad o por los alrededores, presumiblemente, y regresaba de madrugada. Nadie le preguntaba adónde iba y ella no daba ninguna explicación. Era algo que llevaba haciendo años: se ausentaba los viernes o los sábados durante un tiempo. Para estar

con algún hombre, suponía Ann, alguien a quien había conocido de un modo u otro. Estas escapadas no afectaban en modo alguno a su comportamiento, ni antes ni durante ni después; era como si nunca ocurriesen.

Una vez que Jeanette quitó el canalón y se bajó de la escalera, pasaron juntas por delante de la casa de reuniones y cruzaron el jardín hasta donde la hierba empezaba a embarrarse.

—¿Será el filtro? —preguntó Ann.

—Podría ser —respondió Jeanette mientras recorría el borde del óvalo manchado y examinaba el suelo—. Eso o el deflector.

Tenía la costumbre de no mirar a Ann cuando estaban juntas. No porque la estuviese ignorando; al contrario, era muy consciente de su presencia. Al principio, esta pensaba que era por timidez, pero no era eso. Era más bien por prudencia, y con el tiempo se dio cuenta de que era también una forma de intimidad. Jeanette miraba a todas las demás directamente a los ojos.

Iban de camino a la casa bajo una ligera llovizna cuando Jeanette, sin ningún tipo de rodeo, dijo:

—Quiero participar en un círculo.

Ann se detuvo.

—¿Te lo ha pedido Clare?

—No. ¿Por qué? ¿Crees que solo participaría si ella me lo pidiera?

—No —respondió Ann—. Pensé que igual te lo había pedido y punto.

—¿Tengo que rellenar la solicitud de ingreso? —preguntó escudándose en el sarcasmo.

—No seas tonta —dijo Ann, y se imaginó a las cuatro en las sillas en mitad de la casa de reuniones. Se le oprimió el pecho antes de que su mente pudiese catalogar la emoción como miedo—. Es solo que me sorprende. En el hospital parecía lo último que querías hacer. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Jeanette se miró el pie mientras pateaba con suavidad la hierba.

—Una buena persona que tengo en mi vida —respondió.

—Ya veo. ¿Y quién es?

—Mi primo. Seguro que crees que voy a la ciudad a echar un polvo, pero no, voy a ver a Larry. A veces está, a veces no, según los líos en los que ande metido. Ahora ha vuelto porque mi tía está enferma, probablemente no le quede mucho. Siempre dijo que la acompañaría cuando llegase el momento, y eso es lo que está haciendo.

—Nunca lo habías mencionado en todos estos años.

Jeanette dejó de dar patadas y se llevó las manos a las caderas.

—No es el tipo de persona que vendría a un sitio como este —explicó.

—Ajá. ¿Y cómo te ha convencido entonces para que participes en un círculo con nosotras? No lo entiendo.

La asombró lo rápido que había perdido la compostura, sus palabras no eran más que un juego para ganar tiempo. ¿Y si Jeanette les contase a Clare y a Roberta lo que le había ocurrido? ¿Qué pasaría si les revelara esa parte de su pasado? ¿Necesitaría a Ann de la misma manera?

—No importa —dijo Jeanette volviéndose hacia el cobertizo—. Siento haber sacado el tema.

—No —repuso Ann—. Soy yo la que lo siente. No sé por qué te estoy interrogando.

—¿No? ¿Y no será porque no soy más que una mujer de pueblo y, en el fondo, esas cosas no son para mí?

—¿Cómo puedes decir eso? —rebatió Ann—. No es verdad. Te quiero.

Las palabras habían salido volando de su boca tras darle esquinazo a su mente. Deseó en vano tragárselas de nuevo, pero ya habían sido liberadas, y la verdad contenida en ellas fue como abrir la compuerta de una presa, derramando de repente todo el deseo acumulado.

Quería besar a Jeanette, abrazarla, estar con ella, con una fuerza que no recordaba desde la primera vez que besó a Clare aquella noche de invierno, en las escaleras traseras de la rectoría, cuando todos estaban ya dormidos, las dos temblando en la oscuridad. Qué

ridículo, qué absurdo, pero ahí estaba, una reacción sobre la que no tenía ningún tipo de control.

Jeanette se había quedado paralizada al oírlo. Luego levantó la cabeza y se quedó contemplando el cielo gris.

—¿Qué coño se supone que hago yo ahora con eso?

Ann se recordó a sí misma que debía respirar.

—No tienes que hacer nada —dijo.

Permanecieron en silencio durante casi un minuto en mitad del jardín.

—Tú eres la que debería tener las cosas claras —dijo Jeanette—. Se supone que quieres a Clare, joder.

—La quiero. Pero eso no significa que no te quiera a ti también.

Esto pareció dolerle a Jeanette. Años atrás, las dos habían alcanzado el acuerdo tácito de que esta aceptaría el cariño de Ann siempre que existiese cierta distancia, siempre que se mantuviera lo bastante lejos y ella pudiera tolerarlo. Pero ahora la había obligado a acercarse, había roto el pacto.

La llovizna a la que habían hecho caso omiso durante todo este rato se había transformado en un aguacero. Atravesaron la grava para refugiarse bajo el tejadillo del cobertizo. El viento arreciaba y del cielo oscurecido habían surgido columnas de agua que desdibujaban las fronteras entre el suelo, los edificios y los árboles, fundiéndose todo en un chaparrón repentino. Apenas duró unos minutos antes de que remitiese. Ann levantó la vista y vio con más claridad las nubes de tormenta que galopaban hacia el valle.

Pensó en abrazar a Jeanette a modo de disculpa, pero era consciente de que solo sería por su propio bien, así que se contuvo.

—Me he comportado como una estúpida —dijo intentando cambiar de tema—. Ven a un círculo, claro que sí, si es lo que quieres. Clare y Roberta estarán encantadas.

Jeanette se quedó mirando el aire húmedo, sin responder. Al cabo de un momento, dijo:

—Me has preguntado qué me hizo cambiar de opinión. Fue después de hablar con mi primo. Eso fue lo que me hizo pensar.

—¿Y por qué? —preguntó Ann, aliviada por este retorno al estado previo a la verbalización de esas dos palabritas. Un alivio que Jeanette parecía compartir.

—Cuando fui a verlo, no quise contarle lo de la pelea. Ni lo de que estuve en el hospital, porque pensaba que iría a por el tipo, igual que fue a por su hermano la otra vez. Por eso se marchó del pueblo. Larry le metió una buena paliza y le dijo que lo volvería a hacer si no se iba. Así que no quería decirle nada. Pero entonces me vio los moretones y, claro, me preguntó. Estaba segura de que se pondría hecho una furia, de que saldría corriendo en su busca. Pero no lo hizo. ¿Y sabes por qué no? Porque ahora tiene que cuidar de su madre. Y ni puede ni quiere meterse en más líos. Así que lo único que hizo fue escucharme. Y luego me preguntó cómo estaba. Y creo que eso fue lo que lo cambió todo. Cuando me violaron, nunca me hizo esa pregunta. Nunca me preguntó cómo estaba. Se volvió loco y nada más. Así que le conté cómo estaba, y la verdad es que no muy bien, no estoy en mi mejor momento. Y me sentí bien al decírselo. Supongo que por eso pensé en lo del círculo.

—Por supuesto —dijo Ann—. Tiene sentido.

La tarde de la audiencia me aseguro de llegar a Federal Plaza con tiempo de sobra y me quedo esperando a Vasel junto a la entrada de la carpa de seguridad. Al cabo de unos minutos lo veo acercarse de lejos con las manos en los bolsillos y el mismo cortavientos gris que llevaba el primer día que apareció en el despacho, y me pregunto por qué no se habrá puesto alguna de sus prendas más nuevas. ¿Tenía razón Monica? ¿Pensará el juez Ericson que no es lo suficientemente gay? No se lo mencioné a Vasel —no quería que se sintiese más cohibido de lo que sabía que se sentiría—, pero ahora vuelvo a preocuparme.

«Me alegro de que este expediente se cierre ya», dijo Phoebe en nuestra última reunión de personal, y Monica y Carl no pudieron por menos que asentir, todos conscientes de lo que el caso ha costado a otros clientes míos.

A medida que Vasel se acerca, empiezo a discernir sus rasgos, y entonces me doy cuenta de que no es él, sino un hombre de complexión delgada y pelo oscuro, unos años mayor que él. Pasa por delante de la entrada y dobla la esquina en dirección a Broadway.

No somos los primeros de la tarde y, además, tenemos cierto margen, pero le envío un mensaje para preguntarle cuándo llegará, y luego me entretengo observando a las hordas que almuerzan en Foley Square. Diez minutos después de la hora acordada, lo llamo y salta el buzón de voz. No dejo ningún mensaje, dando por hecho que se encuentra en el metro.

Diez minutos más tarde vuelvo a llamar. Nada. Ya deberíamos haber entrado. Escudriño la plaza, la acera y la calle en busca de algún rastro de él. Me impaciento y le envío un mensaje con el número de la sala y le digo que vaya directamente allí cuanto antes.

La sala de espera del juez Ericson está vacía. Apenas distingo el sonido de algunas voces detrás de las puertas, la primera audiencia

después del almuerzo está llegando a su fase final. No suelo sentarme en esta sala, por lo general no tengo tiempo, pero ahora estoy aquí mirando fijamente el móvil, deseando que aparezca una respuesta. Vuelvo a enviarle un mensaje sin darme cuenta de que las voces de dentro ya han cesado; entonces se abren las puertas y sale un chino de mediana edad tratando de contener unas lágrimas de alivio. Lleva una camisa blanca y una bléiser marrón y está flanqueado por Tameka French, una abogada de oficio con la que he trabajado en varias apelaciones. La susodicha le pasa el brazo cautelosamente por el hombro, haciéndole saber que todo ha salido bien. French me saluda con la cabeza al pasar junto a mí de camino a los ascensores.

Dentro está Sievers. De todos los abogados del departamento tenía que tocarme él. El que fue tan desagradable con Sandra Moya. El que exhibe abiertamente su desagrado hacia los solicitantes de asilo y hacia su propio trabajo, el que está loco por que lo asciendan.

Pero todos formamos parte del engranaje, todos. No hay que tomárselo como algo personal. Y no es él quien determinará el resultado final del caso. Pese a todo, hoy advierto algo en él —su pelo rubio sucio, la nariz puntiaguda, un deportista echado a perder, tan negligente con su propio cuerpo como con sus palabras— que me pone nervioso. Pero no puedo permitir que me afecte, no en este momento. Le hago un gesto con la cabeza, pero por lo demás lo ignoro y dejo la mochila encima de la mesa de la parte demandada, agradeciendo que Ericson esté de vuelta. Faltan cinco minutos para que empiece la vista y su secretaria está, como de costumbre, mirando el monitor por encima de sus gafas de lectura. Después de todo, para ella no hay nada raro en esta escena: dos abogados esperando al juez, y uno de ellos esperando a su cliente.

Salgo al vestíbulo y marco de nuevo el número de Vasel. Luego al despacho para preguntar si ha dejado algún mensaje. Después busco el número del restaurante; llamo pero no obtengo ninguna

respuesta. Por último, recuerdo que tengo el número de Artea y lo marco. Ella, o alguien, contesta.

Le digo quién soy, el abogado de Vasel, y le pregunto si es Artea.

—Tengo que hablar con Vasel —le digo—. ¿Dónde está? Es muy importante.

Y entonces, nada, un silencio seguido de un clic y la línea se corta.

—Marku, Vasel —lee el juez Ericson en el expediente que le acaba de entregar la secretaria. Enciende la grabadora y pronuncia el número del caso.

—Alex Sievers en representación del Departamento de Seguridad Nacional, señoría.

—Peter Fischer en representación de la parte demandada.

—A menos que mis ojos me engañen, señor Fischer, le falta un cliente —comenta Ericson—. ¿Piensa acudir el señor Marku o nos hemos reunido para nada?

—Está al llegar —le digo.

—Le doy cinco minutos —dice Ericson mirando el reloj—. Lo que supondrá un total de diez minutos de retraso con respecto a la hora prevista. —Deja el expediente a un lado y se pone a mirar otro.

Sievers, encorvado en su silla, se pone a mirar el correo electrónico o los resultados de los partidos de anoche o lo que sea que haga en su móvil, con el expediente de Vasel cerrado frente a él.

Entre mis oídos percibo un movimiento oscilante, como si un líquido pesado se me deslizase por el interior del cráneo. Me siento para calmar los vaivenes, la necesidad de la tarea que tengo entre manos se abre paso a través de las sombras de mi cabeza. Tengo que hacer algo.

Antes de que Ericson dé por concluida la sesión, vuelvo a ponerme en pie.

—Señoría, ¿puedo decir algo?

—Adelante.

—Señoría, llevo ejerciendo en esta sala bastante tiempo. Creo, al menos eso espero, haber sido un abogado responsable y honesto. Y bien preparado. Creo que así ha sido. Y también creo que no le he hecho perder el tiempo. Ese es mi trabajo, por supuesto, y no busco con ello ningún tipo de consideración especial, pero aun así, en este caso, puedo garantizarle que la ausencia de Vasel Marku no puede atribuirse a su mala fe. Aunque tampoco puedo asegurar exactamente dónde está…

—Venga ya —dice Sievers inclinándose para abrir ahora el expediente.

—Pero puedo decir que se ha preparado diligentemente para esta audiencia y que tenía la determinación total y absoluta de venir. Dicho esto, sé…

—El departamento solicita una orden definitiva —interrumpe Sievers.

—Déjelo terminar —le ordena Ericson bruscamente.

—Soy consciente de que esto se sale de lo normal —explico apoyándome en la mesa para intentar estabilizarme— y, por supuesto, queda a su entera discreción, pero en lugar de aceptar la moción del departamento, le pido que crea en mi palabra y considere la posibilidad de aplazar esta vista y permitir que el señor Marku comparezca en una fecha posterior.

Al instante, Sievers se pone en pie, inclinado sobre su escritorio.

—Señoría, si me permite hablar ahora (y ni siquiera haré mención a lo que acaba de decir el señor Fischer, puesto que es totalmente ridículo), solo querría indicarle que estamos ante el caso de un supuesto homosexual, uno de esos casos con los que usted está más que familiarizado, todos lo estamos, chicos jóvenes que vienen aquí. No me refiero a los jamaicanos ni a los saudíes, sino a… ¿De dónde era este? —Sievers retrocede unas cuantas páginas y mira la portada—. Albania. Es decir, un hombre blanco, ¿verdad? De Europa, que quiere vivir en Estados Unidos. Claro, ¿quién no querría? Pero cuando llega el momento, oh, sorpresa: decide que no quiere

presentarse ante un tribunal y decir: «Tengo relaciones sexuales con chicos». Porque, francamente, lo más probable es que ¡no las tenga!

—Quizá, para variar —le digo a Sievers—, estaría bien que se leyese antes la solicitud.

Sievers se vuelve hacia mí con la cabeza echada hacia atrás, como si le hubiese dado una bofetada; sus ojos, abiertos de par en par, parecen estar diciendo: «Cómo te atreves».

—Para que conste, señoría —suelta con las mejillas rojas—, ¡el abogado acaba de atacar a un funcionario de este tribunal! Acaba de atacarme abiertamente. Desconozco lo que pueda sentir por ese joven, ni siquiera voy a entrar en eso, ni por qué está poniendo en riesgo su reputación en este caso, ¡pero su ataque al departamento está totalmente fuera de lugar!

Sopeso la idea de agarrar a Sievers por la cabeza y aplastar ese tierno recipiente de sesos contra la mesa, pero opto por fijar la mirada en el juez Ericson, allí arriba, en el estrado, con su toga negra, un hombre de sesenta y tantos años, de pelo entrecano, papada generosa y anodinamente seguro de sí mismo, de esa forma anodina e imperturbable de quien percibe el mundo como un lugar más o menos predecible.

—Estaría fuera de lugar —digo—, si no fuera cierto.

—¡Esto es indignante! —exclama Sievers casi gritando.

—Está bien, está bien —media Ericson—. Ya basta, cálmense los dos, es solo un caso, por el amor de Dios. —Se quita las gafas cuadradas sin montura y cierra los ojos. Se reclina en la silla y se frota la frente—. Señor Fischer —dice tras una pausa en la que su voz adquiere ese tono deliberativo, fruto de miles de decisiones tomadas desde el estrado—, aprecio su sinceridad. Tiene razón en que nunca he tenido motivos para cuestionar sus representaciones. Tomo debida nota del afán con que defiende a su cliente. Sin embargo, el demandado no ha comparecido en su audiencia definitiva, lo cual no me deja más opción que aceptar la moción del departamento, y de este modo, para que conste en acta… —Abre los ojos, se vuelve a poner las gafas y mira la página que tiene

delante—. Este tribunal emite una orden definitiva de deportación de Vasel Marku de Estados Unidos y traslado a Albania, siendo dicha orden susceptible de ser anulada mediante la correspondiente solicitud.

Se inclina hacia delante y apaga la grabadora.

—Ahora bien —dice, y nos mira a los dos—, a pesar de la visión aparentemente prejuiciosa del señor Sievers con respecto a las solicitudes de homosexuales, hasta donde yo sé, su cliente está atrapado en un autobús interurbano. Así que si puede traerlo aquí antes de las cinco de la tarde, podrá presentar una petición de reconsideración. Y eso es todo, caballeros. Que tengan una feliz tarde.

Sale por la puerta que hay detrás de la secretaria y oigo a Sievers decir: «Ándate con ojo, Fischer; la próxima vez, te crucifico», pero me está hablando a la espalda y yo estoy llegando ya a la salida.

El metro 5 dirección norte no lleva muchos pasajeros a esta hora del día y avanza a una velocidad poco común; el conductor, por fortuna, parece tener prisa y se lanza al túnel con decisión y arrojo. Después de la calle Ochenta y Seis no queda casi nadie, salvo algunos operarios de mantenimiento con chalecos reflectantes en un extremo del vagón. Se apean unas paradas más tarde, y entonces el tren se adentra en las vías elevadas y la luz inunda las ventanillas y cierro los ojos para contener las náuseas durante lo que parece ser una eternidad hasta que volvemos a sumergirnos bajo tierra y llegamos por fin a la estación de Pelham Parkway.

Tras dirigir mis pasos dirección sur a lo largo de la mediana arbolada, empiezan a aparecer en el barrio las banderas albanesas, el águila bicéfala negra sobre un fondo rojo sangre: pegatinas en las lunas traseras de los coches, en las señales de tráfico y en las puertas de las tiendas, y otra en la calle principal, en el capó de un Hummer.

Vasel no llegó a facilitarme la dirección del camarero. La de Artea es la única que tengo. Un edificio de ladrillo marrón de seis plantas idéntico a todos los demás de la manzana. Entro en el vestíbulo y llamo dos veces al porterillo, espero y llamo dos veces más mientras apoyo la otra mano en la pared. Como no oigo nada, pruebo con los de al lado hasta que el altavoz se activa y digo:

—Necesito hablar con Artea. ¿Conoce a Vasel Marku?

Pero no llega ninguna respuesta, ninguna voz distorsionada siquiera, como si la máquina se hubiese activado sola con el único fin de demostrar que no había nadie en casa. Salgo a la acera y enfilo la calle en dirección al área comercial. En la esquina hay una tienda de comestibles, una pescadería, una pizzería. Enfrente, una tienda de todo a un dólar, una farmacia. Acerco las manos al escaparate de la pizzería y veo a cuatro hombres en el fondo comiendo bajo un retrato en blanco y negro de la Madre Teresa, todos de pelo oscuro, cincuentones, corpulentos, todos capataces de obra a juzgar por su aspecto, con portapapeles en los bancos de al lado pero sin polvo en sus uniformes Carhartts, todos lo bastante mayores como para ser el padre de Vasel; ninguno de ellos está hablando, ninguno de ellos pronuncia siquiera una palabra. Vasel quiere decir lo que pasó. Lo sé. Para poder quedarse aquí, sí, pero por algo más, para poder decir la verdad y que lo crean. Pero piensa que no lo van a creer, así que vuelve a fingir. Que nada de esto importa, que nada de esto existe, que si no mira, la verdad no estará ahí.

Me acuerdo de los tíos de Artea. De la tienda de verduras. Encuentro una un par de manzanas más abajo, Self-Service Dodaj. Hay cajas de frutas en la entrada. Una mujerona con uniforme blanco detrás del mostrador. Al fondo, dos adolescentes, también con uniformes blancos, clasificando bandejas de patatas.

Como no tenga cuidado, me voy a marear. Una anciana apoyada en un carrito con ruedas delibera sobre las lechugas. Un hombre con barba y traje gris sale de la parte de atrás hablando por el móvil. Hace señas a los chavales, que dejan de hacer lo que están

haciendo y desaparecen por la puerta por la que ha salido el hombre.

—Disculpe, señor, disculpe —le digo.

—Sí. ¿Qué necesita?

Las luces fluorescentes son casi cegadoras.

—Hay un joven —le digo—. Un joven al que necesito encontrar. —Y entonces extiendo el brazo hacia la pila de frutas para mantenerme en pie, pero las frutas ceden y salen desperdigadas y yo me caigo hacia el hombre y me desplomo en el suelo de linóleo, donde todo empieza a dar vueltas: una atracción de feria no apta para estómagos sensibles.

III

El sendero es tierra, es guijarros, es sombras de hojas en movimiento. Es bosque a un lado y lago al otro. Es insectos que corretean ingrávidos por la orilla. Delante de mí, Jared fustiga la maleza con un palo, las fechas de una gira de los Smiths colonizan la espalda de su camiseta. Sus vaqueros le abrazan los muslos. El espíritu de Dios, predica mi madre, reside en la belleza del mundo y en la belleza de la forma humana, no nos niega estos placeres, pero, por supuesto, mi madre no se refiere a la belleza de Jared: Dios en el movimiento de sus piernas, en las proporciones de sus brazos. Dios no creó a Jared para que yo lo deseara, ni siquiera lo creó, y yo ni siquiera creo en Dios, pero le doy las gracias de todos modos, le agradezco que Jared me brinde de nuevo el goce de su compañía, que me permita seguirlo por este sendero, tierra y guijarros y ahora también agujas de pino blandas y secas entre las raíces expuestas de los árboles. Atardecer de agosto, todavía queda luz. Camino unos metros detrás de él, lo bastante cerca para apreciar el vello suave y rubio de sus pantorrillas y los bordes manchados de sus Converse. El sendero traza una curva y aparece el lago frente a nosotros, los rayos de un sol poniente se extienden sobre las aguas, y luego el sendero vuelve a internarse en el bosque y todo es sombra y zumbido de insectos y motitas de luz sobre los hombros de Jared.

Cuando llegamos a la pequeña ensenada, se sienta junto a un árbol caído y se enciende un porro; no me pregunta si quiero una calada, simplemente me lo ofrece. Sujeto el papel enrollado bajo la piel húmeda de su pulgar e índice. Ahí está la tierra arenosa, a sus pies. Ahí están sus rodillas blancas, desnudas. El palo con el que azotaba la maleza descansa sobre el pliegue de sus caderas.

Mi padre murió hace dos días. A última hora de la tarde, con el aire acondicionado encendido, las persianas bajadas, los ojos cerrados y mi madre de pie junto a la cama, cogiéndole la mano y

mirándolo, casi impasible. La enfermera nos había llamado una hora antes, cuando su cuerpo empezó a convulsionar, y Liz y yo nos pegamos a la pared mientras la enfermera intentaba estabilizarle el brazo para administrarle más fármacos y, como no podía, Liz la ayudó y le sujetó la muñeca, y yo pensé: «Mi madre debería estar haciendo eso, no ella», pero mi madre no se movió del sitio, se quedó al otro lado de la cama, siempre la sacerdotisa, nunca la doctora. Una vez que le administró la morfina, el cuerpo de mi padre se quedó inmóvil, con la mandíbula colgando, y lo único que tenía que hacer la enfermera en el tiempo que quedaba era humedecerle la lengua con un bastoncillo cada pocos minutos para que no se le secase la boca y evitar que le doliese. Cuando su respiración se interrumpió al fin, mi madre le cogió la mano un poco más y luego la puso suavemente sobre la cama, nos hizo un gesto a los dos con la cabeza y salió al pasillo para llamar a la funeraria. El cuerpo de mi padre desapareció al cabo de una hora.

Después, Liz y yo nos sentamos en los escalones de atrás. Mi hermana se fumó un cigarro y nos quedamos mirando la hierba crecida y me dijo que quería irse a vivir lejos. Yo no soportaba estar allí ni un segundo más. Rodeé la casa por fuera y salí a la calle, pasé por delante de otros porches y tomé el desvío que llevaba al centro. Quería ir a casa de Jared, aporrear la puerta y obligarlo a salir, pero no lo hice. Seguí por el cruce principal, dejé atrás el ayuntamiento, la biblioteca y la iglesia de mi madre, y luego continué por la ruta que mi padre solía tomar para ir al trabajo.

No fue hasta la noche siguiente que llamé a Jared y le dejé un mensaje contándole lo que había pasado. Y hoy, por fin, me ha devuelto la llamada.

Ahora sus omóplatos se separan al apoyar los hombros en el tronco del árbol. Su garganta se elonga cuando inclina la cabeza hacia atrás. El roce de sus dedos cuando nos pasamos el porro. Desde que me recogió en su coche, apenas hemos dicho nada.

—¿Dónde estabas? —le pregunto, aún de pie junto a él—. Hace dos días.

—¿Qué quieres decir? —dice, su cuerpo extendido frente a mí.

—Te estoy preguntando dónde estabas la tarde que murió mi padre.

—No sé, por ahí. ¿Por qué?

—Porque lo mataste tú —le digo. Y cuando lo digo, lo digo en serio.

—Estás loco.

Me acerco para coger el palo de su regazo, y él baja el brazo intentando cogerlo primero, pero no llega a tiempo, lo tengo yo, y lo blando por encima de él, listo para golpear.

—¿Qué coño haces? —dice esquivando el golpe inminente. Nunca me había prestado tanta atención. Ni cuando miraba fijamente a la cámara, ni en su cuarto, nunca—. Tienes que calmarte de una puta vez.

La sangre me retumba en los oídos. La cara me arde. Agarro el palo con la otra mano y lo parto sobre mi rodilla, luego me doy la vuelta y arrojo los trozos al lago.

El sol tarda una eternidad en desaparecer. Me siento con las piernas cruzadas, un poco apartado, sobre las agujas de los pinos, y contemplo cómo se extingue. Jared ha cerrado los ojos. La parte inferior de las nubes se torna rosa, luego gris.

Al cabo de un rato, Jared se levanta, se quita las zapatillas y la camiseta y se mete en el agua. Observo su espalda, la curvatura en forma de arco. Vadea un poco más y se zambulle.

Cuando me acerco a la orilla, el agua está negra y templada, tiene la misma temperatura que el aire, mi piel casi no nota nada. Sumerjo la cabeza y dejo que el lago me envuelva. Jared está más lejos. Solo veo su movimiento y nado en esa dirección. Nos quedamos cerca de la orilla durante un rato, luego él se da media vuelta y empieza a nadar hacia el centro del lago y yo lo sigo, primero a crol, luego a espalda, cambiando de un estilo a otro. Entonces él se detiene y yo sigo nadando, le rozo el estómago con el

brazo al pasar a su lado y luego dejo caer las piernas y me quedo chapoteando, de cara a él y a la orilla.

Se hace el muerto boca arriba y arquea el cuello, mirando hacia el cielo cada vez más oscuro.

—Estás loco —repite—. Lo sabes, ¿verdad?

Comienza a trazar un arco moviendo lentamente los brazos, como un ángel de nieve sobre la superficie del agua.

—Dejaste de llamarme. Después de esa noche con Brett. Te dejé un montón de mensajes. Fui a tu casa.

—Ya —dice—. Mi madre me lo dijo. Era todo muy raro. No sé, me pareció mejor dejar pasar un tiempo y que las cosas se calmaran.

Quiero ponerme furioso, decirle que es un cabrón, que no tiene ni idea de lo cruel que ha sido, pero su presencia amansa mi ira y lo único que siento es anhelo.

—¿Eso significa que sigue siendo raro? —pregunto.

—Supongo que no —dice sin dejar de mover los brazos—. Además, seguro que Brett pensó que estaba alucinando o algo cuando nos vio.

Cuando «nos» vio. Es la primera vez que habla de «nosotros» en plural. Mis piernas baten más rápido, la parte superior de mis hombros sobresale de la superficie. No hay nada, salvo oscuridad y agua. Salvo «nosotros». No hay orillas ni gravedad. Los dos nadando en el silencio de la noche. Estoy empalmado y prácticamente desnudo y de repente me siento más vivo que nunca.

—¿Te gusto? —pregunto.

Jared se endereza en el agua para mirarme.

—¿Qué quieres decir?

Necesito ver su expresión, pero es imposible con esta luz.

—Ya sabes —le digo—. ¿Te gusto?

—Claro —responde—. ¿Por qué no ibas a gustarme? —Respira hondo y se zambulle. Un momento después, una corriente de agua me acaricia el abdomen cuando Jared pasa buceando junto a mí. Transcurren muchos segundos antes de que lo oiga salir de nuevo a la superficie, en dirección a la ensenada.

Él llega primero a la orilla. En la penumbra, lo veo crecer con cada paso que da fuera del agua. Luego se quita los pantalones cortos y los escurre, ahora solo lleva los slips blancos, empapados. Me acerco hasta que nuestros brazos casi se rozan.

Una vez que se ponga la ropa y nos vayamos de aquí y regresemos al mundo, este momento dejará de existir, igual que todos los momentos anteriores con él. A menos que yo haga algo. Me pongo delante, inclino la cabeza, cierro los ojos y rozo sus labios con los míos. Están fríos, pero son más suaves de lo que había imaginado.

Cuando echo la cabeza hacia atrás y abro los ojos, digo:

—Llevo queriendo hacer esto desde siempre.

—¿Por qué? —dice con un temblor en la voz que no había oído antes.

—Porque te quiero.

—No, no me quieres —replica—. Solo crees que soy guay. Y te parezco guapo y eso.

—No, no es verdad. —Alargo la mano, le acaricio suavemente la nuca y vuelvo a acercar mis labios a los suyos. Su cuerpo se queda inmóvil. Pero entonces sus labios se abren y siento por fin el calor de su boca. Sitúa una mano en el centro de mi pecho. Abro más los labios y saboreo el lago en su lengua. Y entonces nos besamos, es lo que está ocurriendo, mi bote salvavidas.

Siento la firmeza de su mano sobre mi pecho mientras con la otra me sujeta el brazo. Me acero a la presión, y él también, su erección contra mi vientre, la mía contra el suyo. Entonces sus labios se separan y su mano me presiona el pecho con algo más que firmeza, me está empujando hacia atrás, y tengo que agarrarme a su brazo y tirar de él para mantenerme en pie. De repente, los dos perdemos el equilibrio y caemos juntos a la orilla, sobre la arena rocosa, mi codo aterriza primero, las piedras me rasguñan la espalda, y él cae encima de mí, no deja de gritar: «Suéltame, suéltame», y empezamos a forcejear, retorciéndonos, enredados, hasta que consigue ponerse de rodillas y se sienta a horcajadas encima de mí,

sobre mi pecho. Intenta inmovilizarme sujetándome las muñecas bajo el agua, así que tengo que estirar el cuello para mantener la cabeza a flote. Le golpeo la espalda con las rodillas, me zarandeo, intento zafarme. Cuando me suelta la muñeca, levanto el brazo y lo agarro por el cuello. Acto seguido, lo empujo hacia un lado con toda la fuerza de mi cuerpo.

Su cabeza, cuando impacta en el suelo, suena como el oleaje chocando con las rocas. Un golpe sordo. Todo su cuerpo se paraliza. Un instante después, sus brazos sufren un espasmo, hay agua salpicando por todas partes, después sacude las piernas, agita todos los miembros de una forma antinatural. Y luego, con la misma rapidez, todo se detiene, sus miembros recobran la normalidad y se incorpora, se lleva la mano a la nuca y esboza una mueca de dolor.

Me acerco para echarle una mano, pero me hace señas para que no lo haga. Treinta segundos, un minuto, varios minutos, no lo sé. Pasa algún tiempo. Los dos nos quedamos allí, en el agua, las pequeñas olas del lago lamen las espinillas magulladas de Jared.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Pero no contesta.

Un rato después se levanta y da unos pasos hacia la orilla, tambaleándose, como si estuviese borracho, aún con la ropa interior puesta. Llega hasta el tronco caído donde dejó la camiseta y las zapatillas y se sienta de nuevo en el suelo, frente a él.

—Jared —le digo mientras me acerco a él—, ¿estás bien?

Sigue sin contestar, no sé si porque no me oye o porque está muy cabreado.

—¡Di algo! —digo casi a gritos.

Coge una zapatilla, se la pone en el pie equivocado, luego en el correcto y se ata los cordones a conciencia.

—¿Como qué? —dice.

Finalmente se levanta, se pone los pantalones cortos y la camiseta y empieza a caminar en dirección al sendero. Cojo mis cosas y voy tras él, descalzo. Vamos despacio. Es difícil distinguir el

camino en la oscuridad. La tierra, los guijarros y las agujas de pino son casi invisibles, solo texturas que me pinchan los pies.

Cuando entramos en el coche y se enciende la luz del techo, Jared se pasa una mano por la nuca y vemos que tiene sangre en los dedos.

—Genial —dice. Busca con la mano en el asiento trasero, encuentra una camiseta vieja y se limpia la parte posterior de la cabeza, manchando de rojo el algodón blanco.

—Mejor llevo yo el coche —me ofrezco.

Pero no contesta. Arranca el motor y nos ponemos en marcha.

Empiezo a temblar. Un temblor que comienza en el pecho y se extiende a las entrañas y luego a la mandíbula y entonces parece que me tiemblan todos los músculos del cuerpo. Empieza a llover, pero Jared no activa el limpiaparabrisas. Me acerco a él para activarlo yo. Doy por hecho que me va a apartar la mano, pero no lo hace. Ni siquiera parece darse cuenta.

Al llegar a la rectoría, detiene el coche y deja el motor encendido, sin mirarme, sin pronunciar palabra. Vuelve a palparse la nuca con la camiseta. La hemorragia parece haberse detenido.

—Deberías entrar —digo—. Para limpiarte bien eso. De verdad.

Abre la puerta, se asoma y vomita en el camino de acceso. Luego cierra de nuevo la puerta y se limpia con el antebrazo.

—¿Qué coño ha sido eso? —dice.

—Lo digo en serio —insisto—. Entra.

—No. Y sal del coche ya.

Ris-ras, ris-ras, araña que te araña detrás de la puerta de la vecina. Y como nadie lo saca, el perro deja escapar un ladrido, uno solo, extraño, como un grito. Sigue sin venir nadie. Entonces empiezan los ladridos de verdad. Guau-guau, guau-guau, guau-guau, ris-ras, la desesperación se apodera de mí, la incesante lucha del animal por huir está condenada a la futilidad y al agotamiento.

Antes no le daba importancia a este ruido. Era algo externo a mí, proveniente del apartamento del final del pasillo. Una distracción como cualquier otra que mi voluntad de trabajo conseguía neutralizar. Sin embargo, tumbado en mi dormitorio, a oscuras, en esta espiral del vértigo, no puedo obviarlo. Se me cuela por las sienes, me resuena en la cabeza y en el pecho de tal modo que parece estar generándose dentro de mí; la distancia entre el perro y yo se reduce a nada.

Hasta que, al fin, cesa. Entonces, si me quedo muy quieto y respiro con suavidad, el movimiento arremolinado de la habitación se va calmando, como un hilito de agua que se escurre, casi imperceptible, por el sumidero. Y me quedo flotando un rato más o menos en paz. Desancorado, sin ofrecer resistencia. Hasta que tengo que levantarme para ir al baño o hasta que los arañazos de la puerta se reanudan, y la velocidad del remolino se acelera de nuevo hasta provocarme náuseas.

No hay duda de que funciona. Las pastillas que el médico me recetó ayudan, pero no demasiado. Entre tambaleos, voy de la cama al baño y del baño a la cama; únicamente como algo cuando el hambre es peor que las arcadas que le siguen. El sueño, cuando llega, tampoco arregla mucho la cosa. Doy vueltas más rápido todavía, un centrifugado en la oscuridad, hasta que me despierto agarrado al colchón para no caerme.

—Siento que estés tan mal —me dice Monica en un tono estudiadamente neutral cuando me llama para hablar de mis clientes. Phoebe ya me ha dicho que los casos no pueden esperar a mi regreso y que, de momento, lo mejor es una baja. Dudo si preguntarle a Monica por Vasel, pero al final le pregunto y me dice que no ha habido ningún contacto. En cualquier caso, ella no ha llamado para hablar de él. Oigo sus palabras, pero es como si estuviesen dirigidas a otra persona, a algún conocido común que, por una cuestión de decoro, sigo fingiendo ser yo. En cuanto cuelga, las palabras y su destinatario parecen desaparecer.

En los momentos en que mirar una pantalla no me irrita los ojos, compruebo los mensajes. Pero no hay ninguno de Vasel.

Al cuarto día, soy capaz de sentarme erguido en el sofá. Lo cual es peor. En la cama estaba simplemente enfermo. Pero aquí, en el salón, incapaz de concentrarme, estoy atrapado en un limbo terrible, en mitad de todos estos muebles que no solo se me antojan abigarrados, sino ajenos, como si no fuesen míos. Como si hubiese vivido durante años en el decorado de una obra de teatro. Y ahora la función ha terminado y la sala está vacía.

Actuar. Esa es una de las cosas que hacíamos juntos. Jared y Stephanie y Brett y yo. En esas producciones de secundaria. Nuestro profesor era un tipo excéntrico y absurdamente ambicioso, teniendo en cuenta la materia prima de la que disponía. Una vez hicimos una versión abreviada de *El rey Lear.* Nos aprendimos los diálogos de milagro. Y la primera vez que Stephanie usó kétchup como sangre para sacarle los ojos a Jared nos dio un ataque de risa a todos.

Consigo llegar a la tienda, me desplazo por los pasillos como un convaleciente, me pesan las extremidades y todavía me noto mareado. Cuando vuelvo a mi edificio, la vecina del final del pasillo está en el vestíbulo, con el carrito de la compra medio lleno y el pequeño *schnauzer* gris sujeto mediante una correa plateada. No es tan mayor, pero se encorva como si lo fuese, con los hombros rotados hacia delante, como protegiéndose de un golpe inminente. Me meto en el ascensor con ella, no me mira ni dice nada mientras

subimos. Es el perro el que me observa con recelo. En el vestíbulo nos separamos y los dos vuelven a encerrarse tras la puerta del fondo.

Ahora, el silencio en el apartamento es absoluto, una especie de sustancia propia, un ser extraño que lleva toda la vida al acecho, esperando a que yo lo descubriese.

Aquella noche, después de que Jared me dejase en la rectoría y se marchara, yo seguía temblando. Dentro de la casa estaba todo apagado. Atravesé el vestíbulo y el salón en penumbra, buscando a mi madre. La vi en su despacho, de espaldas a mí, junto a la ventana de guillotina abierta, mirando hacia el camino de acceso. Había visto a Jared dejarme, había oído abrirse la puerta principal. Pero no se volvió para mirarme. Simplemente se quedó allí, su silueta recortándose contra el cristal salpicado de la lluvia que acababa de caer, el frescor nocturno colándose a través de la mosquitera, inundando la oscuridad que nos separaba.

—Tu abuela —dijo al fin— ha llamado esta tarde. Me ha dicho que quiere que el funeral de tu padre se celebre en la iglesia familiar de Saint Paul. También quiere que lo entierren allí. Eso es lo que él habría elegido, según ella. No me parece una petición muy razonable, la verdad.

—Mamá —dije—, le he hecho daño a Jared. Creo que está mal.

—Así que, mañana por la mañana —continuó—, tendremos que hablarlo entre Liz, tú y yo, y ver qué es lo que queréis. Dónde os gustaría que lo enterrasen. Si el hecho de que esté cerca es importante para vosotros. Para algunas personas sí lo es. Para otras, no tanto. En cuanto al funeral, le he dicho a tu abuela que no. La misa será aquí. Ella puede hacer un acto conmemorativo si quiere. Pero el funeral será en mi iglesia.

—Lo digo en serio —insistí—. Estaba sangrando.

—¿De qué hablas? —me preguntó.

—Nos hemos peleado. Le he hecho daño.

Encendió la lámpara de la mesa que tenía al lado y se dio al fin media vuelta. Al verme, se acercó y me pasó los dedos por el cuello,

a lo largo de la zona amoratada.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te ha hecho daño ese chico?

—No me estás escuchando —le reproché.

—¡Te he hecho una pregunta! —gritó, su voz salvaje, irrefrenable, un tono extremo que solo había usado con mi padre, el sonido de la exasperación absoluta, de no tener espacio para nada más—. ¿Te ha hecho daño?

Al instante, mis temblores cesaron. Seguía teniendo frío, mucho frío. Pero cualquier indicio de movimiento dentro de mí se detuvo.

—No —contesté.

Sus dedos, aparentemente desvinculados de su mente, me acariciaron el brazo, palpando los arañazos que las piedras habían dejado en mi piel.

—Te has puesto perdido —me dijo en un tono de tranquilidad absoluta, como si no hubiese levantado la voz hacía unos segundos—. Anda, date un baño. Límpiate bien. Y luego, a descansar. Todos necesitamos descansar.

A la mañana siguiente, por primera vez desde que éramos niños, mi madre nos hizo tortitas. No le faltó ni un solo ingrediente: fruta fresca cortada en un bol, sirope caliente, azúcar glas, nata recién montada. Pero no se sentó con nosotros. Se quedó junto a los fogones, mirando.

Sentada a la mesa, frente a mí, Liz estaba amontonando los ingredientes en su tortita.

—Papá debería morirse más a menudo —señaló.

Obviando la provocación de Liz, mi madre me preguntó por qué no comía. En lugar de contestarle, me puse a tirar de un hilo suelto del mantel.

—La cuestión —continuó mi madre— es si queréis que lo entierren cerca para poder visitarlo, una lápida y todo eso. Si es lo que queréis, no hay más que hablar, aunque quién sabe dónde estaréis en el futuro.

Iba vestida más alegremente que de costumbre, con alpargatas y pantalones blancos de algodón y una camisa Oxford azul cielo, de hombre, remangada hasta los codos, como si estuviese a punto de salir a navegar en un velero.

—¿Qué tal un mausoleo de esos? —sugirió Liz—. Con un templo de piedra y una puerta negra gigante, y gárgolas.

Cuando el teléfono que colgaba en la pared de la encimera sonó, salté de la mesa para cogerlo.

—¡Peter! —sollozó una voz. Era Stephanie—. ¡Peter! —gritó—. Jared… ha muerto.

Más palabras, otras palabras, muchas, salieron de ella y me llegaron a los oídos, pero no las oí. Otro ruido las bloqueó, un revoloteo fuerte y caótico, como un pájaro gigante batiendo sus alas.

Me quedé mirando la encimera, la formica blanca. Al lado de la mano que me sostenía en pie —mi mano— había una tenue marca circular, alguna cacerola caliente que algún ministro de la iglesia o algún miembro de su familia debió de apoyar justo ahí, provocando que el material se levantase un poco. Salvando esto, la superficie de la encimera y sus bordes brillantes de acero estaban intactos.

—En cuanto a mí —dijo mi madre mientras yo me giraba para mirarla de frente—, creo que lo importante es el recuerdo. Los lugares a los que volvemos, que asociamos con las personas, y lo que sentimos cuando estamos allí. Más que unas cuantas palabras cinceladas en piedra. Pero él era vuestro padre, y se hará lo que vosotros queráis.

Cuando se percató de mi mirada fulminante, se puso derecha e inclinó la cabeza, como intentado escuchar un sonido casi imperceptible.

—No se despertó —dijo Stephanie al otro lado de la línea—. No se despertó.

Mis ojos se posaron en la mesa, en el plato de mi hermana. En el brillo húmedo de la piel granulada de las fresas y en la profusión de nata blanca y esponjosa.

—¿Hablabas con él? —preguntó Stephanie entre lágrimas—. Hace mucho que no te veo.

Fue entonces cuando el batir de las alas del pájaro, que no había cesado en mis oídos, se detuvo, y todo quedó en silencio, y nada de lo que veían mis ojos parecía tener sentido. Aparté el auricular de la oreja, lo colgué en la pared y salí corriendo de la cocina. No sabía adónde ir. Sin darme cuenta, me dirigí al despacho de mi madre y me acerqué a una de las ventanas, la que tenía el alféizar repleto de viejos libros de bolsillo.

—¿Qué demonios pasa? —dijo mi madre, entrando detrás de mí—. ¿Quién era?

—¡Te lo dije! Te lo dije anoche, ¡y no me escuchaste! Y eso es lo que pasa: lo he matado, está muerto.

Cerró la puerta tras de sí y apoyó la espalda en ella. Y entonces se lo conté todo atropelladamente: las fotos que yo tomaba de Jared, lo que hacíamos en su cuarto, cuando nos pillaron, que la noche anterior había intentado besarle, que nos habíamos peleado… Todo, mientras ella me escuchaba con el rostro empalidecido.

Cuando me detuve, cruzó la habitación, abrió los brazos y me atrajo hacia su pecho.

—Ay, cariño —dijo—, cariño mío. —Me cogió por la nuca y me acercó la cara a su hombro—. Qué horror. Para ti y para la madre de ese pobre chico. Pero escúchame —dijo abrazándome con fuerza, reduciendo su voz a un susurro y acercando sus labios a mi oído—: lo superarás, lo superarás. Pero ahora estás confuso. Es normal que lo estés. Es lo que pasa cuando muere alguien cercano a ti, que pierdes el norte. Te sientes culpable, imaginas cosas, es lo que le pasa a todo el mundo. Imaginan que es su culpa.

—No —repuse—. No me lo estoy imaginando. Lo hice yo. Fui yo.

—Escucha, escucha —dijo—. Estás en *shock,* es normal, cualquiera lo estaría. Son demasiadas cosas de pronto. Pero, Peter, tienes que entenderlo, tú nunca le harías daño a nadie de esa manera. Sabes que no. Tú nunca harías algo así.

Me abrazaba tan fuerte que me costaba respirar.

—Tienes que escucharme, Peter. Esto es muy importante. Porque si le dices a otra gente lo que me estás diciendo ahora, ellos también se van a confundir. Van a pensar que ha sido culpa tuya.

—¡Pero es verdad! —grité—. ¡Ha sido culpa mía!

—No, no —susurró—. No me lo creo. No puede ser.

El teléfono de Viriditas suena cuatro veces antes de que salte el contestador. En la grabación aparece la voz de mi madre. No oigo las palabras, solo el ritmo. Esa cadencia tranquila, pausada, reflexiva. Esa pátina de sabiduría que siempre cautivó a sus feligreses.

—Soy yo —digo después de la señal—. Peter.

Una vez que el autobús de la terminal de Port Authority sale de la ciudad, apoyo la cabeza en la ventanilla y me quedo dormido. Solo me despierto de vez en cuando por la sensación —no el recuerdo— que me dejan los sueños, y me vuelvo a dormir un momento después. En Albany hay que esperar un rato y hacer trasbordo. Vuelvo a cerrar los ojos pero no me duermo. Cuando los abro, hemos dejado la interestatal y estamos ya en Vermont, atravesando campos y granjas, divisando colinas a lo lejos.

Ya empieza a caer la tarde cuando llego al pueblo, que está a veinte minutos en taxi del centro de retiro. El conductor no necesita que le diga dónde está Viriditas, ya ha hecho ese trayecto muchas veces. Nos adentramos en las colinas por caminos densamente arbolados, el sol de junio aún tarda horas en ponerse en esta latitud septentrional, su luz jaspea las hojas y la hierba del arcén y el arroyo que discurre junto a la carretera; todo resulta muy agradable a la vista.

Próxima a la cima de la colina, la casa se asienta sobre un acantilado desnudo con vistas al valle. En el porche ajardinado, una mujer con camisa de cuadros y gorra de béisbol empuja un cortacésped alrededor de un gran árbol. Se detiene, para el motor y me mira mientras salgo del coche y saco el equipaje del maletero. No exhibe ese rictus beatífico que asocio con las adeptas de mi madre. Hay algo más duro en ella, más sospechoso. Pero cuando la saludo y le digo que soy el hijo de Ann, sonríe irónicamente, como satisfecha por mi aspecto —no tengo ni idea de por qué— y, a renglón seguido, se presenta como Jeanette.

—Conque tú eres Peter —dice—. He oído hablar mucho de ti.

Hace más frío que abajo, en el valle. El aire es tan fresco que parece una sustancia totalmente distinta de la atmósfera de la

ciudad. El aroma a hierba cortada me recuerda al jardín de la rectoría.

—Ann está meditando —dice—. Pero imagino que no te sorprende.

—No —le digo—, para nada.

—La verdad es que lleva todo el día meditando. Igual es porque venías.

No sé si pretendía ser mordaz o si solo especulaba en voz alta. ¿Me está advirtiendo de algo? ¿Me está culpando de ocasionar disturbios?

Mi primera visita también fue en verano. Recuerdo cajas por todas partes y montones de mujeres sonriendo con una especie de alivio continuo mientras pintaban, cocinaban y despejaban la parcela. Todo promesas, todo futuro. Y todo ajeno a Liz, a mí o a mi padre. En cuanto a la última vez que vine, francamente no la recuerdo. Aunque sé que el lugar está distinto. Hay un edificio nuevo entre el granero y la casa, esta es de un color diferente, y un prado ha reemplazado a los árboles de atrás. También aquí las cosas han seguido su curso. Mi madre ha estado viviendo una vida diferente, con gente que yo no conozco de nada. Como esta mujer, que a todas luces sabe algo acerca de mi visita que yo desconozco.

—Imagino que querrás entrar —dice, y aparca el cortacésped junto al árbol bajo el que nos encontramos. Me conduce hasta la puerta de la cocina, la abre y me invita a pasar.

Cuando la mujer que está junto al fregadero se vuelve para ver quién ha entrado, casi no reconozco a Clare. Bueno, sí. Reconozco a la mujer alta y robusta a la que Liz bautizó como la Druida, terrenal y fuerte, pero no tanto su piel grisácea ni los huesos marcados de su rostro. Sonríe y me mira con esa sorpresa templada y juiciosa que había olvidado, la adulta sin hijos que acoge al niño en su seno y, para mi asombro, se me acelera el pulso. Vuelvo a ser ese niño que quiere que ella se vaya.

—Dios mío —dice sin moverse del sitio—. Estás aquí de verdad.

—Tienes suerte —me dice Jeanette—. Clare cocina esta noche. Se le da mejor que a Ann.

—Ya ha probado mi comida otras veces —repone Clare—, así que dejemos que sea él quien juzgue esa cuestión. Pero gracias, Jeanette —añade con una cortesía artificiosa—. Es muy amable por tu parte. —La cocina es el doble de grande de lo que yo recordaba; la han ampliado y han puesto claraboyas y una pared acristalada. ¿Me lo había contado Liz? Probablemente sí.

Jeanette ya se ha ido, la puerta mosquitera golpea tras ella.

—Qué sorpresa cuando dijiste que venías —comenta Clare. Puede que haya envejecido, pero ese tono supuestamente neutro no ha cambiado: la defensa preventiva de la época de mi madre—. Bueno, ven que te enseñe dónde vas a dormir.

La sigo hasta el salón, donde veo el sofá gris tapizado de la rectoría y nuestra vieja alfombra trenzada.

—La última vez que estuviste aquí —dice mientras subimos las escaleras—, todavía utilizábamos la habitación de invitados para las huéspedes del centro. Pero ahora es solo para los amigos. Y para la familia, claro. Aquí es donde se quedan Liz y Norman. De hecho, creo que se dejó un monitor de esos para videojuegos. Norman se pasa el día jugando, es sorprendente, y más con la edad que tiene. Pero en fin, yo de esas cosas no entiendo.

Se aparta para dejarme entrar en la habitación. La alfombra azul claro, el papel pintado con motivos florales… Me viene un recuerdo difuso, al parecer es uno de los pocos espacios que no han reformado.

—Ann volverá para la cena —me informa—. Ha estado muy ocupada con un retiro, pero al menos hoy se lo ha podido tomar libre y ha estado en el estudio. Ahora que lo pienso, el estudio no estaba la última vez que viniste. Seguro que quiere enseñártelo.

Dejo la maleta en la cama y me giro hacia ella.

—Anda —dice—, me he olvidado de darte un abrazo.

Al principio no da un paso adelante ni abre los brazos. Espera a que yo me acerque a ella, nos inclinamos con torpeza y nos tocamos

los hombros. Huele a flores secas, a polvos de talco perfumados, y su cuerpo es más rígido de lo que parece, no es frágil —todavía—, pero ya no es la presencia firme e imponente que era en nuestra casa.

Cuando nos separamos, se aleja hacia la cómoda, sobre la que descansa una hilera de libros apoyados contra la pared. De encima de uno de ellos extrae una polilla disecada, le pellizca un ala con las uñas.

—Lo único que me gustaría mencionar —dice—, y tal vez no me corresponda a mí (aunque supongo que eso nunca me ha detenido), es que el hecho de que hayas estado tanto tiempo sin venir ha sido muy duro para Ann. Está encantada de que vengas, por supuesto, y quizá ella no te habría dicho nada, así que lo mismo me estoy metiendo en un jardín. La cuestión es que ella piensa mucho en ti, y ver que tú te alejas tanto de ella… En fin, puedes imaginarte cómo se ha sentido. —Deja caer la polilla en la papelera y se frota los dedos para sacudirse cualquier resto de detritus; el efecto de esta acción es el opuesto al de sus palabras y me deja la sensación no de que hayan pasado los años, sino de que el tiempo se ha detenido.

—Gracias por hacérmelo saber —le digo—. Puede que haya pasado un tiempo, pero pareces la misma.

—Vaya —dice ella—. ¿Te he ofendido?

—No. Pero he venido aquí para ver a mi madre, eso es todo.

—Por supuesto. Y lo harás. No te molesto más. Te dejo que te instales. —Dicho esto, sale por la puerta y la cierra tras de sí.

Me quito los zapatos y me tumbo en la cama. Cuando cierro los ojos siento un leve remolino en el centro de la cabeza que, unido al cansancio del viaje, me hace temer que vuelvan las náuseas. Descanso un rato y espero a que la sensación desaparezca.

Un poco más tarde, antes de bajar las escaleras, miro el correo por si hay algo que deba reenviar al despacho mientras estoy fuera, y veo un mensaje de Monica. No hay texto, solo un archivo adjunto. El juez Ericson ha emitido su decisión sobre el caso de Sandra Moya, y Monica lo ha escaneado y me lo ha enviado. Amplío la letra

pequeña y me voy desplazando hasta que llego a la última línea del resumen: «Se acepta la solicitud de asilo de la demandada procedente de Honduras».

Primero llega un alivio familiar: no la he cagado. Me he esforzado lo suficiente. He hecho bien mi trabajo. Pero cuando sigo leyendo el documento, la sensación se desvanece, y ni siquiera me imagino a Sandra, sino a Felipe. Me lo imagino en ese apartamento del Bronx que nunca he visto, en el dormitorio que comparte con su hermana pequeña, aplastado por la losa de la depresión, atenazado por un miedo que es incapaz de confrontar: el de perder a su madre y, con ella, todo. Un niño en el potro de tortura del Estado. Que Felipe sepa que no la perderá es un alivio de otro orden.

Sandra contesta al tercer tono de llamada.

—*Oh, qué bien* —dice cuando se lo cuento—. *Qué bien.*

Está sorprendida, desconcertada, pero también distraída por los niños que juegan de fondo y lo que parece ser un partido de béisbol a todo volumen en la tele.

Le digo que ahora puede obtener un número de la seguridad social, el permiso de conducir y, con el tiempo, la tarjeta de residencia. Y si quiere, algún día, la nacionalidad.

—*Sí, el permiso, eso es genial* —comenta—. Ahora estamos en Florida, todo está lejos.

Están en casa de su hermano Herman, me dice. No se está nada mal allí. Echa de menos Nueva York, a sus amigas, pero el apartamento era muy caro. Lo que pasa es que, en Florida, Felipe no está yendo al colegio y eso la preocupa.

—Pero se va a alegrar mucho cuando se entere —dice—. *Lleva mucho tiempo esperando esta noticia.* ¿Quién sabe? *Tal vez vuelva al colegio.* Puedo tener esperanzas, ¿no?

—Sí, claro que sí —digo.

Tal vez sea el teléfono, o los ruidos de la casa, o la forma en que parece estar escuchándome a mí y a los demás al mismo tiempo, pero me siento avergonzado de una forma que nunca he sentido en estos años, como si me estuviese extralimitando en mis funciones,

experimentando más alivio que ella. Está en mitad de una velada familiar, viviendo su vida, una vida que sigue adelante. Es mi mente la que se ha quedado atrapada en la casa de su padre, en aquel callejón de atrás que aparece en el relato que escribí con ella, donde su hermano yacía desnudo, muerto. Soy yo quien imagina, absurdamente, que esta noticia que le hago saber es la redención de aquel horror, de todo lo que ha sufrido. Y de todo lo que su hijo ha sufrido también. Como si las historias, al creerlas, pudiesen deshacer los hechos que en ellas se narran.

—*Lo siento* —dice—, tengo que irme. *Es usted una buena persona,* señor Peter. De verdad. *Muchas gracias.*

Según se acercaba a la casa después de meditar, Ann vio a Peter a través de las ventanas de la cocina y aceleró el paso de inmediato, como si quisiera alcanzarlo a tiempo (¿de qué?), perdiendo en un instante la circunspección alcanzada después de horas meditando. Pero pocos metros más adelante hizo lo que había aprendido a hacer: percibir las sensaciones mientras caminaba, los músculos de sus muslos y pantorrillas, la presión en la planta de un pie, y luego en la otra, y esta observación ordenada permitió que la agitación inicial la traspasara para salir después a la inmensidad de aquella tarde de principios de verano, anclándola lo suficiente al presente como para notar el frío del pomo metálico de la puerta trasera y el aire cálido de la cocina.

Y allí estaba él, su hijo, en la otra punta de la estancia, con la cara mucho más delgada de lo que ella recordaba. ¿Estaba enfermo? ¿Era eso lo que le había traído hasta aquí?

—Peter —dijo, y se acercó a él—. Has llegado.

Él se puso rígido al instante, más erguido —Ann había olvidado que era mucho más alto que ella—, una postura que repelía cualquier intento de abrazo. Así que apoyó una mano en su brazo. Llevaba una sudadera negra de tacto suave, unos vaqueros azul oscuro y unas zapatillas azules; a pesar de que parecía mucho mayor, le pareció que tenía un aire juvenil.

—Me alegro mucho de que estés aquí.

Él asintió con cortesía y cogió el vaso de agua de la encimera. No era solo la edad. Parecía confuso, como si no supiera muy bien dónde se encontraba.

—Al final ha venido en autobús —señaló Clare mientras buscaba ruidosamente un sacacorchos en el cajón—. ¿Qué tal la meditación? Le estaba diciendo a Peter que necesitas un descanso, tres días por lo menos, pero eres incapaz de separarte de las huéspedes.

—Clare, por favor.

—Bueno, es verdad —repuso Clare—. En fin. La cena está lista. Se me olvidaba, Peter, ¿quieres algo de beber?

—No, gracias.

Ann seguía observándolo. Nunca se había parecido tanto a su padre como ahora. Alrededor de los ojos, en la frente, ese rictus de concentración que era tan habitual en Richard. Como si su mente estuviese constantemente concentrada en un problema sin solución. Aunque Peter era muy distinto de su padre, era como si lo tuviese delante: la misma mirada de consternación, una mirada que casi había olvidado.

—Toma —dijo Clare entregándole la ensaladera y un plato con pan de ajo que Ann había llevado a la mesa.

Una vez sentados, Peter frente a ellas dos, Clare abrió la tapa del horno holandés y el vapor le empañó las gafas.

—Estofado de lentejas al curri —anunció—. El plato favorito de Ann, y hay de sobra.

—Gracias —dijo Peter mientras Clare le servía en el cuenco.

—No hay de qué.

Para asombro de Ann, Peter no comía más rápido que ellas. Él, que siempre devoraba los platos y repetía, estaba ahora haciendo pausas entre bocado y bocado, y por momentos no parecía del todo consciente de la comida que tenía delante.

—Esto ha cambiado bastante —dijo al cabo de un momento.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ann.

—Hay un edificio totalmente nuevo.

—Ya lo habías visto —dijo Ann—. Lleva aquí mucho tiempo. Seguro que lo has olvidado.

—No —corrigió Clare—. No estaba la última vez que vino.

—No creo —dijo Ann—. Pero da igual. Podemos dar una vuelta mañana por la mañana. Bueno, ¿y qué tal el trabajo? ¿Tienes muchos casos? ¿Cómo van?

Siguió una pausa larga, y Ann tuvo la inquietante sensación de que, a pesar de estar a un metro de distancia, Peter no había oído la

pregunta.

Finalmente, sin alzar la vista, sin el menor cambio de expresión, dijo:

—¿De verdad quieres saberlo?

Clare, que acababa de levantar su copa, volvió a dejarla en la mesa. Ann cogió la suya, bebió un sorbo para aclararse la garganta y se la llevó al pecho con las dos manos.

—Sí —dijo con brusquedad—. Quiero saberlo.

Peter levantó la vista y la miró por primera vez desde que entró en la casa.

—Bueno, oficialmente no estoy trabajando —expuso—. Oficialmente, porque me he puesto enfermo. Vértigo. No me pasaba desde que tenía dieciséis años. Tal vez lo recuerdes: «los mareíllos», así los llamabas tú. En fin, que oficialmente estoy de baja.

—Siento oír eso —dijo Ann soltando el vaso y deslizando la mano por la mesa, como si quisiera alcanzar la de Peter, pero este no se dio cuenta o fingió no darse cuenta y se echó hacia atrás, apartándose de ella.

—A mi hermana le dan vértigos de vez en cuando —intervino Clare—. Debe de ser terrible. —Ni Peter ni Ann dijeron una palabra al respecto. Clare continuó—: Inducidos por el estrés. Es que es muy nerviosa. Si no fuera tan fundamentalista, podría hacer algo más que rezar.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Ann—. ¿Sigues teniendo síntomas?

—Ya no tengo que estar tirado en la cama todo el día. Si eso es lo que estás preguntando.

Su agresividad era palpable, la disimulaba fatal. Igual que su padre. Esa causticidad a la que Richard se había doblegado durante la última etapa. Siempre que ella se lo señalaba, él decía que no, que no era verdad. Un viejo instinto pataleó en el interior de Ann, la tentación de expresar en voz alta la emoción no nombrada. Pero Clare tenía razón: decirle a la gente lo que sentía no funcionaba

nunca, aunque fuese verdad. Notó el impulso surgir, arder durante un instante y, por fortuna, desaparecer después.

—Me alegra oírlo —dijo—. Este sitio es perfecto si necesitas descansar. Para eso está, precisamente.

—Sí —añadió Clare—, somos como un *spa,* quitando todo lo que suele asociarse a esa palabra.

—Ya sabes lo que quiero decir —dijo Ann—. La gente suele dormir bien cuando está aquí.

—Eso es verdad —convino Clare, y empezó a recoger los platos a pesar de que todavía quedaba comida en ellos.

Ambas mujeres se pusieron de pie y pronto los sonidos de un cuchillo raspando la loza y del agua saliendo del grifo rompieron el silencio de la cocina.

—¿Y no pasa nada porque yo esté aquí? —preguntó Peter—. ¿Un hombre en Viriditas? —Tenía los brazos cruzados, la silla apartada de la mesa y una pierna sobre la otra.

—Lo dices como si no hubieras estado nunca —dijo Ann—. Sabes perfectamente que no hay ningún problema con eso. Norman ha venido muchas veces.

—Toma —dijo Clare ofreciéndole un trozo de tarta de arándanos—. De la tienda, pero es casera, recién hecha. —Luego les dijo a los dos que se fueran con el postre al salón y que ella prepararía el té.

Peter siguió a Ann y se encaramó al borde del sofá. Echó un vistazo al espacio, observando los sillones de madera clara, la tela negra descolorida del revistero, el tapiz del árbol con sus raíces colgado en la pared, encima de la repisa de la chimenea, todo tan familiar para Ann que le resultaba invisible. Sin embargo, a través de los ojos de su hijo, estaba empezando a disociarlos: las mesas y lámparas que Clare trajo con ella, el sofá y la alfombra de la rectoría, las obras de arte que habían adquirido en los años transcurridos desde entonces. Un ejercicio extrañamente alienante: disgregar de este modo sus posesiones. Pero, por supuesto, no era su propia alienación lo que sentía. La sorprendía que, después de tanto

tiempo, Peter siguiese experimentando la realidad física de aquel lugar con tanta distancia, como si los muebles hubiesen llegado ayer y no hacía dos décadas.

Luego le preguntó por el viaje, si había ido al médico por lo de los mareos, cuándo fue la última vez que habló con Liz, pero ninguna pregunta obtuvo más de dos o tres palabras como respuesta. Al final, Clare tomó el relevo y empezó a hablar del trabajo en el centro, de cómo había surgido la idea de una casa de reuniones y de las cosas que hacían allí, y a Ann le pareció que hacía mucho tiempo que no la oía hablar con tanto entusiasmo de su proyecto.

Cuando terminaron el postre y Clare volvió a la cocina para recoger, Ann acompañó a Peter a la habitación de invitados. Su maleta seguía encima de la cama. Empezó a deshacerla.

—Lo he dicho en serio —le dijo Ann vacilando en el umbral antes de darle las buenas noches—: me alegro de que estés aquí.

—Gracias —respondió él. Sacó un par de pantalones del revoltijo de ropa, los miró como si perteneciesen a otra persona y los dejó a un lado. Luego añadió—: No sabía que iba a venir. Hasta que lo supe. Llamé para hablar un rato y nada más, pero entonces oí tu voz en el contestador.

—Esa grabación es de hace siglos. No sé cómo pudiste entenderla siquiera.

—Se entiende perfectamente —dijo—. Es tu voz de sacerdotisa.

—Mmm, cariño —dijo—, eso suena un poco siniestro.

Dejó la maleta, se sentó en el borde de la cama y echó un vistazo a la habitación como había hecho con los objetos de abajo, como si la viese por primera vez.

—Antes he hablado con una clienta —dijo—. Una mujer de Honduras. Es de un pueblo que se llama Potrerillos. Lo busqué de nuevo, después de hablar, para ver si había fotos nuevas en internet. A veces hago eso cuando termina un caso. Te imaginas un lugar mucho tiempo, tratando de darle forma en tu mente, y luego deportan a la persona o le conceden el asilo, y ya no te lo imaginas,

no tienes tiempo. ¿Has estado alguna vez en Potrerillos? ¿En alguna de las misiones a las que ibas con Clare?

—No me suena ese nombre —respondió Ann—. Siempre íbamos al mismo pueblo. Ahora que lo pienso, teníamos una visión muy limitada del lugar. ¿Y esa mujer? ¿Qué tal le ha ido?

—Le han dado el asilo justo hoy.

—Eso es estupendo. Debes de estar muy contento.

—Es una buena noticia —dijo inexpresivamente—. Sobre todo para su hijo. Tenía miedo de perderla. No quería salir de la casa ni para ir al colegio.

—Cuando pienso en toda la gente a la que has ayudado…

—Por favor —interrumpió Peter—. No.

—¿No qué? —dijo ella con más fuerza de la que pretendía—. ¿No puedo admirar lo que haces, ni siquiera estando tan lejos?

Los ojos de Peter se abrieron de par en par, el labio superior se curvó hacia arriba, a punto de soltarle alguna réplica mordaz. Pero no salió nada, y un momento después se recostó en la cama y se llevó las manos al rostro.

—Lo siento —dijo Ann—. Sé que estás agotado. Necesitas descansar. Me voy ya.

Una nube baja cubría el valle y se cernía sobre la carretera y el campo que atravesaba. Al principio caminaron en silencio, cosa que a Ann le pareció bien, incluso conveniente, estar los dos juntos sin más, y a Peter también le pareció bien. Llevaba la misma sudadera y los mismos vaqueros que la noche anterior, lo que la hizo pensar que tal vez había dormido con ellos, aunque no iba a preguntárselo. Se limitó a observar cómo su hijo contemplaba la ladera, una vista que aparecía y desaparecía según entraban y salían de la niebla.

Caminaban a buen paso, el que siempre solían llevar —Richard también—, un ritmo que Ann se alegraba de poder mantener todavía. Pronto pasaron por delante de la casa de Gerry Connor, donde la serpiente enroscada de la bandera de Gadsen colgaba inerte de un poste erigido en mitad de varios vehículos muertos. Luego pasaron por el campo de cabras y el robledal que lindaba con su propiedad.

—¿Esta era la casa del tío ese? —preguntó Peter—. ¿El que os insultó nada más llegar?

—Sí, buena memoria —dijo Ann—. Y ha cumplido su palabra: no ha vuelto a hablar con ninguna de las dos desde entonces. Aunque Jeanette consiguió que le prestara la hormigonera cuando reconstruyó el cobertizo, así que supongo que es un avance.

—Esa mujer… vive aquí, ¿verdad? Parece que te conoce bastante bien.

—Sí, vive aquí —respondió Ann preguntándose qué muestra de complicidad entre ellas habría percibido.

Más adelante, en la granja de los Tibbett, las puertas de atrás estaban abiertas; el prado era una extensión de barro, pero no había vacas a la vista. En el tejado del viejo pajar, una lona se había soltado, dejando al descubierto varias tejas que faltaban, y la tela colgaba ociosa en el aire calmo. Después del prado llegaron al cruce,

donde Ann decidió no girar a la derecha, la ruta habitual que los llevaría de vuelta a casa a través del bosque; en vez de eso, optó por seguir recto, a lo largo de la cresta. Los campos llevaban semanas verdes, sirviendo de pasto a los animales.

Ann oyó un coche que se acercaba y reconoció el sonido del viejo Subaru de Roberta. El vehículo se detuvo al llegar a ellos, con la ventanilla bajada.

—Hola —gritó Roberta con esa sonrisa soleada que, después de tantos años, seguía reconfortando a Ann cada vez que la recibía—. Hombre, Peter. Cuánto tiempo sin verte. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias —respondió sin convicción, como si lo hubiese abordado un viejo pariente, que es lo que era Roberta en cierto modo.

—Es genial tenerte por aquí. No os molesto más, pero espero veros luego.

Ann saludó con la mano, Roberta sonrió de nuevo y se puso en marcha, tocando el claxon mientras avanzaba. La miraron irse, se dieron media vuelta y reanudaron la marcha.

La niebla de la ladera se estaba disipando, pero seguía siendo densa sobre el arroyo.

—Para que veas —dijo Ann—. Te echan de menos por aquí.

Peter tenía las manos en los bolsillos de los vaqueros. Ya no miraba a lo lejos, sino a la acera mojada que tenían delante.

—Ya, ya.

—Y yo —dijo Ann—. También te he echado de menos.

Como él no decía nada, Ann extendió la mano y la puso en el centro de su espalda, pero en cuanto Peter la sintió, se encogió, y Ann también, así que la apartó, sorprendida por la retracción instintiva de su hijo.

Entonces le vino a la mente el gesto torcido de Richard al ver a Peter en el instituto después de una obra de teatro, con el traje todavía puesto y la cara maquillada. Recordó la tensión en su boca cuando vio de cerca su rostro pintado; de hecho, Ann llegó a dudar por un momento del amor de Richard por su hijo.

Cuánto tiempo haría, se preguntó, que nadie lo tocaba.

Esperó a bajar la suave pendiente que daba paso a la parte boscosa antes de decir:

—Estoy segura de que no quieres hablar de eso, pero no puedo evitar preguntarme si estás con alguien.

Al igual que en la cena, dio por hecho que no la había oído, pues nada en su expresión indicaba que hubiese registrado la pregunta.

—¿Qué quieres que te diga? —dijo al fin.

—Nada. Solo lo que quieras compartir.

Después de otro silencio, Peter dijo:

—¿Sabes? Cuando le contaba a la gente que habías dejado a papá por una mujer, me preguntaban: «Entonces, ¿es más fácil con ella el hecho de ser gay?». Y yo nunca sabía qué responder. La pregunta les parecía obvia. Pero yo no entendía qué tenía que ver una cosa con la otra.

—Supongo que en realidad no llegamos a hablar de eso —dijo Ann—. En esos términos. Eras muy joven en ese momento.

—¿Es eso lo que piensas?

—No es que lo piense. Es que tenías quince, dieciséis años, estabas en el instituto.

Habían llegado al final del campo y estaban atravesando un tramo boscoso de la carretera.

Peter mantenía la mirada clavada en los árboles, lejos de Ann.

—Si me estás preguntando si tengo pareja, la respuesta es no.

—Siento oír eso —dijo Ann—. Sería una persona afortunada, quienquiera que fuese.

Al pie de la pendiente por la que habían descendido, la lluvia había formado charcos y tuvieron que separarse para pasar. Volvía a haber niebla y el aire era más fresco. Frescor y quietud. Ann siempre advertía la tranquilidad en sus paseos, y siempre se sentía agradecida por ella: ese perdón mudo para las tribulaciones de la mente.

—¿Piensas en Jared alguna vez? —preguntó Peter.

—¿Tu amigo Jared? Claro que pienso en él, de vez en cuando. Fue terrible lo que pasó.

La mirada que le dirigió en aquel momento iba mucho más allá de la consternación de la noche anterior. Era una mirada de incredulidad absoluta.

—¿Terrible? —dijo—. ¿Eso te pareció? ¿En serio?

—¿Qué quieres decir?

—Yo te creí. ¿No lo entiendes? Me dijiste que lo que pasó no pasó. Y te creí durante tanto tiempo que lo borré de mi memoria. Pero me mentiste. Me dijiste que no había hecho nada malo.

—Peter, no —dijo Ann—. Por favor, dime que no sigues preocupado por eso después de todos estos años.

—¿Qué dices? ¿Pero tú te estás oyendo? Me dijiste que mintiera. Eras la ministra de una iglesia y me dijiste que ocultara lo que había hecho.

Por una vez, Ann agradeció el chirriante ruido del tractor que dobló la esquina y comenzó a descender la pendiente que ellos estaban subiendo, con su chasis verde medio oxidado y el hijo adolescente de Jim Tibbett, con su gorra de béisbol y su chaqueta marrón, totalmente erguido, como si condujese el vehículo principal de alguna procesión sombría. Los saludó con la cabeza y se fijó en Peter al pasar lentamente junto a ellos.

Ann sabía que debía resistirse al impulso de escucharlo como si fuese una de las participantes del retiro, cuyas luchas internas intuía con más claridad que ellas mismas. Pero ¿cómo no iba a intentar aliviar la tensión de su propio hijo?

—Cariño —dijo cuando el ruido del tractor empezó a desvanecerse—, estás hablando de algo que ocurrió hace casi veinticinco años. Eras un niño. Acababas de perder a tu padre. Jared y tú os peleasteis. Me lo contaste tú mismo. Lo que pasó fue un accidente. No puedo creer que hayas estado torturándote por eso tanto tiempo.

—¡No he estado torturándome! —gritó—. ¿Es que no lo entiendes? Trabajar, eso es lo único que he hecho. La gente me

cuenta sus historias, yo intento demostrar que lo que me cuentan es cierto, y vuelta a empezar. Eso es todo.

—Eso no puede ser verdad —dijo Ann—. Estoy segura de que tu vida es mucho más que eso.

—Eres incapaz de escucharme, ¿verdad? Porque no lo soportas. Te estoy diciendo que no he pensado en Jared durante muchos, muchísimos años. No hasta que un joven entró en el despacho y empecé a indagar en su vida. —Al llegar a la cima de la pendiente, se detuvo, se volvió hacia ella y dijo—: Mentimos, tú y yo. Sé que la policía vino a casa, Liz me lo contó. Sé que hablaste con ellos. ¿Qué les dijiste? ¿Por qué nunca tuve que hablar con ellos?

A Ann le sorprendió lo joven que sonaba de pronto su voz, como si le hablase desde el pasado, como si una parte de él aún deambulara por los pasillos de la rectoría. Lo que ella recordaba de aquella época poseía escaso orden: Clare ayudándola a elegir un traje para el cuerpo de Richard, Liz colocada y comiendo naranjas en los escalones de atrás y, por supuesto, aquella llamada telefónica y Peter yendo a toda prisa a su despacho.

—Peter, ¿recuerdas lo que me dijiste aquella mañana? ¿Ese aluvión de palabras que salió de ti? Sobre Jared, sí. Pero también sobre tu padre. Una historia que te contó de cuando trabajaba en el bosque. Un hombre con el que se había peleado. Estabas muy angustiado con eso. Creías que se había enterado de lo tuyo con Jared. Y que por eso te contó la historia. ¿No lo recuerdas? Me dijiste que tu padre había muerto por culpa de lo que Jared y tú habíais hecho.

La incredulidad en el rostro de Peter se iba transformando a medida que ella hablaba, tanto hacia dentro como hacia fuera. Dejó de mirarla y empezó a caminar hacia la señal con el nombre del pueblo. Ann se recompuso y lo siguió. Dejaron atrás la entrada de la lechería, los depósitos azul oscuro para el grano y el prado donde parte del ganado se arracimaba junto a la alambrada, hasta que al fin Ann consiguió alcanzarlo.

—Lo estás haciendo otra vez —dijo Peter—. Intentas que todo desaparezca. Pero tú no estabas allí aquella noche, sino yo. Y no me creíste.

Una antigua rabia prendió en ella, una que solía albergar contra Richard —por su insistencia, su obstinación— y que ahora dirigía contra Peter. Y en el surgir de ese sentimiento, su propia vida pasó de repente delante de sus ojos: desde el día en que Richard se acercó a ella en el albergue juvenil de París hasta hoy, dando este paseo con el hijo que tuvieron. Y vio con más claridad que nunca lo profunda que era la brecha entre la persona inconsciente que había sido, casada con un hombre y criando a sus hijos, y la persona viva en la que se había convertido aquí, con Clare, Roberta y Jeanette. ¿Qué posibilidades habría tenido de conocer su propio deseo junto al torbellino de Richard, con lo pasional que era? Durante años pensó: «¿Cómo voy a culparlo de mi propia ignorancia de mis anhelos?». Quizá la educación o el patriarcado tuviesen la culpa. Pero la persona junto a la que se despertaba cada mañana, ese hombre devoto y trabajador… ¿Cómo iba a saber él lo que ella misma no supo durante años: que estar con una mujer sería como descubrir que tenía cuerpo? Y, sin embargo, le echó la culpa a él. Porque él la había idealizado. La había subido a un pedestal del que se negaba a bajarla, ni siquiera después de tener que trasladarse por el trabajo de ella a una ciudad, a un estado, donde él no quería vivir. Toda esa admiración… era irreprochable, hasta que comprendías lo que había detrás de ella: a menos que sigas siendo la persona de la que me enamoré, me estás traicionando.

¿Era eso mismo lo que Peter quería ahora? ¿Forzarla a volver a esa versión anterior para poder discutir con ella como la persona que había sido entonces?

Al doblar la curva, asomó el campanario de la iglesia congregacional seguido de un cielo nublado.

—Hay algo que necesito decirte —dijo Ann—. Sé que no veías con buenos ojos que yo estuviera con Clare. Ni que dejara nuestra casa y me mudara aquí. Lo entiendo. No te culpo por ello. Y no te culpo

por no venir más a verme, aunque me hubiera gustado. Pero esta es mi vida, la que he elegido. Y no es fácil decirte esto, pero ser madre, ser esposa, eso fue una parte de mi vida. Pero solo una parte, no toda. Es difícil de entender si no eres mujer, y mucho menos una mujer de mi edad. No basta con abrir la mente una vez, cortar las cadenas y sanseacabó. Tienes que hacerlo continuamente, durante años. Y lo siento, lo siento, por lo que eso haya podido ocasionarte cuando eras joven y yo estaba atrapada en todos esos cambios que intentaba emprender.

»Y tienes razón —siguió diciendo, todavía separados por un metro, pero caminando al mismo paso—. Yo no estuve allí aquella noche. No vi exactamente lo que pasó. Pero piensa por un momento en todo lo que me contaste aquella mañana, ese ataque de culpabilidad, lo de tu padre, y lo de que habías intimado con tu amigo, llorando porque decías que lo habías matado. ¿Qué madre en su sano juicio habría dicho: «Ah, pues nada, si tú lo dices, será verdad, venga, a la cárcel»? A tu padre ni siquiera lo habían enterrado todavía. Estabas muy nervioso, atravesado por el dolor, y tenías derecho a estarlo. No te dije que mintieras, Peter. Te dije que no eras un asesino. Porque no lo eras. Y no lo eres. Y le dije a la policía lo que había que decirle para que el mundo no te tomase por uno. Si eso es lo que me has echado en cara todo este tiempo, muy bien. Lo haría de nuevo. Por ti y, siendo sincera, por mí misma. Porque no solo tu vida habría quedado destrozada si hubiera permitido que tu sentimiento de culpa te venciera.

Ann había apretado el paso mientras hablaba. Ahora los dos caminaban deprisa, casi corriendo, en dirección a las casas en ruinas de las afueras. Cuanto más hablaba, más frustrada se sentía. Peter lo había conseguido, la había arrastrado de nuevo a una línea argumental de la que ella había intentado huir a toda costa y en la que, según parecía, él se había quedado atrapado.

Los terrenos por los que pasaban estaban descuidados, llenos de malas hierbas y juguetes infantiles abandonados al sol, desvaídos. No era la típica estampa rural que muchas de las visitantes del

centro imaginaban que sería el estado de Vermont; un desengaño que no se hacía mucho de rogar.

—¿Para eso has venido, Peter? ¿Para hacerme confesar?

No contestó. Se limitó a sacar las manos de los bolsillos y dejar que los brazos se balanceasen a ambos lados mientras intentaba seguirle el ritmo a su madre.

Pasamos por una pizzería, una oficina de correos, una gasolinera y la tienda de comestibles. No sé hacia dónde nos dirigimos y creo que mi madre tampoco. Frente a la iglesia hay un prado con tres abetos enormes en un extremo, y un viejo monumento de granito en el centro. No se ve ni un solo coche circulando. Este lugar es tan silencioso como los campos por los que acabamos de pasar. Mi madre atraviesa el prado, se acerca a un banco, se da la vuelta como si hubiéramos llegado al final y fuese la hora de volver, pero parece cambiar de idea y se sienta.

Ha envejecido, lo sé, pero no consigo apreciarlo como con Clare. Es como si la familiaridad de su rostro, grabado profundamente en mi cerebro, difuminase la superficie. Solo veo las mejillas redondeadas y los grandes ojos de búho, tan lúcidos como siempre. La fuerza la acompaña, solía bromear Liz cuando la veíamos envolver a algún feligrés afligido en el manto de sus atenciones. No ha perdido nada de esa presencia. Si acaso, es más fuerte que antes. De pie junto a ella, no estoy mareado ni tengo náuseas, no me sobreviene esa sensación de balanceo entre las orejas ni ningún otro síntoma, pero experimento un desconcierto mucho más intenso: a mi madre apenas le preocupa lo que ocurrió en el pasado, yo he sido el único que he estado evitándolo todo este tiempo. Por algún motivo, yo pensaba —sin pensar— que ella y yo estábamos unidos por las cosas que habíamos hecho o dejado de hacer por aquel entonces, y que daba igual el tiempo que estuviéramos sin vernos: en cuanto regresara a este lugar, regresaríamos juntos también a aquello. Como si en los dominios del sentido de la vida el tiempo no pasara. Pero sí pasa.

Me siento a su lado en el banco, sin saber bien qué más hacer conmigo mismo. Durante lo que parece un largo rato nos quedamos

mirando el obelisco gris que preside el parque, y mi mente se aleja de la discusión que acabamos de tener.

En la placa de cobre oscuro del monumento aparece una sucinta lista de nombres sobre una inscripción: «A LA MEMORIA DE LOS HOMBRES DEL CONDADO DE LAMOILLE QUE LUCHARON CON LOS GREEN MOUNTAIN BOYS EN LAS BATALLAS DE HUBBARDTON Y BENNINGTON, 1777. ERIGIDO POR LOS HIJOS DE LA REVOLUCIÓN ESTADOUNIDENSE EL 16 DE AGOSTO DE 1899».

—¿Te he hablado alguna vez de mi jefa, Phoebe? —le pregunto.

—No me cuentas casi nada —dice mi madre—. Pero sí, me suena ese nombre.

—Me recuerda a ti. Si no fuera abogada, seguramente sería pastora, o terapeuta… A veces nos lleva a talleres para abogados de inmigración. En uno nos pidieron que contáramos la historia de migración de nuestras familias. Entonces me di cuenta de que los datos que yo tenía eran muy generales: los antepasados alemanes de papá y los ingleses tuyos. Pero ahora a Liz le ha dado por investigar.

—Calla, calla —dice mi madre—. No para de preguntarme cosas.

—Entonces sabes lo de Brodhead, el general.

—Sí —dice—. Ese le interesa mucho. Por lo visto, es famoso porque mató a muchos senecas y quemó sus aldeas. Lo cual es horrible, por supuesto. Pero lo que no le digo, porque no tengo ganas de discutir ni quiero herir sus sentimientos, es que el tema de la genealogía familiar siempre me ha parecido un poco sensiblero. Da igual quiénes sean tus ancestros, todos somos herederos de las acciones de Daniel Brodhead. Todos. Es parte de la historia del país.

—Entonces, ¿no significa nada para ti? Tu conexión con él.

—Tu hermana ha investigado la línea masculina —dice mi madre—, porque es la que figura en los registros. ¿Y qué pasa con todas las mujeres?

—Vale, pero no por eso los hallazgos de Liz dejan de ser relevantes, ¿no?

—La cuestión es que la historia es un lío. ¿Quién sabe si los documentos son exactos, o quién tuvo una desliz con quién? No le

veo sentido a mirar hacia atrás. Si no vivimos ahora, en el presente, no vivimos en absoluto.

—Esa es una teoría muy conveniente, sobre todo si has hecho algo que quieres olvidar.

—Ah —dice mi madre—. Así que no estamos hablando de antepasados. Seguimos hablando de Jared.

—Perdona. No sabía que el tema estuviese zanjado.

Otro largo silencio. Observo cómo un cuervo enorme aterriza en la base del monumento y comienza a atusarse las alas, quitándose la humedad o la rigidez, o simplemente flexionándolas por gusto.

—Lo que Liz parece olvidar —dice mi madre—, o tal vez esté pasando por alto, y puede que tú también, es que si había alguien en esta familia que hablaba de la época colonial era yo. Tu padre no lo soportaba. A él se le llenaba la boca de patriotismo, siempre sacaba a relucir que tu abuelo luchó contra los alemanes en las Ardenas. Por eso fue a Europa a visitar el castillo ese. En busca de un significado que tu abuelo nunca le ofreció. Y en lugar de eso, me encontró a mí.

El cuervo está ya instalado y ha empezado a picotear la tierra oscura, pisando las flores que alguien sigue plantando bajo el monumento.

—Nos contó esa historia muchas veces —le digo—. De cuando os conocisteis en el albergue.

—Sí. Significaba mucho para él.

—¿Te arrepientes? ¿De haberte casado con él?

—No puedo —responde—. No existiríais ni tú ni Liz. ¿Pero me arrepiento de no haberme conocido mejor a una edad más temprana? Sí. —Descruza los brazos, se endereza un poco en el asiento y junta las manos sobre el regazo en lo que parece una postura casi meditativa. Luego continúa—: Incluso con el sida y el tremendo revés que supuso, esperaba que fuese más fácil para ti que para mí.

—Nunca me habías dicho eso.

—No, supongo que no. Probablemente tendría que haberlo hecho. Quizá si hubiera sido Liz.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

Mi madre también mira al cuervo. Sus plumas negras brillan incluso bajo esta luz mortecina. Levanta la vista de la comida e inclina la cabeza como si quisiera escucharnos.

—Hombres —dice—. Hombres jóvenes y no tan jóvenes. Su modo de querer, de necesitar cosas. Tal vez sea por mi educación o por mi feminismo anticuado, pero sus deseos siempre me han parecido extraños y no precisamente prudentes.

Al escuchar estas palabras siento como si mi madre introdujese una llave en la cerradura de mi pecho y lo abriera. Mis clavículas se ensanchan, mi cabeza parece flotar, y de pronto estoy mirando hacia los árboles, hacia lo que ahora parece ser una extensión inmensa.

—Vaya —digo—. Tampoco me habías dicho nada de eso. Ojalá lo hubieras hecho.

—¿Por qué?

—Porque creo que siempre lo he sentido, que tenías miedo de lo que yo quería.

Mi madre no se mueve mientras digo esto. Permanece casi inmóvil en su postura contemplativa. Solo entorna levemente los ojos.

—En ese caso —dice—, siento no habértelo dicho.

El aire a nuestro alrededor también permanece inmóvil, al igual que los árboles. Hasta que otro cuervo se posa en una rama alta que oscila bajo el peso del ave. Entonces, de la nada, un ruido de revoluciones inunda la plaza, ambos pájaros alzan el vuelo y una camioneta negra pasa a toda velocidad en dirección al surtidor de la gasolinera de enfrente. Un hombre barbudo de mi edad, con gafas de sol, a pesar de que está nublado, se baja, rodea la parte trasera del vehículo y comienza a repostar.

—Esa historia que papá me contó de cuando trabajaba en el bosque, de la que te hablé la mañana en que murió Jared, ¿te la contó a ti alguna vez?

—A mí solo me dijo que ayudó a construir un oleoducto —dice mi madre—. De lo que siempre parecía muy orgulloso. Algo que yo no supe apreciar, seguro.

—Lo que me dijo es que un hombre de su cabaña intentó tocarlo… sexualmente. Y que papá le dio una paliza por eso.

Gira la cabeza para mirarme por primera vez desde que nos hemos sentado.

—¿Tu padre te dijo eso?

—Un par de días antes de morir. ¿De verdad no te lo contó nunca?

—No —dice ella, su mente parece estar revisando el pasado—. Probablemente porque le daría vergüenza. Reconocer que tuvo ese comportamiento tan violento. A lo mejor te parece raro, pero nunca dejó de buscar mi aprobación, hasta el final.

—No creo que se hubiese tomado tantas molestias en contármelo si no hubiera intuido algo sobre mí.

—No hay forma de saberlo —dice—. Puede que necesitara contárselo a alguien porque se estaba muriendo.

—Lo que más recuerdo es que no paraba de repetir que no era culpa suya. Que nunca quiso que aquel hombre lo tocara. ¿Y sabes qué? Creo que después de contarme eso, pensé que yo era como el hombre de la cabaña, alguien repugnante. Por querer tanto a Jared, por desearlo tanto. Si lo hubiera querido menos, él estaría vivo todavía.

—No digas eso —dice mi madre—. No puedes verlo así.

Al otro lado de la plaza, el hombre barbudo cierra el tapón del depósito y se sube en la camioneta. Al principio, el motor emite un sonido leve, como un gruñido, pero luego el tubo de escape explota y el rugido atraviesa el aire, resuena en la iglesia y se extiende por todo el valle.

Al volver a la casa, subo las escaleras y me echo un rato en la cama. Cuando vuelvo en mí, la luz del sol entra por las ventanas, desde el oeste, las nubes de la mañana han desaparecido y me doy cuenta de que he estado durmiendo toda la tarde. Una vez que me levanto, estoy medio adormilado y sigo así hasta la noche. No había tenido tanto sueño desde que era adolescente. Después de cenar con mi madre y con Clare, vuelvo a la cama y duermo doce horas más.

Cuando bajo a la mañana siguiente, la casa está vacía, Clare y mi madre se han ido a trabajar hace un buen rato. Han dejado en la mesa el muesli, el pan y la mermelada. Como con voracidad y salgo a dar un paseo para ver si me despejo, pero al final de la tarde vuelvo arriba y me echo un rato. Esta vez, cuando abro los ojos, oigo voces en el piso de abajo, una de ellas de un niño.

—Rip van Winkle vive —dice Liz cuando entro en la cocina. Parece haber aparecido de la nada; está sentada frente a Jeanette, con una botella de vino casi vacía entre las dos, mientras Charlie se retuerce en su regazo con la cabeza totalmente echada hacia atrás, mirándome del revés—. ¿Has visto quién está ahí, patito? Es tu tío, resucitado de entre los muertos.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunto.

—No la mitad del tiempo que has estado en coma, por lo visto —responde—. Mamá me llamó y me avisó de que habías venido, así que he aprovechado para verte en carne y hueso. Me dijo que has estado enfermo. Mala cara tienes, desde luego.

Jeanette, que parece un poco achispada, no puede reprimir una sonrisa.

—No pasa nada —le dice Liz—. Está acostumbrado.

Charlie se zafa y corre hacia mí, pero se detiene a un par de metros y me mira a la cara con gran seriedad. Lleva unos zapatitos, unos pantaloncitos azules y un jerseicito de punto. Sus ojos

marrones parecen demasiado grandes, como si hubiesen crecido más deprisa que el resto de las facciones, aunque, ahora que los tengo más recientes, quizá haya heredado los ojos de mi madre.

—No pasa nada, patito —dice mi hermana—. Es inofensivo.

—Hola —le digo.

—Hola —responde—. Soy Charlie.

—Te conozco, Charlie. Soy Peter. El hermano de tu madre.

—¿Por qué? —pregunta.

Jeanette suelta una pequeña risotada.

—Bueno —le digo—, cosas que pasan. Tu abuela es la madre de tu madre, y también es la mía.

Parece dudar de ello, pero luego lo encuentra divertido. Se ríe, me saca la lengua y se acerca a la nevera, que intenta abrir sin éxito con ambas manos.

—Mamá y Clare están fuera, predicando a los conversos —dice Liz—. Así que nos hemos quedado aquí bebiendo y escaqueándonos de preparar la comida. ¡Mira que no decirme que venías! Sabes que llevo detrás de ti mucho tiempo intentado convencerte.

Se ha teñido el pelo de negro azabache, un *look* que recuerdo de una efímera fase gótica que tuvo en el instituto.

—En realidad no lo tenía planeado —me excuso.

Jeanette, que ha estado todo este tiempo observándonos, como si fuese una escena que hubiese imaginado hace tiempo, se levanta y trae una tercera copa de vino, que deposita en un extremo de la mesa. Cuando le doy las gracias, mueve con brusquedad la cabeza, como diciendo: «De nada». Liz vacía la botella en mi vaso, lo llena más de la cuenta y luego, por diversión, golpea el recipiente vacío contra la mesa como si fuese una tabernera. En su camiseta de tirantes verde fosforito, en letras de colores, puede leerse: «¿QUIERES UN PONI? ¡PUES CONVIÉRTETE EN UNO!». Si fuésemos dos extraños que se conocen por casualidad en algún momento de nuestra existencia, las posibilidades de habernos hecho amigos habrían sido prácticamente nulas. Y sin embargo, aquí estamos.

—¿Dónde está Norman? —le pregunto.

—En casa, sospecho que a punto de llegar al nivel trescientos. O en el oncólogo, con la perra. Pobre Maisie. Ni siquiera la conoces. Bueno, teniendo en cuenta que has visto a Charlie unas cinco veces en total…

—Eso no es verdad —rebato.

Liz le dice a Jeanette:

—¿Te has dado cuenta de que esa es una de las frases favoritas de mi hermano? La dice todo el tiempo. Sobre todo cuando el hecho en cuestión es verdad. Es parte de su encanto esquizofrénico. Él y mi madre… Recordar cosas básicas de sus vidas es algo que sus neuronas no contemplan. Lo que invita a pensar que se llevarían de maravilla, pero…

—Bueno —me dice Jeanette—, Ann está encantada de que estés aquí.

—Probablemente no lo sabrías si no lo estuviese —dice Liz cogiendo a Charlie del suelo y colocándolo de nuevo a horcajadas sobre su regazo.

—No estoy segura —observa Jeanette con cierto tono de intriga—. Puede que sí.

Ante esto, ni siquiera Liz bromea. Tiene lugar una breve pausa, los tres obviamos colectivamente su comentario. Charlie tira de la camiseta de Liz y deja al descubierto un pezón, pero su madre vuelve a tapárselo antes de que el pequeño pueda establecer contacto con él.

—¡Muy bien! —exclama Jeanette, y echa la silla hacia atrás—. Voy a hacer algo de comer. Nunca cocino, pero bueno, algo saldrá.

Luego seguimos un rato más por allí, Jeanette en el fregadero y los fogones, Liz y yo observando a Charlie dar vueltas y vueltas para pedirle a su madre tal o cual cosa antes de aburrirse ante las negativas de esta y pedírmelas a mí, considerando la idea de que podríamos ser parientes.

Cuando mi madre y Clare aparecen por la puerta de atrás, me sorprende la naturalidad con la que Liz saluda a esta última. Tal vez

su abrazo sea superficial, motivado más por el hábito que por el afecto, pero hay familiaridad en él.

—¿Qué es todo esto? —pregunta mi madre mientras cruza la habitación en dirección a Jeanette—. Se suponía que iba a cocinar yo.

—Demasiado tarde —responde Jeanette—. Yo planté estas putas verduras y yo las voy a cocinar. Me salgan buenas o no. Tú tómate una copita de algo —dice poniendo la mano en el brazo de mi madre— y habla con tus hijos, ya me ocupo yo de la comida.

Clare y mi madre intercambian una mirada indescifrable, pero enseguida aparece de nuevo Charlie corriendo hacia la pierna de su abuela, la agarra como si fuese el mástil de un barco en mitad de la tormenta y la tensión del momento se disipa: todas las miradas se desvían al niño con la cara pegada a los cómodos pantalones de algodón que lleva mi madre, que acaricia con sus dedos avejentados los cabellos castaños del niño, que se erizan por la energía estática.

—Bueno —dice mi madre—, pues ya está. —Saca queso y frutos secos, patatas fritas para Charlie, abre otra botella de vino y le ofrece un vaso a Clare.

Es la primera vez que bebo desde que estoy enfermo, no todo lo que Liz me ha servido pero lo bastante para posponer un rato la desconcertante sensación de despertarme y ver a mi hermana aquí, de estar todos juntos comiendo el guiso gelatinoso que Jeanette ha preparado, amén de una tarta de limón con semillas de amapola que ha hecho Clare y que recibe numerosos elogios por los que parece genuinamente complacida, mientras la conversación transcurre felizmente sin mí.

Una vez terminada la cena, intento ayudar a Jeanette a cargar el lavavajillas, pero no quiere.

—No he traído regalos para nadie —dice, como si hubiera venido a una fiesta de cumpleaños con las manos vacías—. Así que déjame a mí.

Charlie se ha quedado dormido en el regazo de Liz. Clare y mi madre recogen el resto de la cocina y la velada toca a su fin. Sigo a

mi hermana hasta el despacho, cuyas paredes están forradas con los libros de mi madre, hay muchísimos, solo que mejor organizados que antes. Aquí no tiene libros sueltos apilados de cualquier manera. Liz se sienta en el borde del sofá cama y arropa a Charlie en la cuna de al lado; luego saca del bolso un libro de cuentos y empieza a leer. Cuando lleva unas cuantas páginas, los enormes ojos de Charlie se cierran y se le empieza a caer la baba.

—¿Me voy? —pregunto.

—No, está fuera de combate —dice ella—. Quédate.

Giro la silla del escritorio de mi madre y me siento frente a los pies del sofá cama. Liz cierra el libro que sostiene sobre el regazo y lo deja a un lado. Por un momento nos quedamos en silencio, viendo dormir a mi sobrino.

—¿Qué es lo que tienes? —me pregunta—. ¿Fatiga crónica?

—No. Pero creo que llevo mucho tiempo durmiendo mal.

—Bueno, tu presencia aquí ha removido cosas —comenta Liz—. Mamá está menos Yoda que de costumbre. Pero igual es que no se esperaba ver lo mal que te han sentado los años.

—Dime una cosa. Cuando tu hijo sea adolescente, ¿vas a ser tan mala con él como lo fuiste conmigo?

—No fui mala contigo. Alguien tenía que animar un poco el antro aquel donde vivíamos. Erais todos unos sosos de cojones. Menos papá…, y él era el que se metía conmigo.

Los ojos de Charlie empiezan a moverse bajo los párpados cerrados mientras su boca permanece abierta. A pesar de todas las quejas sobreactuadas de mi hermana acerca del uso que el pequeño hace del retrete y de su crianza aparentemente desidiosa, Liz está más dedicada a él de lo que nunca ha estado a ninguna persona o causa. No es que yo no lo supiera. Pero no lo había vivido con tanta claridad antes. No la había visto contemplar a su hijo mientras duerme ni permitirse la indefensión del asombro.

He juzgado a mi hermana durante mucho tiempo, he tachado de superficiales sus bromas y entusiasmo. Como hizo mi padre hasta

que se estaba muriendo. Pero ¿acaso no eran sus bromas una forma de tolerar a la gente que quería y que no la tomaba en serio?

—Debería haberte visitado más —digo—. Desde que nació Charlie, y antes también. Siento no haberlo hecho.

—No pasa nada —dice Liz mientras el cuerpo de su hijo se retuerce hasta quedar tumbado boca abajo. Se acerca a él y le limpia la humedad de los labios—. Sé que estáis muy ocupados salvando el mundo, tú y mamá.

—Lo digo en serio. Te he echado de menos.

Levanta la vista de la cuna para asegurarse de que estoy siendo sincero.

—No es propio de ti, hermano. Pero gracias. Yo también a ti.

Por fin ha oscurecido, es uno de los días más largos del año, y por la ventana abierta, al otro lado de la cama, se cuela un aire fresco junto con el murmullo de Nueva Inglaterra en verano.

—Mamá me ha dicho que le has preguntado por sus ancestros —dice mi hermana—. ¿Te he convertido?

—Podrías enviarme algo de lo que has encontrado. Me gustaría leerlo. Leo historias todo el tiempo, solo que de otras personas.

—¿Vas a seguir haciendo eso toda la vida, los temas esos de inmigración?

—No lo sé —digo—. Es básicamente lo único que he hecho. Al final lo ves todo bajo ese prisma. Miro a Charlie y pienso: es ciudadano de Estados Unidos. Nunca necesitará a alguien como yo para argumentar que merece la oportunidad de serlo.

—Por eso —señala Liz— quiero enseñarle cómo llegamos aquí.

—Pero dijiste que era más que eso. Que creías en espíritus.

—Sí —asiente—. Y a lo mejor mamá tiene razón. Tal vez no nos persigan siguiendo una línea genealógica ordenada. Pero ¿de verdad crees que toda esa violencia desaparece sin más? ¿Que no está presente en alguna parte de nosotros? Llámame loca, pero no me importaría saber lo que hay dentro de mí… y dentro de él —dice señalando a Charlie con la cabeza.

La puerta del despacho se abre lo suficiente para que mi madre asome la cabeza.

—Ah, estás aquí con ellos —susurra—. No lo sabía. No quiero molestaros, seguid a lo vuestro, por favor. Solo quería daros las buenas noches. —Nos lanza un beso, le damos las buenas noches y vuelve a cerrar la puerta.

Mi hermana y yo esbozamos una sonrisa al reconocer lo peculiar —y cómica en cierto sentido— que puede ser nuestra madre; se trata de una complicidad que no he tenido con nadie más y que ni siquiera sabía que echaba de menos.

Me quedo unos minutos más con Liz y Charlie, en el silencio más agradable e imperturbable que recuerdo haber experimentado en mucho tiempo. Luego salgo a la tranquilidad del salón. He dormido tanto los dos últimos días que no estoy seguro de poder hacerlo ahora. En lugar de subir, atravieso la cocina en penumbra y salgo al jardín por la puerta trasera. En el cielo despejado, una luna casi llena ilumina la hierba y el manzano y el banco que hay bajo él, que es donde me siento. O no lo recordaba, o nunca llegué a reparar en la pendiente del terreno sobre el que se asienta este lugar. En cómo desciende desde los árboles del fondo hasta el prado nuevo, siguiendo por el césped y el camino de acceso, que traza una curva hasta llegar a la carretera. Existe una suerte de insinuación de movimiento en la inclinación del paisaje, como pétalos que se abren poco a poco.

Si apartas la mirada de una cosa, pasas por alto muchas otras.

Como el recuerdo que flota ahora en mí con una corporeidad casi inquietante. El recuerdo de una noche que había olvidado por completo. Mi primer invierno en Nueva York, el primer año de universidad. Alguien de mi residencia me invitó a una fiesta en el East Village, que resultó estar abarrotada de tíos mayores, de entre veinte y treinta años, y en la que me mantuve torpemente al margen hasta que se hizo tarde y me emborraché, y un tipo guapo con camiseta blanca se me acercó y me dijo: «Deberías venir a mi casa». Así que lo seguí en una especie de trance hasta un apartamento

diminuto no muy lejos de allí, aterrorizado por la idea de pillar el virus. Me invitó a pasar a su dormitorio, que estaba lleno de librerías, y me dijo que por qué no me quitaba la ropa. Luego él se quitó la camiseta, se zafó de sus vaqueros y miró la hora antes de desprenderse también del reloj. Nos arrodillamos en el futón que había en el suelo, uno frente al otro. Me besó con fuerza, como si quisiera tragarme entero, luego me tumbó boca arriba, se puso un condón y colocó mis piernas encima de sus hombros.

Su gato, o el gato de alguien que vivía allí, una criatura de color gris claro con ojos enormes y amarillos, observaba desde el pequeño escritorio cómo el hombre se introducía en mí, provocándome más dolor del que hubiese imaginado, cómo yo apretaba los dientes e intentaba que no se me notase porque no sabía cómo decirle que era mi primera vez y quería causarle buena impresión. Así que clavé la mirada en el animal, erguido e inmóvil, con su espesa cola enrollada alrededor de las patas delanteras, absolutamente indiferente a las sacudidas de los cuerpos que tenía delante, contemplando la escena como un sirviente aburrido de las locuras de su amo.

Cuando ambos nos corrimos y los espasmos cesaron, el gato bajó al suelo de un salto y se alejó por el pasillo. El hombre lo siguió, volvió con un vaso de agua, un plato de clementinas y una toalla.

—Puedes ducharte si quieres —dijo—. No hay prisa. Mi novio está fuera.

Cuando salí del apartamento, las primeras nieves del invierno habían cubierto la calle, también la Primera Avenida, donde los taxis pasaban casi en silencio junto al oscuro instituto de enfrente. Quería hablar con alguien. Contarle lo ocurrido. En la otra esquina había un teléfono público. La única persona a la que se me ocurrió llamar fue a Liz. Mi hermana descolgó el auricular, pero en cuanto oí su voz, mi intrepidez hizo mutis. No dije nada. Solo le pregunté cómo estaba.

Al otro lado del césped, a través de la ventana del despacho, veo ahora a mi hermana, sigue sentada en el borde del sofá cama, junto a la cuna donde duerme mi sobrino.

Hay tanta vergüenza en la soledad…

Al mediodía, Ann, Clare y Roberta se hallaban en la casa de reuniones con las participantes del retiro para celebrar el encuentro final de su estancia. Fue, como siempre, una oportunidad para hilvanar juntas los temas que habían surgido en las conversaciones y en los círculos. Las ocho mujeres del grupo de esa semana pertenecían a una asociación que luchaba por las escuelas públicas de Albany: trabajadoras sociales, profesoras, una enfermera y una directora. El retiro las había ayudado a reforzar los lazos ya existentes y a reflexionar sobre el sustento de la amistad: formas de ofrecerla, formas de recibirla. Estaban agradecidas, como muchas otras mujeres que habían acudido a Viriditas, por la atención y la sagacidad de sus fundadoras.

Ann estaba sentada entre Clare y Roberta, contribuyendo más bien poco al círculo, mirando a través de las ventanas que daban a la casa y al granero, observando el calor del día. Hacia el final de la reunión, vio a Charlie salir corriendo por la puerta de la cocina en dirección al parterre que bordeaba el granero. Un momento después, apareció Liz detrás de él, ataviada con un vestido de verano rojo sorprendentemente convencional que, en ella, parecía un disfraz de mujer normal. Estaban bailando una especie de jiga; Liz fingía ser la pareja de Charlie, lo levantó por las muñecas y empezó a darle vueltas y vueltas como una lanzadora de peso. Los dos regresarían a Portland al final de la tarde, un largo viaje de ida y vuelta para una visita tan corta, pero Liz quería ver a su hermano, que en ese momento estaba saliendo por la misma puerta, pero se quedó en el escalón mirando el sol con los ojos entornados. Ann no tenía ni idea de cuánto tiempo pensaba quedarse Peter.

Desde que fueron juntos a pasear, había estado buceando en su memoria tratando de recordar —por primera vez en años— los días posteriores a la muerte de Richard, cuando tuvo que enfrentarse con

su suegra, que estaba en Saint Paul, por los preparativos del entierro, y lidiar con Clare, que quería estar todo el tiempo en la rectoría para ayudar, siendo esto lo último que Liz y Peter necesitaban. Y luego, la noticia de la muerte de Jared.

Fue en mitad de aquel agosto tumultuoso cuando, a última hora de la mañana, la policía llamó a la puerta. Dos hombres blancos que lucían un afeitado apurado. El de más edad, Michael Ryan, era feligrés de su parroquia e iba demasiado abrigado para el tiempo que hacía. Tenía más o menos la edad de Richard, y uno de sus hijos asistía a clases de confirmación y el otro estaba en la escuela dominical. De su compañero más joven, en cambio, solo recordaba el uniforme azul ceñido por encima de la cintura; también que sujetaba un pequeño bloc de notas en una mano y un bolígrafo en la otra. Ann sabía perfectamente por qué habían ido, pero esperó a que Michael Ryan se lo explicase. Empezó disculpándose por molestarla en un momento como aquel, todo el mundo en San Esteban era consciente del dolor por el que ella y los niños debían de estar pasando, y obvió los detalles que todo el mundo sabía también: que ella y Richard se habían separado hacía apenas seis meses. Y, por supuesto, pasó por alto lo que muchos sospechaban: que había sido a causa de Clare. Sería breve, prometió. Estaban hablando con los amigos de Jared antes de cerrar el caso, ya que la muerte del chico había sido, con toda seguridad, fruto de un accidente. Al parecer, estuvo nadando solo en el lago y se golpeó la cabeza al salir del agua. Eso fue lo que le dijo a su madre cuando la vio aquella noche.

—Los golpes en la cabeza son muy traicioneros —dijo Michael Ryan con la calva perlada de sudor—. La madre no sabía que se había producido una hemorragia, y ahora no deja de torturarse por no haberlo llevado al hospital… Es terrible. Si le hubiera pasado a alguno de los míos… No quiero ni pensarlo. Y nada, hemos venido porque la señora Hanlan mencionó que Jared y Peter eran amigos.

Amigos, pensó Ann. Esos dos policías no habrían encontrado nada sospechoso en eso. Ser amigos no tiene nada de raro. Ni una pelea

entre adolescentes que acaba en un terrible percance. Pero ¿y si Peter les contase a esos hombres las cosas que le había contado a ella? Lo que hacían en el cuarto de Jared. O que aquella noche intentó besarle. O la pelea que tuvieron. ¿Qué ocurriría entonces? ¿Qué pensarían esos padres —Ann estaba segura de que el más joven también tenía hijos— del deseo de Peter por el otro muchacho? ¿Y qué medidas tomarían las autoridades en relación con la muerte de este último?

Que Peter no estuviese en casa en ese momento no era ninguna mentira.

—Cierto —añadió Ann a la afirmación del agente—: Jared venía bastante por aquí. Pero llevaba un par de meses sin aparecer, o mejor dicho, desde que empezó el verano. Y estos últimos días, desde el fallecimiento de mi marido, casi no hemos salido de casa, ni mis hijos ni yo.

—Por supuesto —dijo el feligrés de la parroquia de Ann—. Siento mucho lo de Richard, todos lo sentimos. Hemos estado a punto de no venir; ha sido más un trámite que otra cosa. No volveremos a molestarla más. Dígale a Peter que si se le ocurre algo que debamos saber, que nos llame.

Y ahí quedó todo. No tuvo que responder a ningún interrogatorio ni armar ningún tipo de defensa. Los despachó en cuestión de pocos minutos. No era un momento del que se sintiese orgullosa, y era cierto que nunca le dio muchas vueltas al asunto porque ¿qué bueno podía salir de todo aquello?

—¿Estás bien? —preguntó Roberta después de que Clare acompañase a las mujeres a la salida y se quedasen las dos solas en la casa de reuniones, guardando las sillas—. No has dicho casi nada.

Ann no respondió de inmediato. Cuando terminaron de ordenar, se dirigió a la ventana por la que había estado mirando y Roberta fue a su lado.

—¿Qué tal ha sido? —preguntó—. Volver a ver a Peter.

—Duro —dijo Ann—. Cuando llamó, cuando oí su voz en el contestador, pensé que era porque se había desprendido de algo,

porque quería dejarme entrar de nuevo en su vida. Pero no tenía ni idea de lo enfadado que estaba conmigo.

—¿Por qué? —preguntó Roberta, tan directa como siempre.

—Lo protegí de una cosa —dijo Ann—. Hace mucho tiempo, cuando era un crío. De las tempestades de su propio corazón. Y resulta que nunca me perdonó aquello.

Roberta levantó las manos y las apoyó en el cristal, como si estuviese sosteniendo aquella barrera invisible.

—¿Nunca te lo perdonó? —dijo—. Esas son palabras muy fuertes. ¿Quieres hablar de eso?

—Tendría que habértelo contado en su momento —dijo Ann—. Pero creo que lo borré de la cabeza.

—¿Es lo del chico ese? ¿El que murió?

Ann, asombrada, se volvió para mirar a su amiga.

—¿Por qué crees que es eso?

—Por lo de las tempestades de su corazón. ¿No estaba enamorado de ese chico? Eso fue lo que me contaste, ¿no?

—¿Yo te conté eso? —preguntó Ann, más por el asombro de no recordarlo que porque lo pusiera en duda.

—No te gustaba ese chico —continuó Roberta—. Pensabas que era muy arrogante, que no se portaba bien con Peter.

—Es verdad. Lo pensaba. Pero no era por eso. Peter creía que la muerte del chico había sido culpa suya. Y yo no podía permitir que creyera eso. O que fuera por ahí diciéndolo.

—¿Culpa suya? —preguntó Roberta.

—Estaba con él la noche en que se dio el golpe.

Las dos seguían mirándose, los rostros separados por menos de un metro. En los ojos de su querida amiga, Ann atisbó una pregunta. Pero, por una vez, Roberta no la formuló. Se quedó callada. Y luego, tras una pausa, dijo:

—Pero estás contenta de todos modos, ¿no? De que haya vuelto.

—Sí —dijo Ann—. Por supuesto.

Cuando Roberta se marchó, Ann se quedó junto a la ventana observando el jardín, ya vacío. Necesitaba volver a la casa y pasar un rato con Liz y Charlie antes de que se marchasen, pero un recuerdo había acudido a su mente, dejándola clavada en el sitio: la madre de Jared, con su impecable vestido negro y su velo, sentada en la primera fila de la iglesia católica, contemplando el ataúd abierto de su hijo. Durante toda la misa, mientras Peter permanecía a su lado con el rostro pétreo, Ann apenas consiguió apartar la mirada de Susan Hanlan. Roberta tenía razón: nunca le había caído bien Jared, ni su joven madre. Ambos eran muy guapos y vestían ropas elegantes, por lo que desconfiaba de su apariencia. Pero cuando vio a aquella mujer salir de la iglesia al final del funeral sin saludar absolutamente a nadie, no pudo evitar estremecerse.

Varias semanas más tarde, al entrar en el supermercado al final del día, Ann la vio a lo lejos con un traje pantalón y gafas de sol, empujando un carrito que contenía una única bolsa. Al ser pastora, sabía que los trámites que rodeaban a un fallecimiento solían mantener ocupados a los familiares, al menos al principio, pero pronto llegaba la calma y, con ella, la verdadera ausencia. Intentaba concentrarse en la lista de cosas que tenía que comprar, pero no podía. No dejaba de pensar en aquella mujer volviendo a casa para cenar sola. Así que, en lugar de hacer la compra, cogió una quiche, algo de fruta y un ramo de flores y, tras tomar prestado el listín telefónico del supermercado y buscar su dirección, se dirigió a la casa de Susan Hanlan.

La casa estaba inmaculada, parecía más un hotel de lujo que un lugar donde viviese alguien. Se sentaron en unas sillas blancas y mullidas dispuestas en torno a una mesa baja de mármol con una orquídea en el centro. Aceptó las condolencias de Ann con una sonrisa mínima. Era muy amable de su parte venir a visitarla, dijo, dadas las circunstancias: Jared le había contado que el padre de Peter había fallecido, por lo que ella también le ofreció su pésame. Cuando Ann le dio las gracias y le explicó que Richard llevaba un tiempo enfermo, Susan Hanlan pareció hacer una pausa, sin saber

muy bien qué responder. Y entonces, como solía ocurrir en presencia de Ann, empezó a decir muchas cosas de golpe. Que su marido también había estado enfermo. Que creían que no le quedaba mucho tiempo, que fue entonces cuando le dijo que había otra mujer en su vida y que necesitaba estar con esa persona el tiempo que le quedaba.

—En parte no podía culparlo —dijo—. Nos casamos muy jóvenes. Me quedé embarazada en la universidad. Tener un hijo a esa edad no era lo que él había imaginado. Pero luego resultó que había un tratamiento, o que no estaba tan enfermo como creía; nunca me lo aclararon. Fuera como fuese, no iba a volver. Y por eso lo culpo, por dejar a Jared.

Cuando terminó, se disculpó por haber hablado más de la cuenta, igual que solía hacer la gente, y Ann le aseguró que no tenía que disculparse por nada. En el silencio que siguió, Susan Hanlan la miró con cierto aire de benevolencia. Se trataba de una afabilidad que iba más allá del agradecimiento y el alivio habituales que surgen cuando alguien se desahoga.

—Su hijo, Peter —dijo—, pasaba mucho tiempo en esta casa. No hace mucho, de hecho, vino aquí en busca de Jared. Tuvimos una pequeña charla. Parece un chico muy amable. La verdad es que creo que Jared y él se tenían mucho aprecio.

Fue entonces cuando Ann se dio cuenta de que aquella mujer lo sabía. No que Peter hubiese estado en el lago, sino que había algo entre sus hijos. Y lo que la desarmó por completo no fue solo el reconocimiento implícito, sino la falta de juicio, la generosidad, como si le estuviera diciendo a Ann que lo entendía y que, además, le parecía bien.

Y en ese momento, Ann sintió que podía confiar en ella, que podía explicarle lo ocurrido, el accidente, y que Susan Hanlan lo entendería, sabría que no tenía sentido echarle la culpa a nadie, que no serviría de nada. Pero luego pensó: «¿Qué le aportaría todo esto a una madre que acaba de perder a su hijo?». Y dejó que el momento pasara.

Monica está trabajando en un recurso de apelación que debe presentar esa tarde y dice que no puede hablar mucho.

—No tenemos ninguna noticia del señor Marku —añade—. Si es eso lo que te estás preguntando.

—No —le digo—, no llamo por eso.

—Bueno, para los demás casos estamos pidiendo aplazamientos. Y Phoebe está atendiendo las llamadas. Has tenido suerte con la pareja nepalesa. La oficina de asilo dijo que pasarán por alto la fecha de vencimiento. Podrán tener una entrevista. De los demás, no sé nada.

—Siento que tengas que encargarte de todo esto —le digo.

—Ya, en buen momento te has puesto malo —dice, pero no en un tono de enfado o agravio. Todo lo contrario: lo dice con una ternura que no le había oído antes.

—¿Estás bien?

—Pensaba que los mareos no te dejaban ni ponerte de pie —dice—. ¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, claro.

Se produce una pausa en la línea. Luego dice:

—No muy bien, la verdad. Supongo que creía que mi madre viviría para siempre. Supongo que ese era el plan. Pero ahora se está muriendo en el salón y no quiere ir al hospital. Y yo solo puedo pensar en la casa que le prometí, con el jardín y el huerto. Ya nunca podrá plantar hortalizas ni nada. ¿Qué he conseguido trayéndola aquí? ¿Un apartamento en una ciudad que no significa nada para ella? ¿Una hija sin marido? ¿Quién me va a hacer sentir mal por estar soltera cuando ella ya no esté? —pregunta, y el sarcasmo vuelve a rellenar las grietas de su voz—. Tendré que hacerlo yo sola.

Mientras miro el camino de acceso y la carretera, recuerdo cuando Monica se fue de vacaciones y yo me metí con ella porque,

después de tanto tiempo sin tomarse un descanso, eligió venir a Vermont. La imagino por un momento como huésped de Viriditas. Sentada con Clare, Roberta y mi madre en la casa de reuniones, explicándoles que asesinaron a su padre durante la dictadura y que, a pesar de que Estados Unidos apoya a los descendientes de ese régimen, ella ha hecho su vida aquí, ayudando a otros —casi a su pesar— a quedarse. ¿Qué pensaría cuando la animaran a perdonarse a sí misma?

—Te haré sentir mal por estar soltera —le digo—. Si tú haces lo mismo por mí.

—Me parece perfecto.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto—. ¿Vas a solicitar cuidados paliativos?

—Mi madre dice que no le duele nada, pero miente. No quiere extraños en casa. Mi prima me está echando una mano, y un par de vecinos. Y Phoebe lo sabe. Me pediré la baja cuando la necesite, estés aquí o no. Total, ¿qué son cuarenta casos abandonados a su suerte? La vida de la gente tampoco es tan importante.

—¿Te he contado alguna vez lo que me preguntó Carl el día que lo conocí, en mi entrevista?: «¿Y si, en términos globales, resulta que no estás ayudando a nadie? ¿Y si no eres más que un burócrata inmerso en un desastre moral infinito, pero si te alejas del desastre, las cosas serían un poquito peor? ¿Seguirías haciendo tu trabajo?».

—Suena muy Carl —dice Monica—. Dramático.

Eso es lo que dijo Phoebe. Me dijo que no tenía que responder a la pregunta. Así que no lo hice.

—Dejé de pensar en términos globales hace mucho tiempo —dice Monica—. Diría que en más de un sentido. La única persona a la que mi madre quiere ver es al cura.

La mañana siguiente a la partida de Liz y Charlie, me despierto temprano por primera vez desde que llegué al centro. A través de las ventanas de la cocina me llega el canto de unos pájaros. No tengo ni idea de qué pájaros son ni de qué ruta migratoria siguen. Es un sonido que hacía siglos que no oía y del que no me había percatado desde que estoy aquí. Fuera, el gorjeo es aún más fuerte. Mientras lo escucho —sin prestar atención a nada más, sin hacer nada más—, oigo la música, pero también percibo el espacio que llena, el aire inmenso y desprovisto de fronteras en el que casi parece posible disolverse.

Desde el jardín baja un sendero que se adentra en la pradera. Atraviesa un tramo de hierba alta y un pequeño bosque hasta llegar a un claro rodeado de abetos. El estudio es más pequeño de lo que había imaginado, más sólido que una choza, pero sigue siendo una estructura modesta. Me acerco a la ventana situada a la izquierda de la puerta verde y veo a mi madre sentada en un cojín negro rectangular, en el centro de la habitación, de cara a la pared del fondo. A su derecha hay una estufa de leña y a su izquierda, un sencillo escritorio y una silla. Sobre una mesa baja, parecida a un altar, veo un pequeño cuenco con agua y otro con hierbas o incienso. Y entre ambos, una versión en miniatura y enmarcada del tapiz que cuelga en el salón: el símbolo de Viriditas (un árbol y sus raíces a la vista). Eso es lo que mi madre está observando.

Vuelvo a ser un niño en la puerta de su despacho que no sabe si interrumpirla o no. Aunque parece que ya la he interrumpido, porque se gira y, al verme en la ventana, se lleva la mano al pecho.

—Me has asustado —dice cuando abre la puerta.

—No era mi intención. Si quieres, me voy.

—No, no pasa nada —dice—. Si tenía ganas de que lo vieses. Pero quítate los zapatos.

El espacio es sencillo: suelo de madera de pino y paredes blancas y lisas, sin rastro de electricidad ni agua corriente. Solo los muebles y el cojín del centro.

Mi madre se dirige a un estante que hay sobre la estufa de leña y coge dos tazas. Al verla así, me doy cuenta de que ha envejecido, de que sus hombros y caderas han menguado, de que sus piernas son más delgadas. Hay menos de ella.

—Así que este es el lugar —digo.

—Sí —dice desenroscando la tapa del termo—. Nada del otro mundo. Aun así, no estaba segura de que pudiéramos permitírnoslo. Pero Clare insistió, aunque soy yo la que más viene.

Me acerco al escritorio y echo un vistazo a la pequeña pila de libros: Pauli Murray, Adrienne Rich, Thomas Merton, Thích Nhât Hanh. Los libros de mi madre. Junto a ellos, un diario abierto y una anotación con fecha de esta misma mañana.

—Liz ha hecho bien en venir —dice mientras sirve el té—. Me alegro de que la hayas visto.

—A ver si voy a Portland pronto —le digo—. Y vuelvo a ver a Charlie.

—Estoy segura de que se alegrará —me dice tendiéndome una taza. Luego vuelve a su sitio, junto a la estufa.

—Debe de hacer mucho frío aquí en invierno.

—Se está bien con la estufa encendida —dice, y luego hace una pausa—. Teniendo en cuenta el trabajo que haces, supongo que pensarás que es egoísta por mi parte pasar tanto tiempo calmando la mente.

—¿No es esa la idea? Tranquilizar la mente para ayudar a los demás a hacer lo mismo.

—Efectivamente —responde con tiento, como insegura de mi sinceridad—. Esa es la idea. Y debo decir que, con el tiempo, me ha cambiado. Ahora soy más útil para la gente de lo que era intentando demostrar mi valía como pastora.

—Bueno, yo creo que eras una buena pastora. Todo el mundo te quería. Eras su heroína.

A esto no responde, solo da un sorbo al té y permanece en su familiar estado de calma.

—Tengo que volver pronto —digo, y dejo la taza sobre la mesa—. No puedo dejar que mis compañeros se ocupen de todos mis casos.

—Ojalá tuviera una idea más clara de lo que haces —dice—. No sé en qué consiste realmente tu trabajo. No me cuentas nada.

—¿Cómo que no?

—Nada —responde—. Si casi no hablamos.

—¿Qué quieres saber?

—Peter, no tiene por qué ser así. No soy tu adversaria.

—Bueno —digo—, hay mucha violencia. Eso es un factor que siempre está presente. Los clientes, como es normal, tienen sus vidas: familias, trabajos, planes de futuro. Pero no es de eso de lo que hablo con ellos, sino de la violencia. Los detalles. No les gusta tener que recordar. Pero eso es lo que hago mayormente. Les hago recordar.

—¿Alguna vez hablas con tus compañeros de eso? Imagino que debe de ser duro.

—¿De qué va esto? ¿Ahora me estás sermoneando?

—Suenas igual que tu padre.

—Y tú suenas como si estuvieras hablando con él.

Me acerco a la ventana de la pared del fondo. El claro que acabo de atravesar está cubierto de agujas de abeto de color rojizo.

—Lo siento —dice—. No he debido decir eso. Solo quiero entenderlo mejor. Puede que no quieras verlo así, pero lo que tú y yo hacemos no es tan distinto. Sé lo que es escuchar a la gente, como profesión, y lo que conlleva. La necesidad de soltar ciertas cosas.

Oigo sus palabras pero no las sigo. Mi mente se ha trasladado al exterior, donde las raíces de los abetos sobresalen de la tierra, nudosas como el dorso de unas manos milenarias. Y lo que me pregunto es si aquel claro frente a la cabaña donde dormían los leñadores, en los bosques del norte de Minesota, se parecía en algo a este. Y al preguntarme esto, me pregunto algo más, algo que

nunca me había permitido considerar siquiera: ¿quién era el hombre al que mi padre golpeó? ¿Un borracho? ¿Un maltratador? ¿O tal vez un joven asustado? Un chico que pensó que el roce de su piel sería bienvenido. Un chico como el que yo fui una vez.

¿Y si las historias se contasen de esta manera?

Moldeando las narrativas. Presentando los acontecimientos en un orden determinado. Eso es lo que he hecho durante toda mi vida adulta: reducir las historias a los patrones que la ley pueda reconocer como válidos. Y todas ellas se escriben precisamente con el mismo propósito: justificar ante el sistema el miedo de una persona a regresar a la escena de un crimen. Y sin embargo, esta modelación no deja de ser un proceso violento que trasquila la complejidad de las vidas reales.

—Hablamos de los casos —digo finalmente con los ojos clavados en el claro—. Phoebe siempre nos dice que eso es lo que tenemos que hacer: encontrar la manera de dejar que lo que oímos no se quede dentro de nosotros, que no nos afecte. Creía que se me daba bien, que por eso podía seguir adelante. Hasta que apareció este chico y me demostró que estaba equivocado.

—¿Y qué es lo que ha hecho ese chico? —pregunta mi madre.

Oigo la esperanza reprimida en su voz. El deseo de que al fin le devuelva una parte de mí. La oigo y me molesta. Y en la nitidez de mi rechazo, de mi obstinación, veo claramente por primera vez el epicentro de la furia que me ha mantenido alejado de ella: si no quisiste verme entonces, no me verás ahora. Y sin embargo, ¿de qué ha valido este distanciamiento?

—No pasa nada —dice—. No tienes que decírmelo si no quieres.

—Intercambiar nuestro roles —respondo—. Eso es lo que hizo. Al contarme su historia, me hizo recordar. Su relación con un chico del instituto. La vergüenza que supuso para su familia. Al principio no quería contarme la verdad. Pero al final lo hizo. Y en el último momento, antes de que pudiera ayudarlo, desapareció.

Oigo a mi madre acercarse por detrás. Quiero decirle que pare, pero ya está aquí, a escasos centímetros de mí.

—No dejo de pensar en lo que le pasó —le digo.

—¿Qué le pasó?

—Su hermano y su padre se lo llevaron e intentaron matarlo. Para proteger el honor de la familia. Pero su madre los siguió. No sé cómo llegó hasta allí. No tenía coche, y no estaba cerca. Tal vez fue en bicicleta, o corriendo, no lo sé. Pero llegó hasta allí y evitó que le hicieran algo. Y luego sacó a Vasel. Fuera de la ciudad, del país. Ella lo salvó.

Mi madre se acerca un paso más y siento sus manos sobre mis hombros. Y siento también el respingo que no llega.

—Y lo sé —digo tratando de estabilizar la voz—: tú también intentaste salvarme.

Sus brazos me rodean por completo, sus manos se entrelazan sobre mi pecho.

—Pero no lo hice —dice en voz baja—. Ahora me doy cuenta. Me daba demasiado miedo que la gente no lo entendiera.

Apoyo la frente en el cristal frío de la ventana, decidido a no llorar.

—Pensaba que te avergonzabas de mí.

—Ay, cariño —dice—. No. Eso jamás.

—Tenía muchísimo miedo de lo que había hecho. Pero ni siquiera podía hablar de ello.

—Lo sé. Y tendría que haber encontrado la forma de permitírtelo. —Apoya su rostro en mi espalda y siento el calor de su mejilla a través de la camisa—. Creo que entonces no lo sabía, pero tenía miedo de algo más que de la policía. Tenía miedo de lo que querías, porque una parte de mí también se avergonzaba de eso mismo: de querer a Clare.

Pongo una mano sobre las suyas, en mi pecho.

—Pero ese miedo no era tuyo —afirma—. Y siento mucho haberte hecho cargar con él.

No puedo evitarlo por más tiempo, el agua de mis ojos se desborda.

—Entonces, ¿no es solo cosa de hombres jóvenes y no tan jóvenes? De su modo de querer.

—Supongo que no —dice llorando un poco.

En el claro veo a mi padre, un joven luchando en aquellas tierras inhóspitas. Un chico que volvió a casa con su madre y no dijo nada de lo que había pasado. Porque él también sentía vergüenza. Otro corazón hermético, desperdiciado.

—Lo que nunca he sabido —digo— es si Jared era, o habría sido, gay. Si solo estaba tonteando o si tenía miedo como yo de lo que le atraía. Si yo hubiera sido más valiente, no te habría hecho caso. Habría ido a hablar con su madre. Incluso si acababa odiándome.

Lentamente mi madre me libera de su abrazo y da un paso atrás, dejándome espacio para girarme y mirarla de frente.

—No te odiaba —dice.

—¿Qué quieres decir?

—Hablé con ella. Poco después de la muerte de Jared.

En sus ojos abiertos veo mi propio asombro.

—¿Hablaste con su madre? —pregunto—. ¿Qué le dijiste?

—Nada —dice desviando la mirada—. Que erais buenos amigos. Ella lo sabía.

Me alejo, de nuevo hacia la mesa y la silla.

—Todavía estabas muy alterado —sigue diciendo—. Y el caso estaba resuelto. Nada de lo que te hubiera dicho a ti o a ella lo habría traído de vuelta.

Al ver su diario abierto sobre el escritorio, se me revuelven las tripas y un súbito deseo de venganza se apodera de mí: mi madre, en su infinita sabiduría, decidiendo quién debe saber qué y cuándo, aquí arriba, en esta ladera verde, leyendo y escribiendo y meditando, mientras el mundo sigue imparable su curso despiadado. Ella quería abandonar su antigua vida —nuestra vida— y se largó. Y no dejó que la muerte de mi padre o la de Jared la detuviesen.

—Deberías habérmelo dicho —le digo—. Deberías haberme dejado hablar con ella.

Mi madre cruza la habitación y vuelve a ponerse frente a mí. En su rostro anida una expresión de tristeza absoluta.

—No quiero perderte otra vez. Por favor. —Me acerca la mano al antebrazo—. Da igual lo que se dijo o dejara de decir en aquel momento, Peter. Tienes que saber que tú no lo mataste. Tienes que saberlo.

Un hormigueo, como de alfileres y agujas, se extiende desde la parte superior de mi cabeza, me atraviesa la cara y me alcanza el cuello y el pecho. La estrecha franja de espacio entre mi madre y yo parece oscilar, o estremecerse, como la liberación repentina de un vacío.

Desde el pecho, el hormigueo se expande hasta mis entrañas y, al hacerlo, un nudo profundo se deshace, y esa criatura anhelante que hay en mí, que me ha aterrorizado desde que me encapriché de Jared, esa criatura sedienta que tanto tiempo ha estado apresada por ese nudo interno, se extiende hasta mis pulmones, hasta mi garganta: un ave de presa que se eleva por encima de mi madre y de mí, que despliega sus temibles alas y que, al entrar en contacto con el aire, se disuelve.

Después de todo, no hay peligro, solo espacio. Espacio normal y corriente. Y amor.

Abro los brazos y mi madre está entre ellos.

IV

Hart Crane, «Al puente de Brooklyn», estrofa primera:

> Cuántos amaneceres, frío tras su mecido descanso,
> habrán de zambullirse las gaviotas a su alrededor
> soltando anillos blancos de tumulto, erigiendo
> la Libertad por encima del agua encadenada.

Resulta que el libro seguía en mi estantería. Lo encontré allí la semana que regresé a la ciudad. Algunas de las imágenes del primer poema no tenían ningún sentido para mí —«diente roto del celeste acetileno», «lenguaje […] sin cesuras»—, pero leerlo me produjo placer. Y entonces llegué a esa penúltima estrofa cuyos versos había recordado:

> Bajo la sombra de tus pilares esperé;
> sólo en la oscuridad tu sombra es clara.
> Los iluminados bloques urbanos se han borrado,
> ya la nieve sepulta un año de hierro…

Cuando me reincorporé al despacho, decidí empezar los días cruzando el puente a pie, por las mañanas temprano, antes de que el calor apretase, para luego coger el metro en Chambers. Me complacían las vistas, la luz, y agradecía ese rato para pensar antes del estrés del trabajo, y los días que no salía muy tarde del despacho, volvía andando a casa, todo el trayecto, no a modo de protesta —como hacía mi padre—, sino para disfrutar del sosiego, del mar y de los barcos, de la lejanía, de la vastedad del cielo.

No fue hasta un sábado de mediados de septiembre, mientras reorganizaba por fin los muebles de mi apartamento y me planteaba cambiar algunos, cuando recibí una respuesta a uno de los mensajes que periódicamente había estado enviando a Vasel.

«Todo está bien —decía—. Estoy bien». Sin que yo se lo pidiera, me propuso quedar esa misma semana antes de su turno en otro restaurante del West Village en el que había empezado a trabajar.

Me presenté unos minutos antes de la cita en el renovado muelle de Christopher Street. Todavía era verano, la gente corría y paseaba en pantalones cortos y camisetas, algunos estaban tumbados sobre el impoluto césped, a pleno sol, otros se resguardaban bajo las hileras de toldos blancos. Unos bancos sinuosos bordeaban el césped. Detrás podían verse unos cuantos algarrobos. El lugar no se parecía en nada al destartalado muelle por el que yo había paseado, borracho, de vez en cuando, años atrás, tras noches de juerga frustrantes, lamentándome por mi falta de atractivo —y mi consecuente soledad— antes de regresar solo, cómo no, a mi apartamento. Las pancartas del Orgullo Gay colgaban de las farolas, una balaustrada cromada protegía a los visitantes del agua y en los laterales del muelle se habían instalado amarraderos decorativos que evocaban los barcos que antaño atracaban aquí para descargar sus mercancías.

—Hola —dijo Vasel.

Cuando me di la vuelta, vi a un joven cuyo aspecto había vuelto a cambiar. Ya no tenía pinta de pijo. Ahora llevaba pequeños pendientes de diamantes, un toque de sombra en los ojos, una camiseta de tirantes azul oscuro, unos *shorts* vaqueros y una mochila colgada del hombro. Enseguida percibí en él una desenvoltura que antes no tenía. En el despacho, en la cafetería, siempre estaba observando el entorno como si estuviese buscando espías, pero ahora apenas parecía fijarse en las pandillas *queer* que se reían, móvil en mano, por los alrededores, ni en los chicos blancos en bañador bronceándose sobre la hierba, ni siquiera en los policías apostados en la barandilla, como si ya no le hiciese falta, porque la ciudad era —al menos hasta cierto punto— también suya.

Ninguno de los dos parecía saber qué decir, de modo que empezamos a pasear por el muelle.

—Así que tienes un trabajo nuevo —le dije.

—En el otro sitio no me dejaban ser camarero, pero aquí sí. Y me pagan mejor. Además, tengo mi propia habitación.

—Qué bien. ¿Tienes espacio para los dibujos?

—Ja —dijo—. Se ha acordado.

—Por supuesto.

—Tengo una pared entera para mí, por lo que puedo hacer diseños más grandes. Y también puedo hacer los cursos que quiero; tener un profesor ayuda. Es solo un sueño, lo sé. Pero lo hago todos los días, así que quién sabe.

Una mujer blanca y esbelta con un mono gris de *fitness* pasó corriendo a nuestro lado, empujando un cochecito del tamaño de una bicicleta, con una expresión de concentración en el rostro. Un momento después la adelantó una chica en patines, ataviada con un mono de *fitness* rojo, meciéndose al ritmo de la melodía que sonase en sus auriculares.

—Lo siento —dijo Vasel—. Por no aparecer en el juzgado ni responder a sus mensajes. Sé que trabajó mucho en eso.

—Así es. Pero ese era mi trabajo. Ese es mi trabajo.

—Iba a ir —dijo mientras avanzábamos hasta el final del muelle—. Incluso me vestí como me pidió. Pero luego pensé que si hacía eso, no podría volver a mi pueblo. En años, o quién sabe, tal y como funcionan las cosas aquí, quizá nunca. Mi hermana, mi madre, siguen allí. Sé que usted dijo que si conseguía los papeles, luego podría ayudarlas, pero no es así. Ellas van a estar allí toda la vida.

Mi instinto de explicar —citando la ley, detallando los plazos para conseguir la nacionalidad, el proceso— surgió y se desvaneció.

—Lo entiendo —dije—. Mucha gente duda por el mismo motivo.

—Pero no fue solo eso —repuso.

—¿Qué?

—Pensará que soy estúpido —dijo mirando hacia los adoquines.

—No más que yo.

—Me dijo que en el tribunal preguntarían por todos los detalles. Sobre todo por lo que pasó esa noche en el arroyo. Y pensé: «¿Qué más da?». Pero hay una cosa que no le conté porque, bueno, ¿por

qué iba a hacerlo? Sí, Arbi me pegó, como dije. Pero antes, cuando me llevó al agua, me obligó a quitarme la ropa. La ropa interior, todo. En fin, es un gilipollas, un asqueroso, me importa una mierda. Pero mi madre… —dijo, y luego se mordió el labio inferior, como para detener las palabras que estaban a punto de escapársele.

—Tu madre te vio así —dije con suavidad, ayudándolo a completar la frase.

—Sí. Me vio desnudo. Y tuvo que ayudarme. Con la ropa. Tuvo que tocarme. Si alguna vez mato a Arbi, lo haré por eso. El día que tenía que ir al tribunal, mientras me preparaba y me vestía, pensé: «Me van a obligar a contarles eso». Es estúpido, lo sé.

—No es estúpido —dije—. Es humano.

Habíamos dejado atrás los algarrobos y estábamos en la zona abierta, al final del pequeño parque. Cuando me mandó el mensaje, pensé que Vasel quería hablar conmigo como abogado, con el fin de retomar el caso. Que es lo que, supongo, yo quería que hiciese. Sin embargo, en aquel momento, mientras nos acercábamos a la balaustrada para contemplar el río, no era su situación legal lo que tenía en mente, sino la senda que cada uno de nosotros había tomado hasta llegar allí.

Mi carga de expedientes no era menor ahora que antes de pedir la baja. Cada semana aumentaba el número de personas que solicitaban nuestra ayuda: la necesidad de protegerse de la violencia y la miseria no hacía más que crecer. Pero ahora, casi siempre me iba del despacho no más tarde de las siete, y no me llevaba expedientes a casa. A veces, los fines de semana, leía libros que no tenían nada que ver con el trabajo. Como aquellos poemas, e incluso una biografía de Crane que encontré en una librería sobre sus días en Nueva York, cuando trabajaba en una agencia de publicidad y malvivía en un edificio de Brooklyn Heights con vistas al puente. Una existencia corta y violenta, marcada por las borracheras, las peleas y los encuentros sexuales fortuitos en los astilleros. Una noche, en un barco que tomó en México para regresar a Nueva York, recibió una paliza de un hombre al que, al parecer, se había insinuado, y, por

mor de la vergüenza o de la beodez o de ambas cosas, se arrojó al mar. Un poeta que se había empeñado en forjar una visión optimista de Estados Unidos, del rutilante futuro tecnológico que le aguardaba al país. Al reflexionar sobre esa vida, me di cuenta de que todos estos años —mucho antes de conocer a Vasel, desde que escuché a Tesfay Kidane describir su tortura en un asfixiante contenedor de un puerto del mar Rojo, hasta que transcribí el relato de Sandra Moya, el cuerpo de su hermano sin rostro tirado en aquel callejón— yo había intentado, a través del sufrimiento de mis clientes, alcanzar el mío propio, conocer la corriente de violencia que fluía a través de mí, desde mi abuelo hasta mi padre, hasta aquellos momentos con Jared en la orilla del lago, donde, sin ser consciente, mi alma había quedado varada, mientras mi cuerpo y mi mente avanzaban, inexorables, a través de las exigencias del tiempo.

En el resplandor del Hudson, un crucero turístico Circle Line navegaba hacia el sur, en dirección a la Estatua de la Libertad, mientras dos hombres en motos acuáticas pasaban en dirección opuesta levantando enormes cortinas de agua.

—Pensaba que estaría cabreado —dijo Vasel.

—Un poco, al principio —respondí—. Preocupado más bien. Pero eso es cosa mía. No soy yo quien tiene que vivir tu vida. Ni soy quién para decirte cómo vivirla.

La bocina de un remolcador sonó a lo lejos. Chicos en monopatín pasaron a toda velocidad.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué?

—No sé. Solo quería decirlo.

—Bueno, de nada —respondí—. Por lo que sea.

Permanecimos unos instantes más junto a la baranda, Vasel con la mirada fija en las torres de apartamentos que flanqueaban la orilla opuesta; luego dimos media vuelta y encaminamos nuestros pasos hacia el otro lado del muelle.

Ann sale del bosque y se adentra en el prado, donde los arces azucareros colman su visión: amarillo intenso contra azul intenso, la profusión de hojas contra el cielo matutino, una imagen tan luminosa, tan penetrante, que los ojos se le hacen agua, igual que la boca ante la visión de una comida suculenta. Gratitud no es la palabra. Esta belleza la llena de alegría. Una euforia pura y espontánea. Sabe que esta exaltación casi celestial es pasajera, que su intensidad irá en descenso, o acabará pasando desapercibida, pero su mente no se aferra a ella, sino que se apacigua, dejando que su luz la envuelva.

En el sendero, la hierba aún está cubierta de rocío, al igual que el césped del jardín, que le humedece las puntas de las zapatillas al bajar la cuesta. Clare, con un plumífero azul y uno de los gorros de lana roja de Roberta, se sienta de espaldas a Ann en el banco, bajo el manzano, cargado ahora de fruta. Sostiene una taza de café en una mano y un libro en la otra. Ann afloja el paso pero sigue hacia ella.

Hace solo unos días, mientras desayunaban, Ann le contó por fin lo que sentía por Jeanette. Le dejó claro que no se lo decía porque tuviese intención de hacer nada al respecto, ni siquiera en el caso improbable de que Jeanette estuviese por la labor. Se lo decía para honrar, aunque fuese con retraso, la promesa que se habían hecho mutuamente y a la comunidad: ser abiertas, ser sinceras. Se había preparado para la envidia y la ira de Clare, pero lo primero que esta dijo fue: «¿De verdad pensabas que no lo sabía?». Le dolió, claro que sí, pero ya le dolía de antes, le dijo. Y tuvo que repetir incontables veces que sus celos no eran de Jeanette, sino de Ann, de cómo los demás se sentían atraídos por ella. «Escuchar a los demás se te da muy bien —dijo—, pero a mí, no tanto».

Ann se acerca al banco por detrás y se detiene a unos metros. Clare sigue absorta en el libro y no ha reparado en ella. El gorro de lana roja, terciado sobre su cabeza, retiene más pelo de un lado que del otro, y del cuello deshilachado del abrigo se escapa, alentada por la brisa, alguna que otra pluma. Clare tenía razón: Ann posee una capacidad admirable para anclarse al presente y, sin embargo, ¿cuántas veces había usado esta concentración para evitar todo aquello que no toleraba? Y nada le había resultado más intolerable que la agresividad: la que vislumbraba en Peter, y con la que no quería lidiar; la que había sufrido Jeanette, y que Ann mantuvo en secreto. La que habitaba en su propio corazón indómito.

Contemplando ahora a la mujer de la que estaba enamorada y con la que llegó a este lugar hacía veinte años para fundar un refugio contra las violencias sutiles y no sutiles del mundo patriarcal, se sorprende de toda la violencia que ella misma traía consigo.

—Hola, cariño —dice, y sitúa las manos sobre los hombros de Clare.

Clare murmura algo a modo de saludo, sus ojos no se apartan del libro.

—Este abrigo está muy viejo —dice Ann—. Ya es hora de que te compres uno nuevo.

—Sí —responde Clare, ausente.

Hay trabajo que hacer. Mañana llegará un grupo nuevo. Tienen que adecentar el granero, hacer las camas, ir a la tienda. Y cuando todo eso esté listo, y hayan cenado y Clare se suba al dormitorio, Ann intentará buscar un hueco para llamar a Peter. Llevan una semana sin hablar y tiene ganas de oír de nuevo la voz de su hijo. Pero antes de que eso llegue, está el círculo de esta mañana.

En el centro de reuniones, Roberta ya ha corrido las cortinas y encendido los calefactores. Entre las tres colocan las sillas y la mesa baja en la mitad de la sala. Cuando llaman a la puerta, es Roberta quien responde.

Jeanette se ha vestido para la ocasión, es decir, no con vaqueros y camisa de trabajo, sino con unos pantalones azul oscuro de pana y

un jersey negro. Por el aspecto de su pelo húmedo, también acaba de ducharse. Toma asiento, pero se queda en el borde de la silla, con las piernas cruzadas, cosa que casi nunca hace, y entrelaza las manos sobre la rodilla.

—Empezamos como siempre —dice Roberta—, con unos instantes de silencio.

Otra de las cosas que leí por fin aquel septiembre fueron los documentos y artículos que Liz me había enviado en primavera. Entre ellos figuraba una breve biografía del general Daniel Brodhead, escrita en 1883. En ella se incluía un pasaje sobre este hombre del que yo descendía, que no podía sacarme de la cabeza:

> El 5 de marzo de 1779, el general Washington, por decreto del Congreso, encomendó al general Brodhead que se dirigiese a Fort Pitt, Pensilvania, y se hiciese cargo del departamento occidental, cuyos dominios se extendían desde las colonias británicas en Detroit, al norte, hasta las colonias francesas en Luisiana, al sur, tratándose esta de una responsabilidad comparable a la de cualquier otro comandante del Ejército Continental.
>
> El general Brodhead estableció el cuartel general en Fort Pitt, actual Pittsburgh, Pensilvania. En el año 1779, al mando de 605 hombres, lideró una audaz marcha siguiendo el curso del río Allegheny hasta llegar a Nueva York, superando dificultades extremas a través de un territorio inhóspito, sometiendo a los indígenas y arrasando sus aldeas, dejando a su paso un reguero de muertes e incontables cautivos. La expedición, que se prolongó durante treinta y tres días agotadores (del 11 de agosto al 14 de septiembre de 1779), abarcó una distancia de entre quinientos y seiscientos kilómetros a través de un terreno yermo y hostil. El Congreso, junto con el ilustre general Washington, tributó generosos elogios a la triunfante expedición del general Brodhead: la resolución, la perseverancia y la firmeza que marcaron su conducta, así como la de todos los oficiales e integrantes de la expedición, son merecedoras de los más altos honores. Sus

servicios reclaman nuestro más profundo agradecimiento, quedando sus nombres inmortalizados en los anales de la historia.

Creo en los espíritus. Eso es lo que había dicho mi hermana. Algo se transmite.

El fin de semana anterior a Acción de Gracias, ese mismo otoño, alquilé un coche y fui a Longfield. No había estado allí desde el verano siguiente a mi graduación del instituto, cuando mi madre se trasladó a Vermont. El pueblo no parecía haber cambiado mucho. Algunas tiendas ya no estaban y otras nuevas habían aparecido, pero las fachadas de la calle principal permanecían prácticamente idénticas. Igual que los edificios de ladrillo del ayuntamiento y la biblioteca, con sus jardines impecables. Los árboles, en cambio, sí habían cambiado. Los álamos frente a San Esteban habían crecido una barbaridad, y ahora casi llegaban a la aguja de la iglesia. Los árboles que rodeaban la rectoría también parecían enormes: los troncos de los robles eran el doble de gruesos, el arce japonés, cuyas hojas aún conservaba, cubría de sombra la mitad del porche. Lo único que faltaba era el rododendro gigante del jardín delantero, donde ahora había un parque infantil. Me planteé llamar a la puerta para ver si había alguien y decirles quién era, pero me lo pensé mejor y seguí caminando por el barrio y luego por la carretera que bordeaba el lago. Aquí los árboles también habían madurado, las copas de sus ramas desnudas se arqueaban, invadiendo la acera, el esqueleto invernal de lo que en verano sería un dosel de hojas. La entrada al sendero que Jared y yo tomamos en su día había desaparecido debido a la frondosidad y ahora estaba cubierta de arbustos y enredaderas que obstruían la visión del agua.

Al otro lado del centro, siguiendo la calle que llevaba al instituto, la casa roja con molduras negras de estilo colonial tenía el mismo aspecto que recordaba, aunque también parecía más asediada por los cedros y los acebos que bordeaban la propiedad.

Nunca se me había ocurrido que la madre de Jared siguiera viviendo en esta casa. Si alguna vez pensaba en ella, la imaginaba lejos. Pero no, se había quedado aquí. En respuesta a mi correo

electrónico en el que le preguntaba si le parecía bien que fuera a visitarla, me dio las gracias por escribirle y me dijo que sería bienvenido.

Como llegué pronto, aparqué al otro lado de la calle en vez de en el camino de acceso y esperé allí. A pesar de toda la atención y el dinero que la gente de este pueblo invertía en sus casas, rara vez te encontrabas con alguien. La calle estaba tan vacía como entonces. Me preguntaba por qué se había quedado en un lugar tan aislado. Como si fuese la madre de un niño desaparecido, no muerto, y quisiera estar aquí por si regresaba.

Los mismos setos de hoja perenne, meticulosamente podados, delimitaban el camino de piedra. Los mismos bojes, más altos ahora, flanqueaban ambos lados de la puerta blanca. Subí los escalones y llamé. Unos instantes después, la puerta se abrió.

¡Qué hermosa seguía siendo Susan Hanlan! ¡El cabello lustroso, el rostro en forma de corazón! Ya no era joven —tenía sesenta y pocos años—, pero qué vitalidad, qué brillo. Más incluso de lo que yo recordaba.

—Peter —dijo echándose a un lado para dejarme entrar—. Pasa, pasa.

La alfombra del vestíbulo era diferente —oriental, no beis— y también el color de las paredes, que ya no eran blancas, sino que tenían un estampado floral azul y amarillo. Cuando la seguí a la cocina, vi que la planta entera había cambiado, ya no estaba la pared que separaba la cocina del comedor, ahora era un espacio diáfano. Tampoco quedaba rastro de esos muebles tan elegantes de tonos claros, todos habían sido sustituidos por sillas Shaker dispuestas en torno a una mesa de granja.

—Gracias por dejarme venir —dije, todavía orientándome.

—Faltaría más. Gracias a ti por tomarte la molestia.

—La casa parece tan distinta…

—Lleva así mucho tiempo —dijo. Sirvió dos vasos de agua de una jarra que había en la encimera—. Es curioso, estoy intentando pensar en alguien que nos visite todavía y que la recuerde como

estaba antes. Yo apenas me acuerdo. ¿Cariño? —dijo hacia el pasillo—. ¿Dónde estás? Nuestro invitado ha llegado ya.

Un momento después, un hombre blanco y calvo de más o menos la edad de ella, con gafas sin montura y un jersey verde de cuello redondo, apareció y saludó con la mano.

—Este es mi marido, Sam —dijo—. Sam, este es Peter Fischer.

—Encantado —dijo mientras nos dábamos la mano—. Siempre es un placer conocer a gente que conoció a Susan antes que yo.

—No era más que un niño —dijo la madre de Jared cuando el hombre se acercó a ella y le pasó el brazo por encima del hombro—. No se fijaba en mí.

—Y también está bien conocer a gente que conoció a Jared —añadió Sam.

—Sí —convino Susan mirándome directamente por primera vez desde que entré en la casa—. Está bien.

El hombre me preguntó si quería vino para acompañar el almuerzo y, cuando le dije que sí, sacó una botella de la nevera, me sirvió un vaso y luego ayudó a Susan a llevar una ensalada y los platos a la mesa. Cuando estábamos a punto de tomar asiento, oí unos pasos provenientes de la escalera y, al mirar por encima del hombro, vi el fantasma de Jared: un chico de unos veinte años con el pelo rubio rapado por los lados y la raya en medio. Llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta de Joy Division. Mi estado alucinatorio no cesó hasta que Susan dijo:

—Este es nuestro hijo, Dylan. —El chico, al acercarse, me tendió la mano—. Cariño —añadió su madre mientras yo apretaba su palma real, no imaginaria—, este es Peter.

El chico rodeó la mesa y ocupó la silla diagonalmente opuesta a la mía, al lado de su madre. Ella le acercó la bandeja de sándwiches, él eligió uno y los tres empezaron a comer. Durante el rato que siguió, Sam me preguntó por mi trabajo y yo hice lo que pude por describírselo, fascinado por la inquietante visión de la madre y el hijo sentados a la mesa. Pero a medida que avanzaba la comida, Susan me preguntó por mi madre y yo le hablé del centro de retiro y mi

asombro fue disminuyendo poco a poco. Entonces pensé que cuando la conocí, ella tendría la misma edad que yo ahora, o algo menos tal vez. ¿Por qué no iba a tener un futuro por delante? Y mientras observaba a Dylan atendiendo a las preguntas de sus padres y escuchando con paciencia mis respuestas, vi que, pese a su parecido con el chico que a la sazón fue el mundo para mí, no desprendía la autoconfianza de Jared, y mucho menos su aire fanfarrón. De hecho, parecía tímido, deferente incluso, silenciosamente intrigado por aquel extraño que había conocido al hermano que él nunca llegó a ver. No pronunció ni una sola palabra hasta el final del almuerzo, y solo cuando su madre le preguntó qué tal le había ido el primer semestre en la universidad. Atendiendo a su petición, contó que sobre todo le interesaban las clases de literatura.

—¿Crees que eso le será de ayuda para ingresar en la Facultad de Derecho? —preguntó su padre riéndose entre dientes.

Cuando expuse mis dudas al respecto, su madre le revolvió el pelo a su hijo, a pesar de que este intentó evitar el contacto.

—Acaba de empezar —dijo—. Todavía está viendo qué quiere hacer.

Susan trajo café y galletas, y Dylan se quedó en la mesa todo el rato, mirándome de vez en cuando mientras los tres adultos hablábamos.

Cuando por fin nos pusimos todos en pie, me dijo:

—Siento tener que irme. He quedado con unos amigos. Pero ha sido un placer conocerlo.

—Igualmente —respondí.

Luego subió las escaleras y desapareció.

Mientras su marido empezaba a recoger los platos, Susan se dirigió al salón y yo fui tras ella. Me preocupaba que el hecho de venir hasta aquí respondiese en realidad a un deseo egoísta. Para alterar, después de tantos años, y en mi propio interés, la idea que esta persona tenía de la muerte de su hijo. Para poder contar al fin lo que había ocurrido, y lo mucho que lo lamentaba, a la única

persona a la que de verdad podía importarle. Pensaba, no obstante, que me encontraría a una mujer afligida, sola con sus recuerdos. Pensaba que seguiría allí, encallada, aguardando el regreso imposible de Jared. Pero no, era yo el que se había quedado estancado, confundiendo su muerte con el sentido de mi propia vida. Una vida que se tornó asfixiante, constreñida.

Pero no tenía por qué ser así. Ya no.

Cuando Dylan volvió a bajar, ataviado con un plumífero gris, su madre se acercó a él y le subió la cremallera hasta la barbilla.

—Mamá, no hace falta que hagas eso.

Su madre le dio un beso en la frente.

—Mándame un mensaje cuando llegues —le dijo.

Sin ofrecer ninguna respuesta, su hijo salió por la puerta.

Susan me tendió mi abrigo y cogió el suyo de una silla que había debajo de la ventana.

—¿Por qué no nos vamos tú y yo a dar un paseo? Seguro que el aire nos sienta bien.

AGRADECIMIENTOS

De no ser por el extraordinario talento de Ben George, el editor más sagaz y atento que un escritor podría tener, este libro no existiría como tal.

Quisiera dar las gracias a Ben, Amanda Urban, Sabrina Callahan, Liese Mayer, Byran Christian, Maya Guthrie y Mike Noon por sus esfuerzos y por conseguir que este libro viese la luz. Gracias también a los numerosos abogados de inmigración que me regalaron el tiempo que no tenían para describir detalladamente su vida laboral, y en especial a mi amiga y compañera de la Facultad de Derecho Amy Meselson (1971-2018) por darme la oportunidad de ver de cerca sus notables hazañas. Gracias a MacDowell por el tiempo y el espacio brindados. Gracias a Steve Paulikas y Julia Macy Offinger por responder a mis preguntas sobre temas eclesiásticos. Mi más sincero agradecimiento a mis amigos Mark Breitenberg y Amity Gaige por su lectura atenta de mi trabajo cuando más lo necesitaba, y por la sabiduría que me ofrecieron como respuesta. Estaré eternamente agradecido a Jenna Chandler-Ward por su amistad, su cariño y su beneplácito. Gracias a mis amigos Andrew Janjigian y Melissa Rivard por ofrecerme comida y consuelo. Gracias a mi hermana, Julia, y a mi madre, Nancy, por apoyarme desde siempre. Y, por último, deseo expresar mi más profunda gratitud a Daniel Thomas Davis, por su amor, su paciencia y su camaradería.

Los personajes y acontecimientos del presente libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es accidental y ajeno a la intención del autor.

Título original: *Mothers and Sons*

Edición en formato digital: septiembre de 2025

© 2025 by Adam Haslett
© de la traducción: Francisco González López, 2025
© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 979-13-87596-07-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Table of Contents

I
II
III
IV
Agradecimientos
Créditos